

COLECCION CUBANA de Libros y Documentos inéditos
o Raros, dirigida por FERNANDO ORTIZ. ~ ~ ~ Vol. 7

AQUELLOS TIEMPOS...

Memorias de Lola María

POR

Dolores María de Ximeno y Cruz

PROLOGO

DE

FERNANDO ORTIZ



TOMO II

LA HABANA
Imp. y Lib. "El Universo", S. A.
Pi y Margall 34
1930

*see
2
Vol.*

868.6

X7R

V. 2

GOUCHER COLLEGE

JUN 19 1940

LIBRARY

82751

q: Esther J. ...

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA



LOLA CRUZ EN 1866

Retrato al óleo, original de D. José María Romero, Director de la Academia de Bellas Artes de Sevilla.

CAPITULO XI.

La belleza.—Homenajes y locuras.—Don José.—Rapto violento.

Al evocar estos recuerdos de mi vida que ya en interesantes relatos o en hechos que presencié hirieron mi imaginación de niña, aprisionados como están en el limitado horizonte de mi ciudad natal y por lo mismo sin difusión posible y sin más interés que el local y avara de conservar la tradición por ser este pedazo de tierra orgullo de mi vida por los dones con que la naturaleza quiso distinguirla, incrustándola en el imborrable marco de sus grandiosos panoramas —amada y enaltecida cual ninguna por la fuerza incontrastable del mío querer; deseo reseñar prolijamente en riguroso orden cronológico los diversos acontecimientos que más afectáronla, entre ellos, el hecho insólito, novelesco por demás, que exaltó a un grado tal y con sobrada razón la fantasía de los matanceros de entonces, que aun hoy de generación en generación, atraviesa el memorable suceso las brumas del olvido, apareciendo siempre interesante y siempre extraño, el rapto violento de la señorita Avelina Cogffigny.

Hija la dignísima joven de don Juan Bautista y de doña Catalina Fleming, que ya conocemos como dama de gustos refinados y exquisitos, poseedora de una suntuosa morada en la calle de O'Reilly núm. 41, allí residió esta familia acaudalada, oriunda de New Orleans, inspirando el mayor respeto y estimación; y siendo la joven Avelina mujer celebrada, rendíale la sociedad merecido homenaje a su sin par hermosura, a la vez de los merecimientos que por ella y los suyos se hacía acreedora. Demasiado ya sabemos que el ser bella entonces, era ser reina, ser feliz, ser adorada. Que fueron los cubanos

aquellos como los griegos, delirantes por el raro privilegio. El poderoso y efímero don causaba unánime entusiasmo.

Y debido a eso, de cuánta historieta y anécdota pude enterarme sobre el ilimitado rendimiento, como del exagerado rasgo de aquel potentado que al ofrecer a una dama por él festejada en su finca azucarera, en su ingenio, una copa de champagne, al humedecer sus labios la obsequiada como estilábase entonces, pues las mujeres, ya dije, sólo bebían del agua pura y cristalina; ordenó a sus esclavos estrellar toda la valiosísima cristalería aquella recién adquirida, para que otros labios no profanaran a su entender la copa estrenada por la preciosidad, que entusiasta reverenciaba sin estar de ella prendado y por lo mismo más meritorio aun el extraño proceder.

El jazmín del Cabo o rey de los jazmines, como debería llamarse, en los comienzos de su implantación hízose aquí flor rara y difícil por el valor inestimable de sus immaculados y sedosos pétalos de embriagador perfume y evocar también por su excepcional tamaño a la valiosa camelia de otras latitudes; y ahí del *reventar* caballos por el diligente esclavo que el día señalado a la del alba partía para la Habana en busca de la flor y evitar así que *no se marchitara* y a tiempo llegar de que "la niña" lucirla pudiera en la rumbosa fiesta, ya que el inmoderado deseo del galán de tal modo lograba estimular al adiestrado "propio" que oportunamente realizaba este milagro de traspasar las cuarenta leguas que de ida y vuelta se salvaban en intrincados e inaccesibles caminos llevando alas el emisario.

Y en el culto secreto, en el huerto privado de la intimidad, ¡cuánto detalle de ingeniosa gallantería! El amoroso billete en la cerrada nuez sin señal exterior que denotar pudiera la oculta substitución. La tierna poesía escrita en diminuto papel hábilmente introducida en espiral en el cáliz de un clavel... La cajita de música con un "Te amo" agazapado en el rinconcito más escondido y disimulado por las sinuosidades y asperezas del dentado cilindro!

Ardides inspirados en la obstinada clausura del objeto amado. A porfía la fina y espiritual demostración que directa va al alma femenina y tanto la complace y enagena.

Revelábase en estas manifestaciones el origen del avasallador sentimiento en forma tal expresado, porque bien supieron aquellos cubanos retener la herencia que una delicadeza innata y el ardiente clima de los trópicos, tratándose de la mujer y de sus severas costumbres en estos dominios españoles, hizo por la esclavitud y las riquezas y por el natural retraimiento más inusitado y laudable el esplendor de semejantes proezas.

Proezas y obsequios que, no por ser tan sólo al buen palmito dejaron de comprender también a las bellas cualidades de la doncella honesta y recatada, igualando la hermosura del rostro a la del alma. La educación severa de aquellos tiempos hacía justo el elogio y merecido el menor halago y fragantes flores en todos sentidos las mujeres, uno y otro privilegio unidos resplandecían, pues pocas eran las que, sin poseer los dones de la naturaleza ostentaban los del alma.

Lejos, muy lejos ya estas al parecer insensateces o necesidades o no ridiculeces — como quiera cada cual puede llamarlas — que a los tiempos obedecieron y que por eterna ley de los contrastes mal parecían avenirse a aquella sociedad prosaica y vulgar por otro lado la encarnación de ideal tan elevado; siquiera como descendientes ellos de los que sinceramente pelearon allende los mares por su Dios, por su rey y por su dama.

¡Por su dama! dije. Por su dama. ¡Ah! Don José. Por ella vendría a Cuba seguramente el infeliz don José!...

Un pobre diablo que a las puertas de una casa de esta ciudad de Matanzas llamó un cierto día en época muy distante. Traía el empolvado forastero trazas de largo viaje, vestía pobremente y con báculo de peregrino, calzado de sandalias, y doblegado por el peso de un fardo de tela no muy grande, pidió pasar, permiso que no podía ser denegado en el país por excelencia, el más hospitalario del universo.

Concedida la venia por el ama de la casa, compasiva y generosa en extremo, en un banco del zaguán que a la entrada había reposó el caminante, que muy agradecido se mostró. Interrogado por los esclavos y por "la señora" poco pudo decir: venía de muy lejos, deseaba descansar y se llamaba don José.

Su aspecto era sencillo, su semblante sereno, su reserva grande. La cabeza y barba blanqueaban ya.

Después de comer, siempre sentado en el banco al lado del fardo que parecía servirle de almohada, pidió allí quedar, cosa que también le fué otorgada por el amo de la vivienda, ratificando el permiso de la esposa, pues uno y otro eran en extremo bondadosos y serviciales.

Así pasó la noche, y al otro día muy de mañana le encontraron ya sentado en el banco y pudo ver la dueño de la morada que, ensimismado contemplaba un retrato, un daguerrotipo en abierto estuche de fina madera labrada, defendido en su interior por rico terciopelo carmesí, contrastando el artístico objeto con la extremada humildad del personaje. Acércase ella sigilosamente y le oye abstraído murmurar muy quedo en el susurro de un suspiro como un lamento: "Era mía. Y fué en Granada!"

Interesada al ver que nada acertaba a distraerle, le dice persuasiva y dulcemente, aunque curiosa: "Me permite usted ver ese retrato "

Despertó el otro y con un movimiento lleno de nobleza, le entrega el daguerrotipo, asombrándose la dama de la hermosa mujer cuya efigie contemplaba.

Delicada en demasía devolvió la reliquia sin preguntar. Para qué? Si ello se presentía...

Todo el tiempo que estuvo en la casa pasó el viajero en aquella posición, y al caer de la tarde "entre dos luces", según frase de la época, de noche casi, bruscamente despidióse agradecido como entrado había, guardando el retrato en la balija que al hombro llevaba.

Al siguiente año volvió más estenuado y abatido y más cansado; pero firme, inquebrantable en la extraña obsesión. En el banco contempló el misterioso retrato con igual fidelidad, escapándosele las consabidas e imperceptibles frases en el tenue murmurar grabadas al parecer para in eterno: "Era mía. Y fué en Granada!"

Se le dispensaron iguales atenciones que compartió agradecido como la vez anterior sin moverse del banco; junto al retrato comía y dormía; para la hermosa mujer sólo existía

como el loco inmortal; despidiéndose bruscamente en la forma acostumbrada y ya sin volver jamás.

Y tras él quedó la estela de comentarios, haciéndomelos yo muy vivos al cabo de los tantos años que a mí llegó el interesante relato sin poder nadie ni aun entonces dar con la clave del enigma que envolvía al caminante.

Y por ahí creo yo que aun anda atravesando los confines del mundo el simbólico personaje! Ah! viajero inmemorial, que así llevas el sello de una raza!

Después en el correr de los años, en el vuelo incesante de los pensamientos que en vertiginoso torbellino asedian al cerebro humano, en esas pirámides que levantan los acontecimientos y en átomos que en la memoria quedan después como polvo del camino, tropezó su recuerdo con el de un gran literato, militar valiente, enamorado caballero y célebre insensato hallando reminiscencias o un simil yo entre esas frases vertidas por don José y las que ingenuamente profería otro don José en las lúgubres exploraciones de sus célebres y tristísimas noches buscando en el templo el cadáver de la amada: "Era mía y yo suyo", clamaba ingenuamente el infeliz como el mejor y único argumento para ser respetado el hondo y bien compartido y bien atado sentimiento por *la intrusa*, que despiadada y a lo mejor cargó con ella, con la hermosa Ibáñez, quedando maltrecho y desequilibrado en grado sumo el doliente caballero hasta que en Gibraltar, después de mucho penar, sin ánimo y sin vida se dejó matar el infeliz Cadalso.

Y de acuerdo esta sociedad con el sentir de aquestos lances y querer y con todo lo narrado, no tuvo límites la sorpresa del inusitado raptó a que me refiero, efectuado en la ciudad un tercer día de pascuas de Navidad, o séase el 27 de Diciembre de 1859 a las nueve de la noche.

Matanzas entera desbordábase en un Bazar que en el palacio o casa capitular se efectuaba en beneficio de los niños pobres para elevarles un asilo, pues ya existía el de niñas, y fué un rayo allí la noticia que retumbó por toda la población.

Era la señorita Coffigny lo que se llama una real belleza. Alta, esbelta, estatuaria. De ojos indefinibles, negros. Perfil aguileño, piel nacarada y también negros cabellos. Su figura soñadora de extremada distinción —distinción que caracteri-

zó a todas las bellezas cubanas de aquella época, que el tipo finísimo de cada una quizá si por la zona tropical o por el género de vida, era cosa de mucho admirar— no podía pasar desapercibida doquiera se presentare, flotando en ella algo de candoroso y virginal que bien sentaba al extraño episodio que fué la más interesante página de la novela de su vida.

Buena, pura, serena y apacible sentíase a su lado el bienestar que se experimenta a la vista de un lago tranquilo, de una hermosa tarde, de una blanca flor. Y no profanó el tiempo el misterioso efluvio! Ni aun ya casi octogenaria como conocerla pude yo.

De ella había dicho Fornaris:

Avelina no, Ave-Linda
Eres por bella y discreta,
En mis sueños de poeta
Yo quiero llamarte así;

.
Encendió tus negros ojos
El sol con vivos destellos
Y colocó tus cabellos
Enamorado de ti.
Torre de ébano luciente
Es tu cabeza graciosa,
Y tus labios una rosa
Del Valle del Yumurí.

Cumplida y muy sociable y en la plenitud de su belleza entonces, a las fiestas y saraos concurría inspirando admiración y respeto, conformándose sus asiduos enamorados los más empeñados en obtener la menor predilección que nunca llegaban a alcanzar, en atenderla y obsequiarla reverentemente.

Entre ellos un extranjero, un alemán, que dijeron erróneamente ser familiar del notable Director del "Sun" de New-York, por tener los mismos o parecidos nombres y apellidos, sitió la plaza con más ahínco que los demás, pero sin esperanza alguna de rendirla, y a tal extremo le condujo las continuas negativas de la joven, que en el asedio de que era víctima, trató por todos los medios del exaltado sujeto retraerse de acuerdo con la familia.

Este extranjero hizo amistad con aquella en la Habana en ocasión de un viaje que se vió precisado a efectuar doña Catalina acompañada de sus hijas, y en la casa de huéspedes de gran reputación de Mrs. Almy, dama inglesa, donde acostumbraba residir, tropezaron con el citado caballero, que al igual de otros distinguidos señores allí también se hospedaban.

Impresionado el sujeto por la extraordinaria belleza de la joven Avelina, se trasladó a Matanzas con el objeto, sin duda, de conquistarla, y aquí parece se estableció por lo menos temporalmente, siendo bien acogido por la sociedad que nada tenía que alegar en su contra.

Y desde entonces diz que dicen que el galán decía: "Mi chiquita, tú serás mía", en amoroso estribillo y en muy buen castellano que alardeaba de poseer correctamente y no sé si con gracia ¡oh! mi Dios, pues la investigación es corta aquí.

Y también susurrábase de que una señorita le oyó afirmar una noche de retreta en la Plaza de Armas, al ver pasar a la dama de sus ensueños reclinada muellemente en el quitrín, de que "este gavilán se va a robar esa paloma". Por lo que se ve que lejos de renunciar a sus pretensiones, no perdonaba medios de agrandar, que en cuestiones de falda cada país tiene su ley como cada particular su estilo. Y por ello contábase que una vez que a la casa concurrió en día de recibo, al comunicarle el portero en muy buenas formas las órdenes terminantes de no dejarle pasar, le mostró un revólver y trasponiendo el zaguán ganó la regia escalinata de mármol, rindiendo el acostumbrado homenaje en cumplida visita y en vehementísima prueba de amor sin darse por aludido.

Así las cosas y como éstas muchas, concibió despechado sin duda el diabólico plan que realizó —por ser Avelina de aquellas contadísimas mujeres en cuyo extraño destino por las grandes y descabelladas pasiones que inspiró, se entrelazan sucesos varios, ya de índole privada—desgarrador alguno—, ya público, como éste y que en mesurados términos y del siguiente modo da cuenta el periódico local:

Aurora del Yumurí del viernes 30 de Diciembre de 1859. Lamentable suceso.—Nuestra morigerada población ha sido teatro de una escena que ha lastimado nuestro corazón, porque sólo de locura debemos clasificar la inaudita venganza que un

extranjero ha querido tomar de una de nuestras más estimables señoritas, tan virtuosa cuanto bella e inofensiva, sólo porque en su corazón no encontraron eco los obsequios con que pretendía cautivarla. Sin duda que el cielo inspiraba esa indiferencia a la inocente A..., hacia un hombre capaz de cometer una acción con la cual ha probado no amar ni respetar al ídolo de sus obsequios, demostrando sentimientos contrarios a todo principio de delicadezas y de buena razón." "A las nueve de la noche del martes pretendió el referido extranjero, sustraer al amor de su familia y al seno de la sociedad matancera que la distingue una de las más bellas flores de nuestro pensil. La población entera ha lanzado un grito de indignación, al saber que el desconocido extranjero, a tiempo que descendía del carruaje la señorita que acompañaba a la que era objeto de su pensamiento, y no bien hubo puesto el pie en tierra, entróse precipitadamente en el quitrín, y dando al calesero, con quien sin duda estaba en connivencia, la voz de arre, metiendo espuelas al caballo, emprendió precipitada fuga en dirección a *Bella Vista*." "A los gritos de la señorita que se llevaba el carruaje, así como los de la hermana que quedaba en tierra, lanzáronse precipitadamente tras él, la señora madre de la joven, infinidad de personas impulsadas por el deseo de prestar tan eminente servicio a las distinguidas señoritas que clamaban en su auxilio. Por fortuna, a las pocas cuerdas que pudo salvar el carruaje y antes que saliera del círculo de la población, lograron detener éste, y restituir a los brazos de su angustiada familia la inocente niña que merced a un favor providencial del cielo, no perdió el uso de su voz ni la energía suficiente para que confundido y avergonzado el criminal, no tratase ya más que de su propia salvación abandonándola en brazos de varios vecinos. El extranjero y el calesero emprendieron precipitada fuga y aun no han podido descubrirse, pero la policía y la familia de la señorita hacen las más vivas diligencias por apresarlos, lo que creemos sucederá en breve. Dos sentimientos ha inspirado a la población el suceso, uno de compasión a la virtuosa señorita y otro de indignación hacia el malaventurado caballero que de manera tan contraria a los principios de delicadeza pretendía ver correspondido un afecto que no supo inspirar. La señorita A. se encuentra enferma a

consecuencia de la sorpresa y esfuerzos que hizo por lanzarse del carruaje, del que pretendía evadirse aunque peligrase su vida. Reciba la estimable señorita A. y su distinguida familia, nuestro sincero parabien por haber podido conjurar la infame maquinación de que iban a ser víctimas."

Acostumbraba el calesero tomar calle traviesa, la de Santa Teresa, terminado el paseo cotidiano y cuando ya de retirada iban, de modo que, ocupando Avelina el asiento de la derecha como siempre hacía, necesariamente era la primera en bajarse del carruaje al llegar a la casa y después efectuábase la otra hermana y entonces, libre ya el quitrín, para mayor facilidad doblaba la esquina de la derecha por la calle de Ayuntamiento, ganando así la cochera que estaba al fondo de la mansión frente al río.

Y esa noche, la del suceso, notaron las jóvenes que el auriga tomaba por la calle de Ayuntamiento, contra la costumbre establecida por lo que llamáronle la atención al negro, pretextando éste así lo hacía porque "estaban componiendo la otra calle".

Al detenerse el quitrín frente a la casa vieron con disgusto al alemán que por casualidad al parecer hacia ellas se acercaba para ofrecerles la mano, —muy fina y atenta costumbre de la época la de ayudar a las damas a subir o bajar del carruaje el caballero, amigo o desconocido, que pasare por la acera.

Y por el cambio efectuado, bien premeditado por cierto entre el calesero y el extranjero, confiadamente la hermana descendió primero, y al efectuarlo Avelina, la empujó violentamente hacia atrás con un brazo el alemán, mientras que con el otro alzaba el fuelle del quitrín, partiendo a galope tendido la pareja de caballos a la voz de "Arre, calesero", dado por el entrometido aquel.

La heroica joven salvó el honor debido a su valor, pues era tal la fuerza con que fué sujeta por el osado y mal fingido caballero, que temiendo él pudiera ella perder la vida al arrojarse del carruaje despedido éste cual una flecha como iba, de tal modo retuvo a la doncella que toda la vida conservó la púdica virgen en el pecho incrustada la huella del alfiler o joya con que aquel día se adornaba.

Personas que vieron pasar la exhalación me han asegurado que no comprendieron como la joven podía sostener el equilibrio, porque completamente el cuerpo fuera del quitrín, de fuelle alto éste como iba, suelto el cabello, —sin tiempo de concebirse siquiera— desaparecía ante los atónitos ojos la rápida visión digna de inverosímiles narraciones...

Mas la Providencia, Dios, acudió en su auxilio. Tranquilamente dos hombres de campo que a caballo venían platicando, al divisar la volante que en esta forma hacia ellos avanzaba, pensando lo que era lógico suponer, que serían caballos desbocados, atravesáronse con sus monturas en el camino para impedir continuara, porque los incesantes y más desesperados gritos de la joven ya en las afueras casi de la población así lo indicaba. Y con la mayor sorpresa vieron al detener la pareja de caballos del quitrín, al calesero y al viajero que saltaron escapándose por los matorrales, quedando dentro la casi enloquecida mujer en momentos que un respetable señor peninsular llamado don José Gómez, que a pie el camino de la Beneficencia descendía, dueño él de uno de los establecimientos de ropas más acreditados de la ciudad donde surtíase la familia, reconociéndola en el colmo del asombro, exclamó: "Avelina, usted aquí, hija mía."

Y del brazo la condujo cuando ya los perseguidores la alcanzaban, entregándola a sus familiares el también muy conocido y apreciado caballero don Basilio Tosca.

Delirante, loca, en una excitación horrible, con la cara, brazos y manos llenos de arañazos y adolorida por innumerables contusiones diseminadas por todo el cuerpo, así maltratada volvió al hogar, y a los seis días del suceso encaneció completamente, que de muchos casos como éste conoce la ciencia ocasionados por las emociones fuertes, como el inolvidable de María Antonieta que la historia señala.

Y para mayor fidelidad en lo que del relato queda, nos limitaremos ya a las noticias del periódico local.

"Sección Judicial.—En los criminales formados contra don Carlos Enrique D'Ahna y el negro José, criollo, por raptó violento de la señorita Avelina Coffigny, ha dispuesto el señor Alcalde Mayor segundo que por tres números consecutivos del periódico oficial de esta ciudad se convoquen las personas que

puedan dar razón del hecho y sus circunstancias para que dentro del tercer día y del último anuncio se presenten en el Juzgado a declarar lo que conste. Matanzas 28 de Diciembre de 1859.—Manuel Zambrana."

"4,000.—Con la suma de cuatro mil pesos se recompensa al que proporcione y se realice la captura de un hombre que dice ser alemán y llamarse don Enrique C. D'Ahna, cuya filiación es la siguiente: Alto de estatura, grueso regular, un poco inclinado de espaldas, color rubio subido, ojos azules y como de cuarenta años de edad; el cual fugó de esta ciudad a las nueve de la noche del 27 del actual con el negro José, criollo, por cuya captura se gratificará también con la cantidad de \$1,000; calle de O'Reilly 41 y Contreras 36, respectivamente. Matanzas, Diciembre 29 de 1859."

Al fin cayeron el alemán y el esclavo en poder de la justicia. El primero, recluso fué en el Castillo de San Severino; y el otro, el esclavo, al sufrir todo el rigor de las inexorables leyes que para los siervos que gravemente delinquían regían entonces, más le valiera no haber nacido.

Por lo pronto fué condenado por los tribunales de justicia a un *septenario*, que consistía en recibir cierto número determinado de azotes, un boca abajo, durante siete días en el lugar del hecho. Sentencia ésta que sólo en la mañana del primer día llegó a cumplirse, pues a tal extremo disgustó y contrarió a doña Catalina lo acontecido, que hubo que revocarla, entregándosele al fin el esclavo que pasó a su finca azucarera, el mejor castigo para los que en las ciudades residían al servicio de la casa.

Y de su agradecimiento por los dos hombres de campo que salvaron a su hija de sabe Dios qué ignominia, dió pruebas constantes durante su vida, pues no sólo los premió con fuertes cantidades en metálico, sino que también con bienes inmuebles.

Y por ser oficial la información, continuemos con el periódico, que entre otras diligencias oficiales publica un primer edicto de 18 de Julio de 1860, donde se ve la filiación exacta del individuo "en el raptó violento de la señorita Avelina Caffigny por don Enrique Carlos D'Ahna, natural de Baviera, vecino de la Habana, soltero, ingeniero civil, de trein-

ta y cinco años de edad, en unión del negro José, criollo, calesero", en ocasión de la fuga de D'Ahna del castillo de San Severino, citándole para que se presente en la Cárcel de esta ciudad por causa que se le sigue, etc., etc.

Libre ya la joven de todo peligro y cuidado por la evasión como se ve del audaz extranjero, evasión a que no fué ajena, dicen, la colonia de alemanes, ingleses y americanos que sostenían con sus casas de comercio establecidas en la ciudad un crédito formidable, por haber sido aquel hombre hasta el momento del suceso persona de toda consideración y respeto admitido en la mejor sociedad por su correcta conducta hasta caer en el inexplicable yerro; unos piensan que, seducido quizás por el gran caudal de la joven, concibió el raptarla, y la idea errónea de que una vez internado con ella en campo libre, aunque sólo por brevísimos instantes, celosa la niña de su buena fama hubiera consentido por este solo hecho en ser su esposa—que loco más temerario no pudo revelarse!

Excuso decir que el sentimiento popular exaltado por la ruidosa aventura del alemán, de seguida encontró pretexto para la inspiración de una bonita danza que titularon: "Pica, calesero". Pues ya sabemos que en mi país es la música pasión absorbente y que unida al baile ambas musas interpretan a maravilla el sentir del pueblo, obligando a la poesía casi siempre a rendir sus derechos.

Un año transcurrió. Todo pareció volver a su estado natural. Del alemán—ni los polvos! Pero del episodio quedaba aun mucho—lo esencial. Dadas las costumbres de la época, de la severidad de los tiempos coloniales tratándose de la mujer, se consideró una enormidad lo sucedido—no por la acción criminal, que de ella ya los jueces comprendían; sino por la moral, a la cual en el entender de aquel entonces, afectábala hondamente.

Cavilosa en extremo doña Catalina, preocupaba a esta buena madre, esclava de la honestidad y del decoro y del bien parecer hasta la exageración lo acontecido, pues la inocente niña jamás allentó al loco aquel ni en palabras ni en coqueteos ni con esas ligerezas tan frecuentes a veces en la mayoría de las mujeres que se ven en este sentido halagadas: fué ella siempre muy juiciosa y recatada y esquivada e inflexible en la

suave pendiente del amor, y por lo mismo de toda aviesa intención irresponsable.

Mas a la sociedad, cruelmente afrentada por el suceso habíala que satisfacer públicamente, y se pensó en una *rehabilitación*, frase casi sacramental y muy prodigada en aquella situación.

Y en efecto, promovida que fué esta rehabilitación por don José Miguel Angulo y Heredia, que muy a pecho tomó el asunto, partiendo de su respetabilidad y prestigios la idea y la iniciativa y después de convencer y no poco a doña Catalina, que a ello oponíase con muy atinadas razones, efectuóse esta reivindicación en el Liceo de Matanzas, situado entonces, ya dije, en el callejón de San Severino; y reunido allí una noche cuanto en Matanzas significaba y valía, del brazo de don José Miguel Angulo y Heredia penetró en aquellos salones la inmaculada Avelina a los acordes de la marcha real—que todo parecía poco para compensar a la joven de la inmerecida ofensa—y sentada en una estrada en una especie de trono ante ella desfíló para cumplimentarla la sociedad entera allí congregada.

Oh! mi Dios, cuánto fortalece al alma el hermoso cuadro! Cuánto no dice!... Y cuánto no supone lo acaecido en todos los tiempos, donde la mujer debe ser considerada vaso incorruptible, flor delicada, a través de las innumerables civilizaciones que señalan la huella de los siglos.

Aunque a muchos haga reír, hay que pensar en la honorabilidad, ilustración y gran capacidad de don José Miguel Angulo y Heredia para alejar toda idea vulgar y ridícula de la demostración efectuada.

Honor a ellos, a esta época, donde así esclarecida y admirada, reinaba intensa y delicadamente, sin dejar de ser flor y sin dejar de ser mujer la virgen sin mancha, como nos la presenta la religión de Cristo, en eterno dogma de inmensa poesía.

También de otro caso parecido ocurrido después tuve noticias, aunque no de tanta trascendencia como el narrado, porque parecen eran propios de los extranjeros estos *raptos* de extravagancias más que de locura, pues un joven inglés de una de las más fuertes casas de comercio aquí establecidas enamoróse exaltadamente de otra joven muy bella, rica y recatada, que

al mister desde el primer momento desdeñó, y no encontrando éste modo alguno de acercamiento y ni aun de poderla ver, sino cuando ella por la tarde asomarse al balcón solía; concibió desesperado la idea de sobornar al carbonero que a la casa proveía y que con la recua y fardos a la hora de costumbre—la meridiana—a la vivienda llegó a la hora de estar las damas sentadas en la saleta entretenidas en labores de aguja, pasando mi hombre ante ellas con los fardos al hombro y el ennegrecido y auténtico traje, móvil principal del soborno, sin llamarles la atención, sin despertar recelos; hasta que al llegar a la cocina y descubierto que fué por una de las criadas que desafortadamente gritó: el inglés! el inglés!, tal pánico despertó, tal espanto las voces de la negra, que despayoridas corrían las doncellas de un lado a otro de la casa buscando donde refugiarse, perseguidas por el falso carbonero para caer a los pies de la ingrata y hacerle nuevas protestas de su desdichado amor. Pero, señor, que modo tan raro tenían aquí de querer los extranjeros!

Volvió la señorita Coffigny —*Avelinda* como la llamó el poeta— a reanudar su vida anterior. La sociedad la dispensó las mayores deferencias: aureoleada por la novelesca aventura despertaba el mayor interés y curiosidad—que son estos acaecimientos en la vida de las mujeres románticos en demasía— hasta que a la muerte de doña Catalina emprendió un gran viaje al extranjero con la hermana que fué su inseparable compañera.

Y fijó al fin su residencia en París durante largos años, perseverando siempre en su obstinada y voluntaria soltería y quizás si de ello tuvo culpa la malhadada aventura, que no sé hasta qué punto la llevó, si no a despreñar, por lo menos, a serle temibles los hombres, que a ella no renunciaron, a pesar de lo ocurrido, pues es el caso que dicen, que, desde la brutal acometida quedó cambiada, notándosele en el carácter, a pesar de su corrección exquisita, una como cierta indiferencia y mal disimulado hastío.

Vaya uno a penetrar en los misterios y delicadezas del alma de una mujer, y de una mujer castísima sobre toda ponderación como fué nuestra heroína.

Regresó de París ya muy anciana y más acaudalada a su

ciudad natal. Ocupaba siempre la bella mansión donde falleció el 24 de Mayo de 1916 la intachable y muy respetada y caritativa señorita, pudiendo de ella pensarse,—al verla serena, tranquila y sosegada,—con aquel inspirado autor que fué de un hermoso paisaje complicado y difícil titulado “la tempestad en el lago”.

Nació Luisa Avelina, que así se llamaba, en Matanzas en 6 de Julio de 1832.

CAPITULO XII.

El entierro de José Jacinto Milanés y otras noticias de su vida.

A estos acontecimientos a que me refiero pertenecen también tristes sucesos —que sí los hubo muy tristes y sombríos!...

Por orden cronológico trataremos ahora de la muerte de José Jacinto Milanés y su espléndido sepelio verificado en la tarde del domingo 15 de Noviembre de 1863. Había fallecido la víspera a la una del día. Hacia veinte años que el poeta, cuerpo sin alma, vegetaba en su hogar y la terminación de la dolorosa crisis atrajo a sus innumerables admiradores, que inspirados en igual sentimiento de cariño y respeto rindieron inolvidable tributo al hombre aquel que antes de morir ya había muerto y que ese día llevaban a enterrar.

El fantasma que durante dos décadas paseaba por las calles de Matanzas, aquella figura que día tras día evocaba un mundo de ideas melancólicas y despertaba el mayor interés —y que la preseverante solicitud de una familia abnegada hasta un grado heroico veneraba y protegía— desapareció al fin, dejando tras sí un rastro indeleble y luminoso de su especial misión.

Porque misión y muy grande fué la de cantar a la par que amores en las bellezas del patrio suelo, los anhelos secretos de una presentida libertad que sereno y confiado proveía, con esa adivinación sólo concedida a las inteligencias superiores, a los seres enfermos de exquisita sensibilidad.

La poesía brotaba de su lira fácil, sencilla, fresca, inmaculada, ingenua; de su corazón a su adorada sentimientos ternísimos; de su fantasía dramas de capa y espada por infalible

atavismo; de su estilo flores selectas; de su patriotismo oculto, contenido, aherrerojado, vibrantes y mal disimulados conceptos en clandestinos cantos; —y por iguales partes inmoladas las porciones del poeta, el enamorado y el patriota, tuvo el martirio de conocer de todas las negaciones.

Contrariado, sorprendido, apasionado, místico, creyente, soldado de la idea en la estéril contienda, sin fuerzas para luchar y vencer ante el abismo de *la inexplicable nada*, como él dice, evaporóse como el humo su concepción artística y mental, anegada tal vez en atmósfera vulgar e incomprensible a sus miras; apreciándose por eso de sus composiciones al lado de irradiaciones sublimes, caídas y flojedades inexplicables; al lado de metros perfectos, vulgares discrepancias; de depurados conceptos inoportunas discordancias; presagiándose de estas nebulosas parciales, la pérdida por completo del privilegiado cerebro. Pobre José Jacinto!...

Por otro lado y por fatalidad muy grande, siguiendo ajenas inspiraciones y sabios consejos de buena fe prodigados por alguien árbitro entonces en lides literarias, tornóse su lira, en esa que se llama su segunda época, acre, huraña, regañona; desempeñando con elevados fines sociales y por consejo de Domingo Delmonte, su mentor, el escabroso papel a él recomendado y tan ajeno a su carácter de moralizador de costumbres y de descubridor de asquerosas llagas con el saludable propósito del eficaz cauterio, y al reprimir y vituperar el poeta en el triste cortejo de *La Ramera*, *El Ebrio* y *La madre impura*, jugadores y pródigos en lujo desordenado, una a una, cosas tan viejas como el mundo; el obligado desfacedor de entuertos no lo hizo bien, perdiendo así el inefable encanto, la inmensa poesía de la primera época de sus rimas.

Y de ese encanto va la prueba cuando dice:

No: yo he de andar a mis anchas
una campiña florida,
por ver del alba querida
la faz virgen y sin manchas.

Verla en oriente lucir
diáfana, rosada, bella,
como una casta doncella
que enamora al sonreír.

.....

Vedla rejuvenecerse,
vedla rodar en el río,
brillar pura en el rocío
con los árboles mecerse.

Arrastrada en el reptil,
fiera y alzada en el bruto,
dulce en el colgado fruto,
risueña en la flor gentil.

.....

Ya una errante mariposa
con su matiz me atraía,
ya olvidado me ponía
a contemplar una rosa.

Siempre alegre,—ya se ve,
nunca entonces cavilaba,
ni mis cejas arrugaba
algún triste no sé qué.

.....

Con todo, mis cicatrices
se ensangrientan y suspiro
a donde quiera que miro
dos amadores felices.

Y aun con menos ocasión:
si oigo el suspirar alterno
de dos palmas, en lo interno
se me angustia el corazón.

Si en un ramo miro a solas
dos aves cantar querellas,
si relucir dos estrellas,
si rodar dos mansas olas,

Si dos nubes enlazarse
y por el éter perderse;
si dos sendas una hacerse,
si dos montes contemplarse.

Me paro, y con ansiedad
recuerdo que a nadie adoro:
miro tanto enlace y lloro
mi continua soledad.

Aquel complicado papel, pues, no cuadraba a su natural pacífico, dulce y sencillo, y por eso errado intérprete había de ser de las malas pasiones para señalarlas y fustigarlas, de los arcanos del vicio desconociendo en su intachable vida, aun como simple espectador, las profundidades del revuelto torbellino.

Así fué que equivocadas las aguas, extraviado, perdido en el inmenso piélago —errante— halló, de su corazón interesado después en dulce ilusión, el desengaño inclemente que destrozó sus aspiraciones; de su lira inacorde, desafinados sonos; y de su patriotismo en campo yermo, obligado a callar, la remota o ninguna esperanza!

Al santuario de su hogar no llegaron las impurezas de la vida y en el escenario de su propia existencia sólo tuvieron cabida las naturales expansiones, los puros goces de familia. Sin conocer el terreno ¡cómo tratar con acierto de cosas que no sabía, vedadas en su diáfana y elevada existencia?

Publicados en otro lugar por mí todos los detalles del triste secreto de sus amores, no quiero en estas Memorias repetirlos limitándome a dar a conocer otros también muy interesantes su vida. (1)

(1) Véase la Revista histórico, crítica y bibliográfica de Literatura Cubana.—Tomo I.

Y reflejo de esa vida y de ese hogar, de esas aspiraciones, de una casi infantil alegría, es la carta que a su padre escribe y que a continuación transcribo, cuando nervioso y en situación espectante con respecto al extremo de su drama, a su progenitor dice:

Sr. D. Alvaro Milanés, en el Cafetal San Clemente.—Matanzas y Agosto 31 de 1838.—Mi querido papá: el sábado pasado no pude escribir a causa de que en el correo me vinieron cuatro cartas de la Habana, cuya contestación urgía, pero hoy que me hallo más desocupado le escribo con el mayor gusto.

Ustedes parece que gozan por allá de abundantes lluvias: por acá nada de eso: se forman los nubarrones todas las tardes y parece que va diluviar, pero cuando más dejan caer algunas gotas las nubes y desaparecen. Como llueve por los alrededores, refresca algo por la noche, que a no ser así nos abrasaríamos.

En cuanto a mi drama ya me ha escrito Domingo, me tiene vendido todo y todo viene a importarme catorce onzas que dice las tiene ya en su poder. Esta cantidad, aunque parece corta en comparación de aquellos cálculos que hacíamos, es muy regular y equitativa según me escribe Delmonte con respecto al estado mísero en que se halla entre nosotros el teatro. Yo estoy contento, porque efectivamente del modo que ha hecho Domingo percibo esos doscientos treinta y ocho pesos, sin que me cueste dar pasos ni andar en carreras. El me ha escrito también que la venta es la más ventajosa que se ha hecho aquí ni en España, y ya usted ve que esto bueno es. Para el día 15 de Septiembre se va a representar en la Habana el drama, y Delmonte y don Antonio Rosal que es quien compró el derecho de representación me mandan decir vaya a la Habana ocho o diez días antes de representarse para que atienda a los ensayos y vea si no hay nada que quitar y poner. Yo no pienso en esto, porque para ir tendría que aviarme y hacer costos y además ustedes fuera y es preciso haya quien cuide la casa.

Un tal Ramos que ha comprado la impresión le dijo a Domingo va a hacerla de todo lujo y me regalará algunos ejemplares. De modo que en cuanto lleguen dichos ejemplares, les mandaré un Conde Alarcos para que lo lean.

En el Album que viene dicen va a salir un juicio de Palma

sobre mi drama, y en cuanto venga el Album, se lo mandaré también.

Echeverría me ha convidado a entrar en el Plantel como usted sabe: ya se ha publicado el prospecto y en tres días hay ya más de treinta suscriptores. Me parece que esta publicación echa abajo todas las otras. Echeverría me ha ofrecido escribirme muy pronto lo que me da el impresor por mi colaboración. Con esta entrada y lo que ha dado el drama, no se empieza tan mal la carrera literaria.

Federico está acabando su drama y yo me voy a dar prisa para copiárselo que ya lo están pidiendo de la Habana con instancia.

El otro drama mío lo sigo siempre escribiendo y en cuanto esté irá volando para la capital.

Se me olvidó decirle que don José Modesto de la Vega me escribió en días pasados una carta dándome la enhorabuena por mi drama y junto con la carta me mandó un regalo: las obras de Martínez de la Rosa.

Me alegraré que mamá engorde muchísimo, y sin duda lo conseguirá aprovechando en pasear los días que no llueve y bebiendo mucha leche. A Teresa dígame no trate de engordar, porque si viene como la mujer de Sotomayor o como otra petaca así, después le costará trabajo enflaquecer. Y dígame también que escriba con frecuencia, porque sus cartas no tienen ninguna ortografía.

Todos estamos buenos y satisfechos y la única novedad que hay en la casa es que echamos abajo el cuarto donde dormía Serafina, porque se estaba cayendo y cuando ustedes vuelvan se quedarán azorados de ver tan largo el patio.

Las muchachitas están muy quietas y no nos dan mucho que hacer.

Ayer tuvimos a Anita aquí y por poco le da el patatús de costumbre. Pero se escobilló los brazos y se paseó un poco, y nada más hubo. ¡Qué Anita!

En fin, mi querido papá, memorias a todos, un beso a mi ahijada, y mamá y usted echen la bendición a su obediente hijo.

J. J. Milanés.

Después todo esfumóse: versos, teatros, ilusión, ensueños y quimeras; sólo restó el drama, el drama privado de su propia existencia—terrible y angustioso; y los primeros síntomas de esa indiferencia glacial, enfermiza, presentida en otra epístola a la autora de sus días, cuando en busca de salud se ausentó por breve tiempo al cafetal "La 'Asunción'" de don Félix Quintero, situado en Paso Seco, inmediato a Camarioca, invitado por dicho señor a ver si el cambio lograba reanimarle y distraerle de la intensa melancolía. Allí permaneció en compañía de su padre poco menos de un mes, avivando la soledad en que vivieron el extraño malestar. Entonces a ella escribe:

Sra. Da. Rita de Fuentes.—Matanzas, Julio 23 de 1848.—
Mi querida mamá: nada he escrito desde el momento en que salí de esa, porque la verdad he tenido pocos deseos de escribir; pero ahora lo hago para decir a usted y toda la familia lo bien que lo pasamos papá y yo en esta alegre finca, en donde parecen moran la tranquilidad y la alegría. Esto no es decir que yo deje de estar triste algunas veces: casi siempre lo estoy, pero al fin creo que se me pase y logre estar contento. Dice papá ha recibido su carta de usted y el saco para la ropa usada que he de mandar los sábados; pero que la primera la llevarán los nietos de don Félix que están aquí y se van el jueves. Papá no le escribe a usted porque hoy ha habido muchas visitas y no ha tenido lugar. Las navajas que le he encargado a Federico y el jabón de olor me los mande en primera ocasión. Memorias a todos y usted querida mamá no se olvide de su hijo, *J. J. Milanés*.

Ambas cartas, las únicas que de sus progenitores se conservan, escritas en la mayor intimidad, muestras inequívocas son de su sencillez, bondad, respeto y sumisión filial, y hasta de su carácter bromista la primera, porque lo fué y muy mucho en sus días bonancibles—en verdad tan breves!

También de fecha anterior es esta otra, irónica por demás, que, a un íntimo amigo y entusiasta admirador envía y donde ya se advierte el extraño desvarío, cuando por motivo inexplicable del siguiente modo se explica:

Sr. D. José Antonio Echeverría.

Matanzas y Enero 7 de 1843.

Mi querido amigo: la causa de ponerle a usted el dictado de señor don es por cierta seriedad que advierto en usted ocasionada del largo silencio nuestro: usted no me escribe, yo no le escribo a usted, ambos por estar ocupados en nuestras respectivas tareas, de modo es que todo esto me va indicando que va usted entrando en humos de señoría (dispense usted lo inarmónico de la frase) y porque al fin y al cabo ser administrador de un ferrocarril debe dar al hombre que lo ejerce un no sé qué de magisterio, con el cual, —la verdad sea dicha— cumple usted muy airosamente. De todo ello me doy mil enhorabuena, y el impulso de su propia carrera, hallará en mí siempre quien lo apresure y lo lleve a su término.

No ha querido usted venir estas pascuas ni en Reyes por estos vericuetos: muy bueno: como si no hubiese por acá quien sintiese tenerlo ausente y darle un abrazo de amistoso afecto. En fin, no añado más, porque le robo el tiempo, y los negritos, los negritos le tienen a usted muy caviloso. Esas cavilaciones le honran a usted.

Adiós, mi querido amigo: memorias a la familia: memorias a Domingo, que tampoco me dice palabra: a Valle, a tutti.

Mande usted a su apdo. amigo, *servo vostro*

J. J. Milanés.

Estas alternativas culminaron en crisis tremendas, desesperadas cuando así exclama en el siguiente vibrante apóstrofe entre sus papeles inéditos encontrado:

Oh! Fatalidad!

Por qué me diste, Señor,
un alma triste y sensible
esclavo de un imposible
por los lazos del amor.
Mi tormento, mi dolor

no la mueve a compasión,
sin su amor, sin su pasión,
encuentro el mundo vacío.
Para olvidarla, Dios mío,
arráncame el corazón.

Sabido de todos es cuánto se hizo por salvarle. Por esa misteriosa tristeza, por esos diversos estados de ánimo, sus amigos y don Simón de Ximeno pensaron en un viaje a los Estados Unidos y a Europa, que sufragaron, como se verá a continuación por la carta de D. Benigno Gener, además de la lista de la suscripción.

Matanzas, 8 de Febrero de 1848.

Sr. D. Federico Milanés.

Mi estimado amigo: El estado de salud en que hemos visto hace algún tiempo a tu hermano D. Jacinto ha preocupado vivamente a nuestro público en general, y sus amigos, condiscipulos y paisanos han seguido el curso de su restablecimiento con la ansiedad del cariño y del amor patrio interesados en la conservación de un amigo querido y del poeta que ha honrado a su patria haciéndola partícipe, por sus bellas producciones, de las glorias literarias que disciernen los pueblos ilustrados de Europa, y que ha esparcido las semillas del buen gusto y de las sanas ideas en este suelo que sólo necesita de semejantes cultivadores para ofrecer frutos de ilustración y de verdadero progreso.

Movidos por estas razones de poderosa simpatía y considerando que un viaje a Europa aseguraría su completo restablecimiento, un número de amigos y admiradores suyos me encarga te remita la adjunta suma de cuatro mil pesos, que destinan a costear el viaje de tu hermano el Sr. D. Jacinto y también el tuyo, pues esperan que a más de tu amor fraternal te considerarás obligado a propender por tu parte al buen éxito de un asunto en que creemos directamente interesado al país.

Es esta, pues, una obra de amor y de gratitud para la cual pedimos francamente tu cooperación, tanto para su verdadera interpretación, como para llevarla debidamente a efecto. Espe-

rando una respuesta favorable queda tuyo sincero amigo,
q. b. t. m.,

Benigno Gener.

DEPÓSITO DE MILANES.

<i>Recibido de los</i>	<i>Pesos</i>	<i>Reales</i>
Sres. D. José Baró	102	"
" " Ambrosio C. Sauto	51	"
" " Marcos del Pino	51	"
" " Francisco Roget	51	"
" " Agustín Kobbe	51	"
" " Broderus Alber	170	"
" " Francisco de la Torriente	34	"
" " Santiago de la Huerta	17	"
" " Andrés Calvez	4	2
" " George W. Brinckerhoff	102	"
" " John Bailey	51	"
" " Adolfo Brodermann	34	"
" " J. B. Coffigny	17	"
" " Ernesto Aleo	102	"
" " Miguel Aleo	102	"
" " Guadalupe del Junco	102	"
" " Benigno Gener	102	"
" " Manuel Delgado	51	"
" " Pedro José Guiteras	102	"
" " Ramón Campuzano	51	"
" " Antonio Guiteras	102	"
" " Francisco Hernández Morejón	102	"
" " Isidoro Hernández Morejón	68	"
" " José Loreto Hernández Morejón	51	"
" " Saturnino Hernández	51	"
" " Laureano Angulo	51	"
" " Vicente del Junco Morejón	51	"
" " Simón de Ximeno	510	"
" " José Padrines	51	"
" " Juan Padrines	51	"
" " Ramón Brufau	34	"

<i>Recibido de los</i>	<i>Pesos</i>	<i>Reales</i>
" " Salvador Castañer	51	"
" " Pedro Hernández Morejón	102	"
" " Ignacio Hernández Morejón	51	"
" " Carlos Rueda	102	"
" " Ignacio Rueda	51	"
" " Ramón Estévez	51	"
" " Plutarco González	34	"
" " José Tomás Ventosa	102	"
" " Hereberg y Casas	51	"
" " Jaime Rivas	51	"
" " Francisco Junco y Morejón	51	"
" " Francisco Cassá	34	"
" " Eusebio Guiteras	102	"
" " Ramón Guiteras	102	"
" " Pedro A. Alfonso	17	"
" " Manuel del Portillo	51	"
" " José Miguel Angulo y Heredia	51	"
" " Ramón Martínez	34	"
" " Gonzalo y Ambrosio Morejón	102	"
" " Francisco de la O. García	102	"
" " Fernando Hernández	51	"
" " Francisco Otero	17	"
" " Justo Lamar	51	"
" " Salomé Hernández	51	"
" " José Francisco Lamadrid	51	"
" " Francisco de Cárdenas	17	"
	<hr/>	<hr/>
	3,999	2

Matanzas, a 10 de Febrero de 1848.

Benigno Gener.

También por unas cartas de D. Simón de Ximeno a Federico que más adelante publicamos y que escribió Ximeno durante el viaje de ambos hermanos, vemos que a pesar de la difícil situación creada por el capricho amoroso de José Jacinto, resalta entre los detalles financieros, el paternal interés de aquél,

facilitándoles—preocupado y advertido—los medios de obviar dificultades: que a todo atendía y proveía con el mayor celo y eficacia.

Y aunque la familia de Milanés guardábale como cierto resentimiento que siempre fué secreto, por lo que ella esperaba de él, no sólo por las pretensiones amorosas de José Jacinto; sino por sus méritos proporcionándole a éste una carrera facultativa, bien se echa de ver que en aquellos tiempos de mercantilismo y de moral utilitaria, a los padres de familia poco entusiasmaban ni seducían *los poetas o el ser poeta*. Y con el claro sentido de las cosas como en alto grado poseía don Simón, no la erró al juzgar hasta donde podía alcanzar— según el criterio de la época— su sobrino político José Jacinto, dado su especial carácter y sus tendencias. Y de elegir carrera ¿cuál hubiera sido la preferida de uno y otro? ¿Cuál la vocación de José Jacinto? ¿Cuál la del éxito?

Ah! él no hubiera sido más de lo que fué.

Veamos a continuación las cartas de don Simón a Federico Milanés, hermano del poeta y triste compañero de este viaje.

Matanzas, Junio 21 de 1848.

New York.

Mi estimado Federico: con gusto he recibido tu carta de 26 de Mayo, pues en ella veo lo que me dices de Pepe de las esperanzas que ofrece su restablecimiento; Dios haga ese milagro que tantos contentos producirá.

Adjunta te incluyo una libranza de quinientos pesos sobre Filadelfia pagada en New York al cargo de Geo. R. Aires y Ca. para que no tengas necesidad de librar sino en algún caso extraordinario, pues avisándome siempre con tiempo te tendré repuesto de lo necesario, para los gastos; sin embargo de lo expuesto te incluyo una carta de recomendación para don Leonardo Santos Suárez (1) con objeto de que garantice tus

(1) Don Leonardo Santos Suárez fué diputado a las Cortes españolas en 1823 con el Padre Varela y don Tomás Geuer y obligado a huir con ellos a los Estados Unidos, donde se estableció. Casó allí con una hija de Peter Harmony.

libranzas a mi cargo, en caso de ofrecérsese librar, y que pagaré aquí o en la Habana, como te sea más cómodo.

Quedo impuesto de los demás particulares a que alude tu citada carta y que observas con gusto todo lo espléndido de ese suntuoso país.

Nada se ofrece de particular por acá, nuestras familias permanecen buenas, y ya te escriben. Ustedes consérvense buenos, hazle mis recuerdos a Pepe, con memorias a los Guiteras y señoras; dispon siempre de tu amantísimo

Simón de Ximeno.

Tus cartas irán dirigidas siempre a la casa de Peter Harmony y Ca. (1): procura abonarles los portes y encárgales donde te los remitan cuando no estés en New York.

Esa libranza te la puede cobrar don Leonardo y dejar su importe en su poder, para recibirlo según lo vayas necesitando.

Sr. D. Leonardo Santos Suárez.

New York.

Matanzas, Junio 21 de 1848.

Muy señor mío y apreciable amigo: mi sobrino político don Federico Milanés, a quien usted ya conoce y hasta le ha hecho servicio, será el portador de la presente, y me tomo la libertad de recomendárselo eficazmente para que tenga la bondad de atenderlo en cuanto sea posible, rogándole también se sirva garantizarle las libranzas que se le ofrezca girar a mi cargo, en el concepto de que serán satisfechas a la vista aquí o en la

(1) Bajo el nombre de Peter Harmony se conoció en su época a un rico comerciante establecido en New York, y que, no era otro sino un español llamado Pedro Ximénez, que por un siniestro marítimo fué a recalar a los Estados Unidos, donde hizo allí una cuantiosa fortuna rodeado de los mayores prestigios, variando con *la traducción* nombre y apellido, pues parece ser que el Ximénez pronunciado en inglés algo de Harmony suena—por lo que este señor, al regresar con los años a España y adquirir allí grandes viñedos, volvió a ser lo que era, Pedro Ximénez, a la vez que afamado cosechero.

Habana; favor que le sabré agradecer y en que en nada perjudicarán los intereses de usted.

Mi hijo Antonio está en marchar para ésa en todo el próximo mes quizás y allá lo tendrá usted para que me lo cuide y dirija en lo que se ofrezca.

Consérvese usted bueno en unión de su apreciable familia, reciba los cumplimientos amistosos de la mía y disponga como guste de su atento servidor y amigo

Q. B. S. M.

Simón de Ximeno.

Matanzas. Noviembre 10. de 1848.

New York.

Mi estimado Federico: con fecha 21 de Junio último te escribí y después he tenido el gusto de recibir tu segunda carta de 16 del que feneció y consecuente a lo que me insinúas con respecto al viaje a Europa, soy de opinión que deben verificarlo saliendo directamente de ésa para Cádiz, Málaga, Algeciras o Gibraltar, pues en la estación y circunstancias presentes, de invierno y revoluciones ningún punto les adecuía más, que los dos primeros citados o Sevilla, para residir; y así creo que te resolverás a adoptar mi idea; avisándome oportunamente y por duplicado del punto para que salgas, a efecto de ponerte fondos allí inmediatamente, y por si no llegaren a tiempo y tuvieren alguna necesidad preséntate con ésta que servirá de carta de crédito a mis amigos don Ramón Cózar, de Cádiz, o don Valentín Martínez, de Málaga, que te facilitarán lo que puedas necesitar ínterin llegue mi remesa de fondos. Después de pasado el invierno y las cuestiones que existen en Europa podrás pasar adonde te agrada y convenga.

Adjunta te incluyo una libranza de quinientos pesos al cargo de Mr. Daniel Curtis, Jr., de New York, para que tengas con que pagar los pasajes y el sobrante te servirá para los gastos ínterin recibas los fondos que te remitiré.

De la manera que tú me propones la adquisición de fon-

dos no me parece bien ni fácil, además de lo expuesto que sería pasar por diversas y desconocidas manos cantidad de consideración; como yo he pensado será fácil, cómodo y seguro.

Me alegro infinito de los progresos que hace Pepe en su salud y deseo tantísimo que se reponga enteramente y regrese en todo cabal; diviértanse mucho y saquen cuanto partido prestan los viajes a los que saben observar; mi familia ha regresado hoy de Camarioca, contenta y saludable, reciban tú y Pepe sus caricias, disponiendo siempre del cariño afectuoso de su amantísimo.

Simón de Ximeno.

No escribo a Antonio porque lo considero de viaje para ésta. De José Manuel acabo de tener carta de Madrid y está bueno.

P. D. Si al fin determinas hacer el viaje a Europa por Inglaterra, puedes librar desde ésa a mi cargo lo que necesites llevar hasta llegar a España, o como te parezca, tus letras las garantizará la casa de Santos Suárez, pues antes te mandé una carta de crédito para ese señor.

Vale.

Noviembre 9 de 1848.

Matanzas, Marzo 12 de 1849.

New York.

Querido Federico: tengo en mi poder tus gratas cartas de 30 de Noviembre y 23 de Febrero, viendo por la última la resolución de viaje para el Havre y seguir a París; me parece mal punto de recalada en la actualidad por los tumultos que aun se experimentan allí cada día, pues aquello no se apacigua, sabe Dios hasta cuando.

Según me encargas adjunto te incluyo una libranza de cuatrocientos pesos sobre esa plaza al cargo de Ebenr. Stevens' Sons par los gastos del viaje y demás hasta llegar a París, y también te incluyo otra libranza de ciento cincuenta libras (\$666) sobre Londres al cargo de Trichling y Goschen, que al

once por ciento ha importado setecientos treinta y nueve pesos dos reales; he creído lo mejor mandarte esa letra por más segura y que donde quiera que estés la podrás negociar y tener su importe en efectivo cuidando de sacar interés del cambio, pues en todas partes lo tienen las letras sobre Londres y quizás te producirá los mismos 739 \$ 2 rs. que ha costado aquí o poco menos.

También te incluyo una carta de recomendación para mi corresponsal en París don Tomás de Ortiz, a quien se le dirigirán todas tus cartas, ínterin permanezcas allí, y luego que llegues me dirás lo que necesites: las remesas de fondos siempre te las haré en letras sobre Londres, que así es siempre dinero en Francia, España y en todas partes, pues así lo hago yo, cuando tengo que remitir a mis corresponsales de esos puntos, tanto que hace dos días remití doscienta libras a Ortiz.

Si no te alcanzaren los cuatrocientos pesos de la libranza sobre ésa, para los gastos hasta París, puedes pedir lo que creas suficiente a la casa de don Leonardo, dándole libranza a mi cargo a la vista.

Me alegraré que tengan un viaje feliz; que la permanencia en todas partes sea lo mismo y que Pepe acabe de restablecerse completamente. Reciban expresiones de toda la familia que permanece siempre buena y dispón como gustes del afecto de tu amantísimo

Simón de Ximeno.

Acúsame pronto recibo de estas cartas para mi gobierno.

Antes te mandé una recomendación de Ernesto Aleo para sus hermanos en París.

Sr. Tomás de Ortiz.

París.

Matanzas y Marzo 12 de 1849.

Muy señor mío: mis sobrinos don Federico y don José Jacinto Milanés (hermanos) serán los portadores de ésta, que

pasan a ese país por hallarse viajando, y he de merecer a usted que los atienda, dirija y aconseje en lo que se les ofrezca: en caso de necesitar de hacerse de algunos fondos para los gastos personales, le agradeceré también se los facilite supliéndole o garantizándole las letras que giren a mi cargo, en el concepto de que serán satisfechas a la vista; sirviendo a usted esta carta de garantía.

Los Milanés son jóvenes apreciables en todos sentidos y usted lo conocerá así, si se digna tratarlos y favorecerlos con su buena amistad y consideración: cuanto usted haga en obsequio de ellos aumentará el número de favores a que soy su deudor, quedando siempre su atento servidor y amigo

Q. B. S. M.

Simón de Ximeno.

Federico.

En la Escuela Central de París los muchachos Eustaquio y Eugenio Pimienta (1), que están estudiando para ingenieros, te podrán dar razón de la casa de don Tomás Ortiz, que él paga sus pensiones por mi cuenta.

Visita a esos muchachos en mi nombre, dale mis memorias y procura imponerte de su estado de adelantos, conducta y demás para que me informes de todo, pues tengo interés en el adelanto de esos muchachos; trátalos con la frecuencia que puedas, etc.

Matanzas, Marzo 12 de 1849.

París, 29 de Mayo de 1849.

Mi muy estimado padrino: la antevíspera de nuestra salida de New York para Liverpool, escribí a usted acusándole el recibo de su carta de 12 de Marzo próximo pasado. Con ella recibí

(1) Estos jóvenes, Eustaquio y Eugenio Pimienta, eran hermanos de Santiago el fusilado con Plácido en Matanzas cuando la conspiración de 1844 y hermanos a su vez de Gabriela, la casada con el dentista Dodge, también fusilado con el poeta. Por lo que don Simón, aterrado y conculido como quedó del trágico suceso, celoso de la suerte y porvenir de sus pupilos, a Francia los envió, distinguiéndose dichos jóvenes por su buen proceder y sobre todo Eugenio que, por su capacidad hablaron de sus exámenes y con elogios los periódicos de la época. Llegó a ser un notable químico azucarero.

dos letras, una de cuatrocientos pesos sobre New York al cargo de Ebenr. Stevens Sons y otra de ciento cincuenta libras sobre Londres a cargo de Trichling y Goschen. De dicha carta de 12 de Marzo, acabo de recibir el duplicado aquí, que presumo habrá sido remitido de New York por Pancho.

Además de los 400 pesos que cambié en New York por moneda inglesa, y de los que pagué 240 pesos por nuestro pasaje, pedí a don Leonardo 50 pesos para algunos más gastos que allí tuve que hacer.

Llegamos a Liverpool, siempre con mal tiempo a los 13 días y a los 14 a Londres. En esta inmensa y grandiosa capital estuvimos 6 días que son bien pocos para admirar una población cuyo número de habitantes pasa de 2 millones, cuya suntuosidad es tal que posee dos paseos por debajo de su río como el Támesis, y cuya riqueza se puede calcular con ver la Tesorería donde entran y salen cada año 65 millones de libras.

De Londres a París nos pusimos con mucha comodidad en 3 días y ahora nos tiene usted viviendo a tres cuarto de hora de la ciudad, de donde nos mudamos por lo caluroso de la estación, el incremento del cólera y los amagos revolucionarios de las últimas asambleas. Por fortuna lo que es el cólera y las tentativas de los enemigos del orden ya están muy disminuidos, pero en el punto donde estamos tenemos mucho mejor aire, vivimos algo más barato y podemos ir y volver de la ciudad a cada instante y a cualquier hora.

He tenido el gusto de recibir carta de José Manuel que me escribe de Madrid. Nosotros lo veremos en Agosto probablemente.

Con la letra sobre Londres tendremos fondos suficientes para pasar aquí los meses de Junio y Julio y quedarnos un sobrante de 300 y pico de pesos. Ahora, a fin de que nunca nos veamos apurados por falta de dinero, remítame usted por el primer conducto una letra de 500 pesos que girará usted sobre Londres, si le parece el punto más conveniente, y con cuyos fondos pasaremos a España.

Pepe se ha robustecido aun más que en los Estados Unidos con este viaje, Reciba usted y su familia sus memorias cariñosas con las de su aftmo. sobrino

Federico Milanés.

Matanzas, Julio 10 de 1849.

París.

Mi querido Federico: con gusto he recibido tu carta de 29 de Mayo último, que me impone de cómo hicieron el viaje hasta París, que fué todo con felicidad disfrutando de buena salud, y gozando constantemente de los prodigios que se admiran en esos países por donde han transitado; pareciéndome si que hicieron mal en permanecer tan solamente seis días en Londres, cuando debieron estar lo menos un par de meses, y no hubiera sido mucho para conocer algo la gran ciudad del mundo. Veo donde se han situado a la orilla de la gran Villa, y me dices se encuentran allí tan bien hospedados; me parece han hecho bien ponerse fuera del bullicio y riesgos a que se viven expuestos en esa capital, por las circunstancias actuales.

Me dices que has recibido carta de José Manuel y que para Agosto piensas ir a Madrid, me alegraré que a Pepe allí y en todas partes le vaya de mejor a mejor.

Me pides una letra de quinientos pesos, adjunta te la incluyo de ciento cincuenta libras sobre Londres al cargo de Trichlings y Goschen, que es más, y así tendrás sobrante para algún tiempo en España, ínterin recibas fondos directos allí, pues será fácil llevar en letras lo que te sobre en París.

Tu carta de 3 de Abril de New York llegó oportunamente y quedé impuesto de cuanto me decías, habiendo satisfecho en seguida los cincuenta pesos que te suplió don Leonardo.

Pancho llegó a aquella ciudad pocos días después de la salida de ustedes, y permanece muy contento y satisfecho. habiéndose fijado en Bristol R. I. para perfeccionarse en el idioma y seguir después sus viajes por todo el país.

Hazle visitas de mi parte al señor de Ortiz, que me ha escrito tan fino con respecto a ustedes, igualmente a la hermana de Aleo, a Miguel y su cuñado, con memorias a los Pimientas, que también me han escrito de ti.

Pásenlo bien, gocen, disfruten y saquen cuanto partido sea posible y de provecho en los viajes, de que tanto necesitan las personas de tu clase. Reciban expresiones cariñosas

de toda la familia, tantas cosas a Pepe de mi parte y cuenten siempre con el cariño de tu tío

Simón de Ximeno.

El principal de esta carta la llevó Mr. Vandelle que se embarcó de aquí para Havre de Gracia, y la dirigí a don Tomás de Ortiz en París, para entregar a ti.

Vale.

Esta la lleva Ernesto Aleo, que pasa a ésa, de resultas de la novedad desgraciada de su cuñado.

Julio 20 1849.

Matanzas, Septiembre 6 de 1849.
New York.

Mi querido Federico: por tu carta del 17 del pasado a la familia me he impuesto de tu regreso a ese país, sintiendo infinito que no hubieses podido reducir a José Jacinto a quedarse este próximo invierno en Europa, que quizás le habría sido tan favorable, pero toda vez que eso no tiene remedio, mira de hacerlo permanecer en ésa hasta el año que viene, pues no estando restablecido totalmente me parece que no debe volver aquí sin dejar pasar un par de años. Con esta fecha le escribo a la casa de Harmony, para que te facilite el metálico que necesitas ínterin tenga yo noticias de tu resolución para remesarte fondos directamente. Mi hijo Pancho está ahí, en Providencia (R. I.) no dejes de verlo, en ningún concepto, llamándolo o yendo tú allá, que no te será difícil.

Con fecha del 10 de Julio te escribí a París incluyéndote una letra de 150 libras sobre Londres (\$666 par, y 10% premio) y supongo que le dejarías orden al señor de Ortiz para que te remitiese en seguida tus cartas, de consiguiente recibíéndolas ahí, podrás negociar dicha letra y te harás de fondos en ésa; o ya me dirás lo que tengas dispuesto y pienses en el particular.

Te repito de que no dejes de hacer por reducir a Pepe que se quede en ese país, hasta el año que viene, e igualmente que

por ningún motivo dejes de ver a Pancho, que se alegrará muchísimo de ello.

Nada se me ofrece por ahora, recibe expresiones de toda la familia y cuenta siempre con el cariño de tu amantísimo

Simón de Ximeno.

A Pepe tantas cosas de mi parte, y que aun no es tiempo de su regreso a su país, que lo haga por su salud.

Matanzas, Septiembre 26 de 1849.

New York.

Mi querido Federico: con fecha 6 del presente escribí en cuanto supe tu recalada a ésa, y cuyo contenido te ratifico. Después he recibido tu carta de 27 de Agosto y por ella veo el arreglo que hiciste en París con don Tomás Ortiz, que te adelantó quinientos treinta pesos, incluso el premio y de todo lo que se reembolsará con el importe de la letra de ciento cincuenta libras sobre Londres, que como te he dicho en mi carta anterior, te dirigí a París con fecha de 10 de Julio, toda vez que le dejastes poder para que la pudiera endosar, y como sobrará algo del importe de la letra él me lo abonará en cuenta y así quedará concluido el asunto.

Sobre los trescientos pesos que me pides, con esta fecha le incluyo una letra de quinientos pesos a la casa de Harmony y Ca. para que tenga a tu disposición ese importe según lo vayas necesitando; que así lo ha creído más conforme que enviárodote la letra a ti, para que no te cuides de cobrarla ni guardar el dinero con riesgo.

Te repito lo que te dije antes, que procures en todos conceptos reducir a Pepe, que se quede en ese país hasta el año que viene, a completar los dos años de su salida de aquí lo menos, y si posible fuera hasta la entrada del otro invierno de 1850 mejor; que eso le puede ser muy provechoso ya que no se quiso quedar en Europa.

Reciban expresiones de toda la familia que sigue sin novedad, dáselas a Pepe muy afectuosas, de mi parte y a mi hijo

Pancho, que no le he escrito ahora pues lo hice el día 6; quedando siempre tuyo con el mayor cariño

Simón de Ximeno.

Octubre 10.

Adjunta te incluyo una carta de don Tomás de Ortiz, a la que puedes contestar que el sobrante que resultare de la letra sobre Londres me lo abone en cuenta a mí.

Vale.

Ya en New York de regreso del viaje a Europa como se ve y dispuestos a volver a Cuba reciben la noticia de la muerte de doña Rita, despertando tal ansiedad el acontecimiento—por la situación especial de ambos hermanos de encontrarse en tierra extraña, que doña Isabel desde aquí dirige alarmada con ese motivo a su hijo Francisco, que muy cerca de ellos estaba en una población limítrofe, los siguientes renglones, llenos de ternura, pues a más del natural cariño a su hermana doña Rita, mucho quiso a su sobrino, a quien la obsesión que su hija sin querer inspiró, fué una de las mayores penas de su vida. En ese párrafo escribe:

Matanzas, Octubre 2 de 1849.—Mi querido Pancho: recibí la tuya del 14 y veo por ella lo que me dices de José Jacinto; considera, hijo de mi corazón, lo sensible que me es perder la esperanza que teníamos de que el viaje a Europa le pondría bueno. Cómo ha de ser! No tenemos más que conformarnos con lo que el Supremo Hacedor nos ordena y someternos a sus mandatos. ¡Cúmplase su santa voluntad! Hijo mío, cuánto te agradezco la buena determinación de venir a acompañar a tus primos, pues tendrán mucha necesidad de consuelo, particularmente Federico que tanto sufrirá con la pérdida de su pobre madre...

De los asuntos tratados en la primera carta de José Jacinto a su progenitor, he de hacer algunas referencias, que encuentro por demás oportunas para ampliar el conocimiento que de ellos pudiera tenerse.

Cuando el poeta escribió a su padre don Alvaro, se halla-

ba éste con su esposa doña Rita de temporada en el Cafetal de San Clemente en Camarioca, finca perteneciente a la familia; quedando en la casa de la ciudad el primero y parte de los numerosos hermanos que fueron por orden cronológico los siguientes:

José Jacinto	1814-1863
Federico	1815-1890
María Felicitas	1817-1818
María Carlota	1818-1906
José Manuel	1820-1821
Rosa María	1821-1901
Esteban de Jesús	1822-1822
María Teresa	1823-1869
Bernardo Salomé	1824-1826
María Josefa	1825-1826
María Cleofé	1828-1918
Rita Bernarda	1829-1906
Alvaro Martín	1831-1831
Pedro Antonio	1832-1835
Alvaro Florencio	1835-1835

De los cuales murieron célibes los que alcanzaron la mayoría de edad, extinguiéndose por lo tanto, sin sucesión, la dilatada familia.

El drama "El Conde Alarcos", estrenado fué con gran éxito en la Habana en aquellos días. De este drama habla Menéndez y Pelayo en un acertado juicio sobre Milanés, y encuentra inexplicable la visión perfecta que de las comedias de capa y espada tenía, llegando a un grado maravilloso, según él, la compenetración de la época. Si el atavismo es ley, a ello obedece la prodigiosa compenetración.

Descendía el poeta por rama materna de distinguidas familias españolas. Don Miguel de la Barrera Sotomayor (siglo XVI), natural de Sevilla, padre era de don Juan de la Barrera Sotomayor (siglo XVII), que a su vez lo fué de doña Gregoria, casada como ya indiqué con el ingeniero español don Ignacio Rodríguez Escudero, natural de Madrid (siglo XVIII).

De este matrimonio nació don Simón José Rodríguez y de

la Barrera (siglo XVIII), que casó con doña María Antonia de Manuel y Angulo, hija de don Nicolás de Manuel y Angulo, natural de Córdoba, de dos ilustres familias también (siglo XVIII) Fué su hija doña Josefa casada con don Manuel Mariano de Fuentes, padres de doña Rita, casada con don Alvaro Milanés, padres de José Jacinto (siglo XIX).

Así es que nuestro poeta con estos antecedentes, bien pudo arrastrar del sevillano, el madrileño y el cordobés "La adivinación de la España de capa y espada" que nota Menéndez Pelayo y que en su teatro resplandece.

De esta esclarecida familia—de Rodríguez de la Barrera—por doña Isabel y doña Rita—hijas de doña Josefa de los mismos apellidos—(Mamá-Señora)—se conservan interesantes tradiciones que a mí pudieron llegar. Doña Manuela Teresa, la madre de José de la Luz y Caballero, a la cual me he referido ya, era una santa, no sólo por sus bondades, sino por su inteligencia y elevadas prendas de carácter. Sobrina del Presbítero don Agustín Caballero, mucho parece heredó de él. Como su prima doña Rita tuvo dilatada prole, aunque no tanta como ésta.

También otros miembros de dicha familia, a más de los privilegiados, sobresalieron en diverso sentido, tanto que en la historia de la Matanzas primitiva se lee: "entre los hombres distinguidos de este pueblo se halla don Simón José Rodríguez, de la Habana, tan ilustrado como buen vecino y que era el áncora de esperanza de la población señalando su época de un modo que jamás será olvidado su nombre esclarecido".

Con motivo del primer crimen que manchó el hasta entonces limpio solar matancero en 1778 y no existiendo abogado establecido que entender pudiera en la dicha causa, nombróse por las especiales dotes que en él concurrían a don Simón José Rodríguez, que no siéndolo tampoco "hizo públicas las facultades intelectuales y sentimientos humanitarios" del dicho caballero en la defensa de uno de los reos.

Igual influencia e igual predicamento parece alcanzó en la Habana por sus méritos el don Luis Ignacio Caballero, su sobrino, hijo de su hermana María de la Soledad, siendo un hombre notable en su tiempo.

Fueron ellos todos los miembros de la citada familia muy

elevados y discretos y de costumbres muy puras y sencillas; así es que a José Jacinto con los antecedentes expuestos, no es extraño las prendas que le adornaron. De buena cepa, de timbres inmarcesibles, despreciadores del mercantilismo—para nada el fausto y oropel que no conocieron—modestos en demasía, acreedores se hicieron a la merecida y justa fama de que disfrutaron, pudiendo Mamá-Señora con sus hermanos enorgullecerse—si es que conoció el orgullo—de sus ascendientes y descendientes.

También de su padre don Alvaro Milanés que pertenecía a muy honorable familia de Bayamo—nativo era de dicha ciudad—pudo haber recibido José Jacinto la inspiración poética, pues dicen que aquél por pura recreación, en familia, improvisaba a veces graciosos versos. De lo que sí no hay duda es que su sentir patriótico, su amor sin límites a la libertad, de esta familia había de heredarlos, porque sabido es que la heroica Bayamo, a pesar de haber contribuido todas las provincias con su sangre y sus esfuerzos a la general porfía, cuna fué de las libertades patrias.

De niña yo—tendría diez o doce años de edad—admiré "El Conde Alarcos", representado por la compañía de don José Valero en el teatro de Matanzas. Me encantó la música deliciosa de la versificación en largos recitados. La intensidad dramática me dejó rendida: muy prolongada la función y trisísima parecióme. Medrosa y oprimida presenciaba las situaciones culminantes y lleno el ánimo de angustia y terror, ni un instante decaía mi curiosidad, excitada por interés creciente... Había escenas espeluznantes, mitigadas el horror de ellas y del argumento, por la constante armonía y cadencia de los versos.

.....

Cuando el entierro de José Jacinto Milanés, al salir el féretro de la casa mortuoria número 38 —hoy señalada por una lápida conmemorativa en la vía principal que lleva su nombre—antes calle de Gelabert; a causa de la elevación de la acera entonces, quedó inclinado el ataúd, casi de pie en el natural declive, deteniéndosele allí breves momentos para recibir el homenaje de una corona de laurel.

Mi madre, en la casa de enfrente, propiedad de su hermana política Rosa, pudo desde la ventana presenciar la in-

teresa ceremonia de trascendencia extraordinaria por ser un brillante exposici3n que honraba en grado sumo a la naciente sociedad cubana, genuinamente cubana, integrada por hijos del pa3s de reconocidos m3ritos y virtudes. Cont3bame ella que protegida por las persianas vi3 cuanto all3 aconteci3, recordando yo que al narrarme de la vida de Jos3 Jacinto algunos detalles refer3ame que en los paseos diarios en quitr3n descubierto, que el poeta ensimismado e indiferente, acostumbraba a hacer con su hermana Carlota durante el prolongado per3odo de su enfermedad, sentado en el carruaje vestido de negro con larga levita y chistera, ya ten3a mucho de sepulcral. Y al verle igualmente vestido en el ataud en capilla ardiente, y m3s luego en la acera, aun le parec3a adivinar tras la cubierta de la caja de muerto, a la misma figura sombr3a del quitr3n, donde la frente sobresalta de los despojos; rasgo este de su fisonom3a que en vida atra3a la atenci3n: aquella frente serena y despejada, cuna en su d3a de pensamientos delicados, puros y risueños, de idilios campestres, bellas quimeras, sencillos madrigales. Todo aquel mundo revel3base todav3a en las hundidas y pensadoras sienes!...

Y de la imponente y conmovedora ceremonia que all3 sucedi3se y ella presenci3, dec3ame lo que en la concurrencia caus3 de emoci3n indescriptible. Ante aquella nutrida agrupaci3n de hombres notables que rodearon el f3retro—de cuanto m3s val3a en la literatura cubana de la 3poca en la Habana y en Matanzas,—form3se el cortejo.

Cortejo premeditado, grandioso, sin desde3r un momento del orden y compostura e imprescindible simetr3a, caracter3tica de los tiempos y que presid3a todo acto, todo acontecimiento desde el m3s solemne al m3s trivial.

La tarde trist3sima: el sol velado por espesos nubarrones que presagiaban inmediata lluvia,—como as3 fu3.—El enlutado acompaÑamiento extendi3se en silenciosa, lenta y dilatada procesi3n a lo largo de la calle, recta 3sta, limitada al final, ascendiendo all3 en el horizonte—junto al cielo—por erguidos y majestuosos pinos.

Engarzada la poblaci3n con sus laderas y meseta en deslumbrador y magn3fico marco de ideales perspectivas que la cercan y aprisionan, admira el matancero en el desenvolvi-

miento de su existencia—ya cante o llore—el inamovible panorama. Triunfante o triste, transcurre su vida en este ed3n donde Dios nos eleva y recrea; ora en los albores cuando con planta incierta se deslice en la perfumada senda; ora m3s tarde cuando con firme paso atravi3se sus calles al calor de dulce ilusi3n; ora cuando la ancianidad su cuerpo rinda; y aun despu3s, ex3nime el largo trecho recorre, entre decoraci3n de sin igual belleza para dar con su cuerpo en la tierra,—tierra bendita y que confina en un valle de palmas, que como el del Yumur3 es este del San Juan muy bello; pero extendido, llano, m3gico, estando la triste ciudad de los muertos al pie de la sierra que, cuall formidable palanca limita en sus extremos a los dos portentos.

Y debido, ya dije, a la ben3fica influencia quiz3s, abriga el que en Matanzas nace el especial privilegio de esa ternura innata, de esa melancol3a, de esa reserva que proporciona la reconcentraci3n de profundos sentimientos que jam3s estallan y que al cementerio llevan con su cuerpo, haciendo a la muerte entrega del extraÑo dep3sito, del triste presente del coraz3n enigm3tico, silencioso, al parecer indiferente, cuando 3sta 3vida con ansias de chacal busca en los despojos, mayor presa, mayor cantidad que devorar de codicias y vanidades. Cu3nto hombre de raro m3rito del pasado y del presente, inadvertido all3 duerme!

Y en el entierro de Jos3 Jacinto en prolongada extensi3n, pues, apreci3base el conjunto, conjunto notable de hombres de saber y de valer en todos sentidos. Hormiguelo humano justificado por causa grande y elevada, de manifiesta excelcitud. Alarde exquisito que, con leg3timo orgullo hac3an sus compatriotas al bardo desaparecido; sin parar mientes en la dif3cil situaci3n pol3tica de la 3poca—ya tirante y recelosa—guardando en la prudente reserva y en impecables formas, toda la seriedad y dignidad y alteza de miras que al acto acompaÑaron, fiados tan s3lo en sus propios e indiscutibles m3ritos.

El cad3ver,—los queridos restos,—alternaba entre ellos ennoblecendo as3 aun m3s a todas las agrupaciones seleccionadas del talento. El almohad3n con el libro; llevada la preciada reliquia una vez, seg3n seÑalaba el riguroso turno del ceremonial por los directores de "El Salvador" y "La Empresa",

honra y orgullo ambos planteles, allá y aquí, de la intelectualidad cubana de aquellos tiempos. La pluma blanca, inmaculada; la blanca hoja revoloteando,—destacaba perceptible a la simple vista con letras negras la estrofa casta y sencilla y culminante de “El beso”; las siemprevivas! y más allá sobre el féretro claveteado de plata, reverdeciendo para siempre la corona de laurel!...

Igual ceremonia o parecida a ésta fué la que en el año anterior rendíale el núcleo de cubanos ilustres en la Habana a don José de la Luz y Caballero, cuando sus funerales, sancionada con amplio criterio aquélla, y con ereces, por la primera autoridad de la Isla, alcanzando la ceremonia de aquí—aunque en esfera más reducida—gran lucimiento también, compartiendo una y otra el unánime sentimiento.

De esta de José Jacinto veamos la interesante reseña de un periódico de la capital.

“Entierro de Milanés.—Se verificó ayer domingo en la tarde en Matanzas el entierro del ilustre y desgraciado poeta de la manera más digna y solemne. A las cuatro en punto salieron del Liceo como sesenta individuos, vestidos de riguroso luto, llevando uno de ellos una corona de laurel, y otro un pequeño cojín de terciopelo negro en que descansaba un ejemplar de las obras de Milanés y sobre ella una hermosa pluma blanca. Así y de tres en tres llegaron a la casa mortuoria. Al salir de ésta el cortejo fúnebre, a las cuatro y media, se detuvo el sarcófago en el zaguán y adelantándose el señor don Gonzalo Peoli, leyó una sentida composición poética: en seguida el señor don José María de Zayas, director del colegio “El Salvador”, dijo a la memoria del llorado poeta algunas palabras fervorosas y sencillas; en la calle ya, volvió a detenerse la comitiva, y entonces, pronunciando tres o cuatro frases asimismo oportunas el señor don Emilio Blanchet, colocó la corona de laurel en el sarcófago, en nombre del Liceo. Siguió entonces la comitiva por la calle de Gelabert, llevando el féretro en hombros alternativamente las diferentes secciones del Liceo y otras varias personas notables. Inmediatamente detrás, en representación de los amantes de las letras y las ciencias en la Habana, llevaba en sus brazos el señor don Ramón Zam-

brana el cojín con las obras del poeta, llevando las dos blancas cintas que pendían de aquél los señores doctores don Pedro Cartaya y don Bonifacio Carbonell; detrás y en el centro los individuos que habían ido del Liceo, entre los cuales vimos de la Habana, además del señor Zambrana, a los señores don Rafael María de Mendive, don Claudio Vermay, don José Victoriano Betancourt y don José de Armas, alternando todos en la conducción del féretro y del cojín con las obras. A los lados marchaba un inmenso acompañamiento. Desde la plaza de la iglesia hasta terminar la calle de Gelabert se arrojaron multitud de flores por señoras y señoritas de muchas casas al cruzar el cadáver. Al terminar la calle comenzó a lloviznar, por lo que el sarcófago fué colocado en el coche y la comitiva le siguió a pie hasta el cementerio. Antes de entrar en éste, se detuvo otra vez aquélla—y entonces el señor doctor don R. Zambrana, adelantándose dijo con tono sentido: “Señores: en nombre de la juventud ilustrada que en la Habana se dedica a las letras, y a quien me atrevo a representar en este momento, reciba Matanzas el pésame más sentido. Veinte años ha estado el espíritu de ese hombre encerrado en su cuerpo como un rico perfume en un vaso de barro, y sólo algunos destellos atravesaron de cuando en cuando aquel cuerpo como atraviesan algunos átomos del perfume por los poros del vaso. La muerte de Milanés no ha sido un tránsito amargo, sino el triunfo de su espíritu, que ha volado al seno del Eterno, que se ha abismado en el infinito, donde en sus inspiraciones acostumbraba esparcirse: ha tomado posesión de una vez de su legítimo domicilio. A las flores que han derramado las sencillas mujeres a su paso se une el homenaje que le ofrezco; esas flores son en pago de las perfumadas de bien y de virtud que él derramó en el sendero de la vida.” En seguida entró el cadáver en el cementerio...”

También de un folleto publicado entonces consagrado a la memoria del poeta, titulado “Flores del Alma”, tomamos estos detalles que amplían los anteriores:

...“La Junta acordó nombrar una comisión compuesta de los presidentes de la Directiva y de las secciones facultativas del Liceo, para que en nombre del instituto, hiciese presen-

te a don Federico Milanés el sincero pesar del Liceo por la grave dolencia que affligía a su hermano José Jacinto, debiendo a la vez ponerse de acuerdo esta comisión con la familia para preparar en caso desgraciado todo lo necesario para el enterramiento del poeta. No eran infundados los temores de la Junta, ni la gravedad y postración del enfermo dejaban lugar a esperanza alguna. José Jacinto expiró a la una del día, y la Junta, que permanecía en sesión, autorizó al señor Mariano del Portillo para que éste organizase las comisiones compuestas de los individuos de la sección de literatura que habrían de acompañar a los dolientes mientras el cadáver permaneciese en la casa, relevándose ésta cada dos horas. El señor don Emilio Blanchet, presidente de la Sección de Literatura, propuso que al salir el féretro de la casa, se colocase sobre el mismo una corona de laurel en cuyas bandas se leyese esta sencilla y elocuente inscripción: *El Liceo de Matanzas a José Jacinto Milanés*. La Junta acogió la moción y comisionó al señor Blanchet para que la desempeñase por corresponderle como Presidente de la Sección, acordóse también desde luego que el cadáver fuese conducido en hombros hasta el cementerio por cuatro individuos pertenecientes a la Directiva y Secciones del Liceo, así como las demás corporaciones literarias de la población, llevando las borlas del féretro otros cuatro, de las mismas, cuyos individuos se remudarían en cada esquina, y esto hasta llegar al cementerio. Que inmediatamente después del féretro fuese una comisión compuesta de tres individuos de la Sección de Literatura llevando sobre un pequeño cojín de terciopelo negro las obras del poeta atadas con un crespón y sobre puestas por una corona de siemprevivas y pendientes por cada lado del cojín una cinta blanca con este lema: *Obras literarias de José Jacinto Milanés*, cuyas cintas llevarían dos socios de mérito, los cuales sustentarían al par, el de la derecha una pluma blanca, símbolo de la pureza con que escribió el poeta, y el de la izquierda una página con este pensamiento casto y virtuoso, tomado de una de sus más conocidas composiciones, y que revela toda la religiosidad y nobleza de sentimientos que abrigaba el alma del vate:

.....
 Así pensé, y fuime en paz,
 Dejándola intacta y pura
 Y lágrima de ternura
 Bañó mi faz.

Ambas mociones fueron acogidas por la Junta, y todo se llevó a cabo conforme queda indicado, habiendo obtenido el beneplácito de todos los dolientes y el permiso de la autoridad, la cual concedió al señor Gonzalo Peoli el que aquél había solicitado para leer en la casa unos versos. El señor don Emilio Blanchet, al colocar sobre el féretro la corona que el Liceo consagraba al poeta, pronunció algunas breves y sentidas frases que conmovieron a la concurrencia. Terminado que hubo el señor Blanchet, el señor Zayas (de la Habana) manifestó también su sentido pésame por la irreparable pérdida que las letras cubanas experimentaban. El cortejo fúnebre se puso en marcha seguidamente, siendo este el orden observado: salió de la casa el féretro en hombros de los señores de la Junta Directiva, don Rafael Otero, don Santiago de la Huerta, don Dionisio María Martínez y don Manuel P. Pié, llevando las borlas los cuatro amigos y condiscípulos del finado, señores don Pedro H. Morejón, don Benigno Gener, don Pío Campuzano y don Eusebio Guiteras. Llegados a la esquina de la calle de Ayuntamiento tomaron el féretro en hombros cuatro socios de mérito del Liceo, los señores don Emilio Blanchet, don Gonzalo Acosta, don Ignacio Acosta, don Ildefonso Estrada y Zenea, y las borlas cuatro señores de la Directiva, don Rafael Otero, don Demetrio López, don Bonifacio Carbonell y don Ramón Menéndez. En la esquina de la calle de Santa Teresa le tomaron los señores de la Sección de Literatura don José María Casal, don Francisco Galán, don Ramón de Llanos y don Mariano del Portillo; y las borlas los señores de la misma, don Emilio Blanchet, don Ignacio Acosta, don Gonzalo Acosta y don Ildefonso Estrada y Zenea; en la calle de Zaragoza, los señores de la sección literaria, don Sebastián Alfredo de Morales, don Bernabé Maydagán, don José Delmonte y don Gabriel Touceda y las borlas los anteriores señores. En la

calle de Manzaneda los señores de la sección dramática del Liceo, don Andrés Hurtado de Mendoza, don José Curbelo, don Francisco Coronado y Delicado y don José Morejón, llevando las borlas los que anteriormente el féretro. Esquina del Dos de Mayo, los señores de la Sección Lírica don Domingo Verdonces, don Justo Díez, don Adolfo Díez y don Alejandro Otero y las borlas los señores que llevaban antes el féretro. En la esquina de América le tomaron en representación del periodismo matancero los señores don Francisco Javier de la Cruz, don Adalio Scola, don Gonzalo Peoli y don Ricardo J. Gay, y las borlas los señores que antes el féretro. Llegados a la octava esquina le tomaron en representación del profesorado los señores don José María de Zayas, don Antonio Guiteras, don Mariano Dumas Chancel y don Fernando Domínguez y las borlas los señores anteriores. En la novena esquina nuevos señores de varias secciones, don Florencio López, don Bernabé de la Torre, don Antonio y don Mariano Lima y las borlas los señores anteriores. En la esquina décima nuevos señores del profesorado y secciones, don Federico de la Huerta, don Ildefonso Estrada y Zenea, don Néstor Moínelo y don Juan F. Sánchez y las borlas los anteriores. Llegados a esta esquina y habiendo comenzado a llorar, colocóse el cadáver en el suntuoso carro que abría la marcha y siguió todo el acompañamiento bajo el mismo orden a pesar de la lluvia hasta llegar a la plaza del cementerio, donde habiendo escampado volvieron a tomarle en hombros para enterrarle en la mansión del descanso eterno, los señores don Francisco Galán, don Fernando Domínguez, don Manuel Vázquez y don Ildefonso Estrada y Zenea y las borlas los señores don Emilio Blanchet, don Pío Campuzano, don Antonio Guiteras y don Andrés Hurtado. La comisión que conducía las obras del poeta, bajo la forma indicada al principio, se organizó de la manera siguiente: sacaron éstas de la casa, los señores don Ramón Zambrana, representante de la Academia de Ciencias de la capital, y las cintas los señores doctores don Pedro María Cartaya, don Bonifacio Carbonell; siguieron después los señores don Rafael María Mendive y los señores Peoli y Maydagan. A éstos sucedieron los señores don José María de Zayas, don Antonio Guiteras,

don Fernando Domínguez. A éstos los señores don José de Armas, don Francisco Javier de la Cruz y don Adalio Scola; a éstos don Claudio Vermay y don Ricardo J. Cay y don Rafael Otero; a éstos José Victoriano Betancourt, don Gonzalo Acosta y don Mariano del Portillo; aquí tomaron su turno los señores que a continuación se expresan y que cedieron su vez a los que habían llegado de la Habana, contribuyendo con su presencia a honrar la triste ceremonia; tomaron, pues, las obras los señores don José María Casal, don Pedro Antonio Alfonso y don Pío Campuzano, después los señores don Ignacio Acosta, José Delmonte y don Francisco Galán; seguidamente don Emilio Blanchet, don Dionisio María Martínez y don Santiago de la Huerta; tomándolas don Eusebio Guiteras, don Dionisio Font y don Jorge de la Calle; después don Antonio Guiteras, don Mariano Dumas Chancel y don Antonio Lima: sucediéronles don Ildefonso Estrada y Zenea, don Francisco Coronado y don Florencio López (Jacan); tomándolos de éstos los señores don Fernando Domínguez, don Andrés Hurtado y don Gonzalo Peoli, que las llevaron hasta la tumba del poeta, desde donde habían de volver al mundo a disfrutar la imperecedera vida de gloria que les está reservada y que simboliza la corona de siemprevivas que las cubría. Dichas las comisiones y las personas que tuvieron la honra de tributar al digno poeta la última expresión de estimación y afecto, pasemos a explicar el orden con que se puso en marcha el numeroso cortejo. Precedía como ya hemos indicado el carro fúnebre; seguía a éste el féretro y al féretro la Comisión que llevaba las obras y la corona de siemprevivas. Después presidiendo el duelo, nuestro digno y virtuoso vicario don Ramón Maceda en unión de los deudos don José Manuel, don Francisco y don Antonio de Ximeno y del señor don Manuel Mahy y León. Tras éstos la Junta Directiva del Liceo, y sucesivamente en comisiones de tres individuos, ocupando el centro de la calle, los socios de mérito del mismo instituto, la Academia de Ciencias de la Habana, la Sección Literaria, el Periodismo Habanero, el Periodismo de Matanzas, el Profesorado, la Sección Dramática del Liceo, la Sección Lírica del mismo, la Comisión local de Instrucción Primaria, la Directiva del Teatro Esteban, la del Casino, la Ofi-

cialidad del Regimiento de Nápoles, los profesores de varios colegios con sus alumnos y las demás corporaciones que fueron invitados al efecto; y después el numeroso acompañamiento de particulares que en columna de a dos en fondo y por cada una acera formaban el inmenso séquito que acompañó el cadáver del poeta hasta su última morada, cerrando la marcha los carruajes de los señores convidados. Los señores don Andrés Hurtado de Mendoza, don Bernabé Maydagán, don Fernando Domínguez y don Gonzalo Peoli, nombrados para organizar el acompañamiento en calidad de maestros de ceremoni, y llevando al brazo el crespón que determinaba la comisión que se les confiera, cumplieron debidamente aquella hacienda que cada uno ocupase el puesto que le estaba señalado y le correspondía según el carácter de la fúnebre ceremonia. Descubiertos los señores del acompañamiento, descubriéronse todos los grupos que en las esquinas se habían estacionado para ver atravesar la fúnebre comitiva, e íbase agregando la muchadumbre hasta llegar en crecido número al cementerio donde pudiera decirse que el pueblo en masa esperaba el cadáver del poeta para derramar una lágrima en su tumba y darle el último adiós. El imponente, pavoroso silencio de las tumbas se hizo sentir desde que salió el cadáver de la casa mortuoria, pues nadie osaba proferir una palabra: tal era el profundo sentimiento que a todos embargaba. De más de una casa, a tiempo de pasar el cadáver salieron niñas arrojando flores para que sobre ellas pasase el cuerpo inanimado en que se encerró el alma del que dejaba en la tierra el perfume de las flores de la inteligencia. Llegada la comitiva al cementerio, el señor don Ramón Zambrana, en breves, oportunas y elocuentes palabras dió a Matanzas el más sincero pésame en nombre de la juventud y de las letras cubanas por la pérdida que acababa de experimentar. Los restos de Milanés en un rico sarcófago de palo de rosa con tornillo de plata se colocaron en la bóveda de los señores de Ximeno; y tomando el señor Blanchet la corona que sobre el mismo colocara, la entregó solemnemente al señor don José Manuel de Ximeno, para que de tan preciosa reliquia fuese depositario. El señor Ximeno contestó al señor Blanchet con el talento que le distingue, y despidió del mismo modo el

duelo. El señor don Pedro Hernández Morejón dió también las gracias a la concurrencia en nombre del Liceo, que también hizo el convite."

Y de Eusebio Guiteras, su condiscípulo y amigo íntimo, copio este sentido escrito publicado en aquellos días:

"Abrióse ya el sepulcro a su cansado cuerpo. Murió el sabio del sentimiento. Cuando en todo el vigor y la lozanía de la juventud, llenaba Milanés con su nombre la tierra que le vio nacer; cuando de su lira se derramaban raudales de arrebatadora poesía, los resortes de su noble mente se quebraron y cayó como palma herida del rayo en las tempestades de nuestro verano. Alzóse vacilante;—pero ya no era más que una sombra. y así siguió entre nosotros. Sombra serena y meditabunda. Las páginas de su libro salieron al mundo como póstumas, y cada una de ellas lanzaba un grito desgarrador por la muerte del singular ingenio de su autor. La sombra en tanto vagaba por nuestras plazas, parábase a contemplar el sol poniente y el mar azul y el campo verde, entraba en el templo y doblaba la bella frente en los altares.—Sombra viva; sombra elocuente.— Los extenuados miembros, los melancólicos ojos, la actitud contemplativa nos hablaban de una manera inexplicable. No del desencanto, no del excepticismo, no del odio; nos hablaba la sombra de José Jacinto Milanés. Ninguna mala lección recibió de él la humanidad ni en sus palabras ni en sus acciones; a nadie rompió el corazón su doctrina. Inocente vivió: la inocencia era, por decirlo así, el ángel de su guarda. Su ingenio todo lo abarcaba, todo lo comprendía; pero tal era el temple de su alma, que aun en los veinte años que vivió sobre la tierra, sin pertenecer a ella, mantuvo fiel la pureza de sus creencias. como a pesar de estar inclinado sobre una lira rota, supo arrancarle acentos tan sanos y vigorosos como aquellos que en poco tiempo le dieron merecida fama entre propios y extraños. Hoy ya ni tu sombra, bardo insigne, podremos ver entre nosotros. Tu alma vuela ya en las regiones de la verdad que adoraste. Tú debes haber hallado la celeste morada; pues todas las energías de tu vida se emplearon en buscar las sendas que a ellas nos dirigen. Ay! si dado fuera que nos hablases: si pudieras decir—

nos qué significaban los largos suspiros que te oímos lanzar en tu lecho de muerte; y por qué tu descarnada mano, encendida por la fiebre, buscaba la mejilla para apoyar tu noble cabeza, trono augusto de grandes pensamientos! ¿Qué veían tus ojos cuando se abrían un momento para fijarse en el espacio? ¿Por qué no hablabas?... Silencioso pasó de la vida a la muerte. Dichoso el que lleva en la muerte la corona de la doble inmortalidad.”

CAPITULO XIII.

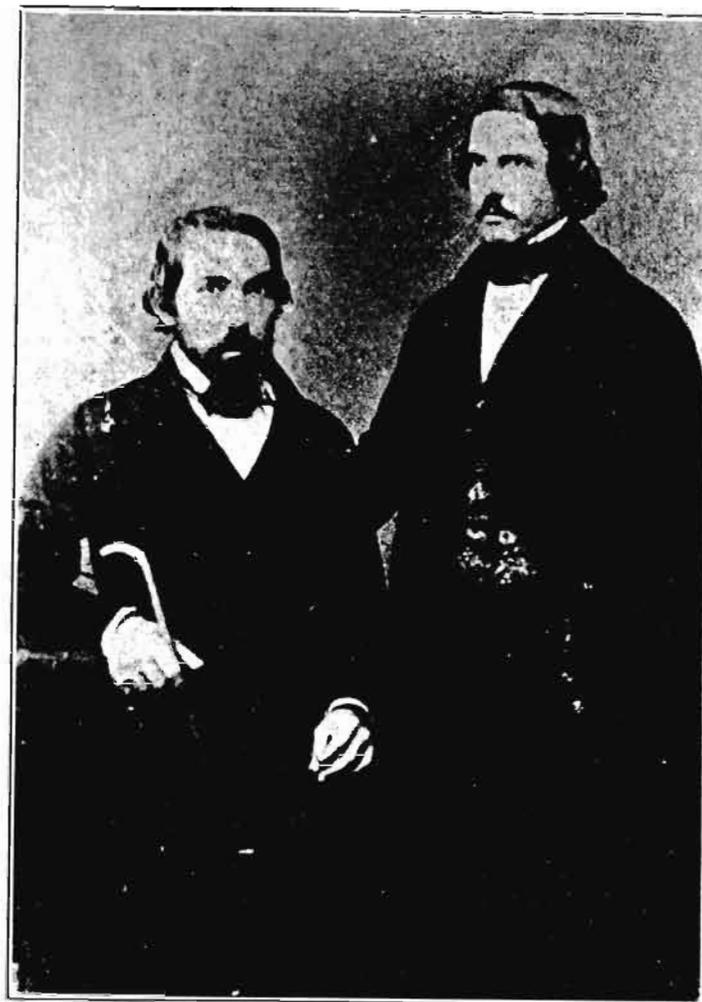
Abel Rubén.—Las tertulias.—Otra vez Benjamín Vallín.

En la fiel ilación de los acontecimientos de esta época de mi vida—de esos mis primeros seis años—, barajados como están sucesos de índole distinta y a fuer de exacta y verídica en mis relatos, surge bien a mi pesar Abel Rubén. Y a fuer de agradecida a la vez no puedo descartar a la figura tétrica y sombría que a mí llegó en el caos de su conciencia obscurecida ansiando luz, tendiéndome los brazos y—considerándome como dulce consuelo, remota esperanza y tenue resplandor.

Y no en vano a él debo las tristes flores de su espíritu, concebidas en lóbrego recinto entre ansiedades y congojas y en el sin fin de amargos y solitarios días. Que es de las prisiones el consumir del tiempo con el consumir de la vida el peor castigo y mayor tormento.

Contraída la deuda de gratitud con el desdichado literato matancero por el delicado e inestimable obsequio a mí dedicado, creo de mi deber publicar el manuscrito que lleno de miserias, de angustias inenarrables, de crueles padecimientos, de ansiedades espantosas, formó en melancólico “Ramillete Infantil de Azucenas y Pasionarias y Rosas Exóticas” Abel Rubén con sus dolores.

Y no en vano, repito, llegaron de mi cuna en derredor esos latidos de una conciencia que despertaba movida por la fe y el temor y que con los remordimientos sentía la gracia a que el alma humana tiene derecho a implorar cuando es sincero el arrepentimiento. Purificado como el que más en el crisol de un acerbo



JOSE JACINTO Y FEDERICO MILANÉS

De un daguerrotipe hecho en New York en 1849.

padecer, quiero y es mi deber rehabilitarlo ante una sociedad que le juzgó en su tiempo con toda la severidad que merecía.

Inocente e insignificante como era yo nada pude hacer por él entonces. Cumplióse la justicia de Dios y de los hombres en largo cautiverio, de él redimido al fin!... Y al entregarme más tarde mis padres—que ajenos no fueron a la ímproba tarea de rescatarlo de la pena capital—, el modesto cuadernito de arrogante letra inglesa, triste y austera la cubierta que por orden de ellos así fué encuadernado para dar más realce y la merecida importancia que la melancólica ofrenda requería ante el sentimiento de pena que inspiran los grandes infortunios y los grandes errores, redimido el autor por el martirio de cruento padecer; al darme cuenta, digo, ya en edad propicia del alcance del drama y del terrible impulso del ofuscado y de su consagración a mí poco después, eligiéndome como inocente pasatiempo en la atroz incertidumbre que sobre su triste fin presentía; robándole en esas páginas horas al descanso, a los padecimientos del cuerpo y a los sufrimientos del alma; pensé siempre cumplir como lo hago con este deber contraído con el desgraciado ante un hecho señalado por la vindicta pública y castigado por la justicia humana.

Y desde ese momento grabada en mi alma la idea, fiel y perseverante reuní con el manuscrito sus cartas; indagué, busqué afanosa cuánto con él tuviera relación, logrando al fin, con la mayor exactitud posible reseñar aquí su interesante historia, tratando así de borrar el doloroso estigma que pesa sobre su nombre.

Extraños designios del Altísimo, caminos secretos por donde conduce en su obra infalible de justificación y redención a los que regenerados en El confían. Circunstancias son éstas providenciales que, aunque no vayan a buscarse, siempre se encuentran en la vida de los arrepentidos.

Nació Santiago Manzanet, que así se llamaba Abel Rubén, en Matanzas a 24 de Julio de 1839. Sus padres, de posición modesta, crearon un hogar modelo y era Santiago el mayor de los seis hermanos. Don Antonio, su pregenitor, vió la luz en Mallorca y fué patrón por muchos años de la falúa que al servicio de la Aduana Marítima tenía el Gobierno en la bahía

de Matanzas, y por este motivo amigo era de don Alvaro Milán—padre de José Jacinto—cuyo trato diariamente cultivaba por ser aquél Contador durante muchos años de dicha Aduana, trabando por eso amistad con el patrón de la falúa, de quien siempre alabó su bondad y su honradez y aquel su decir lleno de gracia.

Casó en Matanzas en 1838 don Antonio Manzanet con doña María Pérez, natural de New-Orleans. La respetable figura de doña María ocupa en nuestra historia lugar muy principal, como veremos más adelante, pues fallecido su esposo en 1855 y nombrado por él tutor de sus menores hijos al caballero don Pedro Hernández Morejón, recorre ella sola después el doloroso calvario de su primogénito, que desde temprana edad y muy bien dirigido y orientado con el resto de sus hermanos por el celoso tutor, educóse en el famoso colegio "La Empresa", siendo sus adelantos tales, que al concluir los estudios, en vista de su inteligencia y aprovechamiento, dejóle allí de profesor por los años de 1854 hasta cerca del 61, don Antonio Guiteras, severo y sabio director, como ya sabemos, del referido plantel.

De carácter inquieto nuestro biografiado, de espíritu satírico y burlón; no había paz a su lado. Inteligente, culto, poseedor de conocimientos varios y de distintos idiomas (inglés, francés, italiano y alemán), giró siempre en una atmósfera maleante de sátiras y enredos, equivocando el camino elevado y serio de sus inclinaciones literarias. Fué en su época piedra de toque en críticas y diatribas, haciéndolas él acerbadas y candentes al desgraciado que caer pudiera en sus afiladas garras; como aquella malévol y osada ironía que en puuzante epigrama publicó en "La Estudiantina", semanario burlesco y satírico por él creado, contestando a un entusiasta periodista que lenguas se hacía del Baltasar de la Avellaneda, calificándolo como "obra de romanos", insinuando él, Manzanet, ser "obra de Gallegos", haciéndose eco y aceptando así en maligna interpretación las hablillas de entonces sugeridas por la incalificable envidia de una porción que, descontenta de sí misma y hambrienta tal vez de éxito, abrigaba la vil sospecha de achacar al autor del Dos de Mayo la paternidad de las obras de la insigne camagueyana.

Cultivó también Manzanet le poesía y escribió en periódicos con el seudónimo de *Teodoro Pópulo*, *Servando el Manteador* y *Jacobo Rubén*.

Colaboró en todas las revistas de su época. Con Angel Mestre y Tolón redactó el libro "Dos Laudes" y en la ciudad de Cárdenas dirigió "El Faro", siendo allí muy amigo de don José Triay y de don Mariano Ramiro, tipógrafos entonces del citado periódico. También fué director del colegio de "Santa Isabel" de dicha ciudad.

Su obra literaria activa y desordenada en revueltas páginas alcanza a la sátira, a las poesías líricas, traducciones, baladas, nocturnos, paráfrasis y hasta la elegía como la que aparece dedicada al ilustre señor Obispo de la Habana, Fray Jacinto María Martínez, Párroco que había sido de Matanzas y que por el sentido que de ella se desprende, parece fué escrita después del acontecimiento que destruyó la vida del desventurado Manzanet.

Como literato mereció juicios favorables y contradictorios, siendo para mí el mejor, el de Byrne, que vió la luz en "Cuba y América" y que así se expresa: "Manzanet, sobre ser un poeta de expresión delicada y exquisita, era un gramático de primer orden, como lo prueban sus censuras, publicadas en "La Estudiantina", contra el notable crítico don Juan Martínez Villergas, quien hubo entonces de escribirle, según cuentan las crónicas de aquellos tiempos, ofreciéndole un puesto en la redacción de "El Moro Muza" y con el puesto, una retribución mensual, tentadora para un periodista que sólo vivía con el producto de sus concepciones literarias. Manzanet no aceptó, sin que dejara por eso de agradecer la halagadora oferta."

Esas sus continuas discusiones le llevaron a sostener polémicas y zaragatas de todos géneros, no sólo en "La Estudiantina", sino en "El Quijote", semanario habanero, en "Los Camafeos" de Angel Mestre y Tolón. En "Las Variedades", que en esta ciudad de Matanzas fundó Adriano Scola en 1866, colaboró allí con don Nicanor González, de quien era íntimo amigo. Airado y procaz, no era la pluma la única arma que esgrimía; pues las más de las veces a vías de hecho

llevaba la animada polémica, la vituperable costumbre terminando en alguna ocasión en riñas y palos las acerbas críticas y también en cuestiones personales derivaban los crueles ataques que violentamente concluía haciendo uso del revólver y no todas las veces saliendo bien librado del lance, porque maltrecho y casi sin vida tendíasele en tierra en gravísimo estado, del cual iba a curar con muchos meses de cama.

Así las cosas, en una persona de los antecedentes expuestos tenía que ser incontrastable y exaltada toda pasión y vino la del amor a hacer presa en él en forma desequilibrada y volcánica.

El tierno sentimiento reclamó sus derechos y en su impetuosa y desbordada vida no hubo dique para refrenarlo. Enamorado locamente de una joven, uniéndose a ella en matrimonio en Agosto de 1866, no llegando a cumplir en los preliminares ni siquiera mes y medio de relaciones.

Anudado con tal aturdimiento y ligereza el indisoluble lazo, poca ventura había de prometer y tras mil luchas y disgustos y la perfecta incompatibilidad de caracteres determinaron separarse judicialmente, como así lo efectuaron, entablándose después una demanda por parte de él, que quiso reanudar otra vez la vida conyugal, oponiéndose tenazmente su consorte.

Siempre enamorado, trató por todos los medios imaginables de recuperar el perdido afecto y acostumbrado a vencer toda contrariedad, no importándole los medios en su natural impulsivo, le exasperó hasta tenerle fuera de sí la invencible decisión de su esposa, asegurando que "la mataría! la mataría!"

En esta tirantez concurrieron ambos al juzgado para ventilar el escabroso asunto el día 17 de Mayo de 1867. Encontrábase ella en adelantadísimo período de gestación y acompañábale su señora madre, una infeliz y respetable anciana, siendo mi tío Antonio de Ximeno el juez entonces que había de entender en la demanda.

El juzgado del distrito Sur, establecido en la casa calle Gelabert número 17, esquina a la de Matanzas, tal como hoy se halla, no ha sufrido el edificio alteración alguna, siendo los altos el lugar donde aquél estaba.

Manzanet poco hacía disfrutaba de un destino de escribiente en la Alcaldía del Sur, ayudándole más bien para librar la existencia sus tareas escolares y trabajos periodísticos. El caballero don Manuel Trelles, interesado por él como la mayor parte de la sociedad matancera ante su refinada cultura e ilustración, le colocó anteriormente en la respetable casa de comercio de Drake, después de bien aconsejarle y donde estuvo sólo seis meses, por no ser ambiente propicio a aquel carácter turbulento la inalterable igualdad de los cálculos y números, en la abremadora monotonía de comerciales transacciones.

Era nuestro biografiado alto, de facciones regulares y muy simpático. Su esposa muy bonita mujer. El día del litigio, hermoso y primaveral, iniciábase ya el calor sofocante desde esas primeras horas de la mañana, embelleciendo el subido carmín las mejillas de la dama, que en lo avanzado de su interesante estado resentíase de la elevada temperatura, como también del desgraciado caso en que había de intervenir...

Dejemos al propio juez el relato de los hechos treinta y siete años después, narrados en 1904 desde la Habana en su interesante correspondencia y que siempre por mí interrogado así se expresa: "Me pides te refiera todo lo que recuerde de aquella célebre y horrible causa y ante todo tengo que advertirte que en materia de fechas tampoco podría decirte nada porque mi memoria para eso es completamente nula... Antes de la causa yo no conocía ni había visto nunca a Manzanet ni a su mujer. Sé que era hombre inteligente y un aventajado alumno del colegio "La Empresa"; que también era poeta y hacía versos regulares. Ella no sé a qué familia pertenecía, bien parecida, muy blanca, casi rubia, de fisonomía simpática, estando entonces en estado de nueve meses... Tú sabes donde se hallaba el Tribunal, siendo yo juez de paz... En ese día, que era mucha la concurrencia, me encontré al llegar con Manzanet que había demandado a su esposa, y a ésta acompañada de su madre, una viejita casi ciega. Fué una demanda muy larga y muy pesada. Manzanet solicitaba de su mujer, de quien estaba separado, volviese a su domicilio a reunirse con él; pero ella rotundamente se negó a eso y dijo que nunca más volvería a su lado. En más de una hora que esto duró me con-

vencí que eran irreconciliables, y figúrate tú si no emplearía yo todos los recursos, agotando todas mis razones, toda mi retórica, mi lógica y mi filosofía para procurar aunque inútilmente la unión de aquellos dos desgraciados. Viendo ya y conociendo lo vano de mis ruegos y de mis esfuerzos, determiné darle un corte al asunto y propuse se retiraran la mujer y su madre, y viendo que temían a Manzanet, le dije a éste que se quedara conmigo, que tenía que hablarle; pero Manzanet sospechó la treta mía, y no queriendo que sus víctimas se le escaparan, yo de pie y a mis espaldas, sacó un revólver y disparó tres tiros, dos a su mujer y uno a la anciana, dejando a ambas muertas en el acto, y cosa singular, ninguna de ellas cayó al suelo, quedando perfectamente sentadas y equilibradas en sus taburetes... Considera el escándalo que esto ocasionó en los concurrentes, fué un pánico y todos huyeron y se pasaron al balcón de la casa de al lado, que era la del doctor don Ambrosio Sauto... Quedando yo solo con Manzanet, le dije en tono imperioso que abriese la puerta del juzgado que había cerrado y escondido la llave. Fuí al balcón y vi toda la calle llena de gente. Manzanet me siguió y desde el balcón arrojó el revólver a la calle, que recogió el joven Pepe Morejón. Entre la muchedumbre vi a un amigo, el que me gritó me pasara a la casa de al lado, a lo cual me negué, diciéndole avisara a la policía. Abierta la puerta, al momento entró el Jefe de la Policía, que era Marcotegui, el Subdelegado de Medicina, que era el doctor Bonifacio Carbonell, y un sacerdote con los Santos Oleos, ya inútiles. Le dije a Marcotegui que asegurase a Manzanet, y vi que sacó del bolsillo un cáñamo y lo amarró por los brazos echados a la espalda. Entonces éste le dijo con la mayor serenidad: "¿Por qué me amarra usted, he hecho yo algo malo?", y Marcotegui contestóle: "Vamos, ya empieza a hacer su papel". Carbonell me dijo que era un caso que correspondía la operación cesárea; y la hizo allí acto continuo, encontrando muerto al feto. Mandé inmediatamente al alguacil por el Alcalde Mayor Segismundo Carrasco, que vino muy pronto y enterado de todo con su escribano empezó la causa, abriéndola con mi declaración que fué bastante gráfica... El Fiscal pidió para Manzanet la pena de muerte y el abogado defensor hizo una voluminosa defensa, juzgándolo

como loco en un estilo muy novelesco y lleno de falsedades y una infame calumnia, siendo completamente falso el incidente a que en ella hace referencia y que dice fué ante mí y la causa que obligó a su defendido a obrar exasperado"...

Aquí concluye el relato mi anciano tío, que sólo por complacerme revolvía de cuando en cuando el archivo de sus interesantes recuerdos.

Y de la triste operación cesárea por lo inusitado del caso allí efectuada, da cuenta un periódico de la época en esta forma: "Nuestro amigo el doctor don Domingo Cartaya llegó ayer al teatro del hecho espantoso que tiene conmovida a la población, quince minutos después de perpetrado éste y advirtiendo que una de las víctimas, ya cadáver, se hallaba en estado avanzado de embarazo, procedió a hacer la operación cesárea, auxiliado por los doctores Carbonell, Guitart y Riera y con permiso del señor Alcalde Mayor, extrayendo una niña de nueve meses que acababa de morir. Nos informan que dicha señora contaba ayer, día de la catástrofe nueve meses y diez y seis días de casada."

Después empezó para Manzanet la beneficiosa y cruenta expiación. Que provechosos son en grado máximo ciertos castigos para caracteres indomables y es de suma sabiduría el aplicarlos como también gracia que viene de lo alto el salvable escarmiento. Y Manzanet era de éstos. Tenía una violenta y despiadada sacudida que despertarle, que hacerle entrar en razón, y como su natural era bueno, excelentes sus antecedentes de familia, seria y provechosa su educación y aun inmejorables las cualidades aletargadas en lo más elevado de su alma; tenía una circunstancia como la presente—profunda, decisiva y cruel—que llamarle al orden, puesto que fué juez, verdugo y víctima de su propia historia. El solo asumió en un instante de ofuscación, los diversos papeles del terrible drama y desde ese instante experimentó ostensible cambio.

Doña María, su heroica madre, inició la vía dolorosa en santa peregrinación recorriendo salas y antesalas en favor del culpable. Movía a compasión la desventurada señora, hasta que el destino la condujo a casa de mis padres. Contábame la autora de mis días que jamás olvidó a la angustiada mujer y

venerable anciana, que reconcentrada, rígida, crispada, sólo decía mordiendo el pañuelo como único e irrecusable argumento: "Es mi hijo, mi hijo!" Aquel dolor encontró refugio en el corazón que la escuchaba y prometió sincera y leal como era ella, cuanto la madre imploraba. Y así fué. Empezó desde ese momento y ayudada de mi padre, día tras día, año tras año, la titánica lucha, consiguiendo ellos al fin rescatarle de la pena capital a cambio de otro suplicio quizás si mayor por lo lento y que humildemente soportó el culpable.

Su falta fué muy grande, sí, muy grande. Del sombrío cuadro juzga la propia conciencia sin apelación, sin consultar a código alguno que atenuar pudiera lo horrendo y súbito del hecho. Oh! Señor, qué maravillosas tus lecciones para las almas que desertan!... Una ola de sangre oscureció su cerebro de extraña y fatal locura: la rebeldía inveterada era en sí intermitente achaque, que cual extraña dolencia le asediaba sin freno ni contén; hasta que tras violenta crisis final desapareció como el humo el extraño mal. Renacieron en él cualidades hereditarias y se hizo tranquilo, bueno, sufrido, paciente, trabajador (siempre lo había sido) en una palabra: un hombre honrado. De cada imperfección el florecer de una virtud.

En la Habana, adonde fué trasladado y estuvo en observación, alienistas notables fueron consultados. La Real Academia de Ciencias Médicas, físicas y naturales emitió su informe certificado por los doctores don Vicente B. Valdés y don Tomás J. Plasencia, Director el último del manicomio de San Dionisio. En dicho informe dicen que "representa tener treinta años... es de un temperamento nervioso y linfático a la vez, un tanto pálido, quizá más bien por deficiencia de luz y de aire exterior, que como reflejo de algún sufrimiento orgánico; y lleva además impresas en su semblante las señales de una tranquila resignación... Ha dado pruebas de bastante ilustración, empleando un lenguaje culto y escogido y una no común urbanidad. Frecuente ha sido encontrarle profundamente abstraído en la lectura de alguna obra seria, escrita ya en idioma castellano, ya en idioma francés como para entretener sin duda sus largas horas de ocio y quizá disipar un tanto las amargas ideas que deben cruzar por su imagina-

ción." "Interrogado acerca de las circunstancias, mejor dicho, acerca de la causa que dió lugar a su encarcelamiento y a su traslación al Asilo de Dementes y más tarde al Hospital de San Felipe y Santiago, nos ha contestado que ni la recuerda ni la sabe, porque el pasado ha desaparecido para él, porque sólo tiene memoria de los hechos presentes y carece completamente de ella en lo relativo a su vida anterior; pero la Comisión precisando más sus cuestiones y encaminando éstas de un modo directo a la horrible acusación que pesa sobre los hombros del infortunado M..., le ha bruscamente preguntado, si tenía esposa, si tenía hijos, si tenía suegra—y al mismo tiempo que le ha visto inmutarse, cambiándose su mirada de fija y pacífica y serena, en otra vagorosa e indecisa, y aumentarse notablemente la palidez de su rostro, le ha oído por toda respuesta dar un—*dicen que han muerto*—con voz vacilante y evidentemente conmovida, etc., etc."

De la laboriosa transformación por martirios inenarrables, y de la hija nonnata, tal vez si el abrumador recuerdo, avivado por todas las niñas del mundo la insufrible tiranía, renació otro hombre de conducta intachable, abreviando el tiempo de la condena su buen proceder y otras circunstancias penosas, si, es verdad, pero que a ayudarle contribuyeron, como se verá en la serie de cartas, que de la correspondencia con mi padre, aun conservo. Dicen así:

"Matanzas, Septiembre 30 69. Sr. D. José Manuel de Ximeno.—Muy estimado señor mío y de toda mi consideración: hoy me he tomado la libertad de dirigir a vuestra digna esposa una carta de presentación y súplica a favor de mi anciana madre: esta santa mujer está en extremo acongojada porque dentro de siete días, es decir, el primero de Octubre se verificará la vista de mi causa para sentenciarme de seguida; y se ha propuesto ¡Dios la bendiga! buscar influencia suficiente para que el señor Juez no sea inexorable conmigo. Yo hubiera querido disuadirla de este propósito, primero porque comprendo cuan duro compromiso debe ser para una persona (que tal vez no me conozca) acercarse a un magistrado para hablarle en favor de quien ha cometido un hecho como el mío; y por otra parte, porque mamá está muy delicada, y en medio de su vejez y pesares está todavía convaleciendo del terri-

ble tifus que la puso a las puertas de la muerte y del cual la salvó prodigiosamente el joven doctor Zambrana. Por consiguiente, temo que estos afanes, estas visitas y solicitudes la postren de nuevo en el lecho de que a milagro ha salido; pero vaya uno a contener el ímpetu de una madre cuando se trata de la vida de su hijo! Yo me someto, pues, con respeto y con inmensa gratitud a esta fuerza incontrastable, a este sublime arranque de amor materno, y pido a Dios que no defraude la esperanza de la noble anciana, ya que no por mí, al menos por los méritos de su sagrada ternura y su ilimitada aflicción. Haced algo, siquiera lo suficiente para que ella conserve un poco más de tiempo la ilusión, la esperanza!... Ay! si pudiera yo alejarla hasta un sitio tan apartado que no fuera posible que allí llegase en su día la noticia fatal! ¡Donde ella estuviera animada de la idea de volver a verme, hasta que el Señor dispusiese de sus días! Fuera entonces dulce mi última hora comparada con la que aguardo. Pero si queréis y podéis vos, si quiere y puede algún mortal arrebatarse mi cabeza al verdugo, arrebatarse mi nombre a la ignominia... entonces afirmad que habéis salvado dos vidas en una, porque tan cierto como hay Dios en el cielo que mi muerte distará pocos días, quizá pocas horas de la muerte de mi madre: ¡Ved que amarga y doble agonía! Si los que me conocen se acercaran a mí; si los que me atacan, me conocieran, yo no estaría hoy preparándome para abandonar la tierra, llevándome ¡ay! como Chénier, todo un mundo en la cabeza! De todos modos, quedeme todavía en este valle para admiraros y servirlos mientras viva, o váyame a la eternidad para pedir a Dios por vos cuando pida por los que amé, yo tengo siempre que recordar que tres veces estuve en contacto un momento con vos, y tres veces fuisteis grande y generoso para mí. Así, pues, adiós hasta que Dios quiera, y ahí va mi madre, y ahí van hacia vos mi gratitud y la bendición del moribundo.—*S. Manzanet.*" **SANTIAGO**

"Mayo 10 de 1871.—Mi inolvidable bienhechor: le envío unos versos que he compuesto para su encantadora Lola María. Mis crónicos achaques, así como las precauciones y dificultades con que todavía me comunico con mi familia, me han impedido enviar la composición a tiempo de poderse publicar en los natales de la niña; pero imagino que la publicación

nunca será importuna, y aún pudiera posponerse para el mismo día del año venidero: todo esto, si usted y su señora no prefieren mandar copiarla con mejor letra y guardarla en algún cuadrito. Al cabo, este trabajo, como mío es de tan escaso valor como mis facultades poéticas; pero por lo mismo comprenderá usted que en él se simboliza mi espontánea y buena voluntad. Aunque soy parco en la expresión de mi gratitud, limitándome a enviar sentidos recuerdos por conducto de mi familia en las contadas veces que con ella me comunico, no me tache usted de frío: *Admiro, siento y callo*; pero mientras los labios enmudecen, el espíritu está en vela. Finas expresiones a sus dignos hermanos, y poniéndome a los pies de su Lola, a quien Dios bendiga, ordene al que es con la más distinguida consideración su muy afecto y agradecido amigo y s. s. q. b. s. m. *S. Manzanet.*"

La poesía a que se refiere y a mí dedicada y que figura también como la primera en el Ramillete Infantil es ésta:

Cuando alegre te despierte
El primer albor del día,
Ora al cielo por tu suerte,
Porque vencen a la muerte
Tu niñez y tu alegría.

Yo también, en mi clausura,
A Dios mi plegaria elevo
Para que te guarde pura
Y aumente cada año nuevo
Tu inocencia y tu hermosura.

Querubín de labios rojos,
No mi martirio deploras
Ni mi mal te cause enojos,
Que ver no quiero en tus ojos
Ni una lágrima, Dolores.

Ya la dulce claridad
Por el horizonte asoma

De mi ansiada eternidad,
Y es grata su vecindad
Como la tuya, paloma.

¡Qué melodiosos tus nombres,
María, y qué bellas eres!
Tú brotas, para que asombres,
Del más bueno de los hombres
Y la flor de las mujeres.

Cuando de la noche el astro
Alumbraba el Yumurí,
En la cuna yo te vi
Como en concha de alabastro
Mariposa de rubí.

O junto al sitial materno
Balbuceando un nombre eterno
De hinojos te contemplé,
Nacarado botón tierno
De hermoso jazmín al pie.

Y como ella se adelante,
En pos corres oportuna
Para que más nos encante,
Gracioso lucero errante
Perseguidor de la luna.

Nada te pesa en la vía
De tu existencia de flores,
Que un ángel envidiaría;
Tus labios dicen amores,
Tus ojos poesía.

Y es, en medio al embeleso
Con que tu suerte se labra,
Puro corazón ileso,
Un mimo cada palabra
Y cada mirada un beso.

Naciente rosa galana,
Gloria del patrio jardín,
Dios te dé cada mañana
Cielo azul, nubes de grana
Y auras de frescor sin fin.

Vive llena de contento
Sin llevar tu pensamiento
Del destino a lo profundo:
¡No sepas ¡ay! qué tormento
Da la ciencia de este mundo!

Todo, pequeñuela, encanta
Mientras que duerme la idea:
El ave que dulce canta,
La nube que se levanta
Y el astro que centellea.

En tu inocencia dormida,
Sueña tus años cual hoy,
Y halles fácil y florida
Esta escala de la vida
Que yo descendiendo voy.

De ese círculo de oro
En que plácida te agitas,
Nunca ahuyentes el decoro,
Ni a enjugar inútil lloro
Se eleven tus manecitas.

Del mundo en la travesía,
Cuando recojas la vela
Tu nombre quede, alma mía,
Como luminosa estela
De virtud y poesía.

Y cuando emprendas el vuelo,
Del ángel pálido en pos,

Tu memoria arome el suelo
Y haya júbilo en el cielo
Por tu tránsito hacia Dios.

Abel Rubén

“Hospital de San Felipe y Santiago de la Habana.—Noviembre 8|72.—Mi respetado y querido bienhechor: voy a partir; no sé si será en el correo del 15 o en el del 30, pues habiéndome notificado mi sentencia definitiva; he quedado a disposición del G. S. Brigadier Gobernador Político de Matanzas, quien dispondrá (dice el texto de la notificación) lo oportuno para que vaya yo desde luego a mi destino. Por feliz me hubiera contado logrando que se me permitiera cumplir mi condena en la Habana en vez de C... porque aquí, por medio de las recomendaciones de usted y sus amigos, habría sido empleado, como otros presidiarios de igual causa y de menos instrucción que yo, en las oficinas del Presidio, con un sueldo de cuatro pesos, rancho aparte y algunos ingresos “extraordinarios” que me hubiesen permitido socorrer a mi familia ¡ay Dios! con ocho o diez pesos mensuales, o tal vez más. Antes de marchar, he querido dejar a su tierna Lola María un presente mísero, pero todo corazón, como mío al fin, a fuer de homenaje indirecto al Dios misericordioso de Dimas y de José. Indudablemente son tristes, patéticos, fúnebres las composiciones que constituyen el Ramillete; pero como su tristeza no es la que produce el conocimiento de la maldad humana—ciencia vedada a la niñez—; como su tristeza predispone al corazón a la compasión, a la caridad, he creído no ser inoportuno al dedicarlas a su angelito. Sin embargo, nadie entiende de estas cosas como un padre; usted, pues, se servirá modificar, eliminar o rechazar ya parte, ya el todo de mi trabajo. Estoy convencido de que a su esposa, que Dios bendiga, se le alcanzará de ese juicio crítico mucho más que a usted y a mí. Siento en extremo que teniendo mi lecho por mesa y careciendo de recursos para comprar un hermoso álbum de versos, vaya mi Ramillete con tan mala letra y en tan feo cuaderno; pero me consuela un tanto la esperanza de que si usted lo acepta al fin, lo hará copiar en un bonito álbum con excelente letra. ¡Tendré que suplicar a usted que me perdone si

en esta carta de despedida no se explaya mi alma derramando los tesoros de su gratitud hacia usted? No lo creo; porque usted bien sabe que hay ocasiones en que se calla por temor de decir poco. ¡Y necesitaré recomendar por vez postrera a la inagotable piedad de su Lola mis desventuradas y santas madre y hermanas! Me arrepiento hasta de haber solamente iniciado esta cuestión. ¡Adiós, bienhechores míos! Es probable que jamás volvais a saber del desgraciado Santiago Manzanet; pero en la vida y en la muerte yo os bendeciré a ambos y rogaré a Dios por vuestra felicidad. ¡Adiós, nobles almas, las más nobles y generosas que he conocido! Adiós para siempre.—*Santiago Manzanet*.—Adiós también a sus hermanos. Adiós!—*S. M.*”

No fué el penado a Ceuta como él suponía. Quedó en el Presidio y suya es esta carta del siguiente año con letra muy alterada y que a mi padre escribe:

“Habana, noviembre 7|73.—Mi inolvidable y muy estimado señor y bienhechor: acabo de regresar de la Trocha Militar del Este adonde me condujo mi desesperación no menos que el deseo de obtener el beneficio del indulto de la tercera parte del tiempo de condena que concede el Exmo. Sr. Capitán General a los penados que voluntariamente presten servicios en dicha trocha por espacio de seis meses, o que se inutilicen físicamente por efecto de aquellos terribles trabajos, aunque no lleguen a cumplir el plazo prefijado. Yo he vuelto a la Habana en clase de “inútil” y aun me parece un sueño verme aquí vivo. Preseindiendo de los trabajos que consisten en construcción de un ferrocarril, desmontes, apertura de pozos y zanjas, y erección de fuertes a distancia de un kilómetro uno de otro, todo esto con el fango hasta la rodilla; preseindiendo de eso, pues no trabajé más que cuatro días y pasé moribundo al hospital donde he permanecido hasta que por inútil e incurable me enviaron para esta capital, el agua sola, la horrible agua salobre, pantanosa, letal de aquellos sitios, parece maldita por Dios y destinada a envenenar a los infelices que la beben. Esa agua me ha matado! No quiero molestarle con la relación de mis enfermedades: si escapo de ésta, soy el más dichoso de los hombres. A mi familia le avisé la ida y hoy les participo el retorno, pero les he engañado completamente. Si sano, no hay para qué decirles nada; y si muero, no quiero

que sepan lo que he sufrido. Tal vez sea esta la última vez que tenga el honor de dirigirme a usted como acostumbro de tiempo en tiempo, pero de todos modos, yo que creo firmemente en otra vida mejor, no olvidaré allá a mis bienhechores de acá. Ah! si tengo la suerte de sanar, entonces algún día no lejano podré ir a besar la mano de mis magnánimos bienhechores, pues ya tengo rebajado por mi ida a la Trocha la retención y tres años y medio, o sea la tercera parte de mi tiempo, así es que ya no me faltan más que cinco años y meses que cumplir. Si se presenta un indulto y me hallo vivo, puedo estar libre dentro de tres o cuatro años o tal vez antes. ¡Dios me mire con misericordia! No puedo seguir escribiendo. A los pies de su señora que Dios bendiga. Expresiones atentas a sus hermanos. Su leal ahijado.—*Santiago Manzanet.*”

Allí también en el encierro vinieron las prácticas religiosas a mostrarle el sublime refrigerio del cual no habíase dado cuenta sino en la hora de dolor supremo. Asistido del Padre Lirola, sacerdote agregado a un regimiento y muy conocido y apreciado que fué en esta ciudad de Matanzas por su respetabilidad e ilustración, recibía anualmente después de allegada la conciencia del peso de la culpa en santa y contrita confesión el sagrado sacramento de la Eucaristía.

Tuvo el valor de mostrar al médico divino la horrible llaga, tuvo el valor de implorar y de ser oído; de pasar en muy poco tiempo de una situación a otra, tocado de impaciencia extrema como estaba.

Y superior como era el cultivado espíritu y—a pesar de los pesares—, halló en el otro Superior Espíritu luces desconocidas para continuar avanzando el pobre criminal que en la tierra todos los derechos había malogrado.

¿Quién en este valle de lágrimas no necesita de un amigo? ¿Quién es el osado que suficiente pueda considerarse para prescindir del consejo y guía, de algún sostén, de algún remedio, y más aun, él, deshauciado como estaba?...

Provechosísima fué para el culpable la lenta y trabajosa purificación. Cuerdo, muy cuerdo, equilibrado en demasía traspuso al fin al cabo de los diez años, en inesperada fuga, el umbral del penal, dejando allí como en recónditas nigromancias o en tenebrosas y muy vedadas artes de alquimia restos y re-

siduos que haber pudieron del hombre viejo, volviéndose de rico y nuevo metal, más que el oro, su contextura moral; que de eso tornábase la triste humanidad del vencido.

Y sigilosamente a esta ciudad llegó en el trance de la huida, y dícenme que a las puertas del amigo de sus felices días, Nicanor A. González, allá en Versalles a altas horas de la noche hubo de llamar y que, sorprendido éste preguntaba: “¿Quién es?”, contestando aquél: “Abre, soy yo, Santiago.”

Y en el indulgente pecho calor y reposo encontró y confiado y fortalecido pudo muy en secreto avenir recursos en brevísimo tiempo, tal vez horas, con la venta del viejo techo ofrecido con este fin heroicamente por su madre y disponer su viaje en un vapor que de esta bahía de Matanzas providencialmente zarpaba para Puerto Plata el día 24 de Septiembre de 1877.

Y de este lugar, después de incontables vicisitudes en tierra extranjera, los Estados Unidos a donde logró arribar en los comienzos de su liberación y en el titubear de la elección, fugitivo, desertado, como siempre se consideraba, pues la vergüenza sentía muy mucho de su falta y por los estragos causados por el riguroso clima al cual no pudo adaptarse; llevóle más luego la piedad divina compadecida del desolador tanteo, a una hermosa isla, fértil y risueña como ésta, de hospitalarias playas y más hospitalarios timbres, donde al fin pudo arraigar, y allí aparece con los años respetado y atendido, consagrado a la enseñanza cual a un apostolado y a sus trabajos literarios en noble esparcimiento ahora la inquebrantable afición; y más luego en el correr del tiempo jefe de un hogar como el de sus progenitores, espejo de virtudes.

Y dícese que en su frente pensativa leían muchos un gran pesar; otros interpretaban la mortal tristura como resultado de muy serias y profundas cavilaciones hijas de la gravedad de su carácter; y de todos considerado concluyó sus días en santa paz, tras una larga y azarosa existencia de mortal agonía.

Misterios insondables son estos que guarda el corazón del hombre en los secretos e inescrutables juicios de Dios. Extraño diamante aquel de cuya opacidad fulguraba fuerte luz y donde irradiaban las consoladoras palabras de Jesús, esas que el

cristiano ya redimido por el arrepentimiento oye con celestial dulzura en lo más recóndito de la conciencia: "Aun cuando vuestros pecados fueren parecidos a la púrpura, yo sabré tornarlos blancos como la nieve."

El retrato de doña Manuela Florencia, heroína que fué de este drama pasional, el mismo Manzanet lo traza años después, subyugado por el doloroso recuerdo, y, lo que es más triste aún, por intensa ilusión; como se verá en la siguiente poesía que tituló:

FRAGMENTO.

Una mujer yo amé, todo ternura
Gallarda encarnación de sueño y niño.
Y ella absorbió con su letal cariño
Las fuerzas de mi vida juvenil.

Rayos de luz sobre su frente había
Aroma y miel, entre sus labios rojos;
Verdes como la mar eran sus ojos,
Sus mejillas, jazmines del Abril.

Vivaz, gallarda, esbelta y donairosa
Irresistible encanto poseía;
Y el amor voluptuoso se mecía
De su talle en el lánguido vaivén.

La pompa de su parda cabellera
Bajaba fiel hasta su planta leve,
Placer vertía de su toca breve,
Placer brotaba su indolente sien.

La vi tna bella, virginal y pura
Que en mis delirios ¡infeliz poeta!
La imaginaba aparición secreta
Del mundo de la paz y la virtud.

Fantasma del deleite que venía
A despertar mi corazón ya muerto,
Y a iluminar el lóbrego desierto
De mi expirante y triste juventud.

¡Cuánto la idolatré! ¡no hay en los ojos
Lágrimas ya que referirlo puedan
Ni allá en el hondo corazón aun quedan
Un suspiro ni un ay, ecos de amor!

Ella también me amó: pobre paloma
En la red de mi amor aprisionada;
Dulce temprana víctima inmolada
En el lúgubre altar de mi dolor.

Ya el recuerdo no más de su cariño
Suspende el alma en su pesar vehemente
Melancólica sombra solamente
Que el sueño evoca mísera ilusión.

Y su nombre ¡ay de mí! su dulce nombre
Aquí, Florencia... hondo... escondido
Con hiel y sangre y lágrima esculpido
En el árido y yerto corazón.

.....
Terminada esta triste historia, he de agregar en el presente capítulo y por razones cronológicas correspondientes a este período de tiempo, asuntos bien ajenos a lo narrado; pero que, por imperiosa necesidad debo consignar aquí obedeciendo a cierto orden por mí trazado.

En la primera parte de estas mis memorias hago mención de un incidente ocurrido a mi abuelo don Blas cuando el General Concha le mandó a llamar a la Habana y al terminar la entrevista le advirtió risueño de que tuviera "cuidado con las boticas", por ser la de don Francisco Javier de la Cruz en esta ciudad de Matanzas, ya dije, uno de los centros de conspiración.

Y en efecto, no faltábale razón a la primera autoridad de la isla. Como es natural y desde tiempo inmemorial y como aliciente poderoso de las poblaciones tristes y en la igualdad de la vida provinciana, reuníanse o agrupábanse mejor dicho los vecinos en determinado lugar en las primeras horas de la noche para cambiar impresiones y esparcir el ánimo. Y bien

sabemos que el hábito de una tertulia esclaviza al individuo con sin igual tiranía y más si ella, ya sea del colorido que fuere, halaga las tendencias de cada cual.

En los comienzos de la naciente sociedad matancera las hubo notables y de índole especial, muy especial. Después, con el rodar del tiempo y con el refinamiento de las costumbres, fueron las últimas de la dominación española, dada la creciente cultura de los habitantes verdaderos centros literarios, científicos y políticos, a pesar de su notoria sencillez y aparente insignificancia.

De niña yo, oía a mis familiares, los más ancianos, aludir risueños a los chistes y anécdotas de las reuniones de las Gómez, acaudalada familia que residió frente a la iglesia, en la calle de Gelabert, y en espaciosa vivienda que dejaba ver desde la vía pública la prolongada hilera de cómodos sillones en los que felices y en constante buen humor sentábanse las autoridades y amigos; y cuántas veces fué el ejercicio que los milicianos efectuaban por la tarde en la plazoleta motivo allí de alusiones y de graciosos comentarios y de intercambio de frases entre jefes y espectadores.

Después formóse otra pasados los años en el establecimiento de monsieur Antonio Blanchet y dónde al dar el reloj de la ciudad las campanadas que indicaban la hora de despedida, asomaba por la puerta del fondo del recinto la cabeza de un negro que abriendo las cortinillas, invariablemente decía al grupo de los tertulianos: "Señores, *larié*" (las diez)... Esta anécdota la hube del hijo del propio monsieur Blanchet, mi excelente amigo el culto literato don Emilio, un día que, regocijados, hablábamos de reminiscencias de tiempos viejos.

También tuvo tertulia en su casa Domingo Del Monte y Aponte, ya casado con doña Rosa Aldama y en el tiempo que aquí residió; lo mismo que don Pedro Guiteras tenía de literatos y políticos; y después la familia de Milanés, en la que se reunían y saludaban todos los escritores de más valía en la isla de Cuba cuando por Matanzas pasaban o temporalmente en ella residían. Palma, Del Monte, los Cárdenas, José Antonio Echeverría, Cirilo Villaverde, José Victoriano Betancourt, Félix Tanco, Juan Padrines y otros.

Pero de todas éstas la más constante y permanente fué la

de don Francisco Javier de la Cruz y que hubo de dispersarse cuando la conspiración de Narciso López, complicado aquél como estaba al igual de mi abuelo don Blas, don José Elías Hernández y otros más.

Establecido aquí don Francisco Javier en su botica desde mucho tiempo, volvieron a reunirse los de su tertulia una vez que cesaron las dudas y temores de aquellas sombrías y tristísimas realidades.

En aquel modestísimo y reducido establecimiento situado en Santa Teresa núm. 23, esquina a Contreras, y en la Plaza de Armas—desde sus principios llamada la botica de "El Rosario"—el tema de la conversación versaba sobre asuntos de agricultura, ciencias y literatura, jurisprudencia, historia y las cuestiones políticas que, dividida en los dos partidos de siempre, allí se discutían.

De los asiduos se consideraban a don Pedro Antonio Alfonso, ilustrado, modesto, bondadoso—historiador que nos ha legado unos interesantes *Apuntes*, que así tituló su libro sobre Matanzas; el poeta don Ignacio María de Acosta (Iñigo); el abogado don Juan Nepomuceno Valiente; don Emilio Blanchet, literato, escritor, pedagogo y lingüista; el Doctor en Medicina don Benito Manresa; don Sebastián Osorio. Y el historiador don José María de la Torre y don Esteban Pichardo, que visitábanle muchas veces cuando de la Habana venían, y con él tenían correspondencia; y cuántas palabras del Dieciofario de provincialismos cubanos de este último en la tertulia tomaron vida!

Muy apreciado de los contertulios fué don Ramón de Llanos, que también allí acudía—caballero de los mayores prestigios por su cultura y prendas de carácter—autoridad en materias agrícolas—siempre consultado; y don José Francisco Aguiar y Loizel, abogado y literato de gran civismo, miembro del Ayuntamiento; el licenciado don Mariano del Portillo, distinguido caballero, Alcalde que fué de la ciudad; además de los conocidos señores don Gonzalo Peoli, don Benito J. Riera, don Pedro Hernández Morejón, don Pío Campuzano, don José María Casal, don Domingo Del Monte y Portillo y su hermano don Casimiro, muy jóvenes entonces; el inolvidable y querido pedagogo don Bernabé de la Torre; el doctor don

Santiago de la Huerta y su hijo el licenciado don Santiago; el licenciado don Rafael Cabrera; el licenciado don Gonzalo Acosta y otros.

El grito de Yara recibido por todos con regocijo también fué grito de dispersión, de fuga y de persecuciones.

Y como triste epílogo y melancólico tributo público, la siguiente carta de don Federico Vallín, que confirma cuanto he relatado del sólido y bien ganado prestigio de esta tertulia.

Sr. D. Francisco J. de la Cruz.

Hab. 19 de Oct. de 1868.

Mi estimado amigo: ya sabrá V. que *aquí se dice* que *hoi* ha venido un telégrama al General, para que se elijan diputados i que S. E. ha pedido esplicaciones, pues habiendo de ser el sufragio universal, naturalmente le ha ocurrido la duda de si la gente de color libre, ha de tomar parte en las elecciones.

Si sale cierto el aludido telégrama, le pido á V. su voto i el de sus amigos, para mi hermano D. Benjamín, el del desafío con Lira.

Mi hermano Benjamín es hombre enérgico, de claro talento, conocedor de la Corte i de sus prohombres, i de las necesidades del país.

No es nuevo en los negocios públicos, pues ha sido Oficial del Ministerio de Ultramar i Gobernador de la provincia de Tarragona, i en la Habana, oficial de la Superintendencia, Secretario de la Intendencia, i del Tribunal Mayor de Cuentas.

Confiado en estos antecedentes i en las simpatías, que al parecer, me tiene esa ciudad, porque en los años que fuí Alcalde Mayor en ella procuré hacer todo el bien que pude i a ninguno hice daño, á sabiendas, me atrevo a solicitar para mi hermano Benjamín, el honor de que Matanzas le elija su diputado.

Sírvase V. leer esta carta á los amigos de su tertulia, á quienes ruego la consideren como dirigida á cada uno de ellos, i como extensiva á todos la súplica de su voto.

Salud i ventura les desea su afmo. amigo i s. que b. s. m.

Federico Fernandez Vallín.

Oh términos fatales de la vida! Cuando esta carta se redactaba ya don Benjamín no existía, fusilado como fué la víspera de la batalla del Puente de Alcolea.

Don Francisco Javier de la Cruz, farmacéutico y escritor, nació en Bayamo en 1803 y falleció en la ciudad de Matanzas a los ochenta y siete años de edad. (1890)

CAPITULO XIV.

Los estudiantes de 1871.—Cuba y España.—Anécdotas y reflexiones.

Ante mi vista un cuaderno o programa de exámenes del colegio "La Empresa" del año 1857 y en una de sus primeras páginas y en la primera clase y en el último renglón de las nutridas listas de alumnos, aparece el nombre de Carlos Verdugo. Y con los ojos del alma agigantada la visual por lo maravilloso de la cinta cinematográfica que el pasado hace revivir en mí, veo al gracioso colegial, al *trigueñito* querido trasponer el paterno umbral guiado por el esclavo—siempre escogido el más racional de la casa para el cuidado de los niños una vez lejos de la maternal vigilancia—; con su carpeta de cuero cruzada al pecho, como entonces estilábase en los chicos de escuela; con sólo cuatro años de edad (nacido como fué Carlos de Jesús—y tan de Jesús!—en 15 de Enero de 1854, según reza la partida bautismal) y feliz y travieso, puro como los ángeles del cielo, penetrar confiado y juguetón en el colegio, atravesar los distintos cuerpos del edificio en la distribución de sus dos pisos a más del magnífico entresuelo, salvando ligero las distancias y ocupar muy juicioso, disciplinado por el severo ambiente, el sitio que de antemano le correspondía.

¡Tan reglamentario, trivial e insignificante el detalle! Y sin embargo, algo cruel y horrible acechaba al niño. Del bullicioso enjambre era él el escogido. Era el señalado para ocupar otro sitio muy lejos de aquél en inmortales esferas y alternar con los gloriosos mártires que en la tierra han sido.

Copio aquí literalmente del folleto lo que expone de la Primera Clase: Religión, a cargo de don Ignacio de Acosta.

Desde el Padre Nuestro hasta las Virtudes Cardinales y los primeros sucesos de la Historia Sagrada.—Lectura, a cargo del mismo.—La cartilla y el primer libro de Eusebio Guiteras y la Miscelánea Infantil.—Gramática, a cargo del mismo.—Por no saber escribir se ejercitan en componer con letras de cartón oraciones fáciles, dividiendo las sílabas y haciendo un ligero análisis.—Aritmética a cargo de don Pedro Delmonte.—Leen cantidades...

Estos conocimientos, por arte de benedictina paciencia, penetraban paso a paso en aquellas tiernas inteligencias, rasgando poco a poco los primeros velos del pensamiento, fijo en sus comienzos en la constante atención del mundo exterior que nos rodea y tanto arroba y seduce en edad temprana. ¡Ese mundo exterior en el cual prematuramente penetraba el niño con tan buenos auspicios y que tan caro había de costarle!

Del laborioso esfuerzo y del acertado método, recibíase pronto la provechosa ganancia. Ciencia y religión y religión de fe inteligente como era aquella y que no muy lejos el momento supremo mostraría su eficacia; el abrojo de la vida, despojada la engañosa fantasía; lo insignificante y breve de la juventud —tesoro inagotable— y muy de verdad lo que parece piadosa mentira; lo grande de amores infinitos ante lazos formidables de los afectos terrenos; el desprecio de la humana envoltura con sus ruindades y bajezas ante luces desconocidas, cumbres inexploradas de la Jerusalem celeste: —y grande, gigante en el mortal desmayo penetró aquella alma lúcida, valiente, confiada en el hermoso premio— que aun muy cerca estaban sus compañeros mártires y él de infantiles preseas—y así preparados y dispuestos eleváronse todas en alas del perdón y de los rezos a las dilatadas regiones donde mora Jesús en su eterna y esencial grandeza.

¡Pobre madre! Si dable hubiérale sido como a la otra madre del cristianismo cruelmente herida, que el universo compadece y venera, y que la humanidad bendice, entender como ésta de antiguas profecías, y de un anciano Simeón que como Aquella vaticinárala “días de amargura”; encadenada a su destino hubiera aceptado al menos el sacrificio en espíritu de sublime valor por algo de la inmarcesible gloria; pero ni aun este consuelo cupo a la madre del desventurado niño de al-

guna señal de predestinación, que no faltó a la elegida como madre del Dios que con sus sabias y amorosas doctrinas redimió a la humanidad de la esclavitud del mal, de las delicias de una carne corrompida e insumisa, de las cadenas del pecado, de una servidumbre deleitosamente pagana.

En el magnífico colegio a que tantas veces he hecho referencia y bajo la dirección de hombres escogidos durante el período de casi treinta años que de vida tuvo el plantel, sobresale en el lapsus de unos diez y ocho, la sabia dirección de don Antonio Guiteras y puede decirse que asume él toda la gloria, gloria como la de don José de la Luz, única, y de ellos solos.

Allí formóse el carácter, el cultivado intelecto de cubanos que en todo tiempo honraron a su patria, ya como intelectuales ilustres, ya como sencillos padres de familia adelantados y cultos, que en todos quedó fijo indeleble sello.

Vasto el campo de los conocimientos preparaba sólida-mente las orientaciones, que es cosa que desde la más tierna edad despunta con la vida el inicio de la vocación, y por eso de la sencilla lección de Historia surgieron guerreros, héroes y mártires, tocando al inocente niño, hijo de Matanzas, la gloriosa palma.

Y de la enseñanza de legendarias hazañas donde la epopeya de hechos gloriosos ofrecían el mejor ejemplo, en aquellos corazones halló eco el cumplir heroico de los espartanos.

¡Atenas! ¡Roma! Las legiones inmortales desfilaban ejercitando la memoria en incomparables proezas y en secreto anhelar satisfacían a las aspiraciones del alma. Sonó la hora. Y el ángel de las victorias a cada cual entregó su espada, ciñendo en la frente del augusto joven la inmortal corona, —que galardón de muy alta nobleza concedíale la excelsitud de su sacrificio en reinos que no son de este mundo.

Y del grupo de educandos que pelearon allá en el campo denodadamente los diez años, otra figura sobresale, cual la de Carlos Verdugo, niño también y primogénito de don Antonio, que a la insurrección vuela, siendo rescatado por su poca edad y confinado a España. De allí huye con el inquebrantable propósito, y otra vez vuelve a reunirse a las rebeldes porciones, y cae en poder de las tropas del Gobierno, que abandonado le

encontró en un cayó, lacerado el cuerpo de inanerrables martirios, muriendo heroicamente en Puerto Príncipe con su amada obsesión, sereno y resignado, y que, cual Carlos, fué este José también pasado por las armas.

Y del "nido de víboras" como calificábase el colegio por los gobernantes cuando ordenaron su clausura en el 69, brotaron no los *despreciables reptiles*,—que bien sabemos que en el bendito suelo de Cuba nunca existieron;—sino ejemplos vivientes de acendrado patriotismo, de sufridos y aguerridos soldados, confirmando así el dicho de la elevada Autoridad que, al significarles el estrañamiento en el San Francisco de Borja que llevábase los deportados del 69 a don José Delmonte, antiguo profesor y último Director de "La Empresa", optó éste por el voluntario destierro, alegando la dicha autoridad que así procedía porque las enseñanzas del citado profesor habían sido tan nocivas cuando fué Director del Instituto de Puerto Príncipe que, "hasta los bancos se habían ido a la insurrección".

Era la familia de don Pablo Isidoro Verdugo muy respetada y querida. Establecida en esta ciudad de Matanzas en la calle de Gelabert número 64, disfrutaba de desahogada posición, llegando él con su carrera de médico, después de un largo y provechoso viaje a París donde amplió sus conocimientos, a alcanzar puesto muy distinguido entre sus compañeros. Casado con la discreta dama doña Inés Martínez y nacidos ambos en los Palos, provincia de la Habana, aquí estableciéronse. De conducta intachable en su vida pública y privada y con el prestigio de sus conocimientos científicos, resultaba un verdadero modelo como ciudadano, como médico y como caballero; correspondiéndole su esposa no sólo con sus grandes virtudes, sino por finura y tacto social tan exquisitos, que siempre fué por ello, de sus contemporáneos muy elogiada.

Vivían tranquilos y felices. Sus hijos, varones todos, pues la única niña habíase malogrado tempranamente, seguían sus respectivos estudios según iba escalonándolos la edad. El porvenir presentábase halagüeño, partiendo Carlos para la Habana cuando de emprender hubo la carrera universitaria, que, al igual de su padre, eligió la de medicina.

Y allí, cursando el primer año, desarrollóse el drama que todos conocemos, recayendo en él la tristísima coincidencia de

no estar en dicha ciudad de la Habana el día de la funesta visita al cementerio, y sí aquí en el hogar paterno, y por lo mismo probada, indiscutible su inocencia, preso como había sido minutos después de su llegada a la capital el domingo 25; y del sorteo aquel para cubrir el número prefijado por el Consejo de Guerra y que de seguida hubo de llenarse, fué mi pobre y simpático matancero—galante, apasionado, entusiasta y desprevenido—uno de los que el azar regaló a la muerte.

Niña yo de poco más de cuatro años, no conservo del acontecimiento ese del 71 el menor recuerdo, y qué recuerdo he de conservar, si el más absoluto silencio sellaba los labios y sólo hubiera podido oírse en la ciudad el formidable latido de los corazones; que suelen ser estos cataclismos como los de la naturaleza cuando en sacudidas horrendas siembran espanto y desolación, muerte y silencio.

A la familia del doctor Verdugo hacía la muy popular su numerosa clientela. Vivían en la arteria principal de la ciudad y justamente esa vía, esa arteria la dibujaba con trazo negro la interminable hilera de carruajes que en el trágico día, cual fúnebre sierpe, giraba en todas direcciones de la casa señalada y siempre arrastrándose por diversas calles partiase en dos frente a ella dejando así libre para penetrar la entrada del santuario, donde un dolor sin nombre se albergaba y con lo horrendo y desusado del hecho, la tremenda injusticia.

La ciudad entera por allí desfiló y contábame mi madre, y de ella conservo el conmovedor relato de que cubanos y españoles a una, allí concurrieron: españoles intransigentes, sorprendidos, adoloridos y avergonzados, para con ellos sentir en el horrible trance, deber mío es confesarlo. Y el hidalgo caballero y buen doctor sentado en la saleta recibía, hosea y hueraña la expresión, expresión que nunca le abandonó ya más y que sorprendía a la muy disculpable y despiadada curiosidad de sus semejantes cuando en él posábanse los ojos para algo adivinar o descubrir del triste en el escudriñar del rostro, ya que tanta lástima y conmiseración eran como la sombra de la armazón de huesos, vértebras y piel a que el cuerpo quedó reducido, deduciéndose de ello por el minucioso examen que, de puro acíbar hacía la elaboración del organismo, que por lo mustio y quebrado del cetrino y verdoso color habíase

convertido la sangre que circulaba en hiel y por lo mismo la expresión del desencajado rostro reflejo del tal trastorno había de ser, trasluciéndose de ahí la extraña contracción del desabrido gesto.

Que así quedó la máquina del padre amantísimo, que cumpliendo todos los deberes de su profesión y de su hogar en muy justificado y absoluto alejamiento de la vida social, doce años sobrevivió al hijo, muriendo de una enfermedad de carácter maligno, *consecuencia de envenenamiento progresivo de la sangre*. Copio de la partida de defunción.

Y ella, la pobre madre, en el gabinete también estaba ese día, y a ligual de su compañero callaba,—que eran ambos la personificación de algo espantoso—rodeándola las damas de la ciudad que allí iban a ofrecerle no consuelo, sino igual silencio, la sepulcral consigna que habló con especial elocuencia a generaciones de madres cubanas y del mundo entero allí presentes y venideras.

Y decíame la mía que el sobresaliente rasgo de la proverbial finura de aquella interesante mujer, de la muy respetada y querida Inesita, aun más resaltaba,—que no es de disiparse en inútiles recriminaciones en los momentos supremos la dignidad del alma, porque hay dolores en la vida que sólo a Dios se puede tener por confidente,—haciendo la impecable conducta impresión profunda en el consternado concurso. Ni una palabra, ni una queja, ni una lágrima, ni rencor, ni odio, ni alaridos, ni venganzas, ni desmayos, ni amenazas, ni desprecios. Callada como allá su compañero, fué del silencio la colosal protesta. ¿A qué tribunal ocurrir? Si soberbio y desordenado, ignorante y malvado profanaba éste todos los códigos de la tierra.

Y ella, mi madre, contábame también, que al salir con mi padre de aquella visita o manifestación o purgatorio o cosa sin igual que nunca volvió en la vida a presentarse ni a repetirse; esa noche, al llegar a su hogar, loca, repleta, voló a la cama de su hijo y delirante abrazóse a él, llorando sin cesar, defendiéndole con sus brazos y enlazada a mi hermano pasó la mortal congoja amparando al niño que inocente dormía, dándole guarda de algún peligro imaginario que no precisaba; velando y acechando el menor ruido, sorprendida de

todo desconfiaba, desplomada la fe en la nación colonizadora que esto permitía; y regándole como a una flor con el rocío de sus lágrimas, despertábale sus estremecimientos de horror y el triste suspirar...

¡Noche inolvidable! Pues la España que desde tiempo inmemorial en la casona conocíase era la de Capdevila; la otra, no.

¡Oh! Poder de la imaginación. Me parece ver lo que no invento, a Matanzas en ese día de Noviembre martes 27, "perdida ya la esperanza"—frase del propio Verdugo al regresar horas antes de la Habana—; a esa Matanzas, seria, triste, culta y muy adelantada como era ella. Las calles desiertas, las casas cerradas. La naturaleza rendida, la estación otoñal invadiendo con exclusivos poderes sus pintorescas alturas y el blanco sudario descendiendo lentamente sobre las naturales bellezas, los conocidos portentos, envolviendo a la tranquila ciudad en hálito de muerte... Y después más espeso y sombrío el nublado, más cargado el firmamento, cubriendo por completo el denso capuz de la melancólica tarde... Y entonces, más augusto el silencio, como que decidíase de la suerte de la soberanía de España en la isla de Cuba.

Y hubo júbilo en los cielos conocido que fué el decreto del Altísimo. Trajo la alborada ejércitos de ángeles que rodearon de guirnaldas a la Perla de las Antillas, De muy lejos en el mar algo del concierto de cítaras y laúdes la brisa difundía. Tan sólo los videntes pudieron penetrar en la radiosa fiesta.

Y de los treinta y un elegidos que abrumados de grilletes partían piedras en las Canteras de San Lázaro en la Habana, restando de los cuarenta y cinco, esos, y los ocho ya sacrificados, hubo Dios de inspirar a uno de los penados muy especial misión y otorgándole que fué tan alto poder, sellado por timbre cuya sobrenatural procedencia era ser escudo, sereno, razonable, paciente, justo, digno, moderado—sin odio ni rencor—; grande, magnánimo, firme en su puesto, inquebrantable en el propósito, abofeteado y escarnecido y maltratado como había sido con sus compañeros en el período del largo cautiverio; paso a paso, una vez todos indultados, emprendió el joven la honrosísima encomienda, descubriendo hilo a hilo la infame trama, la indigna alevosía, la prueba irrefutable que resistió a la acción destructora del tiempo.

Y terminado como fué entre caballeros el litigio y una vez poseedor de la rectificación o carta del hijo de aquel que dijeron profanado en su sepultura, exhumados los restos después de un minucioso examen de ambos interesados ante testigos presenciales previamente citados, algunos encarnizados de los tristes días, intacto el sepulcro de aquellas víctimas del miedo de una autoridad débil, cobarde, e irresoluta—; pudo el joven proclamar ante el mundo entero la inocencia de los acusados y en santa peregrinación exhumar a su vez a los inmolados mártires cumplida la década y más de un lustro del enterramiento y llevar a lugar muy bello a los puros e inculpables lirios aquellos,—que no es el fondo de todos los sepulcros lecho de corrupción y muerte eterna, floreciendo prodigiosamente estas veneradas reliquias a la faz del día.

Y ya consagrados y quizás si con el arrepentimiento de sus verdugos, pues es la conciencia del hombre complicada y diversos sus movimientos, ocuparon el Mausoleo de blanco mármol erigido por veneración y amor; y por amor y agradecimiento también junto a ellos descansa el enérgico defensor y militar valiente, gloria de la España hidalga y caballerosa—reunidos como fueron por el destino en un momento supremo tan fugaz como difícil que bastó para el ennoblecimiento de toda una vida y justificar la honra de una nación; y el paternal y querido maestro doctor Cubas, que no quiso abandonarlos y sí ampararlos y salvarlos hasta el fin y a toda costa sostener y probar de ellos la inocencia.

¡Hermoso grupo! Nunca en país alguno fué más grandiosa y patética la rehabilitación de un hecho, unidas como están la juventud, la pureza, la religión, el valor y el deber con todo lo que hay de bueno.

De la sangrienta página brotaron cosas prodigiosas que confortan y que parecían entonces ocultas o perdidas y del hermoso renacimiento de este suceso surge con la fe en la alteza de sentimientos que dignifican a la humanidad, la enseñanza de una cruel y muy verdadera lección en la honda filosofía de la historia.

Y quedó en pie a través de los acontecimientos, de los años y aun de la paz y de nuevos disturbios, de las sacudidas

y de las luchas, de la tea y los combates, de la expatriación, del bloqueo, del hambre y de ríos de sangre,—¡horrible siempre el proceso de la liberación de un pueblo!—la colosal figura de esta madre de Carlos Verdugo (¡las otras habían muerto ya!), que estampa fué del silencio y del dolor, para alcanzar a ver a Cuba redimida, fecundo el sacrificio de su hijo y que, casi centenaria, cual fantasma del pasado allá en la Habana rindió el cuerpo a la tierra y allí reposa la desolada y muy fina doña Inés, la viviente estatua, cerca del Mausoleo de los Estudiantes; recordando sin saber por qué la figura de otra muy humillada y vencida mujer—mater dolorosa—, Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses, que en su prolongada vida fué simple espectadora de tremendas represalias.

El dolor no mata. ¡Si el sentir fuera morir!

Y dícese que a tal alteza de miras llegó el proceder del doctor Verdugo después del trágico suceso, fué tanta la nobleza de su alma y el sentir evangélico de aquel dolor, que cuentan que, pasado algún tiempo del fusilamiento de su hijo, se le presentó en su morada un distinguido caballero de esta ciudad en nombre de un enfermo que al doctor Verdugo solicitaba desde cierta casa de salud por ser el único médico, a su entender, que siempre habíale acertado en la dolencia que padecía.

Pero daba la coincidencia de que este enfermo había sido uno de los voluntarios que, formando el cuadro, disparó sobre los estudiantes, como sinceramente y arrepentido así lo manifestaba, no atreviéndose por dicha causa a dirigirse a él, temía, y por ello iba el influyente amigo a explorar la voluntad del solicitado cuanto reputado galeno.

Enterado el doctor Verdugo, alzó los ojos hacia el retrato de su hijo, y mirándole largamente, contestó: “Vamos allá...” Asistiendo con interés al paciente y devolviéndole la salud—cristiano y médico ante todo, como fué aquel padre.

Lejos de mí el querer penetrar en el pozo sin fondo que

se llamó Cuba y España—aterran esas profundidades—, creyendo sinceramente que la mayor rebelión no estaba aquí sino de España venía trayéndola el peninsular, sin saberlo quizás, en la sangre y por eso de todos muy sabido fué que, de los que más alardearon de rabiosa españolía nacióronles hijos rabiosamente insurrectos. Y como achaque de ellos es el no entenderse bien en su tierra, mal habían de gobernar la muy distante.

Distante he dicho porque tranquila y sosegadamente esto nunca fué de España. Desde sus principios escapábasele sin cesar, aun a los que de allá vinieron a gobernarla; que buena prueba de insubordinación y rebelión no dieron ellos y las primeras porciones de habitantes en distintos lugares diseminados y aun los infelices indios—¡y con razón tan grande!—y más luego todo lo demás que hubo como prueba de inconformidad en la naciente colonización, que así preparábase a la solución final.

Eterno el descontento, aunque pacífica al parecer la índole de sus moradores. Pues existe la natural tendencia, el sagrado derecho del hombre que al nacer en un territorio y en él arraigar por muchas generaciones, de hacer suyo el suelo y con el suelo cuanto a él atañe, y precisamente fué esto lo que los gobernantes nunca reconocer ni entender quisieron.

Y convertida en materia de discordia y de inicua explotación la colonia desde su descubrimiento, a pesar del decantado buen deseo que no dudo existiera de civilizarla y engrandecerla y de propagar la fe, y haciendo pasar como grandes ventajas y premio a los aborígenes lo que realmente fué azote y castigo, y considerados los nativos como esclavos, como seres inconscientes, gobernados por regímenes muy especiales y anticuados, tenía que existir esa lucha titánica, cruel y formidable entre padres e hijos en aquel patriotismo a la trágala; sin conocimiento previo ni el menor estudio por parte de aquellas lumbreras de la Madre Patria (que parece no les alcanzaba el tiempo para ello), del carácter y las necesidades de un pueblo que iba desenvolviéndose y aumentando; sin atender a las legítimas aspiraciones muy justas y razonables de la mayoría sensata e ilustrada del país, anhelosos de reformas,

y aun de ese mismo pueblo postergado en todo y por todo a tantos que de allí venían como aves de paso.

Siendo más sensible el hecho y más profundo el cáncer cuando aisladamente en sí y en el concepto social, era el español, serio, laborioso, cumplidor de su deber, servicial, ordenado, abnegado y trabajador infatigable y quizá si de puro bueno demasiado débil como padre de familia, delirante por la criolla a la cual se unía, entregándola con el corazón y nombre, vida y hacienda, constituyéndose en sólida columna de los suyos y del hogar aquí formado—y también del de allá—; y provechosa en grado sumo su influencia no en balde a él recurrían haciendo efectivas las palpables demostraciones de sus bellas cualidades. ¡Y cuántas veces de ellos nacía el hijo mimado que a uno y otro raudales de lágrimas había de costarles!...

¡Quién entre sus más caras afecciones y melancólicos recuerdos de esas lejanías de la vida no conserva la silueta algo ruda si se quiere de esos hombres de carácter viril y no encomia la bondadosa y saludable influencia de estos laboriosos comerciantes—ilustrados eran muy pocos o ninguno—que desde remotas épocas llenan el pasado y así procedían consolando y amparando y convirtiéndose en verdadera providencia de la familia de la mujer aquí elegida y de innumerables personas, inspirando a la par consideración, cariño y respeto?

Fenómeno incomprensible. El Gobierno era una cosa y el español otra. ¡Tendría relación entonces este súbdito que así describo con el gobierno de allá que tanto exigía del hijo del país y que lo era de éste súbdito, anulando a la vez su personalidad? Con imparcialidad, qué historia tan difícil de escribir la de esta tierra mía y muy amada. Hay que atar tanto cabo de una y otra parte; hay que desentrañar y desmenuzar y profundizar tanta situación aparente y contradictoria en el fondo, que resulta tarea más que difícil, por no decir imposible, el conocer la realidad, que de inteligencias superiores es conceder a cada cosa la verdadera apreciación que en sí guardan.

¡El español, la criolla, el militar, el insurrecto, el voluntario y el negro! ¡Qué mundo tan complejo! ¡Qué complicado el estudio! Formidable como era la ingerencia de cada elemento de éstos en la vida social de la colonia: indudablemente

te que España tenía que ser muy sabia y Cuba más sabia y cuerda que España. Y de intento entre bastidores dejó en el desarrollo de este drama a otra figura, que aunque nunca aparece en escena, fué su influjo grande y poderoso, velada siempre y aun negada por un resto de pudor colectivo en esas borrosas genealogías. Y es ella la mulata. Lo que no suponía la bellísima mestiza como compañera clandestina del español y del cubano, que mucho gustaban de ella y en el tal rendimiento, puede, que fuera en lo único que uno y otro estuvieran de acuerdo.

Con la mejor buena fe formaba el español su hogar, creyendo adictos a España al elemento que le rodeaba, refundiendo en la amada provincia de la cual era nativo todo su amor, queriendo hacer del rincón de aquí un reflejo de los usos y costumbres del de allá, vistiendo al primogénito con el traje regional a la primera fiesta, mostrando al muñeco con candoroso orgullo y regocijo. Que así entendían ellos de la fidelidad para con la patria, limitándose a esto el afán y el productivo negocio o comercio, sea el que fuere, que iba acumulando las ganancias en las repletas talegas bien aseguradas de la caja de caudales.

La criolla a él ligada hacía suyo todo esto, resultando a veces por amor o agradecimiento a su marido más española que Pelayo y fuerza es confesar en honor de estas mujeres que ninguna hizo traición al credo político que en la casa sustentábase, abrazándose a una cruz de tal calibre, que muy bien pagaban ricas y las que no lo eran todas las ventajas y privilegios que por mor del buen compañero se veían rodeadas.

Y con razón. Eran ellas verdaderas reinas en el bien abastecido hogar. A ellas cedían con la mayor mansedumbre no sólo los de condición humilde por encontrar en la consorte mayores refinamientos y superioridad, sino aun los de mejores esferas, sin replicar aceptaban el arrastre de mimos, encantos y dulcedumbres de la adorada mujer.

La criolla *rellolla* que muy de lejos ya venía la herencia atávica, cercada del elemento del país en abuelos, padres, maridos e hijos cubanos y en posición privilegiada como la otra o sin tenerla, no transigía, ni tenía por qué callar ni disimular considerando el terreno suyo, y si bien algunas resultaban

pasivas o tibias o indiferentes por el índico desprecio siboney o indolencia, llamábanla ambas *pastelera* o *vividora*. Y en una sociedad así constituída con problemas tan íntimos y arduos que llegaban a veces al paroxismo, cómo había de ser equilibrado y fácil y fecundo el gobierno de tal ínsula que no la pudo soñar con todo su genio el mismísimo Cervantes.

Si el azar en un momento dado reunías a las tres y ¡cuántas veces eran hermanas! *la española*, creyéndose en terreno sólido por ser propio, de buena fe intentaba vencer por la legalidad del derecho y postergada y humillada en lo más recóndito del alma se defendía con bravura; *la insurrecta*, implacable, ridiculizaba y enardecía y atacaba aquella legalidad y aquel derecho, y burla burlando y levantando ampolla sobre la mordedura era el soplo de sus bromas sutil y venenoso; esmerándose *la pastelera* en hacer pasar a una y otra buenas tortas del horno que más caliente y todas a porfía sacábanse a relucir con sorna y mucha inteligencia y gracia cosas muy peliagudas y en terreno resbaladizo escurríanse la baraja, el gallo y la mulata; y la xatima fachendosa y la alpargata y el ñame y la gaita y el garbanzo en *el ajíaco* y tanta cosa arrojada como dato histórico irrefutable atrapado al vuelo por la sagacidad femenina en todo lo que fuere escabroso en uno y otro país, alejándose a miles de leguas del centro de gravedad que era España.

Irreconciliables. No había que hacerse ilusiones.

Y así de las expansiones familiares y así de la discordia y de los insultos y de las fieras desgarraduras en la dolorosa pendencia, sonriéndose, con voz suavísima y melosa y en grata conversación al parecer. ¡Cuánto áspid se enseñoreó entonces del corazón femenino! ¡Cuánta amargura en el lamentable desconcierto! Casi todos los hogares eran verdaderos infiernos, perdida la unidad del ideal y dividíase y subdividíase la opinión sin rumbo fijo por tanto elemento desacorde y muy distinto en sí, que constituía el núcleo de aquella sociedad.

¡Ah! las tres últimas décadas de la dominación española, que casi fueron mis primeros treinta años, no quisiera recordarlos. Mi niñez, mi infancia, mi juventud, mis ilusiones todas, unidas, envueltas y sepultadas con el desplome!

Y después el rastro incierto de la evolución, la huella es-

pecialísima, la madurez de juicio, la experiencia, el dulce anhelar por las ventajas soñadas... La tranquilidad por la terminación de tanto afán con el desgarramiento de fibras dolorosísimas del pasado, en aquel bregar incesante de padres con hijos. Y al fin la paz, la ilusión y la esperanza!

Y el luchar por el engrandecimiento de la patria feliz e independiente. Y nuevas sombras y el triste presentir y ahí del desengaño. Porque la valiosa esmeralda expuesta nuevamente despertaba fabulosas combinaciones de inquietos traficantes y así del nunca acabar...

Y por otra parte y en otro sentido la América desenvolvíase en lógicas evoluciones, el mundo entero marchaba ante el progreso y empeñábanse los gobernantes españoles, ciegos, en conservar un sistema absolutista en esta posesión ultramarina que como gaje de la conquista y recuerdo de la dominación aun quedaba y que a toda costa trataron de retener por la fuerza desangrando despiadadamente a la nación. ¡A pesar de que algo al final concedieron, algo, sí, es verdad, pero ya muy tarde!

Y surgió lo que todos conocemos y lo que cada cual interpreta según su leal saber y entender, pudiendo haberse abreviado el procedimiento y evitar así la espantosa e inútil carnicería con el grito unánime de dolor de las desoladas madres de uno y otro hemisferio.

Con el solo deseo de enriquecerse o de hacer fortuna o de mejorar en algún sentido llegaban aquí de su amada patria la mayoría de los peninsulares. El clima les era adverso por crasa ignorancia en asuntos de higiene pública. Y tan desconocidas las necesidades de esta zona tropical que aun recuerdo aquella tristísima prohibición del baño, que de sabias Cartas de Indias pude entrearme. Al pobre indio que encontraban bañándose, le aplicaban severos castigos. ¡Oh! ¡Dios! en esta tierra de fuego horrendo el suplicio. Y a ellos, los indios, que en el mar y en el río igualaban a los peces en su vida libre y feliz de tantos siglos ante la naturaleza. Sin bañarse los pobrecitos, cómo no habrían todos de sucumbir!...

Empeñada ya como dije por el español la pelea con la muerte, el que de ellos libraba la vida uníase al grupo que iba

engrosándose más o menos exaltado, por donde muchos de ellos, cuerdos y sensatos, pasaban completamente desapercibidos, sin dejar rastro alguno; y armados y equipados todos formaron un ejército formidable de más de setenta y cinco mil hombres, que por lo bélico y furioso en nada se parecía al disciplinado que venía de España, creándole a la nación no pocos conflictos, gobernado como estaba este ejército voluntario por jefes las más de las veces ignorantes, sin la menor cultura, maleados por el ambiente de un mal entendido patriotismo y a la sombra de una indiscutible impunidad; que así echaron a rodar cosas muy grandes y sagradas, códigos inalterables, que constituyen la honra y solidaridad de las naciones civilizadas, confundiendo todos y pagando a una los buenos, caballerosos y nobles los incontables desaciertos, como este sin precedente de los estudiantes. Más que España adueñáronse de la colonia y en forma incorrecta y desusada.

Llegaba también el militar de carrera—no el *de cuchara*—y el alto empleado: la mayoría cultos e ilustrados y muy linajudos muchos y de cultura social tan exquisita sobre todo, que desde luego era irresistible la atracción y poderoso el ascendiente. Buscaban ellos “el hato de mambises” y allí parecían morar y gustar del patriarcal ambiente y con hidalguía, caballerosidad y tacto, suavizaban asperezas, templaban justísimos rencores y aun enlazábanse a las dichas familias y algo allá trataban con el Gobierno de reformas y concesiones, agitando la opinión, sin resultado positivo alguno, pues sólo alguna ventajilla o miaja a guisa de limosna o cosa parecida podía lograrse. Y con el mundo esos señores de altas y aquí desconocidas esferas se hacían si no querer, por lo menos respetar y admirar, pues es el cubano de suyo hospitalario, desinteresado, generoso y noble como pocos, doliéndose entonces, aun los más enconados con España del sufrido soldado español, compadeciéndosele siempre y teniéndosele mucha lástima por el aquel de los rostros cadavéricos y ese modo de ser franco y leal sin desconfianza en un país donde hasta el clima, todo le era adverso. Muy grandes simpatías inspiraba. Y aun más: los hijos del país militares al servicio de España no por eso fueron menos apreciados y queridos de sus compatriotas, que supieron distinguir al hombre pundonoroso y digno em-

prometido al servicio de una bandera. Que una salvajada hubiera sido lo contrario.

Y sucedió que la buena acogida por una parte y el trato exquisito y elevado y la forma impecable y lo mucho de la España caballerosa y culta que de ellos, de estos militares y altos empleados trascendía, despertaba una muy cordial y grata atmósfera en cuanto a ideas afines en bellas letras y bellas artes—que de todo esto puede enorgullirse España como pocos países—(no sé por qué se enseñorea ahora de mi mente la figura del General don Tomás de Reyna), y como el usar de estas ventajas hasta los enemigos reconcilia, por ser moléculas que se atraen y ser el lugar este mío de suyo soñador y literato y músico, y aunque no creador el cubano, prodigiosamente asimilable, algo ahí de cordialidad y camaradería asomaba, algo, no mucho, echándolo a rodar todo con sus intransigencias el voluntario.

Don Tomás de Reyna, dije, y de él me acordé, porque fué el General de Brigada de tacto extraordinario en la difícil situación. Escritor público y poeta, hombre superior en todos conceptos, de vastísima cultura, intachable por su honrado proceder y de porte tan distinguido que bien podía decirse armonizaba su figura delicada y fina y aquel su exterior arrogante y varonil con todo lo que a él concernía y de él dimanaba. Fué su obra reflejo de su ser.

Nombrado Gobernador de la ciudad de Matanzas llamó a su alrededor a los elementos de más valía del país, supo escoger y vivir entre ellos—rompió el molde de la mayoría de sus antecesores, militarotes algunos de la clase de tropa—para convertirse en tal elemento de progreso y atracción que, vióse rodeado sinceramente de lo que él buscaba y trataba de conseguir, brindándoles expansión y confianza y despertando la fe—la fe marchita ya—, y con ella el entusiasmo, conquistándolos a su vez. ¡Ah! ¡si así hubiera procedido el Gobierno, identificándose al país en sus anhelos y necesidades, oyendo al cubano de valer! ¡Si Reyna hubiera sido siempre el Capitán General de la Isla de Cuba!

Formó el Círculo de Escritores de vida intensa y eficaz. Honróse a Milánés en ese entonces para estimular y halagar el sentimiento patrio y ante la lápida descubierta una maña-

na en la casa donde murió el poeta, a más de la interesante y conmovedora ceremonia que allí tuvo efecto, desfilaron todos los colegios públicos y privados. Estaba yo en una de las filas y vi a Reyna en una tribuna rodeado de la intelectualidad matancera y parecióme el cuadro cosa de alegoría, a mí, una niña, entre centenares de ellas. Alegoría esta que siempre debió haberla inspirado España.

Hizo el Congreso Pedagógico de Matanzas, que fué el primero celebrado en Cuba, e imprimió tal interés y concedió tal auge a la enseñanza en todas sus manifestaciones, que presidió exámenes de colegios superiores y de niños pobres. A todo atendía.

Acogió y dió calor al proyecto de la Exposición de Matanzas, que fué una hermosa realidad, obra de positivos beneficios y de significación extraordinaria.

Presidió los segundos grandes Juegos Florales del Liceo, pues en los primeros igual distinción mereció la Avellaneda; fiesta esta trascendental, llegando en su entusiasmo a oírse esa noche exclamar a Reyna: “Aquí no echo de menos a la mejor sociedad de Madrid.” Lisonja que no tenía por qué prodigarla, si no hubiera sido tan leal como sincero.

Así fué del influjo del perfecto caballero que, señoras y señores secundaron en sus planes siempre y correspondieron con creces a sus deseos, debido al arrastre de adelantos y de cultura ¡y de cuánto más! que de viejo caracterizaba a la ciudad y que supo él estimar y estimular de todas veras.

Y también como esos altos señores militares y empleados a que antes he hecho referencia y distinguidos extranjeros, uniéranse en matrimonio a infinidad de cubanas, llevábanse ellos para Europa a la rica hembra con repleta bolsa que como arras o bienes parafernales aportaba, dándose todos allá vida muy regalada y agradable con el producto de las pingües rentas del inagotable manantial de estas fertilísimas tierras, que siempre fué América tónico muy necesario y apetecido del viejo mundo.

Debilitando o disminuyendo, díganoslo así, con estos insaciables afanes y sangrías,—sin contar las filtraciones, *chocolates* y grandes fraudes de la mayoría de los empleados que una vez descubiertos eran severamente castigados—si no el

organismo pletórico, por lo menos la vida de la entidad social tan cara al hombre de vergüenza del nativo digno y honrado, entusiasta y amante sincero de lo que es suyo y que impasible había y ha de presenciar el triste e incoloro destino de estas esmeraldas diseminadas por el oceano, esmaltando de sin igual belleza la superficie del mar el collar formado por las Antillas y que la codicia humana hasta el final de los siglos mantendrán en la usura y explotación.

Sin importarles gran cosa lo esencial, lo que es orgullo de los grandes pueblos de la tierra, que no incitan a que de ellos se abuse, como estos pequeños pedazos del globo, residuos desprendidos, dicen, por grandes sacudidas del continente a la vez que entretelas del corazón de muchos.

¡Guay de la colonia y del colono y de la ilusión de la patria libre! Convertida en factoría lo más grande de la vida para proveer de metálico y cubrir exigencias de desordenados monopolios en mercados a los cuales concurrimos como las reses sin voz ni voto.

¡Y pensar que es la mayor de estas esmeraldas mi patria y lo que no suponía y supone la tasa de sus riquezas en lógicas apreciaciones desde ha cuatrocientos años! Magüer el buen deseo de los reyes y de elevados caracteres de la nación colonizadora cuando la conquista, no se niega ni puede negarse, fué Cuba *la más hermosa* y mejor sorpresa del descubrimiento y también como de las enfermedades endémicas, contraíase eterna y alta fiebre seguida de atroz delirio de insaciables ambiciones que de ella no pudieron sanar los españoles, contaminando al mundo entero.

Aparécía el insurrecto, o séase el hijo del país, siempre humillado y postergado con hambre y sed de justicia como todo esclavo, ansioso de sacudir el yugo alegando indiscutibles derechos, destrozando con eso el corazón del amantísimo padre, que de niño habíale sacado a paseo con el típico traje y aún de mozo en la pubertad, en edad tan delicada en que es el hombre un manojo de amor propio y sensibilidad, casi obligándole al uniforme de voluntario, que indignado el otro rechazaba; y de aceptarlo por obediencia, expuesto al implacable desprecio de sus compatriotas: intolerable el dilema.

El desengaño era terrible en todos sentidos. El calvario no

tenía nombre en uno y otro y sobre todo para la infeliz madre criolla que muy en secreto y sin saberlo tal vez su marido, venía resistiendo el peso de cruentas humillaciones. Y quejosísimos del ingrato no pensábase, no se les ocurría que en otra cosa más seria y más honda que en trajes y halagos y mimos, debieron ellos haber afianzado el patriotismo de su hijo.

¿Cómo? Formándoles la patria; recabando de España sin cesar más justicia, más cuidado en el gobierno de un pueblo que aquí de ella todo lo esperaba, concediéndole derechos iguales a los de allá, dándole lo que le faltaba, conteniendo el enfermizo afán de la inicua explotación por todos los medios imaginables, robusteciendo el carácter y disciplinando los sentimientos del corazón, purificando la atmósfera, librando a la sociedad del cruel estigma de la esclavitud de los negros, del despilfarro y cuánto más.

Porque es cosa muy distinta de lo que ellos suponían el concepto de la patria como de allá los otros la exigían y que el español que aquí arraigaba o no entendía o de puro bueno o débil o indiferente o muy ocupado en acrecentar su fortuna, descuidaba.

Pues poco les preocupaba, parece, las arduas cuestiones que con el Gobierno debatía la isla, sin dejar de estar atentos y solícitos y de contribuir siempre con fuertes sumas—ahí de la largueza y del patriotismo—en alguna suscripción nacional para las guerras civiles y la de Marruecos o cualquier calamidad pública de España, y el sostenimiento de los setenta y cinco mil voluntarios armados y equipados. Hazaña esta incommensurable que los dejaba satisfechos y descansados.

A más del natural regocijo en las públicas demostraciones por la celebración de matrimonios, nacimientos, santos y cumpleaños de la familia real o de lo contrario en las manifestaciones de duelo, pues aquellos corazones sinceramente experimentaban ya alegría o pesar en estos diversos acaecimientos; como asimismo compartían el triunfo de alguna resonante batalla en la que estuviera comprometida España. La de los Castillejos, por ejemplo, que hasta en música y muy a lo vivo admirablemente interpretada fué, siendo la pieza el asombro de mis primeros años cuando en la Plaza de Armas de esta ciudad de Matanzas con fusilería y piroteenia la oí y vi ejecutar.

Grandioso y deslumbrador el espectáculo en la interpretación perfecta por la nutrida banda militar de consumados artistas; espectáculo que aun me parece ver en las cascadas de fuego que caían de las azoteas de las casas que circundaban a la plaza y también miedosa sentir el estruendo de las bombas y descargas, cohetes y chupinazos, que intercalados a las notas de la soberbia instrumentación musical sorprendente era el efecto para así caracterizar mejor el fragor de la batalla en la toma de Tetuán.

Esa vida intensa, esa vida pensante del que anuda y estrecha el lazo que le une a la tierra donde santificado está el esfuerzo en el producir de esas entrañas y con ella sentir lo que a esa tierra pudiera dañarla o perjudicarla, ennobleciéndola en todos sentidos y queriéndola hacer progresar con la más adelantada. ¡Ah! de eso no hubo.

El interés por ella cifrábase en la ganancia comercial líquida, fabulosa, con usura, a la que estuvieron muy apegados, pendientes con alma y vida del alza y baja de los valores de los mercados del producto de las fincas, del aumentar de la trata, burlando taimadamente la vigilancia que sobre estas costas establecieron naciones civilizadas, y que España hiciera lo que quisiera, bien hecho estaba porque era España.

Y después a ese hijo adorado, de ellos aquí nacido en semejante escenario exigirle amor a España. ¿Qué amor? Si ellos no le habían inculcado alguno, pues no eran los medios antes citados los que mejor predisponían a tal efecto, desuiciando por el acrecentar de la fortuna el grande, íntimo, sincero; que es cosa muy distante de esas demostraciones mecánicas el concepto de la patria.

¿Y qué patria? Si el espíritu de codicia, el mercantilismo no puede hacer patria. ¿A qué gloria, no digo divina ni aun humana, puede aspirar el negrero y nosotros qué éramos? ¿Semejante preparación para la vida de todo un pueblo puede borrarse tan fácilmente? ¿Es esta clase de mancha la que no deja huella?

Y de haber patria, la de allá ¿dónde estaba y la de aquí dónde encontrarla?

Porque esfuerzos rutinarios y el ansia inacabable de di-

nero del colono, no es sentimiento hondo, enérgico, puro, avasallador que se derrama.

Disculpa sin embargo había. Invertían todo el tiempo esos señores o, mejor dicho, consumían la vida entera en el almácén, en el escritorio o en el establecimiento. Allí almorzaban y comían y de noche tarde ya regresaban al hogar, a las diez, para descansar las horas estrictas del sueño, volviendo a reanudar la labor al amanecer, que despertábanse al toque de alba con sus esclavos; ¡quién de todos el más esclavo!

Y aun los domingos eran días no de descanso, sino laborales: las tiendas o comercios permanecían abiertas y hacíanse las acostumbradas operaciones de lucro, y el que de España traía el hábito de espiritualizarlos santificándolos, aquí no lo conservaba. Pocos de ellos podían sentir con el castizo refrán y decir con los de allá: "Mi olla, mi misa y mi doña Luisa."

Ausentábanse de la ciudad para atender a las fincas. ¿Qué tiempo razonable, pues, tenían esos hombres de discutir o tratar de convencer al Gobierno y aun de departir con los hijos sobre cualquier asunto trascendental de esos que por intuición están al alcance de todas las inteligencias? Ni poco ni mucho les importaban las concesiones y reformas ni previsores sondeos de infantiles facultades.

La casa constituida con la eterna ausencia del jefe, que sólo los domingos por la tarde comía con la familia, formada ésta por los hijos, cuñadas y cuñados, suegros, a quienes dispensaba cariñosa y filial solicitud: abuelos, tíos y demás parientes valetudinarios cuantas veces ciegos, sordos y lisiados, familiares todos de la mujer a la vez de la bulliciosa chiquillería; con la legión de esclavos era un mundo que a ella reverenciaba como a un Dios, proporcionando él con la tierna y sincera predilección por la consorte el buen ejemplo de acatarla como reina y señora, siempre respetada, nunca disautada y jamás desautorizada por nada ni por nadie. Haciendo buena así de aquellos tiempos la sentencia de que: "Marido, vino y bretaña, de España." Era la bretaña una tela.

Todos, todos, ricos y pobres medíanse por el mismo rasero. Todos. Humildes y elevados extendían el manto protector a los de ella y hacían de los hijos verdaderos caballeros, ricos

y de carrera. Viajes y los mejores centros de enseñanza para instruirlos con el aspirar y refinar sin cesar del ideal materno. Aun extralimitándose de la modesta condición. He ahí quizás el error más grande.

Y una vez en esta planicie y con aptitudes adquiridas por los estudios y por los refinamientos especiales que facilitan las grandes fortunas y en contacto con los centros más civilizados del mundo, pretender, exigir que el hijo o nieto se conformara con este medio y siguiera sus huellas? ¡Imposible! De loco el empeño.

Y surgían esas grandes vergüenzas, transacciones y disimulos. O rebeldes o pérfidos o *resignados*. O grandes caracteres.

Pérfido he dicho, porque no era otra cosa sino deslealtad para consigo mismo el aceptar semejante *modus vivendi* con la esclavitud por base, estándose ya muy lejos de la ignorancia que alegar pudiera la disculpa de estos procedimientos una vez adquirida la suficiente cultura; sin embargo de que muchos por este motivo, a más de la natural inclinación, fueron desde entonces benignos con sus siervos, empleando desusada paternidad para con ellos y debido a la transformación que experimentaron con el elevado cultivo de la inteligencia, tornóse en algo bueno lo que desde sus principios fué muy malo, porque no estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban.

Las niñas recibían esmeradísima educación también, la mejor que hubiere, celosa de la honestidad, a más del don de la hermosura sin par concedida por Dios a la descendencia hispana de estas tierras.

De la honestidad, dije, en buena hora, ¡oh! Señor. Severísimos él y ella de la femenil descendencia casi conventual era la vida, de moro el recelo. Para ella no había más universo que su marido y sus hijos y el santo hogar que formó la patriarcal familia.

¡Espectro del pasado! ¡Sencilla y unidísima pareja que nos dió el ser! Yo te alabo.

Al fin rendían la jornada. Si era él el primero, a poco íbase ella tras él, no cabiendo ya en la tierra al faltarle la columna en la cual apoyábase y en lo íntimo de alma echando muy de menos el calor del rendido y buen compañero que al

cielo por amor y entusiasmo, al cielo, sí, hubiera querido elevarla. Siempre por él ensalzada y admirada con inalterable y honda ternura. Esto es la verdad. Y él no hallándose sin ella, por lo regular languidecía y poco demoraba ya por aquí abajo. Virtud que transmitieron a sus hijos de entonces.

¿Qué hacer? Cómo definir cosa tan grande y bella. Estoy conmovida, ni intento ni puedo profundizarla. Y fué de Cuba el perfecto privilegio y la intrincada historia.

Y de estos intensísimos contrastes—enérgico el rasgo de la pintura sin claro oscuro alguno que suavizar pudiera al desviado y valioso cuadro fuera de línea desde un principio como estaba—; y de estas contradicciones, irremediable y eterno el daño recibido en un algo íntimo, secreto, indefinible, doloroso, cruel, que guardamos en el alma los aquí nacidos.

Inexplicable.

.....
 ¡El voluntario! Lo que no suponía y hacía el voluntario.
 ¿Qué era el voluntario? No sé. No podría manifestarlo.

Y tan no lo sé que recorro a esta comparación de un influente jefe tomada de una proclama de la época, que en 1869 así se expresaba:

“Voluntarios: Sois cual las perlas que juntas forman un collar precioso, pero que si se rompe el hilo que las une, ruedan perdidas y sin valor alguno por el polvo. Unión eterna, pues, entre vosotros.”

Si, eran perlas. Y aunque inadecuada la comparación por parecer más apropiada a galanteos de salón, sólo a las damas prodigados que a una institución armada, aceptémosla como buena, porque ella en sí sola se basta.

No hay que olvidar el fervor de aquellos entusiasmos por frases como éstas, y nunca creo hicieron más daño la adulación y la lisonja—punto de apoyo de todas las situaciones falsas—que en esa época.

Esgrimíase la pluma como un arma. Candente era el estilo, incendiaria la intención y las ideas, lava que el volcán arrojaba, prendiéndose la hoguera con papeles, siendo excelente el combustible.

La espada permanecía en el cinto o en lujosos estuches como esas de honor, inactiva siempre, aunque orlada la em-

puñadura a veces de magníficos brillantes y de alegorías y trofeos.

Decían ellos también que dicha institución encargábase de sostener y defender en toda la isla la integridad de la patria y por lo tanto sagrados parecían sus derechos ¡y quién osaba desafiarlos! Ni aun la Metrópoli intervenía; y sin embargo de encontrar entre sus afiliados elementos sanos, buenos y honrados, todo lo echaba a rodar la ignorancia y el espíritu intransigente en sumo grado de la mayoría, llegándose en un momento dado a postergar a hombres de valer, ecuanímes y pacíficos que en sus filas militaban y que mucho hubieran evitado.

“Unión eterna entre vosotros”—apunta la proclama... ¿Qué lazos de esa unión había entre ellos? ¿Qué clase de disciplina militar entre jefes y subordinados? Difícil el atajar de la manada a la voz de mando, que cada cual interpretaba a su manera, siendo imposible hacerse obedecer en circunstancias excepcionales como esta de los Estudiantes, donde dos de las víctimas fueron hijos de conocidos oficiales voluntarios. ¿Qué contradicción tan grande!

El joven Alvarez de la Campa, de diez y seis años de edad, sacrificado es por una flor que tomó del cementerio, y era su padre un rico español muy respetado y querido por su seriedad y méritos personales; y más aun pude enterarme en los relatos sobre el suceso, que había este señor en años anteriores costado por exceso de celo las armas del regimiento que más luego hubo de formar el cuadro que privó de la vida a su único hijo varón. ¿Qué desconcierto! ¿Anidárase entre la ruindad y desbordamiento de estas pasiones la de la envidia fiera e incontrastable? Misterio.

Porque escrito está que aquellos hombres dijéronle “al niño valiente que encerraba en su pecho un heroico corazón”: “Ay, Alonsito, ni los millones de tu padre te han de valer para que no se te vuelen los sesos”—“y mereció primeramente la sentencia”—“habían pedido su cabeza con bocinas en la sombría noche del 26”. Y después, en el triste desfile hacia la muerte, cuando “pasaron todos con la sonrisa de la inocencia en el semblante y entre sus manos esposadas la cruz inmorta-

lizada por el héroe del Gólgota”, era él el primero, “el niño de semblante risueño y agradable”.

Y a propósito de esto contábame un familiar, sobrino carnal del fusilado que, lo que más hubo de contristar a su desdichado abuelo, aun más que el hecho en sí, fué, de que un peninsular como él, íntimo y antiguo amigo suyo y compañero de armas a quien de veras quería, tomara parte tan activa y principal en el suceso, esmerándose en llenar todos los requisitos con especial solicitud y premura y mal disimulada complacencia, ya en el balcón, ya en la capilla... por lo que abrumado el mísero en estas especialísimas cavilaciones de índole particular que con saña sin igual claváronse en su cerebro, hollando y profanando el sentimiento patrio, a la vez que el ternísimo del alma que en la amistad confía, lleváronle a tan angustiosa situación de ánimo que murió casi enloquecido; habiendo agotado en el momento supremo todos los recursos por salvar al hijo hasta el extremo de intentar con un familiar suyo, el soborno y de ofrecer toda su fortuna y lo que arrojaré el peso del cuerpo del sentenciado en onzas de oro.

A qué ese ensañamiento, pues, que repercutía a ojos vistos en el desgraciado padre, que a otra cosa creíase acreedor por sus merecimientos y que así trató de hacerlo comprender en un notable y desgarrador informe o manifiesto que elevó al Trono—informe que dió origen a nuevos atropellos y persecuciones por parte de los voluntarios—; buscando, llamando, pidiendo justicia y la rehabilitación del sacrificado en el doliente alarido, más bien que manifiesto que trascendió por los confines del mundo por aquello del enfermizo afán del errar de la queja en busca de algún alivio—como esos fuegos fátuos que siempre encendidos vagan por el espacio—; que ni siquiera esa atenuación tenía el padre en la justificación del crimen, pues inocente como era el hijo, eterno había de ser el inquieto dolor en aquella prueba sobrehumana superior al derecho de gentes. ¡Ay! de la tortura de semejante padecer. ¡Ay! del español herido por españoles...

¡General de la Solana! ¡Infelícísima madre de Cabrera!...

El padre de José de Marcos y Medina fué el otro que al igual de Alvarez de la Campa elevó parecida protesta, viéndose obligado por esas persecuciones de sus compañeros a aco-

gerse a un rincón de Asturias, desde donde escribe en 1872 a don Ramón López de Ayala, capitán de voluntarios, residente entonces en Sevilla, una sentidísima carta y que, entre otras manifestaciones, le pide su ayuda para la revisión del proceso:

“Dios se había servido concederme un solo hijo—le dice—y allí (la isla de Cuba) me fué arrebatado sin haber cometido delito alguno.”—“¡Ay! Nadie mejor que usted ha oído de sus labios en los momentos supremos sus protestas de inocencia, de lealtad y de amor a España, donde se había criado: usted fué el depositario de sus últimas lágrimas: usted fué quien recogió de su mano la carta que me dirigía, dándome su último *Adiós*, pidiéndome la bendición, y protestando de la iniquidad que con él se iba a cometer: usted fué quien recibió el reloj y demás prendas que llevaba encima; y el que después, desempeñando el terrible cargo de *Ejecutor*, mandó disparar los fusiles de los voluntarios de su compañía sobre aquellos ocho niños inocentes, que en sus últimos instantes emplazaban para ante Dios a sus jueces y verdugos.—“Ayúdeme usted, López de Ayala, a que se esclarezca todo...”

¡Oh! qué horrible confusión en el lamentable desconcierto. ¿Cómo este desgraciado hubiera podido complacer al lacerado y ofendido padre? Qué contrastes enloquecedores presenta la terrible página de la tal tragedia y de cuánto a Cuba con España se relacione.

La rehabilitación de los sacrificados sí pudo lograrse. Hermosísima resplandece. Ahí de Valdés Domínguez—un carácter—en la misión que el cielo se sirvió concederle y que emprendió por esos caminos de Dios exclusivos.

Pero la revisión del proceso, obra de los hombres, eso, jamás, porque los gobernantes pensarían muy cuerdos que *peor es meneallo*.

Porque quisieron ellos, estos voluntarios en la criminal oficiosidad y por espíritu de dominio sobrepasar la prudente limitación de los derechos concedidos por España; ya que la mayoría de esas vidas aquí, sólo buscaban en Cuba el enriquecimiento y la satisfacción de personales ambiciones, cosa muy fácil el tal encumbramiento y al cual no estabase preparado, que era esto la peor ponzoña de esas conciencias; y en nombre de la Metrópoli en el escabroso y difícil juego, sancionar so-

berbios y a la ligera los problemas más arduos de la patria y el mayor de los desatinos, satisficiendo así la mal encubierta e instintiva crueldad que se conoce fué la característica, la pasión dominante que guió en el horrendo martirio de los estudiantes con la del odio al cubano, basado este odio en el temor de que por la posibilidad algún día de la muy combatida y presentida independencia, al fin lograda, pudiera, *escapársele a muchos la tajada*. En tal virtud y en tal aprieto—el de la revisión del proceso—tenía España que, o desautorizar y castigar o enmudecer.

En aquellas porciones, mal que pese al encumbrado, de cuánto rufián asomaría la oreja, de cuánto villano y ruin el indeleble tizón, ya que la urdimbre del soberano embuste así lo prueba. Los caballeros no saben entender de semejantes enredos y patrañas ni de venganzas y represalias.

A la inmensísima piedad cristiana toca, pues, el resolver de todo esto: cábele a ella el veredicto, el justo y tal vez si misericordioso fallo, pues creo no es de jueces la competencia, sino de alienistas el caso.

Porque cuántas veces gozosa el alma, ligera de todo cuidado, ennoblecida hasta el sacrificio, acepta tranquila y mejor el puesto de las víctimas que el ventajoso al parecer de los verdugos, para los cuales en los terribles e inexorables juicios toda compasión es poca, igualando el castigo a la magnitud de la falta.

Y ya que ordena Cristo el hermoso precepto de amar a los enemigos, tórnase la ofensa depurada por los sentimientos religiosos en motivo muy grande de acercamiento al Ser Supremo y así de implorar sincera la compasión divina; porque es de tal naturaleza el hecho que lejos de aminorarlo y aun encubrirlo la pesada losa del sepulcro y la inamovible de los tiempos, más se agiganta y sobresale escueto en el correr de los años, marcando esas tristes efemérides que de muchos pueblos nos señala la violencia, la opresión y la ignorancia.

Trascendiendo del imponente obelisco do viven siempre jóvenes un algo santo, fresco e imperecedero, paralizada como fué la sonrisa en esos labios y la amable visión de la hermosa que en la retina quedó y que en la ventana aun aguarda el estudiantil requiebro asomado por las rejjas el rostro he-

chicero donde ojos inmensos, ojos criollos abrevian la distancia iluminando la senda... La canción distante los aproxima, apasionado y melancólico suena el reclamo y caen de las notas templadas por llanto eterno el desgarrador gemido, sintiendo en derredor la novia el suave mariposeo de un beso casto y dulce que nunca estalla, que de ultratumba vuela intangible, mientras en el alféizar de esa ventana contempla triste cerca de sus manos de las carioias esparcidas, las rotas alas.

El hogar que nunca llegó a formarse es jaula nueva, abierta y vacía sin pequeñuelos, sin trinos, sin arrullos, inaccesible!... Amor y novia, estudio y aspiraciones, éxitos y aplausos en lontananza desvaneciéronse, quedando sólo de la ilusión la madre enloquecida que delirante y en su busca al cielo asciende ante los despojos deshechos por los balazos.

Una racha terrible, contaminosa, invadió el cerebro, propagándose vertiginoso el contagio a seres que ya estarían por índole especial preparados para recibirlo, hasta convertirse el huracán deshecho en esas desoladoras pestes de que nos habla la historia. Y furiosa la tempestad estalló, estalló como las de la naturaleza, sorprendiendo y castigando.

Y resultado de todo esto fué que al venir de la calma, la consecuente y bienhechora calma que aparejan consigo esta clase de meteoros, López de Ayala, dícese acabó en un manicomio de Burdeos, loco de remate. ¡Y los otros!...

Que son las ciudades a veces y el vivir entre cuerdos y sensatos, pacientes e inofensivos, pacíficos y sencillos y en el correr de la vida la mejor medicina, el mejor calmante y la más adecuada reclusión o el mejor castigo o el más saludable escarmiento de estos desordenados y soberbios que fuera de ley procedieron por la satisfacción cumplida de la insensatez del deseo el permanecer entre sus semejantes que a buen juicio volviéronle.

Muchos sanaron y otros no, por el aquel del espíritu satánico de que nos habla Cristo. Y en el fuero interno de cada cual, quién sabe lo que serían esas vidas, aunque apariencias hubiere de lo contrario, porque está la conciencia en razón directa de la civilización del hombre.

Y hubo tiempos de acrecentar de modo tal el terrible mor-

bo de estos voluntarios, la insana locura de tamaña obsesión, que recuerdo haber oído relatar que muchas veces en sencillas y amenas recreaciones, como funciones de teatro en esta ciudad de Matanzas, donde el público concurría tranquilo a esparcir el ánimo, de repente y sin saberse la causa, la música preludiaba la marcha real, y blandíase un pabellón o, mejor dicho, mecíase la bandera en el escenario o en la sala y al grito de ¡Viva *Españel*!, que así sonaba cuando enardecidos los ánimos la invocaban, interrumpíase el espectáculo o dábale al terminar subido matiz político.

Hechos estos que mucho disgustaban a españoles sensatos, jefes los más, que de seguida decían en sus palcos al grupo femenino de esposa, hijas y familiares que los acompañaban: "Vámonos ya, que vosotras las damas estais demás aquí."

¡Cuánta locura, cuánta cosa increíble escuché yo de la intolerable embriaguez de esos días! Por ese camino no se iba a ninguna parte. Y sucedió que con semejante conducta llegaron a inspirar verdadero terror y aun más insufrible el intolerable alarde de sus derechos cuando en forma brutal era expresado, llegando a invadir el cerebro de aquellos maniacos ridículas extravagancias.

¡El color azul tan bello!, despertaba el mayor recelo, temiéndosele que suprimir por completo y ni aun en una cinta ni en el menor detalle del traje de un niño que fuere. El cabello suelto en la mujer un crimen de lesa majestad considerábase...

Contábame mi madre que una tarde desde la Cumbre venía de paseo manejando el *char a banc* desbordados los asientos del vehículo de bellísimas jóvenes sus amigas. Vestían de verano y los peinados con los rizos postizos sueltos sobre la espalda como la moda exigía.

Al llegar a la Plaza de Armas y al pasar por el cuerpo de guardia, gritales un voluntario: "A las yeguas se les corta la cola..." Y discretas en demasía para no comprometer a sus padres, esposos y hermanos, recogieron el cabello y haciéndose el improvisado moño, regresaron a todo galope a las pintorescas alturas, huyendo de la tierra baja y guardando el mayor secreto como prudente medida.

¡Y eran mujeres y jóvenes y bellas y finas y buenas que

participaban de una inocente diversión las que así fueron comparadas con solípedos! Siendo el insultante y soez epíteto la negación de la proverbial galantería de toda una raza, como asimismo mengua del instintivo impulso que hace amable hasta las fieras—¡qué no será el hombre!—el prodigado por el ofensor con beneplácito de sus adláteres.

Y decir eso a mi madre, mimada por aquella sociedad en la estrecha y sencilla compenetración de la vida provinciana a un grado tal de amor, que hízola, como ya sabemos, el aura popular, reina, que por estas calles paseó muy admirada.

En este extremo la gravedad del mal, ¿dónde el remedio?

Y cuánta anécdota tristísima y cuánta salvajada y cuántos chiste a veces y situaciones cómicas, que ya en la pendiente rueda el hombre por todos los peldaños sin salvar el de la necesidad siquiera...

Unas señoritas de cierta familia de la clase media e hijas de voluntario, cuando el entierro del célebre gorrión, determinaron para con ellos congraciarse o disfrutar de alguna tranquilidad—¡quién podrá adivinarlo!—llevar una banda a la cintura anudada por detrás con largas caídas de los colores nacionales ¡y en mala hora! Al pasar por la calle del Medio—hoy Independencia—baluarte que ha sido siempre del comercio y por lo tanto de los voluntarios entonces, con la insignia roja y gualda en lugar tan desusado, grítales un exaltado: “Para llevarlo *ahí* no se lo pongan, no lo permitimos.” Y en coro todos tal algarabía despertaron que, confusas y acobardadas y muy avergonzadas, precipitadamente regresaron a su casa las intimidadas señoritas.

Y chuscadas también hubo, como la de aquel soldado español, que al ocurrir la prendición del señor Manuel Despau, de antigua y muy conocida familia matancera, y al ser pedida su cabeza por los voluntarios, le salvó un pundonoroso jefe, que de acuerdo con la autoridad militar, a esta jurisdicción fué entregado, y ya en alta mar—deportado a España como había sido—aun aquí, reclamaban esa su cabeza en la Plaza de Armas los voluntarios, ignorantes de lo ocurrido, lo que hizo exclamar a un soldado de línea que a bordo custodiado al preso le condujo, y que presenciaba el vocerío, esta oportuna, aunque disparatada improvisación:

Voluntarios de Matanzas
Pónganse el *malacó*,
Que a las cuatro de la mañana
Se embarcó Manuel *Despó*.

Con las estrellas de oro de mi bautizo—nacé poco más de un año antes del grito de Yara—hízose una criada de casa un par de aretes y se le ocurre a la muy simple lucirlos una tarde de paseo, y ya en plena calle todo lo que la infeliz negra no esquivó la agresión, evitó el que el voluntario le arrancara la oreja. Yo creo que hasta al firmamento hubieran ellos apuntado sus cañones por ser azul y con estrellas.

Los cambios de guardia originaban conflictos sin número o el vacío, sobre todo después del suceso de los estudiantes, pues apenas se oía el toque de corneta que los anunciaba iban cerrándose las puertas y ventanas de las casas. Las calles parecían barridas.

Y hasta el amor invadía el desafuero. Tenían sus pasiones esos hombres y allá del tropezar también con la bestial concupiscencia. Oigamos este cuento.

Un celador de barrio y voluntario furioso por más señas, enamoróse locamente de una mulata que también vecina de dicho barrio era. Lo que no hizo el apasionado Marte por atraerse la voluntad de la esquiva Venus, porque en realidad era bellísima la mestiza a la vez que muy honrada mujer y libre además y tan fina, que en su oficio de lavandera de encajes y de canastilla de niños entraba la paciente labor de rizar *con tijeras* los innumerables volantes de los vestidos de las damas del *señorío*, produciéndola el particular esmero en tales superfluidades medio muy decoroso y holgado de ganar la subsistencia.

Recuerdo como si la estuviera mirando a la deidad aquella, que fué este ejemplar uno de los más acabados y perfectos que en cuanto a belleza femenina conocí en la vida, robando a tantos y a mí entonces verdadera admiración.

Era de estatura regular, diríase mejor alta, delicadamente torneado el cuerpo, pies y manos pequeñísimos. De airosa cabeza ligeramente echada hacia atrás; el cabello reluciente y negro como ala de cuervo y lacio y fino y algo ensortijado en

la nuca y sienes. Cara más bien redonda de graciosa barba y de expresión agradable y simpática; ojos muy grandes, negros y rasgados, *de dulce mirar* y de córnea azulada, atenuados por largas pestañas el intenso fulgor de aquellos carbones encendidos. Nariz pequeña que entreabríase al respirar como la de los alazanes de pura sangre... Dientes blanquísimos que hacían resaltar aun más de la preciosa boca y de los oscuros labios la sonrisa. En su punto y por igual el apetitoso tostado del color de la cálida piel, suave, deliciosa y mate.

De arrogante porte la tal hembra, vestía escrupulosa y limpia invariablemente de blanco amplia falda y larga cola. Brazos y hombros descubiertos y muy ajustada y rizada al talle la basquiña, modelando un magnífico mantón de Manila también blanco y de larguísimo fleco, el saliente busto y la minúscula cintura que dos manos sin esfuerzo podrían abarcar. Calzaba medias y zapatos escotados y sin tacones.

Completamente extinguido ya el tipo y perdido en general el carácter de la mestiza que mucho participaba, dicen, de la maja española sin serlo y que nada de particular había de que así fuera, hijas como eran la mayoría de peninsulares con sus esclavas, hase evaporado con el pasado el singular hechizo y gracia y la muy exagerada finura, unida al trapío especial de la fascinadora mujer, verdadera tentación sobre la tierra y hasta de los mismísimos manes de estas zonas tropicales.

Y de ahí, muy disculpable que también lo fuera la que así describo del pobre celador, feo, bigotudo y de ojos torcidos por más señas, amén de la ruindad de alma, pues a las autoridades delatada fué por él como insurrecta, quizás si por intimidarla.

El Gobernador de la ciudad, que entendía en los asuntos políticos, citó a ambos a comparecer a su presencia para saber del caso y resolver. Y a las dos de la tarde, estando Su Señoría en el despacho rodeado de jefes y oficiales y escribientes, aparecieron, previo el anuncio del uger, el celador y la mulata, que interrogada y expuesta la causa de la grave acusación, así se expresó:

—Señor Gobernador: eso no es cierto. Soy una infeliz mujer que me gano la vida lavando encajes al señorío de Matanzas. Soy honrada y de mi conducta pueden responder las se-

ñoras y señores siguientes—dijo entregando las cartas de recomendación (y aquí de los nombres de criollos potentados y de próceres que muchos de ellos ostentaron títulos de Castilla y en la mayor opulencia allá en la villa del oso y del madroño residieron)—, y este desgraciado, recalcó señalando al celador que la devoraba con los ojos, se ha empeñado desde hace mucho tiempo en que yo lo quisiera, y el señor Gobernador comprenderá que esto es imposible: como voy yo a cometer tal disparate!!!

El Gobernador despertó de la contemplación fijándose en el bigotudo voluntario y acto continuo le interrogó si era cierto lo dicho, balbuceando turbado éste algunas frases en su descargo. Interrumpiéndolas ella con un: “Síá”, que dejó más que convencido al trastornado auditorio, quedando suspenso el infeliz celador de empleo y sueldo y también como suspendido de la invisible cuerda que desahuciado al desdenado amor le ataba.

Y cuentan las crónicas que desde el Gobernador hasta el último uger de ella quedó prendado y que una vez absuelta y muy agradecida y siempre con respeto pasó ante la despedida y enamorada víctima serena y majestuosa, suelta la cola del vestido, envolviéndole en una mirada de desprecio, que como un rayo brotó de aquellos soles... y trasponiendo los salones de mármol y bajando la escalinata de palacio iba deslizándose y como navegando la hermosa fragata aprisionando en las redes de sus encantos a los corazones, inclusive el del severo y atónito Gobernador por aquello de lo que prudentemente advierte Cervantes en la conocida y muy verdadera sentencia: “Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos, etc., etc.”

Que así fué del poderoso influjo y del singular hechizo de estas finas y delicadas a la vez que arrogantes féminas, que de tanta celebridad y ascendiente alcanzaron y con sobrada razón en su época.

Funesta tantas veces en todos conceptos—triste es confesarlo!—la influencia decisiva que ejercían.

Años después fué la que conocemos asesinada en la Habana por otro sujeto que de ella apetecióse, y con tan mala suerte esta vez, que no pudo tener la conformidad del celador de

marras al ser rechazado en la pasión que le ofuscó y a tal abismo le condujo.

¡Pobre Luisa Plá! De niña en su regazo escuché el gracioso cuento mientras que fascinada contemplaba yo su sin igual hermosura.

.....
 ¡Por qué a este lugar tan amado darle ese angustioso sello de terror, profanando así la armonía del hospitalario suelo? ¡Por qué del castigar y dispersar a diestro y siniestro a una sociedad que de antiguo llevábase ella el privilegio exclusivo de cortesanía y caballerosidad tales, unida al encanto de la llaneza y liberalidad no igualadas? Una sociedad que aun en el desenvolvimiento de la penosísima crisis, nunca dejó de ser lo que siempre fué

Y empezó entonces la desbandada a lejanos horizontes y el terrible conspirar sin tregua ni descanso. Martí abofeteado, con la sangrienta espalda cruzada por el látigo del cabo de varas, bramaba sin cesar, él, hijo de un peninsular, como tautos ofendido por el voluntario.

La juventud entera dispersóse a la insurrección, al extranjero y los que obedientes a sus padres estudiaban una carrera fuéronla a cursar a España, Francia, los Estados Unidos, Alemania y Bélgica.

Si este mundo lo formaron ellos, los españoles, de modo especial en el sombrío cerco de hierro de la despiadada esclavitud, que con sólo esto bastaba, ¿por qué más abrumarlo en forma tan desusada, sanguinaria y cruel? ¿Por qué el huir, el expatriarse, el escapar del voluntario a toda costa el grito unánime entonces del cubano, del negro y de la mulata y del español sensato que los evitaba y de casi todos los que en la isla respiraban?

La insurrección los enardecía es verdad, las noticias de *tierra adentro* los exasperaban; pero allá de los militares que encargados estaban de combatirla y en la manigua vencerla. Y ya que tanto era el bélico ardor, ¿por qué no se unían a los ejércitos regulares y pasaban las mil privaciones y penalidades del sol de fuego, de la sed, de las forzadas marchas, de las fiebres palúdicas que los diezaban y de la incertidumbre y de los mil azares característicos a esta clase de contien-

das divididas en guerrillas, persiguiéndose a un enemigo, que era su mayor táctica rendirlos en esta forma, sucumbiendo ellos también porque por partes iguales Cuba y España apuraron el amargo trago?

Mas en honor de la verdad sea dicho, que, ellos, a su vez, hacían sus *recorridos* por las jurisdicciones de ingenios y por las zonas de cultivos, *en busca del enemigo*... Y por lo mismo cuánto chiste y cuánta anécdota risible y muy en secreto, por supuesto, *al rittorno de las operaciones*!... Y en sentido contrario, las más de las veces, en excursiones de esta índole y por sus funestas consecuencias, eran terror de la gente sencilla de los poblados, que distinguíalos con el sobrenombre de tiradores de la muerte”.

Pues en las ciudades poco valor suponía el librar la guerra con los pacíficos inmolando jóvenes imberbes, enterrando gorriones y asaltando furiosamente los espectáculos teatrales. Como también tirotear los espesos muros de la cerrada y al parecer desierta mansión—ahí la de Gener—; y pedir cabezas de conocidos vecinos y aun fusilarlos, como el desgarrador episodio de Tello Lamar en un día de Noche Buena.

Cuando las descargas cerradas de fusilería acribillaban la casa de Gener, siendo espantoso el vocerío y el estruendo del exterior, una escena de sublime sencillez dentro ocurría. La casa la habitaba la familia que rodeaba al esclarecido don Benigno, y al preguntarle una de sus hijas: “¿Pero, qué hacemos?”—“Morir juntos”—le contestó.

Inexplicable el contraste que ofrecían los voluntarios. Pues hombres de hogar, pacíficos, inofensivos en la vida privada, amantísimos padres de familia, convertíanse en unos energúmenos al vestirse de aquel uniforme. La transformación era completa. Partiendo de ellos la iniciativa como jefes que eran y para saludable escarmiento y ejemplar castigo—así lo creían—en hechos delictuosos aquí acaecidos, donde unidos van (¡cosa más rara!) a la merecida fama de hombría de bien, otros recuerdos candentes de tristísima celebridad.

Y sin embargo, espada era esta de doble filo. No se le ocurrió cosa que más daño pudiera hacerles. Fué sentencia del destino y por lo mismo en esta clase de males irremediable el daño que ellos mismos se ocasionaron.

Recuerdo de niña, y lo recuerdo bien, que al pasar las procesiones por frente de las casas y terminar con la música que seguía a los ciriales, santos y acompañamiento y empezar el desfile de las compañías de voluntarios; al divisarse la primera fila, iban quedando desiertas las ventanas, unos, pretextando cansancio, y otros, manifestando reservadamente el motivo, hacíanles el desaire. Y hasta las niñas que sentadas en las banquetas en el poyo de las ventanas presenciábamos la lenta marcha de los que, fornidos y orgullosos sacaban un pie y luego otro—muy grande por cierto—al compás de la música y que marchando iban con la bayoneta calada y el jipijapa aureoleando la cabeza echado hacia atrás sobre la espalda, sujeto por la tirilla de hule o *barboquejo*; y hasta las niñas, decíanse *un secretico* que invariablemente era el siguiente: “¡Chica, qué pesados son los voluntarios!” Y cuántas veces eran hijas las que recibían la confidencia de las figuras ecuestres de los que por allí pasaban muy orondos y marciales.

Y asintiendo vivamente las interpeladas y con igual misterio también correspondían en esta forma: “¡Ay, niña, son los más antipáticos de este mundo!...” ¡Cuándo no eran ellas las que primero iniciaban *el secretico!* Enigma cruel—porque las que así decían no dejaban por eso de adorar a sus padres y de respetarlos profundamente.

Y en realidad había motivos de así presumir en aquellas figuras las más de las veces ridículas y hasta grotescas, fadados como llevaban el enorme vientre por el cinturón; tar-do el movimiento por las invisibles y férreas amarras de los tejidos adiposos, sedentaria como había sido y era la vida del escritorio o mostrador en el pacífico comercio, pues de guerreros sólo tenían la complicada indumentaria, sin hábito alguno del papel que representaban.

De edad provecta ya, ni un solo rasgo ni detalle había en ellos de los que caracterizan al soldado y hacen respetable y aun temible al viejo militar. Torpemente hacían caracolear al magnífico caballo en difíciles cabriolas y escarceos por lo del prodigarse y lucirse y hacerse admirar y aun temer porque *me llamo león*, ante la mal contenida risa del público, siendo general el inicio de la burla desde sus principios y aun más en las desafinadas e incomprensibles voces de mando, intercalada

y mascullada en esas órdenes alguna resbalosa y muy condimentada interjección, cuando se cometían los consiguientes desaciertos por parte de los subordinados, ajenos muchos a la imprescindible enseñanza y disciplina.

Deficilísimo de improvisar en un instante todo lo que de atrás se requería y como hubieren de terminar las procesiones con escuadrones formados por hombres de campo la mayoría canarios fidelísimos y algunos hijos del país que displicentes y de mala gana y con semblante avinagrado concurrían estos últimos a llenar o completar el número, pues por compromiso o temor aceptaban el afiliarse, compareciendo las más de las veces con los uniformes deslucidos por las lluvias, jinetes en unos pencos

Y de ahí la ironía al desfilar esos rurales y del rápido decir y de la frase breve, sutil, inocente e inofensiva, al parecer, y que hasta acariciadora y *chiquiona* resultaba, especialísima de estas tierras—tan ajeno a la buena fe el interpretar de su significado y que, aun a los más avezados se les escapaba la aviesa intención—confeccionada por un pueblo reconcentrado, inteligente y mordaz en demasía y difícil de deslumbrar, como vengo repitiendo en el transcurso de estas “Memorias”, era el de Matanzas.

Hacíanse allí en el momento del desfile inofensivas alusiones a la maloja, al carbón, a la leche, etc., etc., exasperando así a los expendedores de estos artículos en el mal humorado campesino y desabrido militar con el haber de callar obligado por la ordenanza.

¡Qué conglomerado aquel! ¡Pobre país! ¡Qué embrollo! Cuán imposible emitir un acertado juicio en aquella balumba de sentimientos encontrados y reconcentrados en forma tal y contenido a duras penas el estallido. Y a fuer del disimular del pueblo y del bromear a la vez y del reprimir siempre, poco a poco fué invadiendo este sentimiento indefinido y bastardo todas las esferas, quedando ya en la idiosincracia de nuestro ser y no sé si por nuestro bien. Me refiero al genuino *choteo* cubano, único en su especie, incubado entre dos esclavitudes: la de España y la del negro.

Y para concluir y disipar algo la mortal tristeza que siempre deja en el ánimo el horrendo episodio del 71 y de estos desafueros y aun ridículoes, y como no hay drama sin sainete, he de

referir una historieta, la última, que encaja aquí perfectamente.

Había en Matanzas un exaltadísimo voluntario, buen hombre; pero vendado en su españolía. Hijo de honradísimos labradores españoles, casi niño vino a Cuba en busca de fortuna, encontrándola asaz cuantiosa y fácil.

Subió mi hombre hasta las nubes: excelencias y grandes cruces lloviéronle a granel, y en plena juventud decidió cuando lo juzgó necesario, volver a España para olfatear y por selección natural traer de allí alguna legítima consorte, buena, laboriosa, económica y honrada que aquí perpetuara legalmente su apellido, ya que por desgracia, de algunas bellas mestizas, no por maldad, sino por pura *debilidad*, había logrado sucesión muy contraria a los ideales del prócer, pues mi hombre sentíase muy grande.

Trasluciéndose por el hecho y también por el dicho a él atribuidos de no querer con hija del país ligarse por no dar vida a un *mambí*; y también celoso y tal vez si nostálgico del terruño, quería revivir aquí usos y añejas costumbres a su corazón muy caras.

Nada de particular ni nada criticable el santo y purísimo deseo, rechazando en el secreto del armario de su alma el medio donde desde luego se desenvolvía.

Vino la dama elegida del mismísimo interior de la Metrópoli, de la recóndita aldea, cual cuadraba a sus miras e instaláronse rumbosamente en la lujosa mansión con el consabido desprecio de ambos a la bendita tierra, al celestial paraíso que tales magnificencias proporcionaba; creyendo mi hombre acertar y resuelto el problema porque comercio, amigos, criados, comidá y mujer, todo era de España en aquel rincón suyo, muy suyo y muy a su gusto de la madre patria, exceptuando su cielo y su suelo, que en cuanto a identificación y aclimatación tan cara e imprescindible es al todo.

Nace el primogénito, un gracioso y robusto chiquillo, una monada a la par de cumplida esperanza. Tres años escasos tenía el rapaz y era una delicia su hablar fácil y ocurrente: un portento de viveza de imaginación y gracia.

Mi pobre hombre estaba chocho, caíasele la baba, cuando un día al trasponer el corredor interior de la mansión percibe la voz de su hijo, se acerca de puntillas para mejor disfrutar

de la graciosa charla y le oye gritar rojo de entusiasmo al mozo en la cocina—muy lejos de él suponía al muñeco—un “¡Viva Cuba libre!” con toda el alma.

El disgusto fué mayúsculo, la sorpresa grande, inenarrable la alarma. La investigación surgió minuciosa, interrogándose a los criados; se buscó aquí y allí, el niño no podía haberlo inventado, nada sacábase en limpio y el chico del mameluco nada sabía ni explicaba.

Preocupado el honrado patricio y con la mejor buena fe hubo de confiarle la cuita a un su amigo militar muy ilustrado, hombre de mundo y conocedor a fondo del país donde residía hacía ya largos años y habíase encariñado y amante sincero del lugar y adelantado y liberal, después de escucharle atentamente, díjole sonriendo y poniéndose de pie y tocándole al hombro y como terminando:

—Amigo, no se canse usted, lo tienen en la sangre.

.....

Y por último, en el escabroso camino, tortuoso y largo por demás e inaccesible aquí esbozado—con perdón del paciente lector—aparecía la ominosa esclavitud del negro a completar la expiación, esclavitud que aun pagamos en el triste no sé qué muy difícil de arrancar y precisar que en sí llevamos y llevaremos como memoria del daño recibido a través de muchas generaciones.

CAPITULO XV.

Explosión de una retorta.—El Príncipe Alejo.

Lastimada y abatida como quedó Matanzas por el fusilamiento de Carlos Verdugo, cuán lejos se estaba de que, otro cruel e inesperado infortunio, al año justo del aciago acontecimiento, la acechaba. Y esta vez también entre confiados estudiantes el desconcierto y el dolor y en el mismísimo mes de Noviembre la horrible coincidencia un día 30 de 1872.

El antiguo local que ocupó el colegio “La Empresa”, clausurado por orden del Gobierno en Octubre de 1869 como ya hemos manifestado, utilizóse para abrir al siguiente año un nuevo plantel denominado “La Unión”, siendo su direc-

tor don Ramón Fernández Bárcena, natural de Asturias y profesor que había sido de "La Empresa". Y en el gabinete de Física y Química en ocasión de estar los discípulos matriculados en el quinto año del Bachillerato, en un arriesgado experimento para obtener oxígeno, estalló la retorta...

En número de doce los alumnos en derredor del profesor Dr. Villaverde, recibían la lección, disgregando la muerte el interesante grupo que años después contemplé con el mayor interés en una fotografía tomada a principios de curso. La adolescencia con la dicha de vivir retratábase en aquellos rostros: el risueño porvenir regocijaba. Cuán confiados estos jóvenes pertenecientes a acaudaladas y distinguidas familias de la localidad!

De los doce he podido inquirir el nombre de muchos de ellos. Dos fueron mortalmente heridos; de alguna consideración el profesor y levemente tres o cuatro de sus discípulos. Eran éstos: D. Porfirio González y D. Eduardo Ortiz, que sucumbieron. D. Miguel Garmendía, D. José A. Badía y D. Luis Baró, heridos, y D. José Francisco Plá, D. José Manuel Aballí, D. Luis Valdés Acosta, D. Manuel A. Borrón y D. José Lucas Díaz, ilesos. De los dos que faltan no he podido saber detalle alguno.

"La desgracia —dice "La Aurora" del siguiente día— llenó de consternación, como es natural, al vecindario, acudiendo inmediatamente al colegio llenos de terrible sobresalto los padres que tienen sus hijos en dicho establecimiento. Los destrozos causados por efecto de la explosión en la citada clase son grandes, quedando rotos muchos aparatos de cristal; cuyos fragmentos se veían esparcidos por el suelo salpicados de sangre."

El Gabinete de Física y Química hallábase establecido en el primer cuerpo del edificio o séase en el salón principal del alto que da a la calle.

Al Dr. Villaverde, desde luego, alcanzaron severos juicios y acerbos comentarios. De cuánto se trató en aquellos días! y no he podido dejar de pensar a mi vez en la responsabilidad que en el desdichado lance al pobre profesor pudo caberle.

Y debido a ese motivo apareció en el periódico el siguien-

te razonado escrito hábilmente refutado por D. Pedro Alejandro Boissier (Alejo Andrés de Robirpois), que dice así:

"Suceso del colegio "La Unión".—El sábado 30 de noviembre del corriente año y como a la una y cuarenta de la tarde de dicho día una fuerte detonación alarmó a los vecinos inmediatos al colegio. Dirigiéronse muchas personas al lugar de donde partía aquel ruido y no tardaron en salir consternados del edificio, viendo los estragos que la explosión de una retorta había ocasionado. Ya sabe el público cuáles fueron las desgracias personales que de aquella conflagración resultaron y que nosotros lamentamos como el que más; pero el público no sabe y desea saber cuál fué el origen de aquella explosión, y esto es precisamente lo que vamos a explicar con todo el acopio de detalles adquiridos por algunos de los alumnos de la clase de Química y en presencia del salón del colegio en que se hallaba el laboratorio químico, y del estrago consecuente a la explosión. Antes de explanar nuestra humilde opinión en asunto tan delicadísimo suplicamos a todos suspendan o morigeren su opinión respecto a las noticias que sobre el hecho que vamos a referir han circulado, porque no es prudente lanzar al aire vaticinios en una materia que tan de cerca se roza con la ciencia. Es el caso que unos tres minutos antes de la explosión, se había preparado la retorta en cuestión con dos partes de clorato de potasa y una de peróxido de manganeso, agentes necesarios según costumbre y fórmula prescrita químicamente hablando, para que en comunicación con un pequeño depósito de agua se recoja cierta cantidad de oxígeno. La cantidad de ambos agentes citados no la podemos indicar aquí por razón de no conocerla con exactitud los alumnos de quienes hemos habido los pormenores. Al cuello de la retorta va adherido un tubo de cristal que conduce al agua del aparato y se coloca debajo de la campana de cristal introducida también dentro del agua. Las corrientes que de gas pasan de la retorta por el tubo al agua producen la separación del oxígeno del agua. La retorta era de loza y se hallaba sujeta por el aparato de asiento y seguridad; debajo de ella, colocada dentro de un pequeño vaso, la lámpara de alcohol encendida que hierve con su llama todo el fondo de la retorta y de esta acción calórica la producción del gas que resulta como es natural, de la combustión

de los agentes colocados dentro de la retorta. Tres minutos, no completos habían transcurrido desde que se había encendido la lámpara, cuando comprendiendo el profesor encargado de las clases de química el mal efecto producido por la corriente de aire que por una ventana inmediata y frente al aparato puesto en acción penetraba, advirtió al desgraciado D. Porfirio González la necesidad de bajar la luz o subir más la retorta, y al tiempo de verificar González la operación iniciada sucedió la explosión. Aseguran algunos que se dicen inteligentes, que la manipulación (operación) de la extracción del oxígeno debe hacerse asegurando la retorta de modo que no la hiera ninguna corriente de aire y que de no colocarla a ese abrigo, se halla expuesta a explotar. Nosotros, que sin darla de inteligentes hemos efectuado muchas veces la operación de que venimos tratando y la hemos visto verificar por químicos muy reputados, no hemos cuidado de la tal precaución y sin embargo vivimos para poderlo contar a nuestros lectores. Y, acaso no basta saber que en el curso del 71 al 72 se llevó a cabo la misma operación, del mismo modo que la consumaron el día anterior al de la desgraciada explosión? Y, por último, ¿hay algún químico que por muy experimentado que sea que pueda explicarse los mil fenómenos que le sorprenden a cada paso en sus manipulaciones? Seguramente que no, pues de explicárselos dejarían de ser fenómenos. Hay más aun: un cambio repentino de temperatura cambia de tal manera el curso de las operaciones, que en tanto el químico no puede fijarlo físicamente, pierde tiempo y agentes interventores. Ahora bien: si los más de los habitantes de esta culta población observaron el cambio brusco de la temperatura a la hora poco más o menos de la explosión, si se han hecho cargo de la posición topográfica de la casa del colegio, si observaron el viento reinante en aquel momento, N. E. cuarto al N., si observaron que de momento se cubrió la atmósfera de densas nubes bajas, si observaron la fuerza de corriente de aire que esas mismas nubes impulsaban, extrañarán el fenómeno de la explosión cuando una ráfaga de aquel viento fuerte penetró rápida por la ventana ya citada forzando la luz de la lámpara hacia la parte Sur, lo cual hizo comprender al profesor el peligro, toda vez que ordenó bajar la luz o distraerla más a distancia de la retorta, pero ya tarde

para impedir la catástrofe, cuando explotó en aquel momento? Tal es la acción rápida de la atmósfera cambiada— en todas las operaciones químicas. El fenómeno, no obstante, tiene alguna explicación física. Esto es, que es raro el instrumento que hallándose en estado de combustión resista dos temperaturas a la vez y por dos temperaturas a un tiempo hubo de pasar la retorta en cuestión. Una, la de la parte de la retorta que daba al Sur, muy elevada por inclinarse a ella toda la llama de la lámpara. La otra a la parte Norte extremadamente baja por razón de no afectarla en igual proporción ni mucho menos como la antes dicha, la luz de la misma. Concluiremos manifestando que cuanto más indagadores, cuanto más investigadores son los físicos y los químicos mayor es el riesgo que corren. Esperamos que el asunto que nos ocupa será debidamente discutido por la Academia de Ciencias y aquellos insignes varones que la componen nos dirán lo que nosotros debemos callar.—*J. B. y G.*”

“Al Sr. J. B. y G.—Sobre la explosión que ocasionó la muerte al joven D. Porfirio González y varias heridas graves al profesor de Química Sr. Villaverde y a cinco condiscípulos de aquél en el colegio “La Unión”, vió la luz en el número de ayer, un artículo suscripto con las iniciales J. B. y G., que nos ha hecho tomar la pluma con la sana intención de contribuir al esclarecimiento de la verdad en la cuestión científica que cree el Sr. J. B. y G. que sólo la Academia de Ciencias puede resolver. Para nosotros dicha explosión no dejó de ser, como para el Sr. J. B. y G., al cual creemos bastante competente, un misterio hasta el momento en que hemos visto publicado lo que contenía la retorta. El oxígeno, dice Cahours, después de varias explicaciones sobre el modo de producirlo, se obtiene igualmente por medio del clorato de potasa, al cual debe darse la preferencia cuando se quiere obtener puro. Al efecto se introduce la sal en una pequeña retorta de vidrio que se calienta gradualmente. Empieza por fundirse: inmediatamente después entra en rápida ebullición, y el gas (el oxígeno) se desprende abundantemente. Después de la descomposición la masa se vuelve súbitamente sólida. Se puede hacer más pronto la descomposición mezclando al clorato de potasa un poco de peróxido de manganeso: *pero es preciso entonces hacer la opera-*

ción con el mayor cuidado; sin esto la desunión de los elementos podría hacerse de una manera muy brusca y producir una explosión. Estas son, poco más o menos, las palabras del sabio químico francés; en ellas no dudamos que el Sr. J. B. y G. encontrará mejor que en el cambio brusco de temperatura, o en alguna otra causa desconocida toda la explicación que desea del fenómeno que quizá no pudo evitarse, porque no siempre los hombres son dueños de las circunstancias que los rodean.—*Alejo Andrés de Robirpois.*”

Sugestionada a mi vez, y por hacer algo y no ser menos, consulté un tratado de Química, el primero que cayó en mis manos, interesadísima en el procedimiento como en esta ocasión me encuentro por el relato fiel de los acontecimientos, y dice el Sr. J. R. Luanco, autor del texto, que “graves accidentes han ocurrido extrayendo el gas oxígeno por este medio, que hasta hoy no han recibido explicación.” Y agrega: “en tales catástrofes la retorta siendo de hierro ha reventado como una granada y sus pedazos ocasionaron alguna vez la muerte del operador. De un accidente de esta clase hubo de ser víctima el distinguido químico español D. Antonio Casares”, etc., etc.

Cerré entristecida el libro dando por terminadas mis modestas investigaciones científicas, pues si bien es verdad que el Dr. Villaverde al usar la fórmula acostumbrada no estaba en lo cierto y corría tal riesgo, ¿cómo no ocurrió el percance en todo el año anterior que con éxito la empleó al dar la acostumbrada lección a sus discípulos y aun más la víspera del suceso?

Siempre será el hombre eterno juguete del azar.

El Lodo. D. Emilio Villaverde, natural de Cádiz, había establecido de médico en esta ciudad de Matanzas desde 1860 y dicen que al formársele la correspondiente causa por el tristísimo suceso movía a compasión el desdichado cuando al comparecer ante el juez que había de entender, transido de aflicción, así se expresó:

—Señor juez: habrá quién no se equivoque?... Yo acepto el fallo del Tribunal cualquiera que sea y hubiera cambiado mejor el puesto de los que han muerto, que éste en que por mí mal me encuentro ahora.

Sinceramente hablaba con tristísima elocuencia y anegado en llanto el muy acosado y abatido caballero, revelando en su amargura el verdadero cariño que profesaba a sus educandos.

Y absuelto fué. No cabía otra cosa.

A todos conmovió la difícil y delicada situación y ante la grandísima pena por lo ocurrido y también ante el temor manifestado por los padres de familia de que en la cátedra pudiera continuar, a ella renunció, cambiando al fin de residencia al alejarse para siempre de la ciudad.

Volvamos al gabinete. Al estampido todos huyeron, menos Porfirio González y Eduardo Ortiz, que en el piso yacían. El primero, tendido quedó al pie del aparato con la piel de la frente arrollada, lo mismo que la de la mano derecha; un ojo vaciado y una herida en el cuello... Y su compañero Eduardo a más distancia con sólo una herida en la frente, y de tal magnitud, que ella sola después, le ocasionó la muerte, privándole desde entonces de la vista y del sentido.

Sobresalían ambos jóvenes por su inteligencia y aprovechamiento, así fué irreparable en todos conceptos la valiosa pérdida.

La llegada al colegio de los padres de estos jóvenes fué indescriptible: uno de ellos, me cuentan, se sirvió de aquellas volantes de alquiler de un solo caballo, que aun me parece estar viendo y que en el trayecto ocupó para salvar la distancia en la loca impaciencia, pues sus pies no le obedecían en la ansiedad de correr.

Y ese violento y natural impulso que al profesor los guió en demanda de lo inexplicable y de las inútiles responsabilidades que siempre exige el vencido en las tremendas pruebas de la vida al depurar tristísimos e irremediables hechos! Y la precaución de algunos de poner a buen recaudo y desde el primer momento y por lo que pudiera ocurrir en una habitación del colegio al infeliz hombre; y luego la aun más triste realidad de nada obtener ante aquellos cuerpos inanimados y de conducirlos a sus respectivos hogares en catres de tijeras porque las camillas estaban entonces relegadas a la sanidad militar para servicios de guerra.

Oh! mi Dios! de cuanto ha menester el alma para penetrar serena en el arcano de este acontecimiento.

Los sacerdotes y los médicos de la ciudad acudieron, entre éstos los de la última hornada: aquella falanje orgullo del proto medicato matancero, todos muy jóvenes, recién graduados, de probada competencia científica los Dres. D. Manuel J. Presas, D. Alberto Scheweyer, D. Félix de Vera y D. Manuel Zambrana en sus brillantes estudios y en recientes lauros universitarios.

Ya desde principios del siglo pasado teníamos en Matanzas buenos médicos, como fueron los Ledos. D. Domingo Storino y D. José Yarini, ambos italianos, que aquí arraigaron, dejándonos descendencia distinguida estos señores facultativos.

En 1830 aparece el Dr. D. Antonio Ulmo, caballero intachable nacido en Charleston, Estados Unidos, y que con el mayor éxito cultivó la medicina creando también una honorable familia de la que fué más tarde su nieto el Dr. D. Andrés Ulmo y Truffin, médico como él y heredero de sus prestigios.

Sobresalieron asimismo en ese tercio de siglo con el doctor D. Antonio Ulmo, los Ledos. D. Juan Bautista Michelena, don Ramón Coloma y Garcés y D. Tomás Pintado, gaditanos; don Ramón Piña; el Dr. D. Honorato Bernard, francés, y los cubanos D. Manuel Gálvez, D. Bonifacio y D. José María Carbonell, D. Antonio Escoto, tan popular y admirado; el doctor D. Joaquín V. Riera, que vacunó a todo Matanzas... Estos médicos lucharon con las dos primeras epidemias del cólera que hubo en esta ciudad en 1833 y 1850.

Y más luego la generación de médicos matanceros que aquí ejercieron y en París estudiaron—entre ellos el Dr. Luis Rey, los Dres. Pedro y Domingo Cartaya, el Dr. Federico Gálvez, uno de los mejores cirujanos de su época; el Dr. Esteban Llorach, que ya conocemos, y otros.

También hubo un grupo de conocidos profesores homeópatas que compartían con los alópatas el ejercicio de la medicina, como el Dr. Joaquín Sosvilla, Dr. López Mallet, etc.

Un buen número de médicos catalanes residieron en la ciudad; entre los que se distinguió el Dr. D. Antonio Giberga, que dejó notable descendencia.

Mas volvamos a nuestro triste relato y al lugar donde las

víctimas de la explosión yacían. La ropa del joven Porfirio, rasgada le fué por la espalda con una cuchilla: qué no se intentó para volver a la vida aquel su cuerpo ennegrecido! Quizá si la idea de un posible caso de asfixia—como se dijo—algo podría prometer y hacer confiar en el esperado milagro! Inútil todo.

Y la impresión de la infeliz madre que en esos momentos y siguiendo la saludable costumbre de los que en los trópicos madrugan, dormía la siesta; no aceptando ella ni los de la casa la posibilidad de que pudiera ser su hijo una de las víctimas por tener la convicción de no haber ido el joven al colegio... y más luego la insensibilidad manifiesta de la desdichada ante la realidad, que ni aun la contemplación del cadáver, conducida como a su presencia fué por prescripción facultativa, pudo arrancarla del extrañío y alarmante marasmo en que sumida entonces quedó y aun después durante días y meses.

Constituía el joven D. Porfirio con una hermana la descendencia de D. Juan Ramón González y de la acaudalada dama doña Belén Rodríguez, que de por sí representaba ella valioso patrimonio. Considerábase a los familiares del rico hacendado de tiempo atrás como de los de mayor solvencia de la provincia y cruel en extremo se mostró la suerte privándole del único hijo varón.

Y de la creencia de no estar él ese día en el colegio que en la casa sustentábase, se halla la pronta explicación cuando se sepa que el aplicado joven manifestó después de almuerzo el propósito de no ir, cosa bien rara e inusitada, lo que aprovechó su madre para encargarle el cobro de una letra de cambio en el Banco que muy cerca de "La Unión" y en la esquina de la misma calle estaba situado.

Y en efecto, hacia allí encaminó sus pasos e intención el desdichado D. Porfirio, tropezando en el trayecto con el alegre grupo de estudiantes que al colegio se dirigían. En bulliciosa confusión penetraron en el café "El Oriente"—tal como hoy existe—y allí tomaron unos dulces.

Próxima la hora de clase todos se dispusieron, menos Porfirio, que permaneció sentado y dijo lo que en su casa:

—No tengo deseos de ir hoy al colegio.

Sorprendidos le bromearon.

—Vamos, no te sabrás la lección.

—Hoy no hay lección, es sábado día de repaso que sé y por eso no voy—dicen que contestó con la mayor firmeza.

Insistieron los del grupo repetidas veces y al fin cedió y con ellos fuese, alegando antes tenía que cobrar la letra de cambio o libranza de su madre “que por ser sábado el Banco cerrábase temprano”.

Las corazonadas o coincidencias que nunca faltan en ocasiones funestas!...

No así la de otro compañero suyo, amigo queridísimo, que lejos de no serle propicia, fuele muy favorable. Era éste el Dr. José Francisco Plá, un traviesísimo muchacho entonces, un endiablado que respondía al sobrenombre de *Chicho*. Y que puesto a medio pupilo como estaba, hacía días venía enredado en la infantil travesura de “birlarle al chino cocinero del colegio algunos panes” que luego repartía entre sus compañeros.

Aun vive el conocido y popular héroe de esta aventura y a él debo la interesante anécdota, que los setenta años de vida con que hoy cuenta, no han podido desvanecer siquiera.

Entraron todos en la clase de Química y tocábale el puesto al lado de Porfirio—inseparables siempre, pues hasta las fincas azucareras de sus padres estaban contiguas, lo que facilitaba en las vacaciones el que pudieran estar reunidos.

Empezó la clase que el travieso muchacho apenas atendía pensando en que se aproximaba la hora de ir donde el chino, al cual entretenía en grata conversación otro compañero, mientras él aligeraba la cesta de los panes. Y así fué: hizole señas el cómplice cuando creyó el momento oportuno, que inmediatamente salió de la clase, siguiéndole él poco después, previo el correspondiente permiso de urgente necesidad.

En efecto, ya el otro en la cocina estaba en amena conversación con el asiático que hacía días se devanaba los sesos pensando y buscando cómo se le desaparecían los panes, cuando el ratonzuelo burlando la estrecha vigilancia del colegio deslizábase por las profundidades de la despensa, haciendo el acostumbrado acopio de aquellos riquísimos panecillos que yo también alcancé y que, como las golondrinas de Bécquer, se fueron para jamás volver...

Concluida la tarea con la mayor destreza y presteza, regresó muy contento, ¡tan ajeno! al gabinete de Química con la sana idea de repartir la oculta provisión que en los bolsillos llevaba, cuando al tocar al botón y abrir la puerta que estaba cerrada, cual si fuera aquel un resorte, sonó el estampido en el preciso instante, sintiéndose como arañado en una mano. Que si no es por la diabólica travesura que un instante le alejó del amado compañero, a su lado hubiera muerto con seguridad.

Y allá en la casa solariega, en su residencia, Riela o Medio 111, en la austera y espaciosa vivienda de sólidos muros y arquerías, dependencias y salones, patios y cocheras que alcanzaban hasta la calle, fué tendido el cadáver del interesante joven, orgullo de sus padres y profesores, contribuyendo la fortuna en esta ocasión a poner de relieve méritos intrínsecos y verdaderos.

La espaciosa vivienda quedó convertida desde ese día “en un cementerio”, según frase empleada por los de la época al referirse a la tal tristeza y soledad que limitaban los espesos muros, por donde vagaba la enlutada figura de la infeliz madre que sin trasponer jamás ya el umbral de la salida, para siempre vistió de negro hasta que, con el abatido compañero Dios fué servido de reunirlos al adorado hijo.

Nació D. Porfirio Guillermo González en Matanzas en 10 de Febrero de 1854 y contaba más de diez y ocho años cuando sus despojos recibieron el postrer homenaje que el periódico local en esta forma describe:

“Entierro.—Como un justo tributo de dolor rendido a la víctima, acudieron ayer tarde muchas personas de todas las clases de la sociedad al entierro del malogrado y querido joven D. Porfirio González, muerto en la primavera de su vida a consecuencia de la explosión de una retorta en el gabinete químico del colegio “La Unión”, de cuyo triste suceso dimos cuenta en nuestro número de ayer domingo. Pocas veces hemos visto tanto llucimiento y tanto duelo en los actos de inhumación, como se notó en el mencionado entierro: la caja metálica en que iba el cadáver del siempre llorado Porfirio, la conducían en hombros seis condiscípulos del finado, vestidos de riguroso luto con un lazo de crespó en el brazo izquierdo. De trecho en

trecho durante el largo tránsito, hasta el nuevo cementerio, se iban relevando estos buenos compañeros, y era de ver el empeño con que todos querían ser los primeros en cargar los restos de un ser tan querido, arrebatado al cariño de sus padres cuando se entreabrían las puertas de su brillante porvenir. Si es verdad que no hay bálsamo posible para curar la herida que abre tan grande e irreparable pérdida, hay al menos el de ver como toda la sociedad, todo el pueblo participa de la pena y se apresura a demostrarlo de la manera más ostensible, rindiendo el último tributo a la amistad, al cariño, a la virtud desgraciada. Nosotros hemos asistido a este acto de sublime dolor, nosotros hemos visto como estereotipada en el semblante de todos la amargura que causa una desgracia semejante: nosotros decimos a los desconsolados padres del malogrado joven D. Porfirio González: sírvales de consuelo esta demostración general de cariño y sentimiento. Dios haya recibido en su santa mansión el alma del finado. Paz a sus restos.”

Lento, muy lento corría el tiempo para el vivir muriendo de la otra víctima. En el mayor martirio y en medio de padecimientos espantosos, sucumbía D. Eduardo Ortiz y Coffigny a los veinte y ocho días del doloroso accidente. Inenarrable el sufrir de los padres, de los amigos, de la ciudad entera que ansiosa esperaba, contra toda esperanza porque no había muerto!

Y por lo mismo no sin cierto religioso respeto he de referirme a este infortunio. Al grado máximo llegó, a lo que no puede concebir sin gran temor la mente humana, y por eso desde niña se me rodeó de misterio santo el inaudito padecer, temiéndose con la palabra profanar lo inconcebible—no por la muerte, sino por el martirio—lo que pertenecía por propio derecho a consagraciones sobrenaturales. Que tiene también la pena excelsitudes.

Y fiel al pasado siempre, no puede mi alma sacudir en esta ocasión la pavorosa restricción por más que quiero y que hasta de mi madre hubo de imitar proporcionándome ella la reserva con su significativo silencio; y por eso he de recordar que en mis años juveniles me inspiraba siempre el demacrado y expresivo rostro de la dama, madre del infortunado, un profundo y mudo sentimiento de respeto a la vez que de inmen-

sa conmiseración cristiana, pues grabada quedó en aquellas facciones, como en las esculturas del dolor, la expresión desgarradora de algo inmutable.

Nació Eduardo Augusto en 29 de Julio de 1856. Hijo del prestigioso abogado bayamés D. Carlos Ortiz, aquí establecido, y de la distinguida dama doña Angela Coffigny, hermana de la bella Avelina. Con diez y seis años, casi un niño habíase revelado desde la más tierna edad “un buen colegial de grande inteligencia y de prodigiosa memoria, consagrado a sus estudios en su afán incesante de saber”, y decíame así quien al deplorar su muerte y hablarme de él: “aun le parecía ver por la calle siempre con sus libros bajo el brazo y su extrema miopía y ese aire inteligente y despreocupado peculiar al hombre, que desde la adolescencia ya se inicia en serios estudios y vive la vida interior del pensamiento”.

A la morada de su abuela doña Catalina Fleming fué conducido el joven desde los primeros momentos de la catástrofe por hallarse situada muy cerca del colegio; y tan despreocupados y ajenos estaban en aquella casa, que al divisarse el convoy que hacia ellos se acercaba, aludiendo a lo ocurrido, decíanse unos a otros compasivamente: “Quién será ese pobre niño que allí traen!...”

Y en una de las habitaciones de la planta baja, en la hilerera de balcones que conduce al río, allí quedó y falleció. Allí, donde el más imperceptible rumor parece un suspiro, y donde el alma que esto sabe, percibe indefinible sensación que más la enternece, como sucede en los lugares consagrados por algún martirio.

Supo bien la muerte elegir sus preciadas víctimas. Bien supo penetrar en hogares resplandecientes, en lo más recóndito del santuario donde madres sencillas e interrégimas allí cifraban su mayor ventura; y si bien es verdad que la posición social y monetaria de aquestas familias llegaban al apogeo, todo para siempre desapareció ante el dolor inmenso en que quedaron sumidas.

Carlos Verdugo! Porfirio González y Eduardo Ortiz! Cuánto amor, cuánta dolorosa ternura derrama el trágico fin de vuestras vidas!

Médico, abogado y hacendado los desdichados padres—

profesiones que formaban como si dijéramos el corazón, la entraña vital del mundo aquel—a cada agrupación de éstas alcanzó la prueba al recibir el golpe uno a uno de sus prestigiosos miembros.

Y lo que no supone para Matanzas la valiosa pérdida, huérfana como quedó de la capacidad y laborioso esfuerzo de estos jóvenes que tanto de ellos podía haberse esperado sin defraudar ilusiones, probada la suficiencia como fué después en las distintas carreras que abrazaron, de los hermanos de dos de las víctimas.

Y con todo, no sé, pero es tan intensa la poesía del dolor, tan profunda la conmiseración hacia los mártires, tan grande la esfera donde flotan, que apesar del eterno duelo de la humanidad y del vacío de imaginarias ascensiones, se desprende del lugar donde el sentimiento los exalta, esplendor que no se iguala.

Oh! mi Dios, que luz tan viva irradia de tus dominios, de los prebendados de tu celestial imperio, de tu mundo adorado y presentido, que así nos lleva al más allá y a los secretos de la inmortalidad donde el alma se complace y recrea de estar purificada por el acerbo padecer de lo que aquí abajo llamamos vida.

Oh! misterio inefable. Oh! don inestimable que el llanto eleva al más alto grado de amor, de amor divino, conducidos por la honrosa predilección del sufrimiento y las inextinguibles riquezas que la señalada merced trae consigo.

Gran riesgo corrió también en ese nefasto día el doctor don Miguel Garmendía—nuestro gran Garmendía—el hombre superior, orgullo de esta provincia que le vió nacer, modesto, interrégimo y sencillito, pedagogo insigne y publicista, herido como fué en el pie por un bote de retorta, conservando toda la vida por dicha causa como cierta dificultad en el andar que bien se echa de ver.

Y como triste epílogo al reseñar el diario el entierro del joven Eduardo, se apreciará unido a lo conmovedor del sepelio una prueba palpable de la sencilla grandeza de los tiempos.

“Fallecimiento y entierro.—Con profundo pesar hemos sabido que el estudioso y apreciable joven D. Eduardo Ortiz y Coffigny falleció el sábado último a consecuencia de

la grave herida que recibió en la frente al hacer explosión una retorta del gabinete de Química del colegio “La Unión”, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. El malogrado Eduardo no sólo reunía a una inteligencia despejada el amor al saber, sino que como buen hijo y excelente amigo mereció siempre de todos el más honroso título: esto hace que hoy cause su muerte el más acerbo dolor a cuántos le conocieron. El entierro tuvo efecto en la tarde de ayer domingo con verdadera pompa fúnebre. Rompían la marcha diez o doce criados de la casa del finado vestidos de riguroso luto: seguía el cadáver en una caja de palo de rosa que conducían en andas cuatro condiscípulos del malogrado estudiante, y a continuación el cortejo fúnebre compuesto de lo más escogido de nuestra sociedad. No tenemos palabras bastantes para deplorar tan dolorosa pérdida, y al desear a los afligidos padres algún consuelo en su amarguísima pena, podemos asegurarles que más de un corazón sensible ha unido sus lágrimas a las que ellos han derramado. Dios dé la bienaventuranza al alma del malogrado Eduardo! Paz a sus restos.”

En el cementerio de Matanzas y en el Panteón de esta familia admírase un sencillito obelisco de mármol blanco que conmemora el acontecimiento, y en cuya parte superior aparecen cincelados en artístico conjunto los aparatos de la malhadada lección de Química, y las siguientes inscripciones en el frontispicio y parte laterales del monumento:

Eduardo Ortiz.

De inteligencia y talla precoz,
A los XVI años, en el colegio “La Unión”,
víctima fué de una explosión.

Deus nobis hæc otia fecit.

Virg.

Treinta días de martirio cruento
Sin un quejido al aire lanzar
Al fin cortaron su gentil aliento.

Diciembre 28 de 1872.

.....

 Con anterioridad a este triste acontecimiento visitó a Matanzas el príncipe Alejo Wide, tercer hijo del emperador de Rusia, el día 4 de Marzo de 1872, recibiendo a S. A. I. en la estación el Ayuntamiento en pleno, concretándose al elemento oficial las atenciones de que fué objeto.

De esta visita, por mis pocos años entonces y tal vez si por el retraimiento del público, dada la seriedad especial de los festejos por la alta jerarquía del extranjero—que alcanzaba forma desusada esta clase de etiquetas—otros recuerdos de muy distinta índole conservo; pero antes de particularizarlos, copio del periódico “La Aurora del Yumurí” a grandes rasgos los obsequios que más sobresalieron.

Se le hospedó con una guardia de honor en la casa-quinta de D. Félix Torres, y de la noche que en ella pasó el príncipe—dice el diario—“tanto el interior como el exterior se hallaba iluminado a *giorno*, y nos hacía recordar algo de las Mil y una Noches; tal era el aspecto fantástico que presentaba ese bello edificio que, dominando la ciudad desde la eminencia de Simpson, disipaba las tinieblas de la noche derramando torrentes de luz”.

“Iluminaron también sus casas, D. Anselmo García, don Rafael L. Sánchez, el Alcalde Municipal D. León Crespo, ostentando banderas.”

Un gran banquete le ofreció el Ayuntamiento, así descrito el local... “el elegante salón de la casa Consistorial y Gobierno, adornado con sencillez y elegancia, como todo el resto del palacio... Los hermosos cuadros de gran mérito... la infinidad de flores naturales que en todas partes había, los elegantes muebles que se veían, la buena disposición del alumbrado, todo, en fin, contribuía a presentar una mansión verdaderamente regia sin faltarle el más exquisito gusto y la más severa elegancia”.

Llevaronle a visitar los pintorescos alrededores de Matanzas: el valle del Yumurí, la Cumbre, las cuevas de Bellamar.

“Quiso S. A. ver el Valle del Yumurí, dirigiéndose toda la comitiva a la Cumbre, a la hermosa quinta del distinguido Sr. D. Manuel Mahy y León. En ella dicho señor había man-

dado construir un elegante templete a la rústica; pero de tan buen efecto y colocado en la parte más oportuna que admiró a cuantos estuvieron en él. S. A. como el señor Vicealmirante Possik y demás de su séquito quedaron encantados de la hermosa vista que desde la quinta del Sr. Mahy se contempla, tanto, que el príncipe exclamó: “No faltan más que Adán y Eva para ver en todo su esplendor el paraíso terrenal.” Subió también a la espaciosa galería de la quinta del Sr. Mahy y León, contemplando extasiado por espacio de mucho tiempo el hermoso panorama que desde allí se ve”, etc.

Y como recuerdo oportuno publico la siguiente comunicación dirigida a mi padre en aquellos días, solicitados como fueron por las autoridades, algunos cuadros de su colección, correspondiendo él cortesmente a la demanda como siempre acostumbraba hacer.

Hay un sello que dice: “Gobierno Político y Militar de Matanzas”.—Cumpliendo con el grato deber que me impone el reconocimiento público, de dar a V. S. las más expresivas gracias por haber facilitado varios muebles y hermosos cuadros de la suntuosa galería que posee, con que se adornaron los salones del Ayuntamiento y Casa de Gobierno, contribuyendo con ello a dar mayor brillantez al recibimiento que la culta y galante población de Matanzas ha hecho al augusto viajero S. A. I. el Príncipe Alejo; tengo por mi parte el gusto de reiterar a V. S. oficialmente, como Gobernador de la jurisdicción, las más marcadas muestras de agradecimiento que, particular y verbalmente le había ya significado por los obsequios mencionados, para que le sirva de cumplida satisfacción en todo tiempo.—Dios guarde a V. S. muchos años. Matanzas y Marzo 7|872.—Juan N. Burriel (rúbrica).—Sr. D. José Manuel Jimeno.

Al año siguiente este Burriel, nombrado que fué Gobernador de Santiago de Cuba, alcanzó la triste celebridad del *Virginus*, muriendo después en España completamente trastornado el juicio, según oí decir.

Cuánto contraste lamentable presenta individualmente la vida social, con la política de la colonia! Cuánta sorpresa al parecer inexplicable! Cuánta cosa que se quisiera olvidar!

Mas volvamos a nuestro príncipe: le vi en el landó y al

pasar por mi ventana aprecié la figura de un hombre arrogante y distinguido y de muy elevada estatura.

Y supe que al llegar a la morada a él destinada, la esposa de D. Félix Torres le presentó en un plato de oro *el pan y la sal*, ceremonia indispensable en el ritual de la hospitalidad rusa, a la más cordial bienvenida.

Se admiraban entonces en las alturas de Simpson residencias preciosas y sin exceptuar la de la distinguida familia de D. Carlos Urhbach, del más depurado gusto inglés, descolaban la de D. Félix Torres, la de D. Manuel Cardenal—idealmente situada—, y la del acaudalado hacendado matancero D. Pablo Hernández, casado con doña Marcela Oliva, bellísima y discreta dama de exquisita cultura, condiscípula de mi madre en Santa Teresa.

Estos palacios rodeados de verjas de hierro, de jardines, de escalinatas de mármol, de terrazas incomparables donde se contemplaban paisajes de los más bellos del mundo, hacían pensar en esas residencias italianas el género de arquitectura y las estatuas por doquier diseminadas.

En el jardín de D. Félix languidecía un águila!... Desde la calle podía vérsela en su inmenso apartado o jaula de hierro. El ave que en su vuelo remóntase a la inmensidad de las alturas me producía así profunda lástima. Cuánta indiferencia y tristeza! Aquellos ojos nos miraban a los curiosos con igual expresión que los del hombre superior que ha perdido la libertad por causa que no deshonra. Había en el imperdonable capricho de su dueño la distancia que ella hubiera salvado con su vuelo y que media en lo de acá abajo y la infinita grandeza de los cielos.

Y del recuerdo íntimo que conserva mi memoria, entre estos rasgos generales de la imperial visita, está la de la misteriosa y momentánea aparición, la víspera y ya muy adelantada la tarde, de D. Félix Torres en mi casa.

Hallábanse mis progenitores en la saleta, cuando apresuradamente y con aire inquieto llegó D. Félix, que, al acercarse a mi padre, algo le dijo en secreto. Este sonrió y con igual reserva habló a mi madre, que, a su vez llamó a una criada, dándole en voz muy baja cierta orden.

A poco apareció la sirviente con un envoltorio no muy grande de forma esférica y que cuidadosamente sostenía.

Mi padre, dirigiéndose al recién llegado, díjole atentamente:

—Un criado se lo llevará a usted.

—De ningún modo—arguyó D. Félix, y con esa vivacidad de raza propia de los españoles, tomó en sus manos el envoltorio, aquel, agregando muy satisfecho:

—Creerán que es un sombrero—y efusivamente se despidió agradecido, saludando con igual precipitación y premura que a la llegada.

Mis padres al verle partir sonrieron maliciosamente...

Quedé curiosísima. ¿Qué contendría el envoltorio? Entonces, como ya dije, los niños no preguntaban lo que nos les importaba y si interrogaban, no se les respondía.

Esa noche a la hora de recogerme—ya sabemos que dormía en la habitación de mi madre—pude darme cuenta que del juego del tocador y enseres de plata de su uso particular, faltaba uno artístico y lujoso y por demás necesario.

Había ido a completar el ajuar destinado al Príncipe Imperial.

A las doce del día cinco, después de almorzar en la quinta de D. Félix, informa el diario, que, partió para la Habana Su Alteza.

CAPITULO XVI

Invierno.—Misas de aguinaldo.—Noche buena y noche triste.—Día de Reyes.—Los carnavales.—Estos monos son de ley...—Los negros curros y los negros catedráticos.—El baile de las figuras.—La cuaresma en el ingenio.—Viernes de Dolores.

Comienzan con los fríos las blancas flores. Sustituyen con su albura la nieve de otros países, que, cae, cae sutilísima de los cielos; brotando aquí de la tierra igual sudario de blancura que a trechos cubre el maravilloso follaje. Benigna y pródiga la naturaleza en la estación de los hielos, nos obsequia con flores y delicadas esencias.

Heraldo perfumado de la pascua el risueño aguinaldo llena los campos. ¡Un aguinaldo! Lo que no dice al hombre del tierno Niño, manso cordero que “vedle cómo viene saltando por los montes y brincando por los collados” santificado todo el misterio. Reminiscencias también despierta del pobre esclavo que era para ellos el aguinaldo, dulce esperanza, pequeño halago.

La hipómea llega generosa, espléndida, fina, ligera, etérea, en desbordante magnificencia; trayéndonos en sus infinitas florecillas el regalo de múltiples ilusiones y cumplidas promesas.

Las mariposas de algo celestial sus deliciosos pétalos, estrechadas, molestas, coronan la pequeña palma donde están sujetas y no emprenden el vuelo por no desobedecer a la Divinidad que, aquí abajo, las aprisiona y retiene para admiración y recreo y también consuelo.

Y otras flores más derrámanse por doquier en jardines y praderas: la nota blanca cual copo de nieve, sigue, sigue, poetizando el invierno; forja la escarcha, imita al hielo, embriaga con el perfume lo que en tierras remotas es: desolación, inclemencia, frío y miseria!

Y las misas de madrugada que preceden a las pascuas de Navidad conocidas son ellas por el simbólico nombre de la flor con la cual coinciden, pues en iguales días y en igual momento—sólo por Navidad—el cáliz divino y el cáliz silvestre, bello y perfumado, ofrecen muy distinta oblación, desprendiéndose del cruento sacrificio effluvios de mística poesía. Y a esas misas de aguinaldo concurrían, fervorosas y fieles nuestras abuelas, tapadas con sus mantos, sintiendo el bienestar del suave abrigo en el delicioso invierno.

Risueñas y diligentes, guiadas a veces de la linterna las que de lejos venían por escarpados caminos y seguidas siempre del esclavo, única guarda; en el templo agrupadas en íntimo alborozo madres y doncellas con el ingenuo palpitar de corazones cristianos, oían los sencillos pastoriles cantos acompañados de las graves notas del órgano, del vibrante triángulo, de la ruidosa castañuela, saltando de alegría las agitadas y convulsas panderetas de argentinos cascabeles, confundién-

dose el eco de tales regocijos con el atronador repique de las sonoras campanas. Oh! tradición inolvidable!

La obscuridad de la calle y las sombras del sagrado lugar—de noche todavía—aumentaban con la inocencia y candor del dulce anhelar por la venida al mundo del tierno Infante el atractivo de la sencillita fiesta, a la cual la humanidad preparábase gozosa y alocada con todo lo que tiene en dones y primicias, en buenos deseos, munificentes dádivas, por amor o por costumbre tal vez; muchos sin saber porque cada cual ofrece lo que puede y tiene, y hasta el ebrio el homenaje de su borrachera!

Por todos lados surge el renuevo universal; la naturaleza sonríe, espárcese el alma, el hombre rejuvenece, el hogar parece más santificado, más ansiosa y tierna la maternidad; la infancia y doncellez buscan afanosas el Nacimiento y a los Reyes Magos; la adoración estalla por todos los ámbitos de la tierra y la estrella inmortal que nos conduce al Dios de las alturas nos lleva, aunque por breve tiempo sea, donde la paz y la alegría parecen morar eternamente.

Esa noche de Navidad callada y misteriosa era en mi hogar de mucho encanto, como lo fué de eterno dolor después. Ay! de mí! Segregada de todo por mis pocos años y por lo mismo de cenas, fiestas y paseos, mi único interés cifrábase en un Niño Jesús que mi madre acostumbraba enviar al templo en rica bandeja de plata envuelto en regios pañales o vestido con traje y gorra de terciopelo carmesí recamado de oro, a usanza de la época y que no sé por qué alcanzó a las imágenes del Dios Niño la extraña vestimenta.

Esta devoción ocupó fielmente sesenta años de su vida, comenzada como fué a los doce de edad. El Niño en actitud graciosa robaba mi admiración. Antes de partir para sus tradicionales fiestas, ese día de noche buena le besábamos respetuosamente los piecitos... Quedaba yo satisfechísima por el honor que se me dispensaba al ser admitida en la reverente ofrenda depositando con el beso toda mi gratitud.

Después, a la hora de dormir, en la habitación preparaba Margarita una mesilla para Santi-Clauss (la Santa Clauss) y una media o calceta que prendía en las colgaduras de la cama y llena yo de ansiedad con la celestial visión del hermoso

Niño que mis labios habían devotamente reverenciado dormíame tranquila y sosegada.

Al amanecer despertaba inquieta, temerosa de tropezar con el gigantesco viejo de barbas blancas y larga capa que de tan lejos venía de los países del Norte, salpicado de copos de nieve... La mesilla desbordábase ya de magníficos e ingeniosos juguetes del Musiú León y que mi candor los hacía del cielo descender como premio concedido por el perfecto Niño, modelo de modelos, envuelta mi fantasía como estaba en la fascinación de la adorable efigie. La calceta vacía la noche antes rebosaba de bombones y de algún escudito...

Más tarde, compensada con creces por estos seis años de feliz infancia—porque en mi existencia sencilla y vulgar después, casi la de una obrera, nada vale—vino el dolor a ofrecerme el amargo cáliz que consciente y resignada apuré en la fuerza de la edad y hecha el alma girones en holocausto de ese Niño Jesús, que como siempre fué conducido en su día a la iglesia para las acostumbradas ceremonias, llevándose el último beso de mi madre moribunda y al cumplir de sus bodas de diamante con la tierna devoción. Hízola Dios esa merced. Porque muy grande es a los ojos luminosos de la fe, el partir a otras regiones libre el alma de los mortales lazos que aquí abajo nos seducen, retienen y martirizan; ante el refrigerio inefable que nos compensa de las arideces del camino que en nuestra ceguedad creemos fuente perenne de inacabables delicias. Sin embargo de que así pensé y aun pienso y pensaré, sintió mi espíritu mortal congoja, amargura inenarrable en la angustiada prueba: el organismo frío inextinguible.

Las pascuas, pues, traen a mi alma en el sentir de las alegrías contradicciones tremendas. El catolicismo potente y avasallador llévame a cumbres deleitosas; pero mi sensibilidad exquisita de mujer, enfermiza si se quiere, como somos todas y a cuanto a mi madre se refiere aun más, tornan las expansiones en infinitas tristezas. El recuerdo del último día de su vida frente a la tradición del primero en que la humanidad pudo ya esperar su redención del portento que al mundo nacía, hacen que, como la santa española pueda "morir porque no muero" y transformada por la fe lanzo mi dolor humano desbordante y avasallador sin freno ni contén—impetuoso y

salvaje como era al principio, apoderádose como de mí había, gota a gota de mi sangre y fibra a fibra de mi ser—en el divino consuelo y transportada a esferas elevadísimas, fúndese en ese otro amor grande y supremo que me envuelve y fortalece y, hasta recrea, en los manantiales de mi propio padecer.

Por ella, por mi madre he conocido misterios inenarrables, sólo apreciados de los corazones que sufren en Dios y por Dios las atroces desgarraduras de la vida, sin saber de otros derroteros donde el hombre se extravía sin vencer. Bendita sea!

Débil a veces, añorada siempre, por eso mis primeros años que dejaron rastro indeleble y más que nada por refinada crueldad para conmigo, pues como el amor tiene el dolor sus embriagueces, sin saber por qué evoco la escena. Triste de mí! La bandeja, el Niño, buscando ella con sus labios el piccesito incorporada apenas, ungida ya por todos los sacramentos de la iglesia que a la eternidad nos llevan en condiciones inmejorables, según ordena el divino querer; la tenue y lejana fragancia del agua de Colonia que del lecho trascendía más perceptible que el indefinible de las drogas; los rasgos aun no extinguidos de su gran belleza, aunque terrena, don de Dios y por lo tanto cosa grande es. Mi idolatría... mi extravío interior contenido por serenidad inexplicable, mis movimientos decisivos de autómeta, sin alma ya y lavada como tantos donde el deber ordena. Huir! Cómo hubiera deseado huir y esconderme en el rincón más hondo de la tierra.

Cobarde! Rechazaba el dolor que es vida inextinguible en el seno del Señor.

Asomaba por el horizonte el día de Reyes: el único puede decirse en que los esclavos eran libres. Libres de sol a sol. El único de verdadera fiesta en que los infelices bailaban sin cesar el tango recogiendo *el aguinaldo* al son del tambor y de sus africanos cantos.

Reuníanse en *cabildos* según las distintas tribus de las que en su territorio eran nativos. Vestían estrafalariamente descollando los trajes de la Reina y del Rey con sus honoríficas bandas cruzadas al pecho por lo que tenían de abigarradas y llamativas, constituyendo el color de la cinta el distin-

tivo que entre sí los diferenciaba. Por lo regular no eran jóvenes los Reyes, sino respetables, no tanto por los años como por sus méritos.

Acompañábanlos *el diablito* con enorme cerco a la cintura del cual caían como en ancha y larga falda compactos flecos de paja perfectamente sujetos en un extremo, lo que imprimíale al andar cierto balance, ahuecada como estaba por dentro con disimulados arcos. De medio cuerpo arriba sólo llevaba una camiseta de punto, llena de cintas, escarapelas y colgajos y toda clase de baratijas en ella prendidas. La cara horriblemente pintarrajeada: en la cabeza un tubo o embudo de grande altura y estrechas dimensiones que perfectamente encajábale. En las muñecas el atronador cencerro... El diablito causaba a los niños espantoso terror. De lejos sólo podía mirársele, pues al acercarse parecíame sentir paralizado el corazón, a pesar de ser yo el más curioso y entusiasta espectador.

Eran los instrumentos de los músicos grandes y pesados: maderos huecos, muy primitivos, con resistentes cueros a guisa de tambor que con las manos sin tregua golpeaban y que en las piernas aprisionaban dando al cuerpo con el compás, incesante movimiento de baile. Sujetos a las muñecas llevaban manillas de fuertes cascabeles de bronce; o triangulares campanillas, cencerros y todo lo que produjese ruido.

El acompañamiento engrosaba según iban por las calles agregándose los afiliados; bailándose en un cuadro o espacio vacío al pie de las ventanas de las casas ricas, recibiendo en premio un diluvio de monedas de plata y oro.

Ejecutaban el característico baile de dos en dos, uno frente a otro, hombre y mujer, ésta con la falda recogida con ambas manos; y como en mis observaciones inspiradas por la corta edad influyera el infantil criterio, parecíanme perros jugando por las continuas carreras, saltos y fugas cuando uno a otro se encontraban, persiguiéndose a porfía, haciendo en inocente retozo ruedas y mil volteretas, culminando en desenfadada danza de brinco y cabriolas, o cayendo al otro extremo en monotonía enervadora. Sólo en un pasaje del baile recuerdo el paso lento y majestuoso, sobre todo en la mujer y que muchas con la frente elevada y erguida actitud, la cola de

la falda suelta, evocaban algo así como a las estatuas de núbias que en objetos de arte admiraba. Cuando era gallarda la pareja, y sí que las había, despertaba el baile el mayor interés.

Mujeres de todas las edades componían el cabildo y muchas de ellas jóvenes y bellas; negros gigantescos y hercúleos (*de flor*, llamábanlos), de recias y fuertes musculaturas, diferenciándose de los negros criollos por ser más afinado el exterior de éstos.

Concluía el baile cuando al final todo el cabildo tomaba parte ahullando como posesos. Sudorosos y jadeantes y mal olientes cesaba el tango al grito del Rey en su dialecto extraño; y entonces descansaban un instante para volver a empezar frente a otra casa; siendo en la nuestra incesante el vocerío de los que allí desfílában para saludar a mis padres, recibiendo en cambio ansiosos y agradecidos el copioso aguinaldo.

Mal olientes, dije, no por desaseo, pues demasiado limpios y hasta puleros eran y de que así fueran a los infelices se les exigía y más aun de fiestas como estaban; refiriéndome yo aquí al vaho ese especial, característico, que exhala el cuerpo del africano cuando a ejercicios violentos se ha entregado.

También de los transeuntes ricos y de los que no lo eran recibían iguales dádivas según la posición, medios y alcance. Era el aguinaldo para todo el que no fuera esclavo cosa obligada, finalizando al toque de oraciones la atronadora fiesta.

Creo aun ver en la loca algarada a respetables negros y negras que tanto a los blancos como a los de color inspiraban cierta consideración, ya por sus buenas cualidades, ya por sus amos, que reflejo de ellos era tal distinción.

En las especiales condiciones de carácter de cada tribu diferenciábanse notablemente de los nobles y bondadosos *gangá*, los rencorosos *carabalí*, a quienes por el desmedido orgullo y tenacidad, las personas crueles y de mala educación llamaban *perros* y *cachorros*. Cuánta ignominia!

A los *lucumí* los recuerdo con sus caras oblicuamente rayadas en las mejillas y sus afilados dientes terminados en punta para ellos el colmo de la belleza! Hacíanlos descender de caníbales, qué horror!

Los congos—ah! los congos, graciosos y picarescos con sus cuerpos redondos como bolas de billar... En mi casa te-

níamos uno al inmediato servicio de mi padre, que nunca olvidaré. Augusto se llamaba. Su desmedido entusiasmo por la ilustración que a su alrededor veía en sensibles manifestaciones, hízole concebir elevadas aficiones y aspiraciones, dedicándose a la oratoria, y viniere o no a cuento empleaba frases especiales que a mi padre oía; y como en su cabildo eligiósele Rey del Congo, decían movían a risa sus pretenciosos discursos, cuando a sus súbditos dirigía la palabra; discursos estos que los demás criados, sus compañeros, iban expresamente a escuchar burlándose sin piedad más luego, en la casona, del improvisado orador.

A pesar de estos caracteres distintivos, en el servicio doméstico había grande igualdad por la severa disciplina y tristísima condición; mas no por eso dejaban de ser algunos muy ladinos y marrajos.

El carnaval llegaba presto: de él sólo se me hacía partícipe en lo que érame permitido desde mi ventana, riendo locamente de las graciosas mascaradas ingenuas y sencillas, como de aquel que, con larga levita, sombrero de castor, una maleta en la mano y careta negra, gritaba sin parar en vertiginosa carrera: "Qué se me va el tren!"... Qué tren? Ah! sí, el de la felicidad! Tarde y noche pasaba el sujeto en la desaforada marcha.

Cuánta inventiva y locura para hacer reír! Y cuánta honda filosofía para hacer pensar en estas grotescas manifestaciones del popular sentir que tanto dicen; creyendo aun hoy sinceramente yo, si no fuera la fiesta anatematizada por el cristianismo debido a su origen pagano, que nada hay más infantil cuando con buena intención se hace.

También atraía mi atención la manada de "monos" con careta de lo mismo que todos los años invadía calles y paseos, vestidos de negro con capuchón y largo "rabo" formado por una cuerda que sin compasión con la mano agitaban alcanzando a alguno la pesada broma. Eran terror de los niños y de los tranquilos vendedores de naranjas y bollitos; repitiendo como estribillo aquellos energúmenos:

Estos monos son de ley,
Metén cinco y sacan seis.

Alusión muy marcada parece a los que, al apoderarse de lo ajeno, llevan con los cinco dedos de la mano, la ventaja, además, de la cosa robada. Formaban la bandada hijos del pueblo de distintas razas.

Organizábanse en esos días comparsas de esclavos que a las casas ricas concurrían. Eran estos criados y criadas *del señorío* y en baile de figuras de preciosas combinaciones, danzaban con arcos de flores, lujosamente vestidas ellas a la última moda y casi todas con lucidas y ricas joyas de sus amas. Y quizás si por eso a mi memoria viene cuánto sentaba a una joven negra que a nuestro servicio estaba un soberbio aderezo de purpúreos corales! Eran la mayoría costureras o sirvientas de casas grandes, predilectas de los amos y tan finas, comedidas y discretas que ay! ay! ay!...

Sus compañeros, remedo exacto de los señores de quienes eran siervos, vestían de etiqueta irreprochablemente. Constituían la *crema*, lo mejor de ellos.

Ejecutaban el precioso baile en la sala principal y recibíanlos con la mayor amabilidad los señores de la mansión, obsequiándoseles espléndidamente con dulces, bebidas y refrescos y además de que al director se le gratificaba con una onza de oro.

Cuando a nuestra casa concurrían sentábanse expresamente en la sala mis padres para verlos bailar; y al concluir y en el momento del refresco que los criados—esclavos como ellos—servíanles cortesés sin alterar en lo más mínimo el orden establecido en tales obsequios para los blancos, hablaban mis progenitores con los bailarines, elogiando mi madre con su bondad y sin igual dulzura el tocado de cada una de ellas, teniendo para todos como en el salón de más etiqueta una frase y una sonrisa.

Qué interpretación tan distinta de la realidad de la esclavitud había en algunos lugares! Me atrevería a asegurar que muchos siervos fueron muy felices, considerados y aun mimados. Y esa esclavitud por dicha mía, fué la que a mi alrededor pude apreciar. Y por lo tanto creo, que debido a los

adelantos, a la cultura y a la ilustración, sin parar mientes en ello, insensiblemente tornábase la horrible institución en algo extraordinario donde la excelsitud de los sentimientos alcanzaba a las distintas esferas sociales, como a las injustas apreciaciones de la vida.

Y por último, fueron los negros *curros* en las carnestolendas motivo de mi mayor admiración. Por lo regular, negros criollos muy ladinos, desempeñaban airosamente el papel. Teñíanse el rostro aun más de negro, resaltando la blanca córnea del ojo, los dientes y la encendida boca. Vestían caprichosamente de blanco, pantalón muy ceñido y *bombache* desde la rodilla, desapareciendo el pequeñísimo pie en la exagerada medida con que terminaba, calzados como estaban por sueltos pantuflos. La camiseta de exagerada blancura llena de rizados, *tufos* y bullones, lo mismo que las anchas mangas. Una enhiesta, fingida y solitaria rosa ostentábase prendida sobre el corazón. El sombrero pequeño de fina jipijapa sin cinta alguna. El pañuelo desplegado de extraordinarias dimensiones era lo único que en la mano llevaban. Al andar arrastraban los pies y movían los brazos, con algo de compás de baile en la característica marcha que el flojo calzado imprimíale.

En grupos de ocho o diez visitaban las casas, siendo recibidos con las mayores atenciones. Sentábanse muy serios en el estrado principal en compañía de los dueños, comenzando la visita con una serie de palabras rimadas en los graciosos diálogos que sostenían y que francamente quiero confesar desternillaban de risa al elemento blanco que los escuchaba. Sutilezas de ingenio, mil agudezas, un género especial sólo de ellos conocido, habiendo desaparecido con la esclavitud *la creación*, que de España, como es natural, hubo de arrastrar los antecedentes, relegada después, como fué, al teatro bufo cubano y uno de sus principales puntos de apoyo. Gratificábanseles espléndidamente.

Iguales, en cuanto a rara especialidad, eran los negros *catedráticos*, vestidos de larga levita y chistera, y aire y porte tan doctorales que, barajados en sus cerebros ciencias, artes y letras en lastimosa confusión, resultaba el disparatado discurso una serie de barbaridades, completando con los *curros* la nota más saliente y graciosa del carnaval.

.....

 Como era costumbre muy generalizada, un año pasamos en el campo la cuaresma. Mi madre con la familia y amigos fuimos de la excursión. Llegamos al ingenio: los quitrines que ocupamos en el paradero se detuvieron ante la casa de vivienda y la alegre comitiva dispersóse en todas direcciones. Lejos yo de Margarita, que pendiente del equipaje y de la instalación estaba, pude a mi vez, aunque por breves instantes, disfrutar de alguna libertad.

Empecé sola mis vagos paseos por la casa de vivienda y luego por el jardín, que situado a la entrada, atrajo desde el primer momento mi atención. Sus veredas enarenadas separaban los blancos canteros, éstos de mediana altura y de limitados círculos de mampostería, formando ordenados grupos. Me detuve en la calle principal camino del colgadizo o portal ante una espléndida *Malmaison*.

Fresca, lozana, pura y olorosa
 Gala y adorno del pensil florido
 Gallarda, apuesta, sobre el talle erguido
 Fragancia esparce la naciente rosa.

.....
 Ni los años ni las vicisitudes después pudieron robarme de la flor el mágico embeleso!... Quedaba al alcance de mi mano y de mi rostro. El cantero era bajo y sólo contaría yo poco más de un lustro! Aspiré con delicia su perfume; di vueltas alrededor del pequeño arriate. Qué nuevo todo aquello! Qué satisfacción la mía! A pleno pulmón absorbía la vida, vida que me traía el renuevo de la estación. Me atreví empinada en la punta de los pies a alcanzarla y a rozar mis labios en sus pétalos para conocerla mejor. Era la única del rosal y

a la que una mariposa
 de mancharla temerosa
 no llegó.

Qué embriaguez la de aquella hermosa mañana! Hacía frío y había sol: sol deslumbrante y persistente. Sol de marzo. que

precede a la sequía producida por sus ardientes rayos y que facilita la misión del viento fecundizante. En el jardín todo ruido era de amor. La primavera llegaba...

De improviso viene hacia mí una mujer que luego vi siempre en la casa de vivienda acompañando a la familia del administrador de la finca. Era muy alta, enjuta y de edad madura. Se acerca y me pregunta: "¿Qué haces?" Intimidada ante la desconocida contesté: "Nada, miraba esta rosa." "¿Te gusta?" "Oh, sí, mucho!" "Pues tómalala, es tuya. Si eres el ama!" Y diciendo y haciendo arrancó despiadadamente la flor—única del arbusto—y que, maltrecho y desordenado quedó de la brutal agresión. Qué antipática me fué! Le di las gracias y con el corazón oprimido así el largo tallo casi de mi altura y que sin querer arrastraba y entré en la sala, doliéndome del inesperado y cruel desenlace y pensando en mi interior sin poderlo precisar, lo que más luego andando el tiempo, expresé igual dolor

Quién te quiere? Quién te mira
como yo?

.....
Quién te llevó de la rama
que no estás en tu rosal?

Mi madre al verme con aquella flor que en el gajo brotaba, se hizo cargo del despojo y acercándose, me preguntó: "¿Cómo has arrancado así esa rosa." "Me la dió ésa—díjele señalando con el índice a la mujer cuyo nombre ignoraba y que lejos estaba—porque dice que soy yo el ama." "No, hija mía—interrumpió vivamente mi madre, bajándome la mano que descortesmente apuntaba a la aludida—no, aquí eres lo que allá, nadie, una niña y nada más", y con un beso me quitó la flor, colocándola con otras en una jarra de la sala. Jamás olvidé aquel pesar y aquella lección. En el transcurso de mi vida la nacarada y maltrecha rosa irradió en mi senda y la severa lección de mi madre, sencillamente expresada, me apartó para siempre del orgullo.

Del ensueño de la flor, de "la balada de la rosa" surge la altiva y necia mujer concediéndome derechos que yo no

conocía y que estaba muy lejos de ejercer. Con ser mi país de intensa poesía, trueca a veces el concepto y brusca es la transición y más que brusca, triste, tristísima la realidad.

Reflejo el hecho narrado de un estado de cosas, en ese caso y en otros muchos, entonces y aun después, salta a la vista sin poderse evitar, el contraste de alguna vulgaridad, de alguna crudeza que, como ésta y como todas, turban el espíritu y arrastran a distancia inmensa de lo ideal; siendo quizás la causa de estos desafueros el sistema prosaico, codicioso, cruel, de las primeras instituciones que aun de tan lejos todavía mandan y profanan la obra inmutable y bella del Ser Supremo en sus diversas apreciaciones en consonancia con la del hombre y la de sus elevados sentimientos.

Por eso—y con el mayor dolor—creo inútil, a menos de contar con milagrosa influencia, todo esfuerzo a favor de refinada cultura y de ese civismo inherente a las grandes naciones, donde el cielo y el suelo y el hombre y su obra marchan acordes rindiendo en el campo ilimitado de la admiración igual homenaje a lo más grande que a lo más insignificante, a soberbios monumentos y a sabias leyes, sinceramente aplicadas, que a la vida sencilla de alguna celebridad en sus menores detalles; al artista, al pensador, que a la flor. Todo para ellos es de sin igual riqueza e importancia. Triste es haber nacido en una colonia, y como esta mía, amada cual ninguna!

Porque en todo orden de cosas iniciase en mi país algo bueno que no perdura; lo arrastra, lo confunde y se lo lleva el ansia loca de inmoderados y prosaicos deseos. Raudales de oro para sólo atender al bienestar material, raudales de oro giran en espantoso derroche—muévase mi patria estrepitosamente, pero sin grandeza; pues donde encontrar la imperecedera, huella de depurado arte, donde la inmutable de genial concepto, donde el sentimiento oculto, avasallador, exquisito de sencilla, ingenua y delicada admiración—o la pública exaltación de ese sentimiento?

Vuelan los años y lo mismo siempre! Y no lo mismo porque ¡ah! las cosas grandes y bellas que en el mercado no tienen precio también se profanan... Ahí de la explotación de las canteras del Abra de Yumurí. Una de sus montañas dis-

minuía... ¡Cuán distinto el paisaje a ese de mis primeros años! El ángulo aquel atrevidamente delineado por la naturaleza en la cúspide del promontorio sobre el azul de los cielos ha desaparecido, la ventruda circunferencia ha se sumido a la simple vista, lo que parece relegarla al fondo de la perspectiva, mostrándose más pequeña que su vecina de enfrente la montaña hermana, que misterios geológicos dieron vida.

El poeta Byrne por la prensa clamó inútilmente. Como la rosa de mi cuento, el Abra de Yumurí tenía amo!!!...

La temporada que en el ingenio pasamos me proporcionó el ver en producción una finca azucarera. Era la nuestra de relativo valor y que por sucesivas herencias llegó a los míos. La casa de máquinas estaba cerca, con su sistema anticuado de tachos y calderas y una explanada de madera no muy ancha, verticalmente colocada desde el techo casi y por donde caía el bagazo para ser amontonado luego en enormes pilas en el batey. La ennegrecida y polvorienta explanada fué centro principal de nuestros juegos, dejándonos deslizar por la pendiente, como también en las montañas de bagazo adonde subíamos para empujarnos traviesamente y descender rodando entre los secos residuos del exprimido fruto que ya sin materia sacarina alguna, sólo conservaba el olor agradabilísimo del guarapo que producido había.

Ah! las tardes, en aquellas pirámides, limpia la atmósfera e impregnada en ella el vaho de la riquísima producción que a tantos cerebros ha trastornado en promesas reales o imaginarias de fabulosas ganancias; dominando el silencioso paisaje de inmensas sabanas de caña, el canto de los pájaros y el triste de la dotación que alejábese ya de sus faenas y el fuerte sonido de la campana ricamente ligada en oro para ser oída de muy lejos, que llamaba a las oraciones y al reposo y a la vez daba término al inacabable y rudo afanar!...

Tendíame en la cúspide de aquellas montañas y en aquel blando lecho cerca para mí del cielo, cobijada por el firmamento como estaba, la suave almohada de los residuos de caña me proporcionaba cierto bienestar, y mi espíritu curioso, sin querer, algo del triste misterio descifraba. El misterio de las grandes injusticias.

Razonaba ingenua: y lástima producíame sin saber por

qué cuanto a mi alrededor me hablaba de aquellos seres vivos, pasivos, alejados del mundo y que sólo como fantasmas se desenvolvían, sin vida propia, ayudando con las máquinas de sus cuerpos a la gran máquina que allí veía y muy cerca estaba.

Formaba la dotación de cada ingenio, de doscientos a mil esclavos, según el valor de la finca azucarera y que por cuadrillas subdividíanse: Casi un pueblo: llegando a ser incommensurable en la tasación el precio de estas vidas, de estos infelices cristianos; y por eso alcanzaban las fortunas fabulosas apreciaciones por el alza consiguiente de la carne humana en el indebido tráfico. A una finca que sólo tuviere cien piezas de esclavos — *cien brazos*, llamábala despreciativamente “un cachimbo” y sabido era que no podía su dueño de ella enorgullecerse.

Cuánta tristeza! Cuánta ignominia en el desordenado afán! Y qué descarnada y escueta la verdad! Nada más melancólico y vulgar que aquella plantación de caña de azúcar. Cuán distinto el ambiente al de la Cumbre y a mi casona de Matanzas! Parecía como si en la atmósfera pesara la tremenda injusticia, explicándome ciertas frases que a los criados oído había en la ciudad cuando escuchaba sus diálogos y reía sus bromas, como ésta que entonces no comprendía: “Voy a decirle al amo que te mande para el ingenio...” Ah! sí, al ingenio adonde yo estaba; al destierro!

No gustaba del barracón: mis pocas visitas eran rápidas y fugaces. Allí no cabía. Algo me alejaba y que después muy bien me expliqué. Por qué aquellos infelices no disfrutarían como los otros criados de expansión y veíalos así, imperturbables, en colectividad, en alineados cuartuchos oscuros atendiendo a sus quehaceres, con esa indiferencia especial que presta la falta de personalidad, y tan sólo rodeados de objetos y utensilios toscos y primitivos imprescindibles a toda vida vulgar y rutinaria?

Llegaban, rendidos de la jornada de los campos de caña y al regresar, en vez del anhelado reposo, los esperaba la otra faena de hacerse sus comidas, ya que sus raciones crudas las recibían.

A veces en algunos ingenios, cuando los amos estaban de

temporada en ellos, algún esclavo a su ama acudía en especial demanda por “un poco de azúcar” o cosa así, que mansamente pedía como particular capricho o donativo—y entonces ella con la mayor naturalidad se quitaba una sortija o anillo que al dedo llevaba y entregándoselo como garantía de la orden (que el esclavo mostraba a quien correspondía y tornaba a devolver a su dueño) decía: “Ve donde el mayordomo y pídeselo, que él te lo dará”—y efectivamente, éste al ver la sortija, cumplía lo expresado sin replicar.

No me atraía el barracón ahumado y triste. Sentíame oprimida. Y eso que esclavos de tres y cuatro generaciones allí cobijáronse a partir del vascongado y cuya garantía yo experimentaba en medio de su humildad y de cierta franqueza y seguridad del que arraiga y vive siempre tranquilo en sus dominios, sin inquietud por cambio alguno de horizonte. Quizá si por esto no serían tan desgraciados, desterrado como estaba de la finca todo castigo corporal.

La dotación nos prodigaba frases cariñosas y los eriollos jugaban con nosotros; respetuosos e inocentes de todo se asombraban: teníamoslos por camaradas. En nuestra educación amplia y liberal, era la esclavitud confraternidad.

Y si bien es verdad que aquí me refiero a los últimos años de la despiada institución que por suerte agonizaba entonces, apreciando yo de una vez el final de toda una época en el variado cuadro grabado eternamente ante mis ojos del doblegado anciano centenario casi, que a la tierra rendía el triste tributo de una vida aun más triste que la misma muerte, llena aquella de abundantes y consecutivas zafras y de jugosas cosechas en provecho ajeno, quedando de él tan sólo, como del rico y exprimido fruto de la caña de azúcar tantas veces por él manipulado, el ruin bagazo que bien se echaba de ver en las quebraduras y gibas del propio y desfigurado cuerpo. Como asimismo, juzgábase del cuadro siempre grato a la vista de gente sana, esperanzada y moza y del tímido niño que con torpe paso penetraba, aun medroso y azorado, en el camino de una era para algunos muy temida en cuanto a lesionados intereses; y para otros brillantemente defendida en elevadas esferas y en el torbellino de luchas e ideales que a muy alto tocan y a muy alto llaman, volviendo bello y fe-

cundo el sacrificio de lo mucho que con la evolución iba a perderse.

Con el logro de tales empeños, facilitábase además la ocasión a otros, cultos y adelantados hombres, que si bien no tuvieron el valor material y moral de algunos pocos de rescatarlos por poderoso impulso de la propia voluntad de la ominosa servidumbre; deseaban ardientemente el momento de proclamarlos libres, y de salir de todo aquello para poder acallar cuanto antes ansiedades de conciencia, ya que la opinión del gobierno era hostil a todo avance, tanto, que los precursores que así procedieron fueron considerados anti-esclavistas, sufriendo por rasgo tan generoso y noble, que al cielo regocijaba, protestas y persecuciones; y eso que en comparación de otras tierras, muy adelantadas por cierto, fué aquí, en Cuba, la esclavitud benigna. ¡Cuántos horrores y de qué perversión y fatal locura estaba parte de la humanidad tocada!

Y sería tal vez por eso, que allí en el ingenio, tampoco escenas desagradables pude presenciar ni aun percibir. Ni amenazas ni golpes ni látigos. Nada. Sólo la esclavitud, la esclavitud, la terrible injusticia me descorazonaba y preocupaba inspirándome lástima grande.

Algunas tardes convertíamos el batey en muy apropiado lugar de equitación para los niños, pues ofrecía el improvisado picadero mayor seguridad. Hacia aquel lugar llevaban caballos especiales, escogidos, que montábamos todos. A mí se me conducía lenta y cuidadosamente del diestro, eligiéndose el más manso, tarea encomendada a un esclavo calesero muy entendido en la materia, al bueno de Eusebio.

Pasábamos muy ufanos ante la casa vivienda para recibir los elogios de las personas mayores que en el portal tomaban el fresco y como quedara yo rezagada por ser la más pequeña de la partida en la improvisada pista, aun oigo la risueña voz de mi madre, que al verme el primer día, riendo dijo: “Parece un santo Padre repartiendo bulas!...”

Ella, en cambio, en las excursiones a Cárdenas y a los pueblos limítrofes, Contreras y Cimarrones, en animada cabalgata, escogía los alazanes más briosos, el de mejor estampa y grandes condiciones—aficionadísima como fué siempre a los caballos— y que valientemente dominaba, saliendo airosa y

triumfante del tenaz empeño, con asombro y terror de sus acompañantes.

Más que intrépida, temeraria, conserva mi memoria su gentil silueta de amazona con larguísima falda, ceñida casaquilla corta de talle, sombrero de alta y exagerada copa, disimulado por flotante velo la airosa chistera; calzada las manos con guanteletes de gamuza amarilla de anchas vueltas—de Francia el adecuado equipo y latiguillo; seguida siempre de mi hermano que, como ella poseía las reglas de la mejor equitación enseñados como fueron por un buen profesor. A este arte dábale entonces grande importancia formando parte de la educación del hombre y de la mujer. En la Habana y aun en Matanzas existieron magníficos picaderos dirigidos por conocidos cubanos aficionados a ese sport, como fueron los de Ernesto Aleo y José María de Zayas en la capital.

Las visitas a la huerta y a la arboleda ampliaban el variado programa de las expansiones. En el primer lugar un hortelano francés realizaba injertos admirables ofreciendo perfectos ejemplares, repollos dulcísimos, blancos como la nieve...

Y en la arboleda, en pabellón aislado, hacia el centro, un magnífico y hermoso baño de agua corriente aumentaba la natural frescura del lugar haciéndolo más deseable, rodeado como estaba el semicírculo formado de infinidad de árboles frutales que abarcaban extenso terreno, y eran de aquella estación las naranjas como almíbar; las deliciosas pomarrosas de suaves tonos despertando reminiscencias de tocador la olorosa pomada de su perfumada carne; los exquisitos y sombríos caimitos de austero aspecto, casi episcopal el color morado de la envoltura que los cubría; el pardo y terroso zapote de modesta e insignificante apariencia, escondiendo dentro la sorpresa del delicioso néctar de su blanda pulpa!

Y los cocoteros además, con su fresca y rica agua de todo el año, resguardada en resistente, limpia y verde copa. Pura y cristalina la misteriosa linfa, nos lleva al secreto de su origen, al invisible e inagotable manantial o sutil vapor que a la palmera suate; volviéndose los agradecidos ojos, templada ya la sed, al grande Artífice por la sorprendente obra de ingenioso arte que tal maravilla realiza.

Y el árbol de mis amores! El árbol por excelencia! En

fantástica hilera o guardarraya las carolinas en flor. Sin hojas, que suplían penachos de rojizos y sedosos flecos, erguidos como llamas en unos; y en otros, blancos como la espuma esos flecos—los dos ejemplares con que cuenta la especie—y que, muy bien pulidos los plateados troncos en su deslumbradora pompa, contribuía la luna a aumentar de ellos la fascinación!...

Oh! como privilegio de distintas fincas esas grandes guardarrayas qué bellas!... La de palma! la de mangos! la de bambúes o caña braba grabados en sus redondos y verdes cañutos nombres y fechas remotas y más recientes, con juramentos de amor eterno...

La de ceibas que en un antiguo ingenio pude admirar, seculares los troncos, unidos los retorcidos brazos formando preciosa techumbre de prolongada galería y donde la luz del sol pugnaba a trechos y de donde descendían sin cesar pequeños copos de blanca lana movidos por la brisa—o arrebatados por el viento—sutiles, aéreos, vaporosos, volando siempre!

Deslizábase entre estas maravillas en delicioso paseo el ligero quitrín con sus brillantes arneses que producían argentino ruido sobre el empedrado pavimento, cubierto entonces por el suave cojón de lana de ceiba que el paso del carruaje agitaba, tornando a emprender el vuelo...

En ese tristísimo y antiguo ingenio también un *reloj de sol* pude admirar.

Sentíase en la finca nuestra la soberanía del árbol en toda su magnificencia; admiraba la rica variedad de hojas y de frutos en la lucida exposición de sus diversos géneros y la sublime armonía de la dilatada familia, guardando sumisos y fieles, en ejemplar constancia las eternas leyes de la naturaleza; de esa naturaleza sabia y generosa que nunca engaña.

No sabría escoger, no sabría discernir, no sabría otorgar la preferencia entre ellos y la seductora flor con ser tan bella; inclinándome a la supremacía del primero en su augusta y excepcional grandeza.

Ah! los frondosos árboles han desaparecido de parques, plazas y paseos para dar lugar a raquíticos ejemplares, a inadecuados pinos, o a los de una sola especie, que se talan, *se pin-*

tan y se profanan porque así más conviene a la simetría del ornato actual.

El imperioso grito de exterminio se experimenta por doquier — ya para complacer a tal empresa extranjera que, protesta al extender sus alambradas redes, ya para resaltar flamantes fachadas de modernas mansiones, ya para despojar de su bienhechora sombra a los infelices que, sin otra locomoción que la de sus pies, emprenden largas jornadas a través de la ciudad o a los que huyendo del ardiente sol, bajo sus ramas se refugian.

Siempre el pretexto que justifica, cuando sin necesidad y sólo por especiales miras o por ligereza, se comete tal atentado.

Frondosos, inmensos, dignos del mayor respeto por su ancianidad, criminalmente desaparecen en un solo día arteramente *inyectados* los venerables.

En este sentido, por el salvaje e impetuoso sentimiento que hacia ellos me lleva, he sufrido cruelmente en mi ciudad natal. Ah! mi Dios, no se concibe el odio al árbol en países tropicales.

Mas volvamos al ingenio. A los niños nos encerraban temprano, como a las "canasticas de avellanas, que de noche se recogen y de día se esparraman", según acierta el acertijo del cuento. Y sin embargo estaba muy enterada de que en la sala las personas mayores reuníanse y tocaban el piano y oía yo el comentario al siguiente día de mil bromas y travesuras. Venían de visita las autoridades de Cárdenas.

Acercábase el santo de mi madre que, como el mío, era el Viernes de Dolores. Desde el día anterior indicaban los preparativos algo excepcional. Llegaban de Matanzas cajas inmensas que mi curiosidad infantil excitaban.

La víspera de acuerdo con el Marqués—animado huésped de la temporada—y previa la oportuna citación acudimos a prima noche a la huerta, chicos y grandes, en el mayor silencio: se trataba de una serenata.

Entre millones de estrellas y en apacible y deliciosa calma, sólo una tajada de luna resplandecía y declinaba: ajena al complot mi madre, en la casa de vivienda tocaba el piano arrobada en sus grandes oberturas... Su carácter serio en el fondo, aunque encubierto por una amabilidad y tacto exqui-

sitos, retraíala del elemento jocosos y divertido y quizás si por eso de todos fué muy respetada y querida.

En la huerta nos proveyeron a los niños de pitos de calabazas formado por el tronco de la hoja con una pequeña incisión que producía agudo sonido. Ibamos delante quedo, quedo; nos seguían los mayores con instrumentos discordantes y la jauría. El Marqués capitaneaba: aquel moderno Nemrod hallábase siempre a caza de cacerías y no descansaba, inseparable de sus lebreles... Nos deslizamos en el jardín: a una señal suya estalla el concierto amenizado con los ladridos de los perros, rodeando todos a mi madre, que al principio volvióse sorprendida, sonriendo después!

Oh! Dios, los años que no han pasado y no obstante, el infantil recuerdo perdura en toda su lozanía, sin destruirlo ni azotarlo las continuas tempestades de la vida!... No podía yo dar un paso en el paroxismo de la risa, soplando, soplando sin cesar, cuando del *instrumento* de mi prima María que a mi lado marchaba, brota por el otro extremo un inesperado alacrán. Parece ser que en la huerta, hacinados y dispuestos como estaban los pitos, halló en uno fácil y cómodo refugio el horrible insecto. Qué estupor y qué chillidos; y así de la humana ventura! El eterno escorpión dando al traste con las alegrías de la vida.

Llegó el anhelado día. Se suspendió la molienda. Los negros desde el aclarar tenían tambor que de lejos resonaba sin parar. Alcanzaba el sol el meridiano cuando en el colgadizo de la casa de vivienda sentada frente a una mesa, vestida de blanco olán con ligera redequilla del mismo color que sujetaba a sus cabellos la aguja de oro con la espiritual divisa que ya conocemos, estaba mi madre. Recibía a toda la dotación, que en silencio y con el mayor orden según la edad, desfilaba ante ella reverente, deteniéndose uno a uno después del humilde saludo, inclinada la cerviz, casi en actitud de besarla los pies los más ancianos, que eran muchos y por lo mismo en los infelices más grabado, parece, el sello de la tristísima y obligada mansedumbre, notándose ya en los jóvenes como otra clase de *etiqueta*, otra más *soltura* en el incipiente cambio que feliz e insensiblemente preparaba la solución final.

Cosas eran estas del antiguo ritual y también de la época

que, ansiosa, ella, mi madre, trataba de evitar, levantándolos con presteza, dirigiendo afectuosa a cada esclavo la palabra con su natural bondad y llaneza, enterándose de sus necesidades, de su salud, de si estaban contentos, diciéndoles frases cariñosas unidas al obsequio de ropa, mucha ropa, mantas, pañuelos de Madrás de vivos colores que de las cajas iban sacándose. Mi hermano al lado, de pie, entregaba obsequios de dinero y yo, sentada sobre la mesa, mazos de tabaco, y a los pequeños dulces y también dinero, que con ellos los pobrecitos terminaba el número de factores del complicado problema. A nuestro lado guardaban silencio, rodeados de la familia y amigos, el administrador y el mayoral.

Todas las dotaciones de esos ingenios, como la servidumbre de la casona pertenecía a la descendencia de don José Matías y de don Simón; así es que ella, mi madre, allí intervenía no como ama—nunca quiso serlo—sino como bondadosa consorte de mi padre, uno de los dueños, y nada más.

Tal desazón y angustia causaba a mi madre toda injusticia y como ninguna las de la suerte, que, de la mejor buena fe con dádivas copiosas pretendía atenuar los rigores del ajeno infortunio. Rica de corazón, espléndida, daba cuanto poseía si necesario fuere y quizás si en el transcurso de su vida llevó a muy lejos esta su prodigalidad... Si defecto es el sentimiento desbordante de la generosidad, túvolo ella en demasía debo consignarlo.

Después, ese Viernes de Dolores por la tarde, el sacerdote vino para el bautizo de los recién nacidos, de los cuales ella, mi hermano y los temporadistas fueron los padrinos.

Día inolvidable! Donde la munificencia de mis padres a todos alcanzaba, sin sancionar él con su presencia aquellos regocijos, pues ignorándose el motivo no se lograba fuera a una tan solo de sus fincas. Parece le disgustaba, como he indicado, el espectáculo de la dotación esclavizada.

A más del bautismo que se recibía en todos los ingenios, también en algunos administrábanse otros sacramentos, como era el del matrimonio y asimismo el de la penitencia —éste en tiempo cuaresmal— improvisándose, he oído decir, el confesionario en la sala de la casa de vivienda en sillones o mece-

doras de rejilla de alto espaldar, sentándose el sacerdote ladeado en ellos, arrodillándose el esclavo por detrás, colocando éste la cara tras la rejilla para así poder guardar, de algún modo, el incógnito que requiere el saludable cuanto delicado sacramento.

En muy contadas fincas había oratorios con su capellán, según lo ordenado en las leyes de Indias; así es que el sacramento de la extremaunción hacíase difícilísimo por no decir imposible —ya que casi siempre se recurría a él *in extremis*, dado la distancia enorme que separaba a las iglesias rurales de las dichas fincas.

CAPITULO XVII.

El sereno.—El baile de casa de Sánchez.—Misterios de la opulencia.—El robo de la sortija.

De otro suceso de aquella mi risueña infancia he de regocijarme: ¡de un baile! De un baile que interrumpió la igualdad de mis noches invariablemente pasadas en compañía de los ángeles.

Mas no es verdad lo que digo. En esas, mis plácidas noches, venía el canto del sereno a asustarme mucho, cuando alguna que otra vez despertaba. En el silencio resonaba su voz. Cantaba la hora y la media hora y anunciaba sencillamente el tiempo bueno o malo que reinare.

Y parecíanme negros fantasmas con su andar pausado, sus pesadas capas, el sombrero inmenso de tendidas alas, la lanza en una mano, la linterna en la otra, y en el cinto la enorme pistola. Por lo regular eran peninsulares y generalmente galaicos muy fornidos los que este servicio desempeñaban.

Los veía al obscurecer pasar por mi casa, cuando los faroles de gas eran encendidos rápidamente por hombres con largas varas enceradas en un extremo, casi siempre asiáticos que parecían cerillas ambulantes, flacos, ágiles, con escasa ropilla y en pantufllos, llevando algunos ligera escalera para alcanzar la mortecina llama del farol que era de aceite.

El ordenado y nutrido cuerpo de los vigilantes noctur-

nos silenciosamente aparecía por un extremo de la calle y desaparecía por el otro, conducidos por el que hacía de cabo y que, al frente y a caballo, con la cabeza hundida sobre el pecho y con igual indumentaria; pero sin la lanza, iba, creía yo, dormido, obligado por la lenta marcha.

A prima noche y en lugares aislados eran víctimas estos serenos de innumerables travesuras de los chicos del barrio. Aun me río de aquel buen hombre que, a pesar de la capa, la linterna y la lanza y de ir bien armado, al atrapar a un chiquillo, soltóle con presteza, cuando un descarado del montón en desbandada, le advirtió de que, el rapaz, era "sobrino de Martínez Campos".

Bien sabemos del inmenso prestigio alcanzado por el pacificador en aquel entonces.

Veía yo, pues, desde mi ventana y con el mayor interés que la compañía de serenos menguaba por la cola, porque al pasar cada fantasma quedaba en determinada esquina de la calle. La media luz, el silencioso desfile y la sempiterna vulgaridad del cuadro, predisponían el ánimo, envolviendo mi alma misterio inefable...

Y después, desde mi cama, medrosa oía la hora que el vigilante siempre alerta iba anunciando lentamente con voz lúgubre y en alto diapasón para ser oído de muy lejos; reconciliándome cuando por él sabía de que el cielo estaba "estrellado" o en caso contrario me enteraba del presagio de la lluvia por el "nublado" y aun más angustiada cuando era "tempestuoso" el cariz.

¡Loado sea el Señor! Guardián, barómetro y reloj.

Raudales de poesía brotan de mi pluma al consignar esta melancólica página, bien insignificante al parecer de los recuerdos de mi vida.

Alguno que otro acontecimiento distante uno de otro alteraba del inamovible cuadro la celestial quietud, y como era natural absorbía de tal modo mi imaginación viva e impresionable, que con caracteres indelebles había de grabarse en mi cerebro, y por eso tal vez siento fija y lúcida la visión que de ellos conservo.

El inesperado baile infantil a que me he referido colmó mi dicha. Era de trajes y en casa de una de las principales

familias de la ciudad y anunciado fué con anterioridad para con tiempo hacerse los preparativos que la importancia de la fiesta demandaba y que, fijada la fecha para el invierno hubo de posponerse por un inesperado duelo de familia; y sucedió que mi traje encargado oportunamente a París con el de mi hermano quedó por dicho motivo fuera de estación cuando precisamente tuve que estrenarlo.

¡Bien pensaría en ello mi madre! Pero madre al fin consintió parece en que lucirlo pudiera en una época en que sin ser precisamente el rigor del verano, era en las postrimerías de la primavera y por lo mismo más agobiante y agudo el calor en sus comienzos y más en este clima, acostumbrándose después el desfallecido organismo como todos sabemos a la estación, según avanza ésta en intensidad.

Ese día a prima noche a hora temprana nos vistieron a mi hermano y a mí. De mi tocado prolijo en extremo recuerdo que desde por la tarde se me sentó en una mesilla, como era costumbre, para hacerme "la cabellera de crespos". Naturalmente ondulosa como era la mía, hubiera sido tan fácil el peinado!—pero la moda exigía otros procedimientos más amanerados, cual el de compartir y subdividir convenientemente el cabello por partes iguales y en hilera; tarea prolija y enfadosa en extremo para el que la sufre y más en la inquieta infancia; e irlo envolviendo en un palitroque grueso y pulido y así amoldado con una escobilla empapada en la sustancia mucilagosa denominada *zaragatona* o *bandolina* ligeramente perfumada de hojitas de romero—(infusión que hacíase diariamente y que los peinados de las damas requerían)—uno a uno de esos rizos ibanse impregnando de la bandolina, por lo que quedaban duros y resistentes una vez seca ésta y perdida la natural flexibilidad de aquél, resultaba cosa del peor efecto.

Dispuesta así "la cabellera" colocaron mi madre y Margarita el adorno o sombrerillo ligeramente inclinado y que por su hechura especial recordaba a los que estilan los hulanos—o a extraña madrépora—. Así la gorra terciada dejaba en natural desaire o espacio vacío parte de la cabeza, que un mundo de rosas miniaturas de ese lado disimulaba, cayendo del otro dos borlas de oro algo *disparadas* del conjunto.

Este traje de *cracoviana* en otro clima y en otra niña alta y espigada tal vez hubiera tenido grande lucimiento; pero muy pequeña como era yo y con aquel calor mi figura sofocada desaparecía en dos faldas no muy cortas de faya blanca una y raso celeste otra bordeadas de anchas pieles blancas. La chaquetilla con chaleco de galones y botones dorados adornada estaba con las pieles, lo mismo que las mangas estrechas y largas y el alto y ceñido cuello. Botas azules con borlas y cordones de oro. ¡Ay! no quisiera acordarme!...

Mi hermano vestía de escocés—de escocés casi auténtico— desnuda la rodilla, y de algún animalejo la piel de la colgante bolsa con la cabeza al centro en extraña adaptación. Muy rara como era la bolsa, hacíame pensar el incomprensible y a la par de elegante fenómeno... de esos fenómenos que pregonan la excentricidad de cada país y que la moda acepta sin replicar.

Al salir, nuestros padres nos esperaban sentados en la salleta para juzgar del efecto... mi hermano alcanzó la delantera recibiendo los merecidos elogios que siempre su figura arrogante despertaba. Era el vivo retrato de mi madre. Pero yo, yo, era otra cosa!

Al aparecer tras él exclamó risueño mi padre sin poderse contener: “¡Ay, qué feíta!”, evidente como fué el contraste. Una terrible mirada de mi madre le contuvo, y al refugiarme desconcertada en sus brazos le oí de seguida murmurar con profunda ternura a mi oído, besándome cariñosamente, “pero muy graciosa”, intimidado sin duda por mi madre que precipitadamente le habló en un idioma para mí desconocido, supongo que el francés sería porque el otro que yo también hablaba era el de Margarita.

No se pensará bien de esta al parecer más que descortesía y sin embargo, séase por lo que fuere, siempre en broma y veras, festivo, cariñoso, me decía lo mismo. De más edad que mi madre como era, conocí a mi padre, es decir, de él pude darme idea, la más remota que conservo, cuando del buen mozo aquel que dicen había sido, sólo quedaba ya la distinguida silueta, porque iniciábase en esa edad indecisa y terrible para el sexo masculino a la cual no se resignan ni aun los más indiferentes.

Subimos al quitrín los cuatro. Mi hermano y yo ocupamos la delantera que en las volantes, por lo pequeño, fué asiento muy gracioso y cómodo destinado a los niños.

Era la mansión de don Rafael Lucas Sánchez una de las más bellas de la ciudad. Situada a un costado de la plaza de Armas, encerraba refinamientos exquisitos, amplitud, belleza, luz de catedral, artesonados muy ricos, lucetas y cristales por diseños especiales, particularmente encargados a las fábricas de Bohemia; plafones de bronce defendían y cobijaban puertas y ventanas; ¡y cuánto más!

Amueblada con un lujo sobrio eran los enormes espejos que cubrían los testers de las más bellas fantasías que puedo recordar de aquellos tiempos, con ramos enlazados de lirios que sobre la luna caían formando desde la alta y empinada cornisa parte del dorado marco.

Pisos y escalinaita de mármol. Y cuánta distinción y grandeza por doquier! contribuyendo a ella la numerosa servidumbre que en todas direcciones diseminada, irreprochable y correcta, tal sello imprimíale a las fiestas de las antiguas familias; por lo que en relativa comparación creo, ni aun en las cortes más fastuosas de Europa, hubiese tal número de lacayos, como los esclavos que en Cuba rodeaban en sus casas al amo y señor. Cosa especialísima esta, que con el tiempo había de perderse.

Casado en terceras nupcias el dueño de la mansión con una joven sobrina, hija de la hermosísima Luz Junco, la soberana belleza que en época de mi abuela Joaquina pudo Matanzas admirar, fué la citada joven tan juiciosa y discreta que para aunar su extrema juventud con la edad algo avanzada de su marido, vistió siempre austeramente y por ello fué muy celebrada de sus contemporáneos.

Vínculo hereditario en la familia de Junco el raro privilegio de la hermosura de sus mujeres, mereció Lola, la hermana de Luz, del poeta Heredia, su ferviente admirador, entusiastas composiciones poéticas, entre ellas estos versos que con su estilo elevado, tan de él y siempre en la cumbre del Parnaso, en un baile a aquella deidad describe:

. Mas ágil y serena
 Al compás de la sonante música
 Partes veloz y mi agitado pecho
 Palpita de placer. Cual azucena
 Que al soplo regalado
 Del aura matinal mueve su frente,
 Que coronó de perlas el rocío;
 Así de gracias y de gloria llena
 Giras ufana, y la expresión escuchas
 De admiración y amor, y los suspiros
 Que vagan junto a ti, pues electriza
 A todos y enamora
 Tu beldad, tu abandono, tu sonrisa.

La deslumbradora fiesta me interesaba muchísimo... pero, ¡ay! Dios mío, sudaba a mares convertida como estaba en un paquete de crespos, pieles y seda con destellos dorados. ¡Cuán bellas parecíanme mis compañeras las hijas de don Rafael y de su joven esposa! De Noche clara iba Luz Sofía con suelto velo, vaporoso, ligera y feliz la traviesa ninfa y en la frente la misteriosa estrella de brillantes que ir y venir veía... proporcionándome algún lenitivo en mi angustiosa situación. Y de Italiana, su hermana Pilar—bella entre las bellas—. Contrajo matrimonio poco después y niña todavía, ausentándose para residir siempre en Madrid la opulenta dama, no olvidando en su munificencia a la ciudad natal.

Lola Junco, de Reina de las flores y que, cual su tía la privilegiada de Heredia, ya prometía parecidos triunfos, pues eran esos sus ojos tan bellos, que por sí solo avaloraban el todo de su hermosura.

María Scrafina Hernández, preciosísima, de Gitana...

Allí tuve el gusto de conocer a Carlos V, a soldados de Napoleón;—del Cable submarino, fielmente interpretado, tuve noticias. Fué para mi inteligencia —del fantástico exponente— la revelación histórica lo que más me sorprendió e interesó y de la que, por primera vez entendía.

De grandísima distinción el baile y del más refinado arte por doquier, admiraba de aquí y de allá, ese cosmopolitismo

que tanta seducción y realce prestan a estas preciosas y pintorescas fiestas, cuando a efecto llévanse con toda la propiedad que la muy costosa interpretación del traje requiere, como era la de mi complicada y rumbosa vestimenta.

Se organizaron rigodones y cuadrillas para los niños, una dirigida por mi madre que vestía de verde Nilo, envolviéndola el voluminoso traje en una onda, si no de mar, al menos de las aguas del bíblico y caudaloso río. En la cabeza pequeña flor, *esprit*, capricho o encanto, de esos del Musiú León.

¡Cuánto envidiaba al baile entero en la alta temperatura de fiebre en que me hallaba y la falta de transpiración agarrada entre mis pieles y más de sentir aun el suplicio en un carácter independiente como era el mío y no muy adaptable desde niña a las extrañas exigencias de la caprichosa moda! Y creo de ahí y desde ese día mi indiferencia a las pesadas y costosas galas.

Reflejada en el espejo pude ver una vez en lo más animado de la fiesta la figura de la pobre *cracoviana* entre los lirios de oro del decorado marco con su rico traje y la cara encendida y sudorosa rodeada de los negros y engomados rizos... y con aquella lógica contundente de los niños y con la mayor convicción y certeza díjeme en mi interior: "Papá tiene razón."

Tormentos inenarrables encierra a veces la opulencia. En el misterio de esas galas y de ese mundo tentador—exclusivo de la mujer—cuánto enojoso secreto y ¡dónde no? ¡Qué serían en esas esferas de antaño *lo real y lo verdadero*, cuando ni aun la felicidad más perfecta al parecer podría resistir a un análisis completo en todos los ámbitos de la tierra!

Cuánto íntimo martirio ¡y por qué, si no lo merecen las frivolidades? Cómo el de aquella dama amiga de mi madre que, muy de lleno en las riquezas desde sus ascendientes y familiarizada a ellas, hubo su esposo de regalarla una espléndida diadema de brillantes cuyo costo había sido de cincuenta mil duros y que al estrenarla no pudo tener sosiego, porque fortuna de tal consideración merecía asegurarse bien, complicada como era la pesada orfebrería de la época, produciéndola la tirantez del cabello constante y agudo dolor y de tal natu-

raleza siempre que la llevaba, que prefirió no usarla; y cuando por ello se le interrogaba lamentando muchos el extraño parecer, muy natural y sencilla replicaba dulcemente la mimada criolla: "¡Pero si me deja calva!"

¡No hay para qué ahondar! Ni lo pretendo siquiera. Del esfuerzo del pobre negro brotaban maravillas a granel, cosas deslumbradoras... y también dudas, reflexiones, problemas interesantes e indescifrables como este que muy de cerca tócame y que a cuento detallado voy a traer.

Cierto día a la caída de la tarde y dispuesta mi madre a las expansiones acostumbradas de la prima noche, y vestida ya para salir, hubo de presentarse el arreglo de una de sus sobriñas que despeinada le pareció en el preciso momento de subir al carruaje, y sin tiempo apenas sentóse un instante, requirió un peine que trájola la sirvienta y quitándose las sortijas que dejó en el sillón contiguo alisó a la niña que dispuesta se fué para el paseo.

A la hora de recogerse mi madre, como la honradísima irlandesa encargada de su guarda joyas echara de menos en el tocador las sortijas, díjole aquella recordando: "¡Ah! sí, Hellen, las dejé esta tarde en un sillón de la saleta. Hágame el favor de ir a buscarlas." Hízolo así, regresando a poco, diciendo que allí no estaban.

Cundió la alarma y principió la investigación enojosísima y difícil por ser la servidumbre de probada honradez por muchos años. ¿Qué hacer? Tanto, que esa Hellen la criada blanca de mi hermano dispuesta se hallaba en esos días a regresar definitivamente con sus ahorros a sus paternos lares, y mujer intachable y rígida, suspendió todo alejamiento de la casa y con el tesón de una británica juró de allí no separarse hasta el esclarecimiento de lo ocurrido, e hízolo así como pensaba.

Mi padre, preocupadísimo en extremo, obró con la mayor cordura y cautela, siguiendo la sentencia aquella que tanto le oí repetir de que "más vale dejar escapar al culpable que castigar al inocente" y en tiempos esos en que sin cesar sorteábanse las dificultades y conflictos de esta naturaleza, que hacía más delicada y sospechosa y hasta intolerable la situación del infeliz esclavo.

Pasaban los días y de las averiguaciones nada surgía ni

tampoco nada lográbbase. Mi madre, queridísima como era de su servidumbre, tenía motivos para confiar y esperar... sin extremar la situación. Y como las joyas robadas eran de gran valor, sus cinco mejores sortijas, entre ellas sólo de mérito espiritual el "Agere non loqui" que invariablemente usaba, creía ella vencer por la persuasión y la dulzura y la razón, alcanzando siempre lo que se proponía no hay que dudarlo; pero opinando yo que la suerte, su aquel, su ángel más bien, en el éxito poderosamente influían.

Tristeza muy grande invadía a los criados. Tristeza dije, porque ellos no tenían motivos por qué temer. Allí no se conocía el terror, gracias al cielo, como en otras casas donde el hecho hubiera sido motivo de crueles castigos y de prendiciones hasta arrancar la verdad del secreto por el esgrimido látigo. Pero allá, en la casona, era otra cosa. Los sentimientos humanitarios y sobre todo la ilustración y la cultura otro sesgo imprimíale a la inquisitiva doméstica, descartando en absoluto la policiaca, porque demasiado bien sabían estos amos, de que eran ellos árbitros; y adónde irían a parar todos los siervos de la casa, sino a la cárcel, sin contemplación alguna hasta el esclarecimiento de lo ocurrido y sabe Dios por qué medios.

Y así las cosas brotó la luz. O espesáronse las tinieblas...

En casa de mi abuela Joaquina era el de la cocina un hijo del Celeste Imperio llamado Afá y que desde la infancia de mi madre había sentido marcada predilección por ella; y un día dícele este Afá sigilosamente a mi abuela en su jerga peculiar: "Yo tá noche fumando opio con paisano y Josué, criado de casa de Nunita (Lolita) enseñá pa mí sotija toa y dice que él robá y yo se la quitá pa ella ni no hacé naá."

Mi abuela inmediatamente mandó por mi madre, que en el mayor secreto avisó a mi padre, consintiendo éste en lo que el chino pedía si se recuperaban las prendas.

Estos chinos por contratas especiales trabajaban en las fincas y en casas particulares muchos de ellos, siendo muy solicitados por lo cumplidos que eran, inmejorables en el servicio doméstico, y de ahí por eso que en nuestra morada hubiera un Josué. Y como Afá prometió, así cumplió, entregando a mi madre las joyas robadas por su compañero que continuaba como si tal

cosa en la casona; pero de las cinco robadas faltaba la principal, la mejor de todas, un valioso sortijón tasado en una fortuna. Sólo cuatro llegó a recuperar.

Mi madre decidida abordó a Josué que juró y perjuró que sólo cuatro sortijas encontró en el sillón al ordenar el estrado y fijarse en ellas; y que "sólo cuatro robaba y cuatro entregaba a siñola", afirmaba ciego de coraje, queriendo probar así la verdad. ¿Qué hacer? Un dicho nada vale en circunstancias tales.

Por de pronto despidiósele y se deshizo la contrata quedando en pie y como nunca el indescifrable misterio.

Pasaron los años, más de un lustro. Hellen con su fe en Dios, inmovible como es la fe, esa fe que hace andar a las montañas y más en el catolicismo hondamente sentido y probado de esas mujeres, oraba y esperaba. Y creyendo mis padres inútil toda tentativa, dieron por perdida la joya y hasta olvidada e instabanla, muy apenados, a que realizara su viaje y volviera donde sus ancianos padres ansiosos la reclamaban.

La celosa irlandesa fija en su idea, tenaz, intratable en el asunto, así hubiera muerto, rasgando heroica la única esperanza de su vida.

Piadoso al fin el cielo deshizo el enigma, quedando en pie y más que nunca el doloroso e indescifrable problema. Y veamos cómo.

Hacia más de cincuenta años y desde en vida de don José Matías prestaba sus servicios en la casa un mayordomo—don Jaime—hombre honrado a carta cabal, peninsular y tan fiel y adicto, que no sólo mereció del vascongado toda su confianza, sino de don Simón y sus hijos, quedando por tantas generaciones allí en su puesto y al abrigo de la familia.

Secular como resultaba su figura, merecedora fué de todas las consideraciones y el mayor respeto hasta que muy anciano decidió ir a una casa de salud a curar de un mal que sólo era pura vejez, imposible como se hacía el viaje de retorno a España, a donde fueran a dar sus ahorros sin ventaja alguna positiva para él.

Como de la enfermedad que le aquejaba no sanaba y como por él pagábase media onza diaria en la casa de salud sin éxito alguno, decidieron mi padre y sus hermanos traerle de

nuevo a donde siempre había estado, poniéndosele una esclava de la mayor confianza a su servicio y que de él cuidara, además de la asidua asistencia médica y del vivificante e intenso calor de nido que para él la casona guardaba.

Debilitóse el sujeto más y más y murió lentamente de senectud, expirando en dulce sueño y en la habitación que por mucho más de medio siglo ocupó en la planta baja cerca de la portada. Y en premio de sus servicios, mi madre con el sagrado derecho de aquellos especiales cánones declaró heredera de todo lo que a él perteneciere a la respetable negra que con tanto cariño y desinterés habíale cuidado. Luisa se llamaba la africana.

Después del entierro, de noche, lavaba ésta los pantalones del muerto y que, por amortajarle convenientemente hubo de quitarle, vistiéndole nuevamente de limpio y con su mejor ropa como era costumbre entonces.

Ya sabemos del lavadero espacioso, casi subterráneo, abovedado, con arcadas al primero y segundo patio de la planta baja. Un farol alumbraba lo suficiente porque desde las cuatro de la tarde estaba prohibida toda faena. Mas por las circunstancias excepcionales laboraba Luisa a esa hora... De repente tropieza en el fregoteo de la pieza que mucha limpieza requería, con un objeto algo duro. Detiene la operación, palpa y busca y da con la faltriquera, desliza en ella la mano y saca un envoltorio. "Ah! portamoneda de don Jaime", dice respetuosa, y empinándose al mismo tiempo, estira el brazo chorreando de la turbia agua y coloca el objeto en el friso de la arcada al alcance de su mano y al lado del jabón.

Concluida la tarea y volviéndose a su compañero el buen negro viejo, que sentado cerca dormitaba. "Ya yo acabé", exclama, y como si fuera ésta la consigna, dando tumbos el anciano iba camino de su habitación que no lejos estaba, cuando oye un débil silbido de Luisa, que debajo del farol le hacía señas de que se acercara.

—Ven acá, hombre de Dió, vamo a vé qué tiene el difunto en su portamoneda—, dícele en su lenguaje casi bozalón, como hablaban todos los que del Africa aquí, balbucearon el idioma castellano, lo preciso para hacerse comprender, dado el sistema cruel con que al llegar eran enseñados por los agentes negre-

ros, que luego al mercado sin pérdida de tiempo los llevaban.

Aproximóse el negro y ya a su lado, extrae Luisa del portamonedas tan sólo un papel mojado y estrujado que fué desenvolviendo. Curiosos y muy interesados descubren al fin una espléndida sortija que centelleaba como un relámpago a la opaca luz del farol.

Sonríe ella como cualquier fémima de este mundo o como la más linajuda marquesa, que en achaques de vanidad no hay distancias, y ajustándola al dedo la elevó a la luz.

—Cosa ma preciosa—dícele arrobada a su marido.

El negro se fijó en la joya, y entre picaresco y burlón, pregúntale risueño y cariñoso, mirándola a la cara.

—¿Qué cosa va tú hacé, Luisa, con sotija?...

—Como la señorita Lola me regalá toó de don Jaime—respondióle sin titubear—yo le va a regalá ella eta sotija que ¿pá qué yo la quiero, tú me hace favó de decime?...

Y colocándola nuevamente en el portamonedas y en el sitio anterior del friso de la arcada junto al jabón, miró a su compañero que asintió con un movimiento de cabeza, repliándola convencido:

—Anjá. Mu linda tá, pero eso e mejó pa la señora—y tambaleándose ambos de sueño y por el cansancio y fatigas consiguientes al mortuorio, bien ganada la jornada, entraron en su habitación, que cerca estaba.

Si escogido sitio pudo haber para la fidelidad, la honradez acrisolada, sensatez de juicio y grandes virtudes, hacíase merecedora del mayor galardón esta humana y racional pareja, sana y sin tacha; porque aunque de las costas de Africa, y traídos de allá como fueron, bien entendían de refinadas civilizaciones sin alegar por ello supina ignorancia, ante el exponente del regio decorado de la casona y del lujo y esplendor de sus queridos amos.

A las doce del siguiente día subió Luisa la escalinata. La muerte del buen don Jaime entristecido había el lugar y su venerable sombra aun llenaba los rincones y vagaba por el espacio acostumbrado...

Mi madre sentada en la saleta “reposaba el almuerzo”—frase muy de los tiempos—. Se acerca Luisa, y apenada por la desgracia, la dice:

—Señorita! Lola, como su mercé me regalá toó lo de don Jaime, yo encontrá en su potamoneda eta sotija que yo va a regalá a su mercé—y asida con la punta del pulgar y el índice muy estirados, cumplida le ofrece la fineza.

—¡Mi sortija—gritó mi madre. Exclamación esta que retumbó en la casa.

Mi padre salió del escritorio. Hellen de las habitaciones y los criados volaron en todas direcciones rodeándola, y ella, pálida, conmovida, de pie mostraba la fulgurante joya, que un capital valía la suntuosa roseta de magníficos solitarios de blanquísimos brillantes, escogidos, límpidos, de igual tamaño, de talla especial sus múltiples facetas, como excepcional era en su raro mérito.

Y al darse cuenta Luisa de lo sucedido con su buen sentido de las cosas, estupefacta y apesadumbrada bajó la cabeza, y avergonzada y sentepocosa y como si hablara consigo mismo, de este modo brevemente razonaba:

—¡Ah! don Jaime, buena tú me la hacé, así tú me pagá lo que yo te cuidá dejándome *eso*...

Mi madre, interrumpiéndola al ver su desconuelo, volvióse a ella:

—Gracias, Luisa, por este favor tan grande. No te angusties así—la dice.

—No, señorita Lola, no; don Jaime no debió haceme *eto*—y moviendo sin cesar la cabeza, tristísima, callada y pesarosa y como avergonzada con paso lento descendió la escalera, volviéndose por el mismo camino que antes confiada emprendiera.

Alborozada Hellen por su catolicismo siempre triunfante, excitada y llorosa, invocó al cielo—sólo el agradecimiento desbordábase—no le importaban los medios ni en su corazón hallaban cabida los comentarios, que no los necesita el alma que sólo ve a la Divinidad como principio y fin de todas las cosas por ser valor entendido y tesoro de vida y salud la tal confianza y abandono.

—Gracias, mi Dios, gracias—decía en su idioma—, mañana puedo irme ya tranquila a donde hace tanto tiempo me esperan mis padres.

El mío silencioso retornó a su escritorio, reserva que nun-

ca le abandonó cuando del asunto tratábase. ¿Le costaría dudar del integérrimo mayordomo?...

Los criados disemináronse en todas direcciones a sus respectivas faenas y sabios y no sabios, cada cual a su manera comentaba el hecho.

El sol alumbraba la interesante escena, los pájaros gorjeaban atronadoramente en el laurel, de la casona brotaba inmenso el himno de resurrección y amor: por todos lados la diafanidad y la luz; sólo la incertidumbre, la desconfianza, la duda con su terrible séquito destruía el encanto de la sin igual armonía, robándole al cerebro de sus moradores los inefables beneficios de la paz del alma. ¡Triste y enojosa deuda la del hombre! Deuda ésta que nunca salda.

De aquel entonces era la prudencia y la guarda del pensamiento y el difícil atajar de la resbalosa lengua; tenía ese respeto, una como especie de temor de pensar en alta voz en cualquier circunstancia por difícil que ella fuere. Y si acaso mi padre creyó en la culpabilidad del pobre viejo, por un rasgo de esa caballerosidad innata en él, ¿no sería indulgencia lo que después de todo le inspiraría el inexplicable yerro en comparación de casi toda una vida de fidelidad a toda prueba a los suyos y a él consagrada?

¿O sería alguno que aprovechó la coyuntura de la muerte del honradísimo sujeto—burlando la asiduidad de Luisa—para deslizar en sus bolsillos la buscada prenda?...

¡Mas esperar cinco años! ¡Y confiar en una eventualidad!... Es mucho para una conciencia atormentada.

O en realidad don Jaime, medroso de que algún día no poder trabajar y del abandono que presentía—cosa que no hubiera sucedido—y hostigado quizás por la pesadilla de una vejez sin amparo y sin recursos, cedería a la tentación suprema! Y puede que pensara que el valor extraordinario de la joya le libraría y le rescataría del horrible fin, calmando así su incertidumbre y desazón.

Como asimismo ser testigo indiferente y malvado—si fué él—de la enojosa investigación, culpándose a Josué necesariamente ante sus ojos. ¿Cómo resistir a tanto sin estallar? Y proseguir taimado y cruel años de años viendo el martirio lento y sin igual de Hellen, bajo el mismo techo y a todas ho-

ras víctima y verdugo comiendo del mismo pan, dada su reconocida bondad y sus buenos sentimientos y su nunca desmentido amor a la justicia en parangón con tal perversidad?

Y la maraña de asegurar el chino que de las cinco sortijas sólo cuatro encontró—luego, momentos antes habíase sustraído la mejor—y precisamente él, don Jaime, en su cargo de mayordomo podía impunemente vagar por la casa, inspeccionando a esclavos y dependencias a su cargo y siendo más probada su eficacia; como respetada su figura por datar del vascongado y de él venir el valioso legado.

¿Carecería el viejo de la perseverancia final, tan difícil de alcanzar en el postrer combate? Si empiezan con la edad a degenerar los caracteres—¿qué se puede?

Y fortuna no poca fué que, con la asquerosidad del pantalón por el último desahogo de la naturaleza—implacable en sus funciones—no diera en la madre tierra junto con los despojos la soberbia joya. Pero escrupulosa la bonísima esclava, razonable y aseada como un crisol, cumplió vistiendo de limpio al pobre anciano para que decentemente entrara en la sepultura y en los salones de la eternidad, que así juzgaría ella del pavoroso misterio.

¡Oh, providencia! Qué ignorados tus caminos y qué buena estrella la de mi madre, a la que siempre oí prolijamente relatar el suceso con este lujo de detalles, como a la vez murmurar, sombría y preocupada, aun ya anciana: “¿Quién me robaría la sortija!”

CAPITULO XVIII.

El concierto de Joseíto White.

El año de 1875 que señala la fecha de la última visita del eximio violinista Joseíto White a su ciudad natal y de la serie de sus brillantes conciertos en el teatro Esteban ante un público que le aclamaba con delirante entusiasmo, comprende también la era que anteriormente traza otra década hasta 1883 de acontecimientos especiales que en mi casa sucedieron.

Nació José White en Matanzas en 31 de diciembre de

1835 de la morena libre María Escolástica Laffita, reconocido como fué más tarde en 16 de octubre de 1855 por un decreto del Obispado como hijo de don Carlos White. Fueron sus padrinos monsieur Juan Leblanc y madame Isabela Silva, según consta en su partida bautismal.

De su modesta infancia transecurrida en "la tienda de víveres y café" nombrada "La Armonía", de su progenitor, sita en la calle de Gelabert—hoy Milanés—núm. 56, gratos recuerdos conservaría, porque convertida la plazoleta de la iglesia que al frente se extiende en oasis de sus juegos, allí elevaría aquellos cometas o papalotes, mercancía esta "de la tienda de víveres y café" que muy solicitada fué entonces por los niños del barrio.

Y de la precocidad manifiesta de sus aficiones artísticas, guardábase el mejor recuerdo en la ciudad, pues causaba admiración, decían, cuando el pequeño prodigio, delirio de su padre, en las orquestas que acompañaban a las procesiones por las calles, iba delante de los músicos con su violín...

Y uniríase al candor de aquel su ayer el terrible proceso donde su maestro de música "muy apreciado del señorío", José Miguel Román le fué arrebatado y con Plácido y sus compañeros "arcabuceado por la espalda" según la orden del día.

Hasta el niño entonces de nueve años, llegaría el triste episodio con sus horribles detalles y el espantoso epílogo, donde la fúnebre carreta con los cuerpos de los ajusticiados, entre ellos el del querido maestro, acercábase lentamente esa mañana a la ciudad, después de ser recogidos en el funesto trecho amurallado por la militar consigna y de allí, de la entrada del paseo de Santa Cristina, lugar de la ejecución, a las seis de la mañana del 28 de junio de 1841 (dos horas antes) pasar el puente de Versalles y ganar la calle de Daoiz, destacándose en el montón de cadáveres do iban esclavos, artistas y bardo, el del poeta Plácido, cuya cabeza sobresalía colgando fuera, desprendiéndose por el vaivén del carro, cuando la sacudida era muy fuerte, pedazos de la masa encefálica... lo que hizo que un amigo del poeta llamado Eusebio Tránsito Hernández, cuando la carreta pasaba por el tramo de dicha calle de Daoiz, comprendido entre Manzaneda y 2 de Mayo,

que era donde el amigo se hallaba, "le echara un poco de tierra con una guataca" a las diseminadas porciones, gérmenes de poesía tal vez, engendros así desperdiciados, así malogrados por el tremendo crimen del cual nunca se darán suficientes razones para justificarlo o disculparlo.

Y la llegada al camposanto: el alto, frente al primer pino de la izquierda, donde solicitó el plecaro y compasivo Padre García—hijo de Matanzas—fuese inhumado Plácido, ante la compacta muchedumbre que presenció el enterramiento.

Y del interesante relato de la escena que propagóse a los cuatro vientos, está la observación de una niña que allí acompañaba a su padre, francés de origen y amigo de Plácido, pues sencillamente contaba después Clara Bos, que así esta mestiza se llamaba, que "un hombre blanco tenía en la mano en una toalla, los fragmentos de la cabeza de Plácido y que los echó en la fosa, guardándose después la toalla".

Y entre esos horrores impondríase en la lucidez de su pasado, causándole sobresaltos, la silueta del feroz Comisario de barrio, a quien gratificábasele con "un peso" por cada prendición que hiciera. Y ahí de efectuar prendiciones en el codicioso empeño de los pesos.

Y tornadiza por la edad la índole de la meditación del niño prodigio en cosas alegres también de esos tristes, pensaría sonriendo en el ir y venir del vate en su vida andariega de cantos y parrandas, donde decíase que el juego de baraja "truqui-flor", muy en boga entonces, quizás si más de lo regular, lo expansionaba y divertía.

Y allá en Europa después José White, templada su alma de infinitas armonías, a más de las musicales, ¡cómo no había de extremecerse ante el recuerdo de estos horrores y del cruel enigma de la llamada conspiración de los negros, que triste celebridad atrajo sobre su ciudad natal, acentuando aun más el pavoroso cuadro de semejante barbarie!

Y allá, allá—más lejos aun—en el rodar del globo indiferente a las andanzas de la humanidad, aparece nuestro biografiado en mi casa, donde en una hermosa noche primavera de ese año de 1875, como señalada muestra de consideración y aprecio a todo lo que fuere gloria y orgullo de la

ciudad, mis padres, previa invitación a sus amigos, efectuaron en su morada un concierto, rindiendo así merecido honor al insigne mestizo que también a ellos honraba.

Por el poder del recuerdo unido a la impresión que el arte deja en su huella indeleble, retuve todos los detalles del memorable suceso. Fué un acontecimiento. No sólo estaba allí patente el amor a la música en el grado más alto de entusiasmo, sino la significación elocuente de ideas y prejuicios que iban, si no a desaparecer, por lo menos a experimentar razonable y muy justa modificación,—ostensible cambio.

Me parece aun ver el interés, el sentimiento de curiosidad, de ansiedad de los pobres criados. Esclavos todos, era para ellos el suceso de suma importancia; los preparativos hacíanlos febrilmente. Reducidos por la suerte a la condición de simples máquinas humanas, sin salirse un instante de la intachable corrección—en los infelices casi ley de vida tal urbanidad—no podían prescindir en aquellos días, de algo que para ellos tenía sobrenatural interpretación; de algo así, como lo que el alma humana timorata y obediente—inculcada la creencia—prevee del juicio final.

Oía yo sus comentarios, su sorpresa; para nada entraba en el terreno de las conjeturas la excelstitud del arte del festejado aquel; ellos sólo apreciaban de la señalada invitación lo que a la vista saltaba: al hombre *de su clase*, compartiendo la refinada sociedad de los blancos. ¿Qué haría? ¿Cómo lo tratarían? ¿Cómo él se portaría? Y ya en el camino, creían ver más la pendiente en que sin duda se hallaría colocado, que la fácil ascensión del privilegiado.

Revistióse la casona de sus mejores galas. Toda la reserva que de refinamientos guardábanse para los grandes acontecimientos, allí fué el derroche por el natural entusiasmo.

Mi padre, enamorado del pasado, de la tradición, jamás quiso alterar en lo más mínimo ni siquiera una piedra, un insignificante detalle de la vivienda—sólo el salón de comer, como ya dije, fué la única pieza modernizada de la casa—todo lo demás permaneció intacto como en vida del modesto vascongado. Los amigos de mi progenitor, nietos como él de aquellos abuelos, siguieron la natural evolución, fabricándose bellas y suntuosas mansiones, verdaderos palacios, con adelan-

tos exquisitos en mármoles, cristales, relieves y dorados; otros restauraron de lo antiguo—sólo él permaneció en tiempo atrás—nada le convenció ni le decidió; así fué que era la casona cosa adorable, sólida, abovedada, de dimensiones enormes como ya sabemos, de sombras y enramadas, de arcadas y pilares... guardando en sus muros ansioso mi padre, como en viejo arcón, un mundo de arte, de libros y de componentes de una civilización cara, muy cara, exquisita, que imponiéndose por fuerza incontrastable allí moraba junto al secreto de aquel pasado previsor, ordenado, modesto, cómodo y comfortable.

¡Qué unión tan bella! Los pisos de resistentes canteras, algunos color pizarra; el ladrillo rojizo color de fuego, fuerte, primitivo, indestructible; las tejas grandes, pardas, obscuras, no muy alto el alero donde parlaras aves revoloteaban. Y grandes también las puertas de caoba, replegadas, macizas, algunas penetrando en el muro al escurrir sobre el piso en carriles de dorado bronce. La de la calle claveteada de hierro, como de feudal castillo con enorme llave. Las resistentes y altísimas rejas que aun en algunas casas en el interior menudeaban, para mayor seguridad de cualquier acechanza, no de ladrones—que en eso no se pensaba—sino para mayor precaverse de los esclavos, inofensivos casi todos aquellos infelices, cuando bueno era el amo.

Las gruesas vigas: los techos de cedro secular conservando descubierta la primitiva armazón, sin cielo alguno raso ni pintura que pudiera disimularlo. Y en el centro y pendiente de la traba de trozas, o séase de la llave, la reluciente y monumental araña de cristal que de noche centelleaba atrayendo la especie de cámara oscura que arriba quedaba formada por el empinado puntal, los rayos de la reluciente claridad de abajo, por lo que resultaba opaca la radiante luz.

Estos techos genuinos del país, antiguos, muy de provincias y de casas solariegas, vense en los cuadros de la época de la conquista. Frescos en demasía, ayudaban a la ventilación, siendo más que deliciosa en el verano la estancia bajo su sombra: así era el de casa. Y cobijados por ellos, muebles y accesorios de la naciente y primitiva época ya desaparecida allí habían con otros bellísimos de esas actualidades.

Nada puedo olvidar de aquel conjunto, de aquel mundo, de aquel pasado y presente de intensa significación y que a mi alma hablaba con especial ternura. ¡Qué hermoso todo! La tradición con su potente grito que atraviesa centurias, siempre oído en lo más recóndito del alma ¡cuánto no dice! Humilde o grande el pasado siempre es santo y eterno e imborrable el poderoso influjo.

Así es que el contraste del lugar donde nací llenaba mi espíritu de paz, de ensueños, de santa unción, de cariño y respeto. La luz del ardiente sol llegaba hasta las obras de arte que en la casona, casi en la penumbra, adquirían indefinible atractivo, poderoso ascendente, uniéndose amorosamente una época con otra en interesante enlace. ¡Oh, mi padre, cuánto bien te debo con este el mejor cuadro que de tu colección hubiste! ¡Cómo olvidarte desconocido autor de obra tan bella! ¡Pobre soñador! Tu inteligencia nada vulgar, refinada y exquisita, reflejándose en aquel conjunto de diversas edades, donde las cuatro generaciones deslizándose habían bajo el mismo techo y donde el mayor respeto dignificaba el misterioso atractivo del pasado, de aquel pasado en que un carácter sencillo y enérgico escogió su ruta y plantó sus lares, imprimiendo a la naciente ciudad inextinguible impulso. Después el influjo austero, comedido, ultra conservador, metódico, integérrimo de su intachable sucesor, guardándose en sus arcas el ahorro del pueblo que en él cifraba y con razón la mayor confianza; y luego el tuyo, rebosante de luz y de expansión abarcando de lleno el espíritu del siglo que te vió nacer. Artista de artistas, ¡cuánto te quiero! ¡Cuánto te debo! Impotente tu mano para expresar en un lienzo lo que tu alma experimentaba, en este rasgo de tu vida, muestras ese fondo donde ideas excelsas probaban tu superioridad y cultura exquisita.

Llegó el día señalado del concierto. Después de un solo ensayo—que es fácil la música para sus predilectos—pudo efectuarse éste sin temor alguno. Mi madre siempre igual, serena y complaciente, prestábase de buen grado y acompañó al piano muy acorde al privilegiado. Desde el primer momento el flamante Steinway uniéndose al famoso y venerable Stradivarius, como dos antiguos amigos muy conocidos a pesar del centenar de años que los alejaba; y aquellas dos almas afines.

criollas, de refinado oído, como los de la tierra, puestas en contacto por vez primera, interpretaron sin discrepar un momento piezas notables y el hermoso Potpourri de Aires Cubanos de su autor, el insigne violinista; recordando yo un detalle: que al abrir el piano mi madre y elevar la enorme tapa que cubriálo no sin grande esfuerzo, excusóse el artista muy apenado de su aparente descortesía en no poder ayudarla, por la sensibilidad especial que trataba de conservar en la yema de los dedos, que nunca y por ninguna razón exponía.

Y tal como fué el ensayo quedó la fiesta. A las ocho de la noche en el salón principal, de pie mis padres cerca del umbral de la cancela que al zaguán conducía, recibían a los invitados. Rodeado de un grupo de admiradores llegó José White. Ellos, mis progenitores tendiéronle la mano conduciéndole mi padre al cerco de damas y caballeros que puestos de pie estrecharon con orgullo la tendida diestra del virtuoso. Escurríame yo entonces, como siempre, por todos lados, oyendo a los criados radiantes de felicidad, decirse unos a otros sorprendidos y muy ufanos: “¡El niño José le dió la mano!...”

Antes, un incidente que pasó desapercibido hubiera dado al traste con la lucida recepción; pero esa Providencia que rige al mundo y al mundo protege y aun más a los artistas por aquello de que “Dios ha de ser misericordioso con los genios”, dejó allí sentir su milagrosa influencia. Vagaba yo, dije, unas veces a solas y otras con mis primos antes de empezar el concierto, y en uno de esos giros de mi incesante revoloteo, se me ocurre penetrar en la habitación de mi padre y echarme en un canapé—gustaba mucho de abstraerme—que la soledad ha sido para mí en todas las edades excelente compañera, y debido a eso, creo, nunca conocí el hastío. A poco de estar allí llega tras mí Jorge, simpático y travieso chiquillo de mi edad, hijo de mi tía Angela. Eramos buenos camaradas. Sentóse a mi lado, y fijándonos ambos en una larga caja cuidadosamente colocada al otro extremo del sofá, casi oculta como cosa de la mayor importancia, sorprendidos, alegremente exclamamos “¡¡¡el violín!!!” La habitación de mi padre era considerada una especie de santuario donde po-

cos en la casa penetraban. Sin hablar comprendimos había sido llevada allí la caja para mayor seguridad, como lugar inviolable. Jorge, entonces iluminada la preciosa cara por la súbita, gallante y diabólica idea de anticiparme el concierto, acércase a ella, gira los cierres y la abre, tomando con la mayor complacencia y cuidado el instrumento, el valioso regalo de Rossini; busca el arco... (el magnífico arco guarnecido de oro obsequio del Maestro Alard, el profesor de París, orgulloso del discípulo que en sus ausencias sustitúale en la clase y que en un concurso en donde concurrieron las estrellas de primera magnitud del mundo entero llevóse White el primer premio, sobresaliendo de tal modo "que habría sido forzoso crear en favor suyo un gran premio excepcional", según apunta una crónica francesa de la época.) Yo, incorporada ya, miraba la escena curiosa y sonreída, y al colocar mi primo bajo su barba el violín con el natural despejo del más consumado artista e ir a rozar el arco con las cuerdas, asoma en el preciso instante por la cortina de una de las puertas la cabeza de mi padre, que al lanzar un grito de inenarrable angustia, nos dejó petrificados, llegando tras él, nuestras criadas en busca de los niños, cargando cada una con el suyo y llevándonos de allí... ¡Si no fué grande y misericordioso Dios aquella noche con el genio, con mi padre y con el Stradivarius!

Volvamos a la fiesta: de frac el artista como todos los concurrentes, desde el primer momento atrajo la atención su aire simpático, correcto, digno y respetuoso ganándose las voluntades. De estatura regular; de ojos muy grandes y negros, *a la flor de la cara*; melena suelta, ondeada, también negra y de innumerables y revueltas sortijas, dábale ella en los momentos sublimes de la interpretación de algunos pasajes de las piezas en las nerviosas sacudidas algo de la grandeza del león. Sus manos pulcras; el color de la tez quebrado, de verdadera canela; nariz regular ligeramente achatada la punta; boca de fino bigote; modales exquisitos. Distanciada de lo vulgar su figura agradable y distinguida, adivinábase a través de su persona no poco de aquel París donde residía y donde su carrera triunfal alcanzaba entre los mayores halagos

a él prodigados por los Sumos Pontífices de la música la meta de las aspiraciones.

En el gabinete veíase abierto el Steinway mostrando su interior tan bello, donde la enorme arpa en posición horizontal descansaba cuidadosamente sobre mullidos y sobrios perfiles de paño rojo—y así acostada—mucho dejaba ver de la perfecta y regia combinación de sus doradas y vibrantes entrañas; y ese algo íntimo, indefinible, oculto, misterioso de los instrumentos de música, de los muy costosos sobre todo, que, cual seres vivientes poseen ellos también el espíritu de las cosas; escapándose de la caja armónica con el sonido, el grato olor de los finos estuches. Preparado—abierto ya—sostenido por sus tres labradas, ligeras y retorcidas extremidades que en aisladores de transparente y brillante cristal apoyábanse; tenía mucho de mítológico y enigmático el gigantesco monstruo, con su extendida y elegante cola, con sus grandes y extrañas fauces; y de reluciente y muy pulido marfil la prolongada hilera de risueños y blancos dientes en perfecta raya alineados. Cerca el Stradivarius—la inestimable joya—tan expuesta momentos antes.

La sala presentábase deslumbradora. Una alfombra apropiado abarcaba el piso y parecía dejar escapar la ancha franja alrededor de los rojizos ladrillos. Los sillones de estilo Luis XV de alto espaldar, muy antiguos, de oloroso palisandro y de rejilla, por el clima; el sofá enorme, lejos, en un tetero; y dos Aubussón de negro y dorado las ricas molduras, con banqueta de lo mismo muy diminuta al pie; graciosos y coquetones, admiraban por el inestimable tapiz que los cubría de rosas sobre el fondo blanco en desvanecidos tonos.

Además de *los juegos* de los imprescindibles y ceremoniosos sillones en abrumadora monotonía en todas las casas el estilo Luis XV; permitía la moda por suerte y dicha, el bello capricho de otros de mérito esencial—y así con los dos Aubussón veíase también aparte un solo sillón alto, estrecho, de ébano, talladas a la perfección sus rosas negras, negras como la noche y que, con sólo ser rosas siempre aparecían fragantes y bellas. Era su estilo Luis XVI y de precioso damasco de seda color de oro el asiento y espaldar, y la elevada banqueta que al pie veíase.

Y séame permitida aquí una digresión que creo oportuna:

al referirme a la abrumadora monotonía del estilo Luis XV, que en las casas predominaba; llegó a tal grado la extraña sugestión del dicho estilo, a tal extremo el abuso, que el colmo de la ventura era en toda vivienda, por modesta que ella fuere poseerlo; tanto, que hasta mí llegó una anécdota de la rara predilección que por los referidos muebles había. Un matrimonio de color, súbitamente mejoró de suerte y acto continuo adquirió los consabidos sillones. A poco por un revés de fortuna vióse abatido, y ahorcóse él, llegando ella a decir al lamentar el triste fin de su compañero: “¡Ahora que éramos tan felices, que teníamos en la sala un juego Luis XV!...” Es a cuanto puede llegar el colmo de un desconsuelo y de un entusiasmo.

También oí decir que siendo para el esclavo una imposición que no admitía réplica y que hasta la crueldad llegaba el respeto a las jerarquías y a los señoriles títulos y aun simplemente al nombre del amo; ya declarada la emancipación, hacía gracia la cortesía de uno que esclavo había sido y que sin servilismo alguno al referirse al susodicho estilo decía natural, sencillo y pesaroso, moviendo la inclinada cabeza y tocada con la mano respetuosamente el ala del sombrero: “¡Nada valen ahora esos sillones del señor don Luis XV!” ¡Cuánta anomalía, cuánto anacronismo y cuánta aviesa observación oí yo de esos tiempos!

Pero volvamos a mi relato: las banquetas estilábanse en profusión de todos tamaños y hechuras—ya grandes para sentarse en el poyo de las ventanas de la calle, ya para las habitaciones—y pequeñas y medianas para los sillones del estrado, entrando en los cumplidos además del ofrecimiento del asiento, inmediatamente la banqueta para descansar *la punta de un solo pie*. Así esta costumbre inmemorial observábase siempre. Mi madre entretenía sus ocios en complicados trabajos de tapicería que ofrecía a sus amigas para esos muebles, haciendo las damas preciosas combinaciones de dicha labor. Fué el verdadero reinado de tapices y banquetas.

El espejo monumental destacaba en la sala en señorial y muy alta consola negra y oro también al igual del marco—y frente al cuadro de La Comunión de la Magdalena ya descripto y que en el espejo reflejábanse. En los testers Las Manolas

de Goya que asimismo conocemos y los dos paisajes cubanos de Cleenwerek: La Pesca en el Caminar a la luz de la luna y La ceiba en San Antonio de los Baños. Una jardinera de vieja encina con bello y delicado tallado de pájaros y nidos en su corteza de rugosos troncos, a más de la astuta y traidora serpiente acechando allí la dicha entre los nidos esparcida; descubría una verdadera pirámide de fingidas flores. La extraña amenaza del áspid deslizado en el edén aquel, como una advertencia permanecía para los incautos que en la terrena felicidad confían. Este mueble encantador y raro con la significación del persuasivo símbolo que mucho llamaba al interior desconsuelo, mediría de extensión y alto algunos metros.

En la consola del espejo, en un trípode de azul con discretos perfiles dorados sosteníase muy elevada “una copa de amor” como ofrendada al cuadro de la Magdalena que en el espejo admirábase. Azul también era la copa y de pintadas y desvanecidas rosas. Y a los lados de igual color, aunque en distinto tono, esbeltas jarras pompeyanas. Mesillas diseminadas en la línea de la pared llenaban espacios vacíos de los testers; una, con ingeniosa y artística embarcación china de marfil por hábil cincel casi transparente, encerrada la vi muchos años en un cilindro de cristal. Era la embarcación de más de una vara de largo y para mí tentador juguete. Esos cilindros resguardarían; pero lo que no mermaban mi entusiasmo! Fué el englobado y cerrado cristal el martirio de mi primera edad; y entonces y después, ¡por cuanto no robaban de estética al objeto que cubrían! Todo encierro quita vida.

La puerta divisoria que al gabinete conducía hallábase adornada con regio pabellón de brocado azul zafiro y una verdadera lluvia de grandes borlas y de cruzados cordones de rica seda; y entre el cortinaje de blanco punto bordado recogido en aros de bronce que de un lado y otro de la pared surgían, entreveíase al fondo muy alto en primer término el cuadro de Las Aguas de Moisés con los israelitas en el desierto y la visión perfecta de destacarse y salirse casi del marco al grupo bíblico en la fatigosa marcha, esparecido como se hallaba en diversos términos de la perspectiva. La ilusión era completa. Y debajo del colosal pasaje las dos grandes vistas de Cleenwerek del Valle; y al pie de ellas el piano, abarcando

do piano y cuadros en un efecto maravilloso toda la extensión de la pared: quedando arrinconadas en los descubiertos ángulos dos altas jarras japonesas de inestimable mérito adquiridas por doña Isabel tiempo atrás a un capitán de barco inglés.

Invadía el alma y adueñábase de ella llegando a lo más recóndito, inefable y legítimo orgullo ante la heterogénea rivalidad de las obras de arte y de escuelas allí agrupadas, la supremacía a su vez muy merecida de los diversos paisajes cubanos y del Yumurí soñador, delatando los lujosísimos marcos la especial predilección. Al elevarse en raudo vuelo el espíritu de mi padre por las esferas del pensamiento, jamás renunció a la amada tierra, como he manifestado, sosteniendo muy en alto lo que contribuyera a enaltecerla en las bellas artes, en el típico baile y en sus nativos cantos que grandemente encomiaba y de ellos gustaba, a pesar de no ejecutarlos. Entusiasta de sus nacientes industrias por primitivas que fueren; ansioso de su agricultura como fuente de sus prodigiosas riquezas; de su cocina genuina y exquisita; interesado en sus reformas para el logro de sus libertades; ganoso de sus adelantos y de su literatura, quería abarcarla y absorberla toda y hasta a sus creencias imprimió el sello de la fe más acendrada. Tuvo este rarísimo mérito: el culto íntimo, secreto, avasallador a la tierra que le vio nacer, llegando a adorarla sin discutirla como hacen muchos con la mujer amada.

Iluminaba con tenues rayos el gabinete la bombilla de cristal de las llamadas *cocuyeras*, llegando la mortecina luz delicada y misteriosa a los paisajes de Cleenewerek del amanecer y oscurecer del Valle... El Meisonier cerca. Y de Chartrand muy próxima una maravilla, una vista abarcaba algunas leguas que el horizonte del cuadro limitaba. Aire, atmósfera: lejanías incalculables. Transparencia infinita, en el infinito allí encerrado. Del árbol que casi llegábamos a asir con nuestras manos, al más allá, había el espacio prodigioso que su arte salva ligero como el pájaro con el mágico pincel y mejor y más breve que el cálculo matemático, lento el procedimiento si se quiere dada la imprescindible graduación de las distancias. Este fué su gran secreto.

Además por todos lados los retratos de familia ya descriptos y el de mi hermano con la hermosa negra Rosa; y precio-



AUTORRETRATO DE ELIAB METCALF

Nació en Franklin, Mass. E. U. de A., en 1785.

(Véase el tomo I, página 331.)

sas miniaturas de depurado arte inglés. Un mueble—etagere o juguetero—cuyo estilo señalaba la fecha de la independencia americana, el 4 de julio; parisiense de origen lucía variados objetos de diversas edades, obedeciendo algunos a la austeridad y sencillez primitiva, como el de la obscura copa de madera lisa *para confites* bordeada de finas y diminutas sartas de cuentas de bronce la torneada tapa, que ajustaba perfectamente a la sólida rosca, cual si fuera de suma trascendencia y exigiera las mayores precauciones de seguridad su delicada misión de haber endulzado, tiempo había, frescos labios de rosa; indicando así sobria y severa, el grave puritanismo de su estilo y de las ideas de su época. La fachada nacarada de algún edificio célebre, resguardada por el cilindro... Y en amplia plataforma la galante escena de damas y caballeros en nutrido grupo, en cumplida y animada visita, sentados y de pie, la actitud reverente, expresivo el ademán; de jubón, greüescos y largas calzas y retorcidos bigotes ellos; de amplias faldas y sombrillas ellas, ocultando el interior de esta fantasía de loza fina, compartimentos por mitad para habanos y cigarrillos. El azogado búcaro.... la jarrilla de bruñida plata. La casta niña arrodillada en blando almohadón, ceñido el gorrito, irreprochable la suelta túnica, tan sólo manos y pies descubiertos; la carilla regordeta y arrobada y muy lustrosa y no muy bien delineada la fresca porcelana de su estructura. Y legítimos broncees de tiempos recientes, firmados: el artístico lebrer, el cazador en actitud expectante tendido el brazo. ¡La solitaria, linda y altiva perdiz! El paciente jumentillo enjaezado por mil cadenas tirando del pesado carro en tendida superficie de reluciente mármol negro. ¡El grupo de graciosos niños unidos en fraternal caricia!

¡Cuánto gustaba yo de esas interesantísimas escenas de la vida real! Natural y espontánea la concepción artística sin ficción ni rebuscamiento alguno, encantábame entonces como siempre, la sencilla realidad; y trataba de hacerlos míos a pesar de la severa prohibición y llevarlos conmigo para engrosar mis nutridas filas de juguetes. ¡Imposible! El excesivo peso del rico metal en su valiosa liga, me quitaba toda esperanza e inutilizaba mi esfuerzo y aun el de un hombre fatigaba.

Y la alfombra como en la sala allí también en el gabinete estaba cubriendo parte del humilde piso, quedando la habitación casi en la penumbra si dos grandes candelabros de bronce muy antiguos, de innumerables bujías, a un lado y otro del piano, en sus columnas no inundaran de luz el recinto. ¡Qué lujo tan sobrio como amoldado al ambiente! Cómo encajaba dentro del cerco aquel, siendo tan espaciosas ambas piezas de este primer cuerpo del edificio, que no se percibía aglomeración alguna. Era perfecta la armonía. Nada discrepaba; nada daba el sutil alerta de las situaciones improvisadas. El mueble más elevado, el de dimensiones colosales, pequeño parecía.

En mi apreciación infantil de las cosas, creía yo como si todo aquello hubiese venido a ocupar su sitio desde mucho tiempo había, desde el principio del mundo — partiendo la era del vascongado por supuesto — y que todo apareció tal como lo veía por mor de alguna varita de virtud, como se dice en lenguaje de hadas... Apreciaban mis ojos una situación remota, estable y por lo mismo creíale muy firme. La vetustez de los muros y el interior donde el tiempo pasaba y repasaba su historia, otra cosa no indicaban y llena de confianza parecíame imperecedera. Justificaba este criterio cuanto me rodeaba.

Mi madre—sombra adorable de aquel pasado—vestía la noche del concierto sencillamente de muselina blanca cubriendo sus hombros un fichú o María Antonieta del más puro estilo anudada hacia atrás en la cintura, llegando al borde del vestido las dos elegantes caídas. Sin joyas ni adorno alguno, como era muy fina y delicada costumbre entonces, en los recibos de la dama, por la modestia del traje hacer resaltar aun más los de las amigas que invitadas concurrían. En qué principios de cortesía, de tacto exquisito; de mutua correspondencia, estribaban las relaciones de la vida social cubana en general. A nada igualaba la proverbial liberalidad y delicadeza. No cesaría nunca de enaltecer el raro y especial distintivo de aquella selecta sociedad de elevadas aspiraciones, haciéndose digna del mayor encomio; que al alcanzar tal privilegio imprimió sello característico a este lugar hospitalario y que a tan lejos llevó la fama del raro encanto de la sin igual cortesanía, de la sinceridad y llaneza, de la corrección, de la caballerosi-

dad, la mesura, unida al patriarcal desprendimiento. ¡Oh! Dios mío, dichosos los que pudieron respirar de este ambiente, de este mundo amable y bello, aun siendo niños! Patrimonio fué del lugar y de la época el inestimable tesoro que poco a poco parece casi haberse agotado por completo.

Mas el concierto empieza ya. Sentóse ella, mi madre, al piano serena y reposada: dió la nota para la conveniente afinación del violín—nota pura, grata, cristalina, al diapason de Viena templada—José White en el centro del gabinete veíase perfectamente desde la sala, y empezó la audición. ¡Qué he de decir? Sublime resultaba. Oberturas soberbias y el notable Poutpourri dejáronse oír. El Poutpourri con sus cantos cubanos, populares, apasionados, espontáneos, bellos entre los bellos. Aun recuerdo aquel que dice con ritmo y cadencia especial:

Ay! que me estoy muriendo
Ay! Ay! Ay! por una mulata
Ay! y se está riendo
Y es, lo que a mí me mata!

La sugestiva pieza donde palpitaba el alma de la tierra amada, con sus secretos, con sus tristezas, con sus errores, con sus deseos, con su significación tan honda, mezcla de quejas, llanto y baile, se hizo repetir.

Después Elodia Díez cantó como el ruiseñor para proporcionar alguna tregua al artista.

Mas luego Isabel Angulo, la notable pianista hizo honor al inspirado compositor español Manuel Fernández Caballero, su maestro.

Y terminó la fiesta. Y algo muy grande con ella también terminó; la paz, la dicha, la brillante posición de sus moradores, perdiéndose con el Steinway y el Stradivarius al unísono la otra armonía inefable que de toda la casona desde tiempo inmemorial, desde su fundación percibiáse.

Y después y siempre parecíame que en la cadencia de esas tonadas de tiempos viejos, oía estas inefables canciones para mi alma, perdiéndose lejos, muy lejos con el recuerdo, el sin igual encanto de aquellos sonos, que con sus ecos despertaban

reminiscencias de otros muy gratos, también más lejos; de cantilenas y pavanas y de clavicordios que cuentan de los abuelos, donde con ceremonia, damas y caballeros pausadamente y con reverencia dichosos ellos también danzaban.

¡Por qué nada arraigará en mi patria! ¡Será debido a la facilidad de sus inexhaustas riquezas!...

TERCERA PARTE

TRISTEZAS

CAPITULO I.

La caída del laurel.— Muerte del Marqués.— El matrimonio de Margarita.— La pérdida de la casona.

Acentuábase por días la melancolía de mi padre. Bien recuerdo aquel malestar que reflejábbase en cuanto le rodeaba.

Su figura ensimismada donde la honda preocupación no se escapaba al más indiferente pesaba a todos, pues venía a ser el semblante del amo de la casa como la señal para el buen o mal tiempo que en ella había de reinar.

Su esmerada educación y sus aficiones elevadas teníanle a salvo de encontrarse solo y le proporcionaban medios de alejarse sin violencia aparente alguna y de reconcentrarse en sí mismo defendido por esas sus avasalladoras aficiones; pero mucho se echaba de ver la mudanza y empezó poco a poco a desmoronarse el embriagador presente dentro del recinto de los antiguos muros que, como una fortaleza ahí legaron los de atrás para abrigo y resguardo de la numerosa y amada descendencia.

En balde resultó la previsión de los hombres de aquel ayer, de los sencillos antecesores con sus viviendas como castillos y sus árboles plantados por sus manos y cuanto más. No se pensó que habíase vivido una super vida, lejos de la realidad y que no era este orden por ellos establecido el indicado para formar grandes pueblos ni grandes caracteres a' pesar de las nativas y sólidas cualidades que en dichos antecesores resplandecieron.

Una y otra cosa que no puedo precisar torcíase desde un principio y resultó que mi pobre padre seducido y arrastrado por aquellas facilidades, muy en contra de paternas orientaciones y consejos, sin preparación alguna, sorprendido, ofuscado, se dejó vencer.

Nunca he podido culparle. Como él procedieron todas aquellas generaciones de cubanos. El mal no estaba en el individuo, sino en el falso concepto de las acumuladas riquezas que más o menos a cuántos aquí vivieron perjudicaron.

Y ocurrió que, callado, muy callado, sin queja alguna, comprendiendo en su estoicismo lo imposible de aunar situaciones imprevistas que arrastraban las finanzas del país, con ideas de integridad que fueron en aquel desconcierto su más valiosa herencia; impotente para dilucidar ambas contradicciones que en sí se debatían, prefirió morir sin aprestar defensa alguna de la más triste de las muertes, que es aquella en que el hombre se resigna y el pesar corroe lo más hondo del pecho, quedando el organismo en pie como algo inútil y enojoso, hasta que Dios sea servido cargar con él.

Y presencié con el alma llena de candor y de risueñas perspectivas la triste e inesperada mutación y como es de la exuberante primavera pletórica de calor y vida de donde escoge el interesado y bien embolsado otoño su mejor cosecha para el despiadado barrer, de hojas, agitándolas en desenfundado movimiento llevándolas muy lejos, como algo inútil y que debe desaparecer; así de aquel arbolillo de mi temprana existencia, arrancó el inesperado infortunio sin aguardar si quiera al fruto o a la flor, hojillas llenas de amor, de ingenua poesía, de dulzuras infinitas, de mil promesas en la infantil confianza y abandono —¡oh! mi Dios, y en toda su lozanía, quedándome del estrago cierta anticipada madurez de juicio, cierta amarga experiencia que no me abandonó ya más por mucho que hice y que sólo se adquiere en el invierno de la vida.

Nunca volví a recuperar mi edén perdido.

Y callada como mi padre participé del silencioso ejemplo.

No así mi madre. Al igual de todas aquellas mujeres que por ley general bien pudieron llamar espartanas y que formaron el extraño caso —o el cara o cruz de la mujer cubana— no se rendía ni se rindió jamás.

Firme, serena, valiente, abnegada; sencilla, espléndida, divina como el torrente, magnífica en su grandeza, rica en la adversidad, aprestábase a conjurar la tempestad que alientos alcanzaba de un gigante; pero oponíase él con la peor de las resistencias, la pasiva, a las salvadoras medidas.

Y por un prurito de honradez llevado a grado tal que fué su más punzante obsesión, por conservar su hasta entonces immaculado crédito, no consintió mi padre en ninguna de esas transacciones en las componendas de los negocios que se enredan y entregó sereno, sin dilación alguna, el flamante cuerpo de bienes para que de él se cobrasen los que por el mal rumbo que tomaban las cosas en el país o por su ineficacia pudieran aparecer burlados. (1)

¡Qué bregar aquel! Y sucedió que había de prevalecer la nunca desmentida autoridad del dueño y señor.

La ruina nos envolvió: ruina salomónica que algo muy remoto parecía desprender y empezó la cruel desolación de esta clase de desastres.

La desbandada de los criados dejaron desiertos los enormes patios, desapareciendo con ellos mi mundo alado. Las pinturas como fantasmas fueron descendiendo de las paredes donde quedaron los solitarios clavos en el espacio de perceptibles claros. La mayoría de los muebles tenían tristísima y venerable significación. Todo moría. Moría, sí, anticipándose al último suspiro de aquellos sus actuales poseedores que sufrían las consecuencias de las situaciones que finalizan ya por agotamiento que implica miseria de cuerpo y alma, ya por el dolor que sabemos es camino por donde más pronto nos enfrentamos con Dios.

Pero ahí quedaban los libros. ¡Ah! Los libros allí estaban: serían los últimos en abandonarnos los incomparables amigos; como así fué.

Presentíase la pérdida de la casona con esa solemnidad con que se preparan los grandes acontecimientos, que llevan

(1) Esta situación que describo la pinta mejor que yo, Nicolás Heredia, en un artículo cuando la muerte de mi tío Francisco —ligados ambos hermanos como estaban en intereses comunes.— Dice: "Reveses innumerables de la suerte y también un exceso de pundonor inspirado en el noble deseo de salvar su intachable reputación aun a costa de la fortuna, le llevaron a una situación difícil que hubiera aterrado a otro hombre no tan bien templado para la lucha. Recuerdo que una vez me decía hablando del triste episodio en que voluntariamente dió la espalda a sus riquezas: "Yo soy el Avendaño de O Locura o Santidad; un loco que tiene tranquila la conciencia." Y se expresaba así con impasibilidad parecida a la de Régulo al despedirse del hogar y de la patria para volver al destierro y a la muerte...."

en sí, significación profunda —la adorable casona con sus enramadas, con sus arquerías, sus pisos grises, sus ladrillos rojos, su alero gacho donde parleras aves revoloteaban...

¡Ofrecido el amado inmueble con lacónica palabra en la fría antesala de un juzgado al mejor postor! Mas nadie acudía, nadie respondía. Lo que nos daba tiempo para allí continuar y resolver. Algo muy triste había de ser en la pavorosa incertidumbre. Inolvidable la angustiosa pesadilla que aun me tortura.

Murió el laurel. ¿Comprendería el laurel? Porque un huracán no muy violento, después de haberlos resistido desastrosos, lo derribó como a su dueño. El gigantesco árbol no pudo desafiar al cicloncillo y sólo parecía reclinado sobre los muros de la mansión amenazándola seriamente: no tenía espacio suficiente donde abatirse y desplomarse. No quería vivir, bien se veía en esa misteriosa correspondencia que se enlaza y preside a los grandes acontecimientos en la urdimbre de pavorosos hechos.

Diligentes los esclavos con cuerdas, parales y escaleras volviéronle a izar. Erguido o más bien sujeto estuvo por las fuertes amarras que al parecer lo equilibraban. Empezó a amarillear la frondosa nube para convertirse en espeso alfombrado; hasta que al fin cercenaron su tronco dejándonos el desolador vacío de su sombra y de sus pájaros.

Fué más feliz que mi padre. No tuvo él tampoco espacio dónde abatirse, dónde desplomarse rendido como todos los abrumados de esta vida y sostenido por las fortísimas ligaduras de la fe y de las verdades eternas poco tiempo le sobrevivió hasta que el Dios de los buenos se apiadó de él. Pero antes el lento martirio había de restarle su savia y su salud como al laurel.

Murió el Marqués. El dolor no viene solo: es cuenta de piadoso rosario que hay que glorificar una a una. La mala nueva fué golpe inesperado y certero.

En una de sus sempiternas cacerías y en mortíferas lagunas de los alrededores de Cienfuegos contrajo el terrible tabardillo que sólo horas de vida le regateó y siguiendo inquieto y animado por vez postrera, con altísima fiebre las peripecias de fantástica cacería y en el atroz delirio de la última jornada y

muy intrincado como al parecer se hallaba en alguna espesura, llamaba a sus lebreles para el olfateo de la pista y entre ruidosas carcajadas —aun muriendo de buen humor— articulaba mi nombre con dulce voz!

Comisionado por mis padres uno de mis tíos, a Cienfuegos el joven voló, tarde ya, porque ni el entierro pudo alcanzar.

En la liquidación final de esta existencia, hállase unida a la alteza de miras grandes favores otorgados y simpatías por doquier y el buen recuerdo que de él conservaban los hijos del país por su tacto exquisito y don de gentes; ya que como funcionario público fué tan íntegro en el desempeño de sus cargos en la carrera judicial, que la única herencia que pudo haber legado hubiera sido la de sus lebreles. No dejó bienes de fortuna.

Guardo de mi noble amigo, del intachable caballero, de este hidalgo español recuerdo imperecedero a más de sus cariñosas cartas en timbrado papel en donde en blasonado escudo aparece escrito el microscópico lema en latín, al cual jamás desmintió y siempre hizo honor de *Habitaculum excelsis posui*. “Mi casa (de Isla) puse muy alto.”

Y elijo de esas cartas una a mí dirigida por mis natales donde en festivos renglones dice: “Coquetilla insigne: Toma esos pendientes y ese anillo, no nupcial, para que hagas con ellos todas tus monadas. Gran pena me causa de no ser yo mismo el portador, como pensaba; pero, hija mía, los hombres públicos... tú no entiendes de eso. Pónme a los pies de tu excelente mamá, saluda en mi nombre a toda la reunión, dale también en nombre mío un pellizco a tu hermano y primas, y recibe un beso de tu *Marqués*.”

El matrimonio de Margarita, sin saberlo yo, no se hizo esperar. Tenía también que suceder: era modesta y muy hermosa. La suerte despiadada me robaba la sin igual ventura antes concedida sin tasa ni medida. Con la mayor rudeza y como cruel anticipo comenzaban para mí las lecciones de esa ciencia del vivir cuyo aprendizaje es tan caro, pues sin cataclismo alguno que lamentar y que justificar pudiera el sensible cambio y algo el ánimo inclinara, basábase su iniciación en sucesos lógicos y al parecer muy razonados: la muerte y el matrimonio y el cambio de posición.

¿Pero yo, yo? ¿qué entendía de eso? El Marqués y Mar-

garita eran míos —él me lo había dicho muchas veces— ¡y por qué me los quitaban? ¡Por qué no volvería a verlos? Fuente en el querer y salvaje aun esgrimía sobre mí el destino los latigazos que tanto doman —que el impulso selvático es cosa muy difícil de extirpar en el cubano, a pesar de su natural pacífico.

A una y otro los buscaba después de la tristísima realidad con el amante corazón hecho pedazos. Apasionada y vehemente por naturaleza ¡y callada y adolorida por necesidad, amparada desde que nací por la disciplina del deber, disimulado el dolor exteriormente; desencadenada fué la tempestad de mis contrariados sentimientos. ¡Qué hondo el sufrir y por lo mismo cuán oculto el padecer! Y adquirió entonces la crisis forma desoladora aun con la mejor salud y de ella padecí horriblemente convertido en páramo mi interior.

Mi incomparable Margarita inspiró a un compatriota el sincero sentimiento que comenzó en mutuas simpatías, recordando yo que, cuando salíamos de paseo, al penetrar en la barriada de Pueblo Nuevo ordenaba Margarita al calesero detener el carruaje en una fundición denominada “El Oriente”, que en la calzada había y aun existe; y que un hombre, oficial al parecer, instantáneamente apartábase de las fraguas cubierto con largo mandil a trechos ennegrecido y que, con fuerte mandarria en la mano y una carta en la otra, sin hablar palabra, con semblante sereno, serio e impenetrable al carruaje se acercaba, entregándole la misiva a Margarita, que ella cambiaba por otra que en el seno ocultaba. Terminando la rápida escena con el continuar viaje del quitrín y un beso furtivo que turbada depositaba en mi frente, acariciándome con fuerza y mayor ternura.

Y con esa precocidad de las niñas de por aquí, que no sé por cuántos motivos afirman que es tan prematuro el fruto, decíame para mis adentros con incipiente malicia, siempre que esto ocurría: “Maggie tiene novio.”

¡Qué era un novio? ¡Dónde había visto yo un novio? En ninguna parte. Pero sentía con emoción que era su novio. ¡Un novio! ¡Ideal femenino que desde casi al nacer adivinamos o presentimos! Es, él.

Y después muy pocas veces más volví a ver al amigo aquel, que así me dijeron era, sentado a su lado en la sala de mi ca-

sa... De rostro atezado, negros cabellos, ojos azules, grueso mostacho. ¡Qué inusitado todo! Hasta que una tarde inesperadamente me advirtió mi madre con estudiada indiferencia, que Margarita se casaba aquella noche, que no podía atenderme y que me portara bien.

Quedé anonadada. Nada comprendía de la frase del casorio, pero nada bueno tampoco esperaba. Empezaba a desconfiar de cuánto me rodeaba.

Era martes de carnaval. Se me vistió con un traje de fantasía que lucí en el paseo, adonde concurrí con mis primas y por vez primera sin Margarita —íbamos solas— colocándoseme en el carruaje en medio de las dos con cariñosa protección y por ser la más pequeña de las tres iba de “rosita”, que así llamaban a la que en el quitrín sentábase en la banqueta que destacaba en el centro del asiento superior y que sólo la infancia y la juventud tenían derecho a ocupar.

También por primera vez antes del paseo había comido en la mesa de mis padres.

Al regresar al caer de la noche me sorprendió la interminable hilera de volantes frente a mi casa. Ya había alguna concurrencia formada por las criadas blancas de la familia, británicas todas, pues ellas tenían su sociedad que resplandecía por la austeridad y seriedad de costumbres. Todo en estas mujeres resultaba diáfano y ordenado, sencillo y serio y hasta su día de recibo señalaban a la semana; con entera independencia por prestarse las espaciosas viviendas, reuníanse con la mayor moderación en determinada casa de las que servían y hacían su tertulia a prima noche en la que saboreaban con sus amigos, entre sorbos de té, riquísimos cakes por ellas confeccionados.

De estas ventajas disfrutaban sin salirse de su condición; aunque criadas, los trabajos rudos dependían de los esclavos, así es que ellas desempeñaban otros más fáciles y adaptables. Después —¡por qué no confesarlo!— cuánto eché de menos el refinamiento aquel, ¡que como la cera amoldábame a él! Sin presumir siquiera que pudiera existir la austera advertencia con que la religión nos despierta al significarnos de que hay que temblar cuando todo nos salga bien. ¡Oh! mi Dios, y con qué razón al condenar la molición del alma, el enervamiento de las facultadas por higiene tan inadecuada.

Desperté, sí; pero de tal modo penetró el nocivo bienestar que aun hoy se resiente mi ser del embriagador ensueño...

Disfrutaban estas criadas de habitaciones particulares completamente separadas —aisladas—, mesa aparte servida por los esclavos. Mas ellos las querían bien, y ya dije que hasta gracia les hacían considerándolas siempre *pájaros raros*. Y como no podían llamárselas institutrices, aunque tenían mediana instrucción, ni confundirse con la vulgar sirviente; era un término medio activo y favorable que bien se adaptaba, mostrando con el buen ejemplo su eficacia y haciendo insustituible su valiosa cooperación.

Y quizás si debido a esta manera de conducirse muchas de ellas hicieron magníficos matrimonios, algunas con ricos comerciantes españoles, siendo después correctísimas y muy finas y comedidas señoras.

Mis padres eran los padrinos de la boda, oí decir; hasta que entre sus compatriotas apareció Margarita envuelta en blanca nube. Mr. Wooldrich, bien recuerdo el nombre del sujeto vestía de negro y se conservaba a respetuosa distancia. Era un hombre puro, laborioso, de las mejores referencias, digno de ella. Al verme Margarita hacia mí corrió, y con los ojos llenos de lágrimas me besó muy conmovida. Blanca, inmaculada, coronada de azahares. Su tocado de sencilla muselina inspirábame admiración y arrobó.

Nada le significó. ¿Para qué? Si aquellas galas muy modestas en verdad, debo consignarlo, y para mí tan desusadas, más extraña me la hacían y más alejábanla de mí. Y el Mister que allí estaba, ¿qué hacía? ¿qué papel componía? ¿Con qué derecho quitábame mi supremacía? ¡Los celos o el recelo y el tierno corazón hecho pedazos!...

Fuimos a la boda. Al llegar a la iglesia y descender del quitrín mi madre, ella y yo, juntas como habíamos ido, pude notar que algunas máscaras mezcláronse a la concurrencia y con ella penetraron.

No pasamos de la sacristía obscura, húmeda y fría; allí se verificó el enlace. Sólo el farol de la entrada algo alumbraba y los cirios que al pie de un Crucificado en un altar muy antiguo que ocupaba un testero, débil claridad escasamente difundían.

Mi curiosidad no tenía límites.

Presencí por vez primera con asombrados ojos la interesante ceremonia. Mis cándidos oídos escucharon la colosal y breve epístola elegida por el catolicismo como carta fundamental donde se puntualiza y ordena la mayor de las felicidades, de una felicidad que hay que ir libando y que no es posible apurar de un trago. Avida la humanidad de ella en inextinguible sed y donde el amante lazo elevado a sublime sacramento y así consagrado por Cristo en inmortal prueba de amor con innumerables gracias, si alguna deficiencia pudiera ofrecer para sus detractores, sería la de no estar esa humanidad por sus excesos y flaquezas bien preparada para recibirlo.

Ennoblecida la emocionante escena del Paraíso, difundida así la intensa poesía del complicado argumento que dinamiza de la legendaria, hermosa y arrogante pareja que tanto a los niños interesa, revolviase y fijábase en mi cerebro, sin saber por qué, el recuerdo de la primera lección con la fatal desobediencia y de la primera lámina de la Historia Sagrada del Abad Fleury que era el libro de texto.

Terminó el sacerdote su liturgia y ceremonias, que por ser yo tan pequeña apenas alcancé a ver ni a comprender. Ella se volvió para mirarme y dándole el brazo a Mr. Wooldrich, con él subió al carruaje, esfumándose a mis ojos la amada aparición.

Tomé la mano de mi madre. Silenciosos desfilamos. Decayó el interés. No hubo tiempo ni oportunidad para las naturales expansiones, dado la índole de los contrayentes y ser entonces el respeto cosa muy de guardar. ¡El respeto! Sostenido por la esclavitud a todas horas, bien es verdad, que ni un momento prescindíase de él, alcanzando a todo y a todos su inapreciable influjo.

Ni una palabra dije entonces ni después. ¡Oh! cielos que pena para mí aquella que al estilo de mi padre callada y destrozada soporté.

Al llegar aquí obscurécese algo la visión que del pasado conservo. En las brumas del olvido divisó a Margarita en la casona al lado de su esposo e invitados, todos de pie alrededor de una mesa participando del obsequio que a ellos ofrecieron mis padres a quienes también me parece ver; y sin poder más

precisar evapórase el recuerdo de la boda como pesado y angustioso sueño, porque probablemente me quedaría dormida.

En la dolorosa crisis —que el hábito en ciertas vidas supone segunda naturaleza—, vino mi madre con su delicadeza innata y su tacto exquisito a redoblar sus cuidados y efusiones, hasta que consciente del trastorno que en mi verificábase por el cambio radical, alteradas mis costumbres como estaban, me permitió a los pocos días visitar a Margarita.

Allá en Pueblo Nuevo, en una casa de huéspedes o boarding de extranjeros y en una calle traviesa, residía. Era Pueblo Nuevo una barriada semicosmopolita, llena de americanos, ingleses, alemanes y franceses que hacia allí atraía el movimiento fabril de los ferrocarriles y sus talleres.

¡Cuánta animación! ¡Cuánta vida! Las fundiciones con sus humeantes chimeneas veíanse a un lado y otro de la calzada, atravesada ésta de paralelas que grandes wagones o carros cargados de bocoyes obstruían, interrumpiendo el tráfico de los vehículos. Las negradas de los almacenes, desnudos de cuerpo arriba, sudorosos, compartían las maniobras, cruzando las cuerdas o cadenas o guiando por el narigón un niño a pacientes e inofensivos bueyes que tiraban de las plataformas que sobre los railes escurriánse y que con largas varas trataban ellos de avivar entre el indiferente enjambre de abejas meciéndose éstas adormecidas y empalagadas sobre el negro fango de carbón y miel.

El ruido de las locomotoras que iban y venían; los pitos de las máquinas, el sonar de sus campanas, el denso humo que el cielo oscurecía y carros y volantes que transitaban en alegre confusión. Era esto un mundo que no sin razón hacía suponer la actividad azucarera de la rica provincia.

Allí residía Margarita entre extranjeros que formaron la nutridísima y honorable colonia, muchos de ellos aquí establecidos de tiempo atrás y que al constituir un hogar esos hombres firmes, buenos, inteligentes y honrados dejaron descendencia muy estimable y conocida brillando en nuestra sociedad por distintos derroteros. Mas ella y Mr. Wooldrich fuéronse a una plantación de las Carolinas, adquirida con los ahorros de ambos. ¡Y nunca más volví a verla!

Se suprimió por economía la plaza de Margarita inmediata

a mi persona. Adquirí más libertad, y juiciosa como era redoblé mis prolongados paseos seguida siempre de mi pájaro y mi perro por la solitaria casona, y donde aquel pasado me hablaba muy quedo al oído. Voces lejanas llegaban a mí de aquel mundo que formó la simiente de la hermosa ciudad donde me encontraba. Todos ellos me rodeaban y yo sin saber los comprendía.

Cerradas las habitaciones por innecesarias y por la falta de criados, algunas destartadas y otras con muebles de significativa austeridad, todas inmensas, olorosas, dejando en los ámbitos el elocuente recuerdo de otra vida, de otros seres, de otras costumbres y de otro misticismo que aspiraba yo con fuerza, donde estaban las imágenes según la predilección por manifiesto culto que bien se descubría.

Tímida y religiosamente iba acercándome... Allí en la penumbra alineadas estaban, carcomidas algunas, descoloridas otras, desprendiéndose de ellas ese olor que resta de las cosas que inciensadas fueron entre cirios y oraciones en el más alto grado de fervor con el sello indeleble de los años; de ese olor de antigüedad que también alcanza a los humanos, aun a los más lisonjeados y que despierta la carne vieja por muy venerada, acariciada y aseada que ella sea.

Una antiqüísima e Inmaculada Concepción con áspera y polvorienta cabellera negra y su rostro celestial completamente vidrioso y obscurecido dejaba ver en los deslucidos pliegues del azuloso manto la recta vara que sostenía la hermosa cabeza y los cruzados brazos y que así descubriase entre los colgajos, sin el cuerpo que yo buscaba para revivir mi fantasía y acallar mi desengaño. Debí haber alcanzado la extraña escultura o maniquí remota edad, uniéndose a la manifestación de un arte que alboreaba y que muy bien acogido y venerado fué por aquellos sencillos habitantes de aun más sencilla fe en la Matanzas primitiva.

Cerca, otra, austera, descarnada con ropón de estameña ceñido por cordones; rostro amarillento, tristes ojos, doblada la cerviz, rendido el ropaje, agobiado de mortificaciones y humildad, macerada la figura de un pobrecillo San Francisco en gran auge en el pasado la provechosa devoción de tanta man-

sedumbre, según estimó el Obispo Espada al encontrarle en una visita que a Matanzas hizo, "huérfano de su culto"...

¡Jarras de plata oxidadas por el tiempo y ramos por doquier de flor de trapo, diademas virginales, artísticas coronas de arte gótico de similor y pedrería! El abandonado infolio que Biblia me parecía; los libros de rezo diario —de doña Isabel, incontables Novenas, antiquísimas, Novenas algunas de Mamá Señora que las hubo de sus abuelos don Ignacio y doña Gregoria, los moradores del Castillo— piadosísimos creyentes que pertenecían en votiva escala a la Hermandad del Santísimo Sacramento, alcanzando singular predilección y riqueza la venerada Archicofradía de cuyos fundadores fué don Diego García de Oramas, que ya conocemos entre los primeros vecinos de la ciudad y a la vez como antepasado de doña Isabel.

De esas Novenas, además del particular mérito con que el alma religiosa las distinguía ¡cuánta joya bibliográfica por otro lado! para los antecedentes de la imprenta en Cuba y que según oí contar y lamentar, el día de la muerte de la respetable señora en arranque de triste y filial complacencia y de doloroso estravío tal vez, colocó mi tío Francisco las predilectas con innumerables medallas en el sarcófago de la muy piadosa mujer que fué la autora de sus días...

La urna de San Carlos Borromeo el Santo Patrono, sin el glorioso Cardenal de Milán, que bondadoso siempre, consintió en ser trasladado desde hacía años a la Parroquial para no presenciar sin duda el doloroso derrumbe de la casona, donde iba su culto no sólo unido al entusiasmo de Taita y Mamita, sus primeros y privilegiados guardianes —honor muy señalado— sino también a los votos y entusiasmos de todo un pueblo a él consagrado, ¡mi Matanzas adorada!

Arcones inmensos, claveteados, de piel algunos y donde ásperas cerdas aun adheridas me lastimaban al rozar las manos... Cofres cerrados que trataba de abrir, logrando percibir con el esfuerzo el hálito sepulcral, húmedo y frío de las cosas que fueron.

Sentía el poderoso grito de todo aquello, a la vez que el tenue soplo por mí frente de alas santas y misteriosas, susurro de suspiros, ruidos extraños; hilos de luz veía que escurriéndose por la rehendiya dibujábanse indecisos en el pavimento...

De allí salía trastornada, ébria... Fuera me esperaban pacientes mi pájaro y mi perro.

Un día penetré en la Biblioteca como tenía por costumbre y sorprendí a mi padre, al parecer más triste y abatido, en doloroso aislamiento y abandono. Silenciosamente retrocedí para salir y me detuvo.

—Te gustan los libros—me preguntó.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Pues bien, lee éste—me dijo, entregándome maquinalmente un volumen rojo y dorado que de un estante sobresalía.

Sabía yo leer de corrido; pero todavía no entendía lo que leía, lo recuerdo bien.

Y tomando en mis manos el flamante volumen en cuya lectura pasé abstraída algunos días sentada en los patios, que bien pudo él apreciarlo, recorrí las páginas de "Las tardes de la Granja".

Volví a la biblioteca a devolverle el libro y me entregó otro no tan bello exteriormente, obscura y muy sobada la cubierta. Eran "Los cuentos de Mamá", que la misma suerte que el anterior corrió en mis entendederas.

Torné a la devolución hasta que al fin un otro libro "El Quijote de los Niños", igualmente entregado por él, y esta vez con cara muy jovial y placentera, que en su semblante marchito por el dolor, aun más resaltaba la sonrisa y la expresión piécarsca que fué en él simpático y muy peculiar atractivo de sus mejores días; abrió la serie de la muy sabrosa y seria lectura con que interesó mi infancia, rasgando el maravilloso personaje el velo que la edad permitido había.

Fué tanto el inesperado cambio, que por ahí penetró la afición subyugadora. ¡Hechicero inmortal!

Después lo reemplazó "El sí de las niñas" de Moratín y más luego el paso de "Las aceitunas" de Lope de Rueda, que a estimular vinieron con los anteriores aperitivos mi apetito de estos manjares, y que con la alegría del despertar del hambre y así conducida, poco a poco pude darme cuenta y por intuición más que nada, dados mis pocos años, de esa España literaria donde mi alma penetraba y que era para mí la artística y monumental.

Al fin venció el plazo que señaló judicialmente el proceso

de la casona. Adjudicada fué en tercer remate por mucho menos de su avalúo. Resultaba aquel palacio el elefante blanco, difícilísimo de guardar y sostener por la numerosa servidumbre que exigía.

Un mes se invirtió en la mudada, desbordándose en casas, amigos y en las de los antiguos esclavos fieles criados su contenido; vaciándose en el desastre el arrastre intacto de arte y vida en horrenda profanación.

¡Qué espectáculo aquel que aun me atormenta!... No acierto en semejante trastorno. Las obras de arte diseminadas, amontonadas puede decirse, expuestas, pues es de tal naturaleza el clima, que poco resisten, y por lo tanto muy difícil de conservar, ayudando lo más insignificante a su deterioro. No perduran. Llegando a ser en todos sentidos verdadero estorbo, porque todo parece conjurarse para su arraigo en un país donde no caben y donde no obtienen demanda alguna, pues la caña de azúcar tan sólo invade el monopolio de los mercados.

Esta magnífica colección de mi padre que tal admiración despertaba, si hubieran existido museos en la isla, tal vez el Gobierno hubiérase interesado en adquirirla con este fin; pero el Gobierno estaba muy lejos, en museos no se pensaba y nada ni nadie puede quitarle a un país sus tendencias y finalidades que aun hoy día, ya tan lejos y tan a tiempo todavía de reaccionar, han seguido y seguirán siendo siempre las mismas.

Así fué que disuelta la galería, todos los cuadros retornaron a Europa— no se intentó por otros de los privilegiados de la fortuna el impedirlo; y algunas pocas de esas joyas que aquí quedaron, al fin se resintieron del clima que despiadadamente injuria al arte, a tal extremo, que hasta el muy respetable y resistente mármol de los cementerios pulveriza.

Por eso creo con sinceridad que no puede prosperar el elevado sentimiento de la pintura ni culparse de ello al cubano, que, sólo con entusiasmo cultiva la música, en ellos tan poderoso y espontáneo don como el cantar de los pájaros.

Después seguí anhelosa la suerte de esos cuadros que tanto amé. Casi todos retornaron a Europa, dije, y ya sabemos de los pocos que aquí quedaron.

¡Con cuánta fuerza latía mi corazón cuando inesperadamente encontraba alguno en determinada visita o estableci-

miento! ¡Subyugada por el incesante culto y por el imperioso sentimiento del recuerdo, mi alma los saludaba ardientemente, electrizada!... Mi alma volaba a ellos, descubriendo detalles que me eran familiares, como acontece con los seres amados que, en cualquier ademán o en rasgos peculiares, apreciamos el todo a que nos arrastra la ternura.

Y el interior martirio de verlos en poder de indiferentes, de algún adinerado, sin conciencia de lo que para mí suponían aquellos pedazos de mi corazón.

De este pasado, de esta grandeza recibí martirio interior inenarrable, e igual me acontecía con las joyas de mi madre —¡tan artísticas!— no por codicia ni vanidad, sino porque en todo aquel mundo puse alma y vida, más de lo que puede suponer el derecho de propiedad. Que suelen estas cosas excepcionalmente bellas arrastrar el ánimo y la voluntad.

El día de nuestra partida, no por muy esperado menos temido, mi padre a hora temprana, casi de noche, abandonó la casona. Desde hacía mucho tiempo el infeliz no conciliaba el sueño, y por eso volaban los frascos de cloral, siendo este atroz desvelo su mayor martirio, por lo que en su biblioteca pasaba muchas horas de prolongada vigilia.

Y mi madre, mi hermano y yo allá permanecimos hasta por la tarde para disponer los últimos detalles, una espléndida tarde del mes de junio en que el sol como en apoteosis final nos la alumbró por vez postrera, para que desierta como estaba y llena de luz y de idealidad la conserváramos mejor en el recuerdo.

Tenue onda de amor vibraba en la naturaleza, deslizándose por las barandas, resbalando en los pisos, escalando, muros, comunicándose a los arcos, sepultándose en los sótanos, trepando por las ventanas, posándose en el alero, subiendo a la enramada que ya cubriese de flores. Que tengo para mí que todo siente en este mundo. El céfiro suspiraba. Y mi sollozo ahogué por tanta desventura y belleza tanta y a las flores me acerqué tomando algunas, que como memoria en blanda almohadilla aun conservo. Seguíanme pausadamente Pancho y Lyon.

Nada en lo humano mitigar podría aquel dolor inmenso

que con solo evocarle se renueva y del cual dependió la especialísima apreciación que después concedí a mi pobre vida.

Mi madre lloraba a mares. Con ella nos arrodillábamos a un lado y otro en cada habitación que iba cerrando, para murmurar la breve oración que unidos repetíamos, pues tormento espantoso debía ser la impuesta resignación en aquel carácter entero y varonil!

Mi hermano inclinaba la cabeza: yo nada decía, que siempre fuí así en los momentos supremos, considerando más que inútil la palabra que ha de expresar la inútil queja.

La flor de nuestra vida dura un día,
Como la rosa en el jardín pintada;
Abril sucede a la estación más fría,
Pero no vuelve nuestra edad pasada.

Torcuato Tasso..

CAPITULO II

Más tristezas...—Mi colegio.—La autonomía.

La casa que ocupamos nuevamente estaba situada al vol-tear de la esquina, en calle traviesa, pues habíale significado mi padre a mi madre sus deseos de no abandonar aquellos sitios. La fidelidad le ataba al lugar. Un resto de amor, de amor muy grande sujetábale, que no fué posible violentamente desatar.

En nuestro refugio todo faltaba. Carecíamos de espacio, de ventilación, de luz. Los muebles oprimidos, unos sobre otros, alcanzaban a los techos, abriéndose una especie de camino o pasadizo para transitar. El patio trazaba un perfecto cuadrilátero de elevados muros, dando acceso de un lado y otro a una sola habitación. El altísimo puntal de la vivienda nos facilitaba el poder acumular los muebles en montañas, que hubieran abarcado ellos gran capacidad superficial, de la cual no disponíamos y vaya lo uno por lo otro en situaciones desesperadas; y aun los que no estaban hacinados a muchas familias alcanzaron.

Las otras dos habitaciones que tenía la vivienda salían a la sala y a la saleta, recibiendo claridad de un tragaluz. Las demás dependencias eran las indispensables, con un salón para escritorio, donde los libros en pirámides llegaban al techo, y que hubo de cerrarse porque desbordábanse por el hueco de las puertas, enfermando todos de *hidroemia*. De allí salieron con doble volumen del que tenían —que ellos padecen males muy grandes y contagiosos.

¡Los amados libros! El delirio de mi padre y de alguien más. Por todos lados punzábame algo, pues son ciertas penas fecundas en demasía.

Así nos instalamos. Varios esclavos, excediendo, tal vez el número, no nos quisieron abandonar, desearon acompañarnos y con nosotros corrieron la tempestad. Servidores leales, e inolvidables, pacientes, sufridos, abnegados.

¡Ah! me olvidaba de un estrecho corredor en un alto que al fondo de la casa había y que ocupábamos mi madre y yo. Daba salida el corredor a una hermosa azotea que abarcaba todo el plano de la casa y que fué para mí de gran necesidad y consuelo. ¡Cómo me deleitaba la contemplación del cielo y quizás si de ahí veníame más intenso el recuerdo de la casona y del edén perdido!

A la semana de estar allí instalados murió Lyon. En los comienzos del verano era sofocante el calor y en aquel patiecillo sentíase insoportable, y el noble animal sucumbió del vómito negro y de tristeza. Se desplomó como el laurel: sin espacio suficiente, tendido en tierra mirábame sumiso con aquellos ojos inteligentes y tristísimos, interrogadores sobre el doloroso cambio; porque fué de tal prodigioso instinto que cuántas veces en la casona de noche quedaba en la calle, cerrada la puerta, recogidos ya sus moradores, que de él no se preocupaban porque sabían que, gravitando en las patas traseras, er-guía-se, y apoyando en la puerta las delanteras, con la cabezota sacudía repetidas veces el aldabón, que en el silencio de las altas horas retumbaba, abriéndole respetuosamente el portero, que de ello tenía orden.

Era el can de Terranova todo majestad. A mi lado ni un momento olvidaba la excelsitud de su raza. Sereno y fiel protegíame y si algo me hacía huir, como una fiera lanzábase sobre

el peligro para que a mí no alcanzara. Sufrido en mis antojos, abrumábalo yo a mandados de aquí para allá con esa impertinencia de la edad que a prueba pone la mayor paciencia, tomando los juguetes delicadamente con la enorme y resistente boca.

A los tres días le siguió Pancho y de igual melancolía. Mi pobre pájaro dormía en la sala en un lugar que el mismo había elegido, cerca del techo, trepando con el pico en los hacinados muebles, saludando cortesmente al llegar con el prolongado y peculiar gargarismo, echando hacia atrás la cabeza y largo cuello que tocaba con la cola, a los que al pie de él resultábamos tan lejos. Era evidente el signo de satisfacción y alegría al alcanzar la copa del extraño árbol... ¡Qué pensaría del "sálvese el que pueda" que resultaba del desolador conjunto!

Por lo que mi padre en dolorosa fruición parecía experimentar amarga complacencia en la obsesión de una extraña honradez —que así esta idea le aniquilaba y consumía.

Fué Pancho caprichoso en vida. Tenía sus reñores y entusiasmos. A Lyón y a mí nos quería ciegamente. En nuestros juegos ayudaba en el traslado de los juguetes, sirviéndose del encorvado pico, con él hacía presa en el vestido de mi muñeca arrastrándola hacia donde yo quería. Juntos paseaban. Unidos dormían.

De la numerosa grey, que como bandadas de golondrinas a veces me acompañaba por aquellos patios de la casona, seguían ellos el retozo; pero ¡oh dolor! desde el primer momento había cobrado Pancho inexplicable ojeriza a una de mis primas, a la predilecta mía. ¡Cuánto me hizo sufrir planteándome un complicado dilema! No la quería y nunca pude conseguir que la quisiera. Hacía poco honor a sus sentimientos estéticos, porque de todas era María la más bella.

Así es que la pobre niña no podía compartir nuestros juegos, de los que resultaba él, Pancho, el mayor aliciente, haciéndose indispensable, corriéndonos detrás y acompañándonos como un buen y travieso camarada, que a veces engañábamos; mas tan pronto descubría a María en la desbandada, hacia ella volaba con la fiera y encarnizada saña del ave de rapina.

Este resentimiento le guardaba, y cuidado que la bonísi-

ma niña nunca se acercó a él y jamás le hizo daño. Pero vaya uno a penetrar en el corazón de un pájaro, cuando el del hombre tiene también inexplicables prevenciones y reveses, que la religión y la educación modifican y transforman, mas sin poder destruir la detestable y oculta inclinación, por mucho que la desprecie el alma que la abriga. ¡Sería Pancho capaz de estar celoso?... ¡Pues ya dije cuánto nos queríamos la niña y yo! Era muy raro. Se alimentaba de carne cruda.

Volvamos a mis jornadas de dolor. Sin mi pájaro y mi perro, mis amados compañeros, y sin espacio para mis acostumbrados paseos, sentíame tan oprimida que, de natural expansivo y de gran ímpetu y querer, hícame violencia grande, reconcentrando toda aquella fuerza impulsiva en un cariño impetuoso e inmenso que a mi madre me llevó, para allí refugiarme y no morir.

Y ella, sumisa al plan trazado por mi padre de nada intentar hasta que "los negocios no se arreglaran y quedaran los acreedores satisfechos en sus créditos", porque habíanlo así determinado su hermano Francisco y él al estar, como ya dije, ambos hermanos ligados en intereses comunes; no tenía, pues, que intervenir por ser entre ellos valor entendido: cosa resuelta.

Mas ella no podía permanecer en semejante inacción y conformarse con aquel hábito de muerte que llevaba trazas de acabar con todos. Criminal hubiera sido permanecer indiferente, y sobre sus hombros echó la enorme carga y empezó poco a poco a reconstruir lo que con el cambio habíamos perdido.

Mi padre hubiera recurrido a su carrera, a sus sólidos prestigios, a su profunda cultura, percibiendo retribución por interesantes escritos que publicábanse en los diarios de la ciudad sin firma o con el seudónimo de *Pancho Día*; pero en su abatimiento real y verdadero, nada levantaba su espíritu. Adivinábase ya el principio de su fin.

Y desde entonces fué indiferente a mi madre cuanto en la vida atrae y seduce, a pesar de haberse visto de ello muy rodeada, consumiéndose en inextinguible afán por el mejoramiento de su hogar y por amor a sus semejantes, su mayor desvelo. Y comenzó en plena juventud como se hallaba el retraining, al que jamás renunció ya. Sencillamente vestida,

limpísima, siempre en traje de casa completamente liso y el cabello invariablemente recogido sin seguir moda alguna, de una nitidez exagerada toda su persona, aun la contemplo, y más amada me parece su figura, que con las deslumbradoras joyas y galas parisienses.

Problemas muy arduos la ocupaban, a los cuales serena y abnegada hizo frente. Uno de ellos el de nuestra educación, cumpliendo hasta proporcionar a mi hermano su carrera y a mí la mejor que hubiere.

De la pasada opulencia mucho quedaba, y de ella vivimos. que es cosa la opulencia que nunca acaba y de la cual jamás, a fuer de agradecida, he podido pensar y decir cosa mala, dejando en el alma y en el individuo huella especialísima que viene a ser como eterno sello de algo que, en acciones y en el exterior no puede ni a un mendigo la adversidad robar.

Del antiguo esplendor en cuadros, objetos de arte, libros, muebles, vajillas y cristales, joyas y encajes, supo mi madre sacar provecho. Bendito sea lo que estos auxilios proporciona, por lo que en las embriagueces que traen estas situaciones, que trasponen lo regular y lógico —que reciben su castigo— es este el menos malo de los excesos y de muy posible y práctica reacción, porque ventaja deja y mucho queda.

¡Esa línea, ese punto que separa a la magnificencia del lujo, tan difícil de discernir! Creo que el rico está obligado a la magnificencia, que proporciona el comer a muchos pobres. El lujo, el boato, y todo lo que implique afectos desordenados es cosa aparte a más de una falta grande. Pero aquel de la privilegiada casta, que sírvese de las bellas artes y de las industrias en inapreciable protección, ese es un hombre bueno.

¡Ay, del rico que a los pobres escatima!...

Nuestro existir fué después un exponente de lo que puede la Providencia cuando de eso que no está aun bien definido en los vaivenes y apreciaciones de la vida, se hizo cosa provechosa y grande.

Y como nosotros, cientos de familias arruinadas subsistieron de aquellos restos de grandes fortunas. Por lo que nunca acabaron de caer del todo. Y todavía más triste fué el caso de los que nada hicieron y en gran orden vivieron obscurecidos y sin disfrutar elevadamente de aquellas primicias —que tam-

bién ellos cayeron— que a todos arrastró el desplome, no dejando huella los tales de sus pasos por esas cumbres.

Y por lo expuesto se ve, cuán vana es la ciencia de este mundo. Sólo Dios basta. Como también se piensa de esos seres sistemáticos, ordenados, metódicos y sencillos que jamás conocieron el beso celestial de la ternura.

Sentimiento es este muy cálido y hermoso, que no reflexiona, que, impensadamente salta, anegando cuanto se halle preparado para especial concierto. Y de él adolescieron infinidad de pasadas generaciones de cubanas, presentes y aun venideras, dígase lo que se quiera, que es esta música que no se acaba, que del cielo viene con especiales sonos para el corazón que escucha, haciéndose eco de la admirable sinfonía, difundiendo la a su vez como espontánea artista de tal arte. ¡Oh! ¡Santo misterio!

Y de esta infinita ternura fué mi madre intérprete muy fiel. Nada había que oponer pudiérase a tal desbordamiento, fijándose en todo lo creado; y para todo lo que en la tierra hubiere de necesitar de algún cuidado, multiplicábase y alcanzaba.

Munificente en la opulencia, lo fué aun más en los tristes días de escaseces y miseria. Y cuidado que de orden la dama presumía, y no sin razón, en cuentas y cálculos matemáticos y libros y apuntes que llevaba —que siempre fué gran tenedora en el gobierno del hogar y en negocios, pasando y repasando números, inclinada a la mayor economía y por tal maña transformaba en barato y accesible lo muy caro y con positiva ventaja en las situaciones apremiantes, echando mano a los mil resortes que la inteligencia y diligencia sugeríanle.

Y con todo lo narrado daba al traste el oculto sentimiento, que lo que cerrábase por aquí con llave sólida de previsor granero, íbase por allá en lo otro, en lo que nadie sabía y ella sólo practicaba.

Imposible de encausar y castigar el desbarate, que de él no dábase cuenta ni ella respondía, y como sólo en la intención está el pecado, quedaba ilesa y por lo tanto y siempre y hasta morir propicia.

Que es fluido sutil que por todos lados se escapaba y extendía, ya en la mitad del pan que a la boca se llevaba, ya a

la cabecera del enfermo en asistencia íntima y asidua (entonces no existían las clínicas y las santas siervas de María); ya del pobre en la apremiante necesidad y abandono; en el abrigo, en el trance de la maternidad, en el puchero sustancioso, en la canastilla del niño con el aprovechar de los retazos; en el coser para la familia, en el bregar de alguna angustia, en el satisfacer de algún deseo, como el demandar de la ilusión y sostenerla. En la lección de piano, en el difícil introducir de las primeras letras... en la prodigiosa labor de restaurar por remiendos y zurcidos en amoroso e incesante afán. Y aun de noche pretexto encontraba para no descansar.

Hasta poeta hízola la sin igual y tierna complacencia.

¡Cuánto recuerdo a mi memoria viene!... Un día, ya anciana, la vi intrincada, al parecer, en un apunte que con lápiz descifraba, llamándome la atención el contar y recontar de los dedos —ella tan buena matemática.

—¿Qué haces? —la pregunté. — ¿Alguna combinación? ¿Alguna cuenta?

Alludía, risueña yo, a su diario afán del milagro de pan y peces.

—No, unos versos —me contestó turbada.

—¿Versos? ¿Para quién? —la dije, sorprendida.

—Sí, para una pobre mujer que me los ha encargado, pues quiere felicitar a una persona y mostrarse de ella agradecida.

No pude menos de reirme y de besarla mucho. Enterándome después por ella de que la composición poética habíale quedado "muy buena".

Esa fué mi madre y así fué su época. ¡Qué compañera tan agradable y simpática en el viaje de la vida!

No sé, mi Dios, pero esa superabundancia de la fértil tierra reflejábese de mil maneras y proporcionaba una aun más hermosa de la cual es otra la cosecha.

Porque por regla general, dado el ambiente especialísimo de la isla de Cuba, suponíase a la mujer de aquellos tiempos caprichosa, injusta, indolente, mimada y hasta de alma cruel por exceso de complacencia, como de mala crianza.

Y este error como muchos, desde tiempo inmemorial afecta a las cubanas. Y sin dejar de aceptar yo casos aislados, que, aunque no los alcancé, de ellos supe la triste celebridad, pues

de sus contemporáneos fueron escándalo, a más de todos los que quisieran presentarme; no por eso dejo de afirmar con la mayor sinceridad lo erróneo de semejante creencia, sin que por ello se juzgue que pueda cegarme.

De esas generaciones de que ya he hablado, miles de mujeres de distintas esferas sociales fueron heroicas, presentando marcadísimo contraste la de la creencia a que me refiero y que, como la sombra sigue al cuerpo, a la del buen corazón y virtudes sin cuento.

En la primera gran guerra de los diez años, tras de sus padres, hermanos, maridos se fueron esas cubanas por no abandonarlos, despidiéndose de vida muelle y regalada, y en todas las situaciones y en todas las edades, serenas, valientes abnegadas, a qué clase de infortunio no hicieron frente *las mal criadas*, llegando hasta el sacrificio y abrazándose a su cruz sin apelar a recursos muy justificados que para sacudirla facilitan otros países, porque a pesar de los pesares y dígase lo que se quiera, sólo la vida del hogar y el concepto del deber conocieron ellas.

Mujeres en plena juventud consagradas a enfermos y ancianos que nunca morían, sin nada participar del mundo exterior y sí solo las arideces de la asistencia asidua, enojosa a veces, inacabable, llegando para ellas bien tarde el merecido descanso, porque constantes en su misión, redoblaban afanosas los incesantes cuidados, los años de interminables noches de vela.

Madres desgraciadas inmoladas por hijos desordenados e inconscientes; mujeres sufridísimas cuyos maridos nunca supieron aquilatarlas; vírgenes inocentes encerradas en sus casas en conventual retraimiento y en sin igual constancia, esperando la feliz solución de amores ausentes y aun presentes, interminables...

Y eran ricas las que así hacían, muy ricas, y en los reveses de fortuna aun más ricas por los oficios humildes a que, sin protestar, sufridas dulcemente descendían.

¿Y las pobres? A quienes también el infortunio igualaba a las clases privilegiadas, porque en la aristocracia del dolor, todos cabemos, a qué cumbres no ascendieron, cariñosas, fieles, delicadas, sumisas, intachables. ¡Qué clase de inicua explota-

ción (hablo de las explotaciones lícitas que la sociedad sanciona) no conocieron! ¡Benditas sean!

De esas *mal criadas*, de esas legiones de mal criadas, debió de estar lleno el reino de los cielos.

Un año estuvimos en nuestra nueva morada. De todo hicimos abstracción muy grande. Nuestra mesa fué muy sobria, nuestra ropa muy modesta, y para que no echáramos de menos los apetitosos manjares de la pasada opulencia, y después por necesidad, guisaba mi madre platos especiales que nos entretenían de la obligada abstinencia y estimulaban de lo mucho que, con el cambio habíamos perdido.

Era ella la luz en aquellas lobregeces, siguiendo todos tras esa luz como maternal consuelo, incluso mi padre, que en su abatimiento llegó a una resignación perfecta y a ser como un hermano nuestro. No se le oyó una queja ni un momento se le vió de mal humor. Creía él que estaba en lo cierto y que después de liquidar sus créditos habría cumplido como un hombre honrado. Lo demás no le inquietaba.

Un año fué aquel que eterno nos pareció, hasta que al fin nos trasladamos a una casa de mi madre en la calle de Contre-ras —hoy Byrne— y que, como particular presente de su abuela doña Justa a la nieta adorada, poseía —y en la cual residimos ya por tiempo indefinido y de donde escribo estas pobres memorias mías— alejándonos de aquellos sitios y de la casa que corrió mil vicisitudes en muchas ventas, hasta que al fin quedó convertida en Instituto de Segunda Enseñanza, prestándose sus salones para espaciosas aulas y gabinetes de Física y Química, Museos, etc., etc.

Y aun así resultaba demasiado grande, subdividiéndose ya para siempre en varias casas y viviendas, como ahora se halla, completamente desfigurado y transformado el encantador conjunto.

En nuestra nueva morada respiramos. Tarde ya. Nada levantaba el espíritu de mi padre. Y esta odisea fué de casi todas las potentadas familias de aquel entonces, completamente arruinadas, la del vivir haciendo equilibrios y pininos para sostenerse.

Había sonado la hora y el sueño de grandezas esfumábase, trayendo aquel estado de cosas. La guerra, el *beriberi*, la en-

fermedad de los negros, la funesta epidemia que atacó a las dotaciones diezmándolas, más luego la emancipación..., la depreciación del azúcar y cuánto más.

Por lo que no puedo menos de dar a conocer aquí una carta de mi tío Francisco de Ximeno a Vidal Morales y Morales. Es de 1884. Desoladora y tristísima, dice mejor que yo la realidad, y así ese grito de angustia que se desprende del general clamor queda consignado. Fueron cayendo, decepcionados, hombres de valer, esos que menciona y aun otros más, sucumbiendo él también poco después.

“Queridísimo Vidal: Muchas veces he intentado escribirle; varias cartas he principiado, las mismas que he roto. No me he sentido con ánimo bastante para desahogar en el pecho del amigo las penas y angustias que me afectan al deplorar la triste situación a que ha llegado la *opulenta* Isla de Cuba; ¡orgullo nuestro y envidia de extraños!! ¡Cuánta lástima! ¡cuánta miseria! Vivíamos ofuscados en atmósfera de grandezas y placeres; nos creíamos ricos, ¿lo éramos?, triste es decirlo y amarga la verdad: vestíamos un traje de suntuoso terciopelo que cubría nuestros cuerpos llagados y ulcerados; la urdidumbre se ha gastado mostrando la podredumbre que ocultábamos con deslumbradora apariencia. ¡Cuánta lástima! ¡cuánta miseria! En vano, y en vano muchos de nuestros prohombres más avisados o menos preocupados intentaron despertarnos del letargo en que yacíamos —*vox clamanti in deserto*; y en nuestra ingénita imprevisión apartábamos la vista del siniestro cuadro que en lontananza se reflejaba, permaneciendo sordos a sus fatídicos y amargos augurios. ¿Qué será de Cuba? No lo sé; y sin dejar de llevarme de fatal pesimismo no veo en su lóbrego horizonte el más tenue albor de ventura para su triste porvenir. Pero ¿a dónde voy a parar? ¡querido amigo? ¿a dónde me llevan nuestras vanas lamentaciones? El país se derrumba e impotentes nosotros vamos arrastrados al abismo. Sin ánimo esforzado, perdida la energía, desalentados y dominados del más negro fatalismo, esperamos resignados, o más bien con imbécil indiferencia, se cumpla nuestro sino *sic erat infates*. Largo, muy largo ofrecí escribirle; pero veo que emborrongo papel sin ton ni son, traspasando los límites del propósito de no fastidiarle. Basta de estériles quejas y me concreto

a los particulares de su apreciable que he recibido con el júbilo de siempre... Me han impresionado mucho los fallecimientos de Cortina, Betancourt, Oxamendi y Bruno Zayas, y también el de Almeida, a todos admiraba, a todos quería. ¡Dichosos los que se van! ¡Ay, tristes los que se quedan! Lo ofrecido es deuda; la que tengo contraída con usted lo voy cumpliendo, pues si mis deseos son grandes y mi voluntad inmensa, la mano se cansa y el espíritu se fatiga. Adiós, querido Vidal, siempre suyo."

Y bien puede decirse que en toda la isla fué la conmoción general, pasando a nuevo elemento de españoles enriquecidos muy antiguas y cuantiosas heredades, como también los bienes confiscados por causas políticas, brotando una nueva sociedad muy distinta de la que retraíase y por lo mismo nuevo estado de cosas vislumbrábase. Familias residentes en Europa regresaron, veíanse a nobles caballeros y a linajudas damas de arribada ateniéndose al sensible cambio. A todos muy bien que nos cuadraba el "ya te irás jaciendo" del gitano.

¡Qué aspecto especialísimo el de aquellos tiempos, estos que describo ahora y sin embargo, cuán gratos aun! Como variamos nosotros, todo a nuestro alrededor iba a variar, que bien se presentía. Y en esta situación llegó el colegio, que ya desde mucho antes, desde la casona venía asistiendo, a abstraerme por completo, explicándome con la razón cosas muy graves.

Era el mejor de la ciudad y allí encontraba mi ánimo esparcimiento y solaz, aficionándome a él progresivamente, después de haber pasado por una escuelita de ambos sexos o *amiga* como hubiérase dicho a principios de siglo, que el señor de Joanicot, nuestro maestro de la Cumbre, en compañía de su esposa, sostenían en la calle de América número 59, tal cual hoy se halla la vivienda.

A la muerte de Joanicot, su joven viuda doña Cristina Álvarez, competentísima profesora a quien consagré mi admiración y ternura infantil —incólume a través de los años— lo mismo que mi inalterable admiración y entusiasmo por su saber, condiciones especiales y dotes esencialmente pedagógicas: abrió el nuevo plantel de enseñanza superior en la calle de Riela —Independencia— número 113, pasando después definitivamente al número 94 de la calle de Gelabert —Milanés—

arquina a Manzaneda, donde quedó instalado y donde *concluí* mi educación a los catorce años de edad, conservando de mi vida de colegiala *gratisimos* recuerdos, con otros muy especiales y los angustiosísimos de mi niñez.

¡Qué sorpresa esperábame en aquellas aulas! La cuestión política, a la cual nunca había llegado mi entender, dispersando la cruel revelación la solidez de mi pensar.

¡Había cubanos y españoles, y yo no lo sabía! De muy tierna edad, mi infancia, como ya indiqué, fué verdadera infancia, y nada del mundo exterior con sus luchas y tristezas turbó la celestial quietud de mis pasados días. Sólo sabía del amor. Y que había guerra también sabía; pero así fuera de moros y cristianos, no entendía.

Luchas y tristezas las libraba. Si que las libraba y bien las conocía, mas tan sólo en la parte que afectan a los intereses materiales de la vida. Y a esto quedaban reducidas las esferas de dolor. Y fué para mi sorpresa grandísima la espantosa revelación.

¡Qué era ello, Dios mío? En un instante memorable dime cuenta de la distancia que de España nos separaba y que el gigante de los mares era nada comparado con la inmensidad que crecía, crecía entre ambos hemisferios.

Y eso que el sistema de enseñanza observado en el colegio era el impuesto a todos los centros docentes de la isla. En Geografía, en Historia, en Literatura, y en tanto más la península Ibérica resultaba lo mejor del universo —por ahí preceaviase en celosa previsión—; pues de aquella topografía e historia de la madre patria se nos enseñaban las mayores bellezas y heroicidades, que a eso inclina el impetuoso sentimiento y hasta un raudal de poesía desprendíase de las inolvidables lecciones tratándose someramente y en términos generales lo concerniente a otros países. Bien preparado el plan y estudiado el sistema con magníficos y verdaderos profesores de toda ciencia y que con igual saber estos conocimientos difundían.

Pero ocultamente como un áspid deslizábase otro sentir de todo aquello, echando mucha ceniza en el sacro fuego; surgía apreciación distinta de lo que los libros decían y el maestro repetía. Y como de las hazañas y heroicidades de la madre pa-

tria, trataba a diario la lección de historia, repeliendo ellos toda injusticia, sacudiendo el yugo de incontables dominaciones, erigiéndose siempre en pueblo libre por razón suprema —y aquí que tal sangre corría, hijos de esos padres, no podía invertirse el concepto ni volver en activa la oración pasiva, por lo que brotaba la rebelión, inmaculada, neta, como ellos, esos padres, esos héroes, entonces y después la concibieron.

¡Y qué rebelión, Dios mío! Intima, secreta, desoladora, terrible. La que convertía en eternos comparsas a seres dotados de especiales luces, de sólida cultura, de propia personalidad —postergados siempre.

¡Qué lucha aquélla! ¡Cuán avergonzados muchos, cuán humillados todos! ¡Y el eterno disimulo, el fingir hasta con el padre que por muchos conceptos era ignorante e ignoraba!

¿Y habría quien con semejante vaivén pudiera salir equilibrado? En una edad en que no cabe el disimulo. ¡Cuánto daño recibíase! ¡Cuánta miseria moral apoderábase del ánimo! ¿Y todas seríamos futuras madres de familia y con semejante preparación sería favorable el resultado? Deprimidas, desorientadas, sin fijeza alguna en las ideas inculcadas, ¿adónde iríamos? ¿Qué hijos serían los nuestros? ¿Cómo concebir descendencia equilibrada? Muy desgraciada en todos sentidos tenía que ser.

En aquel auge e incremento que tomaba el colegio de Santa Clotilde, donde terminé mis estudios entre tantas niñas de familias principales, ya en posición monetaria, ya en arraigo, ya de industriales y hasta de artesanos que supieron sufragar a sus hijos la mejor educación y que muy bien pagaban, porque ya sabemos que en Cuba no existen clases; de diversos matices, pues la opinión de los padres que en los hijos reflejábese, surgía el debatido y tristísimo problema.

Y bien recuerdo mi turbación. Yo, elemento fresco, bien preparado, sin saber de la vida que sólo Dios existía como principio y fin de todas las cosas, con buena salud, buen ánimo, dispuesta a recibir elevadamente lo que quisieran darme. ¿Y qué me daban? Aquel desconcierto, aquel farrago de cosas indefinibles, indecisas —aquel tira y afloja inolvidable.

Así es que no podía discurrir, precisar. A todas mis compañeras quería. Tenía espíritu de confraternidad y concordia,

con todas me llevaba bien, practicaba el axioma inculcado por mi madre de amar y ser amada. Aunque las de mi clase eran las predilectas y entre ellas tres condiscípulas, huérfanas de un padre valiente, culto y caballeroso, que los voluntarios fusilaron en plena vida por ayudar a los insurrectos, dejando a su joven esposa en cinta y con cuatro hijos; y por la delación de un su esclavo, el negro José María, que descubrió el lugar donde, en la finca azucarera de su amo había enterrada una bandera cubana, y tres rifles, que, desde tiempos normales, existían en dicha finca.

Este José María, de igual edad que su amo, y de no muy buena índole, había nacido bajo el mismo techo, y como los amamantara a ambos la esclava que dió vida al primero, considerábanlo por este motivo como un hijo mimado; y completamente dominado por la bebida un día —hay que pensarlo así por si en el lance este cabe disculpa— hizo la delación que costó la vida a su hermano de leche, a cambio de la libertad que, como premio al servicio solicitó.

¿Cuán distinto de nuestro Andrés, que ya conocemos desde los primeros capítulos de estas Memorias, que quiso volver a esclavizarse para poder devolver la salud a uno de sus *amitos*!

Preso inmediatamente por la delación una noche en su ingenio el conocido agrimensor, que sólo contaba veinte y cinco años de edad, con un hermano de veinte, que habíase educado en el colegio "La Empresa", y un primo de ellos, niño, el cual no había cumplido aun los catorce, afirmaron los primeros sinceramente, de que habían enterrado esas armas sin acatar el bando que ordenaba fueran entregadas a la autoridad, para evitar que con ellas pudieran matar a sus hermanos... Y en un ir y venir de la jornada, de la finca al pueblo, y del pueblo a un lugar del camino cubierto de cañas bravas, detuvieron la marcha los voluntarios; y sin formarles causa a los prisioneros en las breves horas así transcurridas —por la madrugada, de noche casi— los alinearon, y al ser vendados, lo rechazaron estos bravos que, sorprendidos, alegaron tener valor para morir "frente al enemigo"—, por lo cual ni aun para la despedida suprema tuvieron tiempo —esa despedida de Dios y de la vida— y sí sólo el agrimensor para entregar su reloj al jefe que mandaba el cuadro, diciéndole: "Haga el favor de hacer

llegar este recuerdo a mi esposa"—la desolada señora que había quedado en el ingenio. Porque cuando se descubre a la humanidad desde las cimas del heroísmo, bien saben las almas de temple que están de más *las formalidades* que en el martirio han de llenar los sentenciados. (1)

Agregábanme del relato muy compadecidas mis amigas, de que el niño tenía dolor de muelas...

Siempre oí murmurar de tanta alevosía, y al recurrir a la imparcial opinión de mi padre, agregó él un "aquello fué horrible", que más me afirmó la ilegalidad del hecho.

Interesantísimas, adoloridas, valientes, bellas, aquellas niñas resultaban, aunque un tanto indisciplinadas y que, por los antecedentes expuestos, tolerábanlas. La compasión me llevó a su lado, con ellas apartábame y a solas y muy quedo contábanme la triste historia, de la que el alma rebosaba, enseñándome candentes versos, como los de

Quítate esa flor canaria
Que te hace poco favor,
Ponte en el pecho mejor
Una estrella solitaria.
Quítala, que es ordinaria
Y no indica nada bueno,
Y si acaso de tu seno
Se enamora un español,
Dale en pruebas de tu amor
Una copa de veneno.

¡Una copa de veneno!... ¡Haberle dado yo al Marqués y a mi tío Arellano una copa de veneno. ¡Qué horror! Y que dado el infantil candor, así fué del interpretar de la décima. Yo no sabía odiar ni nunca supe. Era mi natural pacífico, expansivo... ¡Oh! mi Dios —qué sufrir aquel que uníase al derribo de mi interior y aunábase al desconcierto general que en mí prevalecía.

(1) Muy cerca del pueblo de Alacranes —antes Alfonso XII— y como a dos kilómetros, existe un obelisco que perpetua la sencilla columna de mármol, el lugar donde fueron fusilados el día 26 de marzo de 1869 Urbano y Manuel Olivera y el niño Eleuterio.

Y empezó a despuntar algo dentro de mi ser, que no me permitía transigir, empecé a avergonzarme de mi silencio, algo que protestaba de la injusticia, a pesar del inmenso cariño simbolizado en el Marqués y en mi tío Arellano y sin saber cómo, hícime sin pensar autonomista y lo fuí desde el fondo de mi alma.

Era el fondo de mi alma lugar ameno, y dónde hallaba lo que había perdido. El desengaño hasta allí no penetraba y con creces compensó aquel oasis las arideces que encontré en el camino de la vida.

Hícime de un interior bellissimo. A solas conmigo mismo. esparcíame en secreto jardín, donde como flores diversas, iluminadas por radiante luz, crecían mis pensamientos. Allí no me robaba la adversidad lo que era mío —lo que producía—; cerrada, muy cerrada la heredad, nadie penetraba y llegué a poseer dilatados campos...

Colocada por el destino en situación muy diversa de la que debió de haber sido, siempre en tercera línea— huí de esas exterioridades que, a la vez que seducen, mortifican, y logré hacerme de un mundo donde no conocí la amargura ni el hastío. Allí cultivaba mis ilusiones, crecían mis anhelos. Dejábame arrastrar por todo lo que en el exterior no aparecía ni por lo que yo hubiera deseado para mí tener; en aquel naufragio logré recuperar sin ser observada por mi manifiesta insignificancia, lo que me hubiera pertenecido. ¡Cuánta riqueza! ¡Cuánta dádiva oportuna me concedió el Señor.

Mis aficiones, mis inclinaciones veíanse halagadas y correspondidas y el sentimiento de arte que absorbí mi alma en la brillante exposición que supo mi padre desplegar a todas horas ante mi vista, fué mi mejor herencia. A mí no llegaron "los caudales de esta vida trabajada que tenemos"; pero, en cambio, ¡oh, mi Dios! cuánta elevación y cuánta ventura en aquel mundo que a temprana edad mis ojos admiraron. La excelcitud de aquel ayer había de hacerme mucho bien. Cosa fué ésta que hube de adquirir para no perder.

Viví una vida intensa, propia, mía, de la cual aun me nutro... ¿Sería de eso, este el resultado? No me dejaba arrastrar por ajena influencia; fuí en esto fuerte, enérgica, decidida: conmigo a solas discutía y servíame de aquel mundo para sub-

sistir. Fui una convencida en todo lo que emprendía e hicime por eso autonomista. Fiel al espontáneo impulso y después de mucho y bien pensar y repasar en mi interior.

Sin renunciar a mi pasado, nuevas auras arrastrábanme—que sólo un soplo necesitaba por estar preparada para todo progreso material y moral, y así como para mí lo deseaba en aspiración muy grande y razonable, también para mi patria le anhelaba en suprema ambición.

Lo que yo oía del partido liberal, después autonomista, me gustaba, y cuidado que fué el período aquel de tal brío y pujanza, que bien puede decirse sin ofender, que deleitaba y el ánimo arrastraba con el programa que trazaron, las ideas que esbozaron y la elocuencia ¡oh! la elocuencia que desplegaron, como jamás en Cuba se oyó en los ideales que se significaban...

Talento, carácter, cultura refinadísima y una superioridad que me seducía en alto grado.

Era una niña, muy poca cosa yo que intensamente sentía la fuerza subyugadora del credo aquel. No definía lo que precisar quería. Pero el entusiasmo más grande hasta hacerme saltar las lágrimas era el mejor aplauso que al ideal hacía. Lloraba de emoción.

Comprendí que la autonomía era el único lazo posible entre aquel pasado tan atrayente y bello que en mi sangre circulaba y lo porvenir con sus naturales y legítimas expansiones, que propagaban aquellos precursores de las libertades y que así preparaban a muy noble y legítima independencia por sus virtudes, tacto y honradez—irrefutables las sólidas razones que el escogido grupo alegaba.

Y a mi parecer, igual misión a la de ellos, era la mía en el colegio—creía yo—de tratar de bien llevarme con aquellas niñas tímidas, correctas, calladas, inofensivas—prudentes, muy prudentes—si de padres españoles y aun voluntarios—y mis amadas compañeras, entusiastas, bellas y valientes, casi todas adoloridas y muy resentidas de los tales, siendo yo, como la autonomía, el lazo mediador entre ambas entidades.

Así lo comprendía y lo interpretaba. Y si me engañé, me uno sincera al general fracaso, creyendo entonces y después la misión muy grande, la causa nobilísima y el éxito indudable.

Después, en el correr del tiempo, concedida fué, pero ya

muy tarde. Efímera, difícilísima y fuera de ocasión, como esos niños robustos que nacen sin vida, como esas flores que necesitan de atmósfera adecuada. Con la tristísima significación de estar a ella encomendada la desgarradora encomienda que cúpole en su acerbo destino, tras espantosa agonía.

Aquellos hombres tan bien templados en su afán, nautas expertos, pilotos serenos que del horizonte no sólo presagiaban las nubes y tempestades, sino que descubrían los escollos que aun con la mayor ciencia no era posible evitar ni desafiar. Casi todos fueron videntes, serios profetas. Cuánta maravillosa intuición del mañana. De lo que había de suceder.

Aquellos oradores dejaron huella especialísima: fogosos, entusiastas, conscientes de la razón que los asistía, como de la firme ejecutoria que a limpia historia respondía, y pedían, pedían sin cesar cosa muy grande y bella, fácil de conceder y aplicar. El momento era decisivo y oportuno; pero España no otorgaba... Más aun, tan propicia la ocasión para triunfar, que aun los mismos separatistas miraban no sin recelo el éxito probable de aquellas propagandas.

Y quiso el destino, por rara coincidencia, que a todos pudiera escuchar, y entonces mi corazón tanto aleteaba en palpitaciones desconocidas, que, no podía contenerle. Era pájaro que pugnaba por la estrecha cárcel de mi pecho—en aquel mi interior impenetrable.

Asistí a todos los *meetings* del teatro Esteban. Casi siempre comenzaban a las dos de la tarde. Era yo niña y por curiosidad acompañaba a mis familiares. Sentada en el paleo veía y escuchaba ¡Qué veía! ¡Qué escuchaba!

Veía a una concurrencia inmensa. El teatro parecía querer desplomarse. Daba miedo. Sonaba una campanilla. Del grupo escénico—alzada la cortina—destacaba la distinguida figura del Dr. Carlos Eugenio Ortiz, jefe de los autonomistas de Matanzas. Con fácil palabra, fino ademán y halagadores conceptos saludaba a los oradores presentándolos al público. Y en ese momento, y ya para siempre me recordó el cuadro aquel en que mis ojos se fijaban, a unos hermosos grabados que en mi casa había y donde apuestos girondinos defendían los ideales de la patria.

Empezaba la fiesta. Sería por los años 1880 a 82. ¿Qué escuchaba?

Torrentes de palabras en inspiración grandilocuente. A Montoro, joven. Presidía siempre don José María Gálvez. Sentado frente a una mesa en el centro del escenario con otros señores a los lados, abría la sesión, de pie, sin moverse de su sitio, con calma, serenidad, pausadamente, imperturbable. Exponía nuestro matancero con su sólida cultura del ideal aquella parte razonable, que su grandísima inteligencia hacía tan fácil el adaptarse. Con frase precisa, galana, perceptible de muy lejos, clarísima, fría y elevada, profundamente razonable—, engalanado su aspecto con un exterior sencillo y respetable.

Y adelantábase entonces al proscenio aun no extinguida la ovación a Gálvez, ese joven Montoro, que a su derecha estaba, trajeado de larga levita a la inglesa, que contrastaba con el gris del pantalón, irreprochable en el europeo empaque; con suelto ademán, majestuoso, arrogante, de talento aun más arrogante por la fascinadora palabra y el perfecto dominio de sí mismo. De talla tal los conceptos, que parecía mejor preparado para defender los arduos intereses de alguna gran nación, de esas que responden a la conciencia universal, que los de una infeliz colonia, perdida en los mares, próspera y rica en verdad; pero que pugnaba por desairarse de un régimen desastroso, negación de cuanto alienta el espíritu moderno. Faltaba mero adecuado a aquella gran figura que merecidamente hacía considerarse y admirar como la de un insigne hombre de Estado.

Seguíale Eliseo Giberga en la serie de ovaciones iniciada por Gálvez, puntualizando con la mayor facilidad, cosas al parecer impracticables, muy difíciles de enlazar, cual era el sentimiento patrio que de España como planta madre percibíamos, con la libre emisión del pensamiento, del voto y de todo lo que al hombre dignifica, y tan lejos del sentir español semejante concesión para el colono! Sólo aquella resistente rama que del solar catalán tomaba su savia, hubiera podido desenvolverse con sin igual maestría y valentía la justa y elevada aspiración, la avanzada idea.

Y aparecía Saladrigas, matancero también como Gálvez y Giberga, concienzudo en el decir, en el mismo patio incubado

el hermoso sentimiento, que con delicadas variantes hacía florecer en interesante peroración el sublime anhelo. Y como Gálvez también de cabeza cana.

Fernández de Castro. Fino, elegante y oportuno, con ese exterior en que otorga por adelantado las simpatías lo que del interior brota con palabra fácil y elevada en muy aplaudidos conceptos.

La aparición de Antonio Govín siempre era esperada con interés, aunque temida. Su palabra un estilete, que fibra a fibra desmenuzaba, no como el maestro en la lección, sino sarcástico, burlón, levantando ampolla. Su ático discurso propocionaba incidentes varios, que sus compañeros apresurábanse a aclarar favorablemente, de él, la difícil interpretación. Aplacaban con presteza el general entusiasmo y algún resentimiento que el elemento español allí presente trataba de hacer constar.

¡José María Carbonell y Ruiz! También matancero como Ortiz, Gálvez, Giberga, Saladrigas y Govín. ¡Mi Matanzas adorada! Ostentaba el respetable caballero entonces el alto cargo de Senador por la Universidad de la Habana, y era su decir un exponente de ilustración, bondad, prudencia y moderación.

José Antonio Cortina y Miguel Figueroa aun quedan, ambos, si no de la ciudad, de la provincia de Matanzas.

Miguel Figueroa el gran abolicionista, el que con palabra que no podía seguir el pensamiento que lo escuchaba por la rapidez con que era emitida, daba a comprender que débil resultaba el necesario don y tardío el mecanismo para expresar el impetuoso torrente de ideas que al labio asomaba en pasmosa celeridad, resultando pálido cuanto la imaginación adelantaba para darle alcance. Era extraordinario. Su concepción oratoria fenomenal. Imposible al mejor taquígrafo seguirle. Grande y bella en la forma y en el fondo. Arrebatada.

Y José Antonio Cortina. Orador político a más de conferencista notable. Admirarle pude entonces entre otros muchos del privilegiado grupo, y que por no fatigar dejó de consignar aquí, como también más tarde en Lamartine en una noche del Liceo en inolvidable disertación, trajeado de luto con guantes negros por la muerte de su padre. ¡Oh! mi juventud con sus brillantes primicias. ¡Lamartine interpretado por Cortina!... Pero Nieves Xenos va a pintarle. Escuchadla:

RETRATO.

Esculturales líneas dibujaban
su varonil y espléndida cabeza,
y unidos en su cuerpo se mostraban
la fuerza, la arrogancia y la belleza.

Suave como la seda y reluciente
la cabellera negra y ondulada,
brillaba en torno de su hermosa frente
para ceñir laureles modelada.

Sus grandes ojos negros que vertían
destellos que su rostro iluminaban,
airados, a los hombres imponían;
tiernos, a las mujeres fascinaban.

Bajo el bigote de ébano luciente
su boca, como flor en la mañana,
mostraba al entreabrirse sonriente
húmedas perlas entre fresca grana.

La barba, que la enérgica hermosura
de su cabeza artística acentuaba,
sobre su tez de pálida blancura
como un girón de noche resaltaba.

Cuando su voz al pueblo conmovía
en la tribuna hermoso y arrogante,
de la elocuencia el genio parecía
ante la turba muda y palpitante.

Y su gentil palabra subyugaba
y era viril, ardiente y luminosa;
si el amor a la patria le inspiraba,
fuerte ariete o palanca poderosa.

Soberbio a veces de entusiasmo, erguía
la magnífica y pálida cabeza
y la negra melena sacudía
del león con la ingénita fiereza.

Nunca sintió del desaliento el frío
y al combatir de la injusticia el yerro
ningún temor aminó su brío,
ni doblegó su voluntad de hierro.

Por sublime ideal enardecido,
eran su culto el bien y la belleza,
y llevaba en su alma de elegido
de los héroes la insólita grandeza.

Y por último el Senador de las Cortes del Reino por la provincia de Santiago de Cuba, don Bernardo Portuondo y Barceló. Subyugada por la superioridad del tribuno parlamentario le admiré también una noche en el teatro Esteban con motivo del suntuoso banquete con que los autonomistas de esta ciudad quisieron congratularle.

¡Cuánto hombre de indiscutible talento y de elevada cultura!

Antes dije, que a todos los oradores autonomistas quiso el destino pudiera escuchar, mas no fué así; faltábame uno muy principal de aquella cruzada: Manuel Sanguily —a quien nunca me fué dable conocer, a pesar de mis grandes deseos. Sus “Hojas Literarias”, la fama de sus *causeries* y esas referencias tan gratas como precisas que tanto apreciamos y que siempre se conservan de los hombres notables, son los únicos recuerdos que para mí guardo de él.

Tampoco he conocido a Enrique José Varona ni a Raimundo Cabrera, cubanos meritísimos y que en otro orden de cosas, hánme dejado con Sanguily, ese desconsuelo especial que se deriva del persistente deseo, jamás satisfecho, de esta clase de elevados anhelos.

Fué Cabrera en Sevilla íntimo amigo de mi tío Nicolás, como él así lo consigna en “Mis buenos tiempos”, al narrar sus interesantes recuerdos.

CAPITULO III.

Todavía mi colegio.—El Centurión Romano y la Semana Santa.—La pesca.—La caza.—Los baños.—El castigo.—Las frutas.—El mundo de la ciudadela.—Los dulces.—Muerte del tío Arellano.—La caja misteriosa.—Melancolía.—Las Cuevas de Bellamar.—Viaje a los Estados Unidos.—Muerte de mi padre.

Volvamos al colegio, que por tratar de la autonomía y de causas perdidas, he abandonado. Era mi colegio un gran colegio en toda la extensión de la palabra, siendo muy justo este santo y legítimo orgullo en el merecido elogio. El sistema de enseñanza que allí observábase era el de la época y donde las lecciones de memoria hacían principal papel; y la memoria diariamente ejercitada en más de una página de cada lección —y eran muchas las lecciones— casi siempre alternas, alcanzaba un grado de desarrollo extraordinario. Lo recuerdo bien, reteniendo aun hoy aquellas preciosas enseñanzas y los trozos selectos con tiradas de versos que nos hacían recitar en la clase de Literatura y que fueron después uno de los mayores recreos de mi vida como fieles compañeros de esas horas donde el pensamiento vaga ennoblecido.

Y debido al anticuado sistema podría deducirse que sería el plantel una gran jaula de cotorras que repetían de corrido lo que aprendían vaciando el molde del entendimiento en la memoria, y no fué así. De la lección hacía el maestro un resumen que pacientemente explicaba, haciéndonos durante su discurso numerosas preguntas a ver si la habíamos comprendido, y luego, cuando de memoria la traíamos en la siguiente ocasión, la dábamos con sentido penetrada de lo que decíamos —nada de carretilla— demostrando después en la pizarra y de nuestra propia cosecha y ante su vista todo lo extractado.

No sé si me es dable discernir, pero respecto a la pedagogía moderna con todos los grandes sistemas y adelantos a cuya eficacia me inclino reverente y que de otros países queremos en la nuestra introducir y no sé si con éxito, dada la

especial psicología del niño cubano, vivo de imaginación, inquieto, fácil de distraer sin hacer completa abstracción de sí mismo ni siquiera un solo instante; algo hay que fiar a la memoria, para que de ella ayudada se dé cuenta en edad propicia de lo que no ha podido olvidar, explicando la razón cosas vedadas a la niñez, como con tanto acierto en los misterios de la religión, aconseja Bossuet, se haga.

De mí sé decir que por este sistema que aprendí no me pesa el resultado; y luego, aquel lenguaje culto y elevado del texto, que sin darnos cuenta íbamos adquiriendo para más facilitar el nuestro sencillo, natural, sin afectación alguna. De ahí que nos expresáramos con gran soltura. Había entre nosotras, sin jactancia lo digo, verdaderas oradoras. Aun la más tardía hablaba bien.

Pena da y mucha, el espectáculo que ofrece la mayoría de los educandos de la presente generación que, al menor esfuerzo huyen aterrados, y aun aquel que la suerte tenga de una inteligencia clara, ante un idioma, por ejemplo, donde no es posible persuasión, ni paciencia, ni sistemas, ni nada que no sea memoria; no pueden, atrofiado como está en ellos el inestimable don, resultando desde niños como ancianos que todo lo que haya que retener se les olvida, acobardados ante el necesario e imprescindible esfuerzo.

En mi colegio se nos enseñaba Gramática, Matemáticas, que siempre fueron un misterio para mí,—Geografía Universal, bre todo y ante todo la de España en particular, y después la de Cuba. Historia en iguales condiciones; de Cuba no había, tan sólo del descubrimiento; Cuba no tenía historia, a no ser la de la codicia y la de la cruel explotación de los esclavos. Nociones de Física y Química, de Astronomía, de Historia Natural. Literatura, Ética o Moral, Dibujo Lineal, Lectura, Escritura, Dictado. Una clase de objetos que abarcaba algo de ciencias industriales; Fisiología e Higiene, Historia Sagrada, Doctrina Cristiana, Inglés, Francés, Piano, Gimnasio, etc., etc.

Las competencias colmaban los sábados el entusiasmo como resumen de la semana. ¡Qué lucidas! Roma y Cartago siempre. Era mi amiga la insurrecta, generala romana, y la que esto escribe, generala cartaginesa. Y de ello va la prueba en

una carta que transcribo y que conservo como el oro entre mis juveniles recuerdos. “¡Viva Cartago! Queridísima Lola: tengo el gusto de manifestarte el triunfo de Cartago, yo lo sabía, porque los soldados romanos se han descuidado un poco en las preguntas; mientras que nosotras, antes al contrario, hicimos todo lo posible para quedar triunfantes. Y al fin quedamos victoriosas. Te mando el ¡¡¡Viva Cartago!!! que, con mucha justicia nos puso el Sr. Romero. Sentimos infinito que faltasen nuestras generalas, y mucho más cuando ha sido la primera vez. Ruego a Dios que tus soldados prosigan así y cuenta que jamás te olvida, S. O.”

Y en religión eran “los luceros matutinos y vespertinos” los que nos guiaban y estimulaban en las brillantes y provechosas lides.

¡Cuánto recuerdo grato!

El cuerpo de profesores excelente, pues sabido es que el cerebro masculino mejor imprime, reservándose las profesoras para las clases de costura y de primeras letras.

Españoles y cubanos compartían con el mayor éxito la santa y difícil misión. D. Antonio Lima, D. Angel Escoto, don Alejandro Gasser, don Froilán Martí, D. Ramón Ariosa, que se llamaba Raimundo Zabala, y que por ser cuñado del general insurrecto Serafín Sánchez, hubo de cambiarse el nombre, viniendo del interior para vivir tranquilo y poderse así ganar el sustento el interrégimo español; secreto que descubrió cuando la pacificación de la isla. D. Fernando Romero Fajardo —festivo escritor e ilustrado pedagogo—; D. Miguel Alfredo Lavastida, mi maestro de Literatura; D. Bernardo Bordeuave, D. Sebastián Busnadiago y otros más.

Las labores de aguja, una maravilla. Alcanzó en ellas la Directora doña Cristina Alvarez de Gasser, ahora por su segundo matrimonio, tal habilidad, que realizaba verdaderas obras de arte. ¡Cómo se nos exigía la paciencia y perfección de ellas! Había alma en el hogar —aun la niña no disipaba el tiempo en la calle y en los cinematógrafos como la niña moderna y nunca estábamos ociosas.

El immaculado pañuelo de batista delicadamente bordado al pasado. Las randas de todas clases, hilo a hilo, pacientemente

te labradas. La seda floja en mil hilachas subdivididas, imitando a lo vivo los colores y sombras de la pintura, delicadamente sin amaneramiento alguno los primorosos ramos, el torzall, el briscado, el lustre y el mate del gusanillo, con lentejuelas y huevecillos las mil fantasías del oro; en escamas... en lausí delicados paisajes. Piezas de ropa, cuadros, sachets, relojas, vide-poches. Gorras y pantufllos que al padre y al abuelo que muy satisfechos los usaban, dábanles cierto aspecto de viejos de comedia... ¡La tapicería, el relieve!

De ocho a diez a. m. y de once a cuatro p. m. eran las horas reglamentarias; exceptuando el mes de agosto, el único de vacaciones, los días de pascua y año nuevo y la Semana Santa y fiestas de dos cruces. Sólo un cuarto de hora se nos concedía de recreo y merienda a las dos de la tarde, y desde entonces hasta las cuatro costura, siendo este espacio de tiempo el de mayor placer y donde hacíamos alguna travesura. Terminando la labor del día con rezos muy breves y letanías a la Virgen que en alta voz entonábamos.

Era el rato de la merienda por demás agradable —no por su sugestivo significado al paladar del niño— sino por lo que para nosotras suponía. ¡Cuán cumplidas compartíamos unas con otras, lo que llevábamos de nuestras casas, o lo que, al colegio, de allá nos enviaban!

El panecillo *velleno de aporreado de carne* —imprescindible entonces el sabroso fiambre—; las frutas... y de todo el año la guayaba verde saboreada con mucha sal en la *salvaje* combinación, pues aun no se tenían noticias de la *apendicitis* ni existían las precauciones del vulgo para evitarla. El dorado torzal de melcocha entre hojas de naranjo! ¡La sombría “alegría” con sus incontables semillitas de ajonjolí!...

Aun me parece ver la hermosa *charola* de nacarados reflejos de mis amigas las insurrectas con la espléndida merienda y dónde su amorosa madre, cual si fuera yo una hija más, agregaba la porción que al igual de ellas me pertenecía por su inagotable bondad. Bendito sea mi país, rico en su suelo y en ese sentimiento espontáneo e inextinguible que se une a todas las épocas y alcanza a todas las edades!

De noche en nuestras casas estudiábamos sin cesar aque-

llas interminables lecciones y temprano nos recogíamos, levantándonos a las seis en invierno y a las cinco en verano para poder repararlas antes de ir al colegio. No conocíase por suerte, ya dije, esas diversiones o disipaciones del espíritu en que dejan la atención y la vista la niñez actual. La nuestra era excelente, pudiendo afirmar que no conocí en mi colegio una sola niña que usara espejuelos.

En alto estaba el plantel. El salón de costura era inmenso, rodeado de ventanas y balcones a todos los vientos. Fresco, mucho fresco, luz deslumbradora... Allí acudíamos con nuestras almohadicas sobre los baulitos colocadas, sentadas nosotras en pequeñísimas sillas de rejillas; y cuando bordábamos en bastidores, en elevados bancos.

¡Los baulitos! todo un poema. Imitaban en pequeño a los que en los viajes gastaban las personas mayores. El mío era un perfecto "mundo", donde encerrábanse en sus compartimientos y no sin cierta gracia y orden, cuánto la niña pudiera necesitar en libros, pluma, lápices y enseres de costura, cargando con ellos por la calle la criada o criado que al colegio nos llevaban.

Y ya que digo libros, no sólo en el baulito estaban resguardados, sino por la prudente y popular advertencia que en la portada de casi todos se leía con el nombre de la poseedora al pie.

Si este libro se perdiera
como suele suceder,
suplico al que lo encontrare
que lo sepa devolver;
que no es de alguna marquesa,
sino de una pobre niña
que lo desea aprender.
(Nombre) que de la pila saqué.
(Apellido) que de mi padre heredé.

Atendíamos durante la clase de costura y en esas dos horas a la tarea que se nos señalaba, y después de las explicaciones a cada una, afanosas y aplicadas, quedábamos solas alguna que

otra vez. Y cuando esto sucedía, al principio era tal el silencio, que podía oírse el vuelo de una mosca. El sano intento, la severa disciplina hacía que la que era diligente concluyera presto; la indolente quedaba rezagada haciendo distraída el esfuerzo.

De repente surgía una risa, un susurro, encrespábase como las olas del mar el ordenado conjunto por algo que así lo justificara. ¡Qué era ello? Lo de siempre. La recitación de algún discurso de Castelar que una de mis predilectas amigas las insurrectas, las de la triste historia, pronunciaba con la mayor entonación y sentimiento y tan identificada! ¡Con cuánta pasión y brío! ¡Si la hubiera oído Castelar!... Era bella, morena, prematuramente torneada ya la delicada estatua. La voz muy dulce resultaba una sirena, dejándonos subyugadas. ¡Cuánta curiosidad despertaba! Siempre era la continuación y terminación del período que desde el recreo pendiente había quedado.

Todo el libro íntegro de los discursos políticos y parlamentarios del notable republicano, Marieta, que así se llamaba, los sabía. En ellos empleaba sus ocios. De memoria, sin discrepar una sola palabra, bien pronunciados, con impecable prosodia, diciendo ingenua y graciosa para más fidelidad y mejor saber, hasta los aprtes, los paréntesis de algún comentario, como "risas, aplausos en la mayoría, se oyen murmullos", que en el texto estaba.

¡Cuánto candor y cuán fiero el subversivo sentimiento hondamente sentido y a todas horas y en cualquier oportunidad por ellas expresado! Sin ser indiferentes a los acontecimientos que afectaban a la familia real y de mucho sugestionarnos a todas la grandeza de la Corte, la que nos era dable apreciar en los grabados de la "Ilustración Española y Americana".

El inculcado respeto a los reyes era cosa natural y del que nunca se nos ocurrió prescindir identificándonos a ellos. Recuerdo el día del natalicio de la interesante Princesa de Asturias, primogénita de Alfonso XII y de María Cristina Deseada —tan simpático él y tan distinguida y esbelta ella, según aparecían en los retratos de la "Ilustración". Estábamos en el colegio y era hora de clase —cerca de las doce— cuando los cañonazos nos advirtieron del esperado suceso. Nos pusimos de pie atentas, contando uno a uno... el maestro no

nos reprendió, también parecía curioso —y al cesar la salva al onceno “¡Una niña!”, gritamos todas batiendo palmas. Las insurrectas también aplaudían. Interrumpida por este incidente la clase breves instantes, continuó como si nada hubiera pasado. No se podía alterar el orden casi militar que nos regía.

Siempre en *ebullición*, todo nos afectaba hondamente, un incentivo constante era la vida. Latente el movimiento y la alegría, variaba el móvil de las expansiones, la ocasión.

Otras veces surgía la inesperada travesura. Recuerdo un día de frío excepcional en el delicioso invierno. Era a fines de año y los bordados apremiaban para los exámenes que estaban cerca y por eso cosíamos a horas extraordinarias. Terminado ya el período anual de las clases, sólo a las labores atendíamos, y a ellas nos dedicábamos con verdadero afán y premura.

En el salón estábamos muy atareadas. Nos helábamos, pues puertas y ventanas permanecían abiertas, que bien sabemos que por el frío no se toma aquí precaución alguna, no existiendo el menor confort en semejante extremo.

Nuestra heroína de Castelar se quejó de frío, y a pesar de su buena manta que toda la cubría, fué pidiendo una a una las de sus compañeras y echándoselas encima, Impunemente podíamos obrar, porque en el resto del colegio criados y directores sólo pensaban en la limpieza y orden y traslados de muebles para el acontecimiento de los exámenes.

Las despojadas tiritaban risueñas y muy complacidas como se muestran los niños que en el juego y con tal de en él figurar no se dan cuenta del perjuicio que reciben. Mientras ella pausadamente paseaba por el centro del salón con el desusado volumen que por instantes aumentaba. Era imposible reconocerla a no ser por la negra y larguísima trenza que al borde del vestido asomaba.

¡Oh, cielos, aun me río!... Eterno fué el recuerdo de esta aventura. Con cuánta gracia silenciosamente se movía pavoneándose orgullosa. Sólo las pupilas de fuego resplandecían allá dentro, porque tanto abrigo la ocultaba por completo.

Hubo un momento que culminó el entusiasmo. Ya no pu-

dimos más y estalló formidable de risas y aplausos el atronador escándalo. Estábamos todas locas.

Y la Directora acudió sin darnos cuenta, se oyó un *pcús* en momentos que el paquete aquel volvía la espalda: confiada no previó ni pudo enterarse de la temida presencia, pues atónita y perpleja por cosa tan inaudita quedó en un extremo sin moverse la recién llegada.

El mayor silencio se impuso instantáneamente, y al volver Marieta sobre sus pasos, y dar la vuelta en el otro extremo del salón donde se hallaba, ambas figuras se enfrentaron a gran distancia y quedó la del frío petrificada.

¡Qué momento aquel tan solemne y cómico a la vez! Sin decir palabra la Directora hizo señas de que se acercara, para reconocerla sin duda, efectuándolo la otra, atraída como el imán al acero, la serpiente al pajarillo. Imposible. No había modo. Y con la mayor calma, sin hablar palabra, fué despojándola, desprendiendo de la percha aquella uno a uno los abrigos y preguntando lentamente a quien pertenecía cada pieza que en la mano sostenía.

Silencio sepulcral. No se delataba. Hasta que la protagonista quedó en sus vestidos, resultando por el número de los abrigos todas penitenciadas, menos yo que me salvé por llevar un paletó a la inglesa, inadecuado para el juego.

¡Oh, mi Dios, qué día aquel! Inolvidable, risueño, latente aun el intenso calor y eterna alegría que del frío de la vida resguardábame.

No se delataba, dije y con razón. Había en el colegio un estrecho compañerismo y cierta innata hidalguía, tanto, que recuerdo que a una niña llamada Amparo, que era la única, bien a nuestro pesar, con tal defecto, *Auxilio* sencillamente le decíamos sin recriminación alguna y muy pesarosa y corrida tuvo que aceptar este nombre, que en vez del suyo, ya para siempre allí le quedó, perdiendo así la inveterada costumbre.

En otra ocasión —y va de cuento— también resultó una escena parecida a esta aventura de los abrigos, ya narrada. Esperábamos al maestro, que hubo de demorarse algo a la hora señalada, cosa bien rara, porque en el colegio observábase en todos los órdenes, ya dije, la más severa disciplina.

Reunidas las de mi clase en el departamento que a esa

hora nos correspondía y en espera del profesor, una de las insurrectas se le ocurrió hacer de *oso*, y sujeta a la cintura por el largo cordel destinado a la esponja que empleábase para borrar la pisarra, maravillosamente bailaba... mientras otra compañera sostenía el extremo de la cuerda, esgrimiendo en alto, el prolongado güín con que señalábamos los países en el mapa, tarareando *sotto voce* cierta música.

El estribillo de la tonada era un constante *arun tenero*, según remedaba al pobre diablo que, húngaro o francés, ganábase la vida en esos días por las calles de la ciudad, haciendo realizar a su oso u osa toda clase de suertes. Ambas recorrían la habitación: deslizábase ella con esa molicie o abandono propia de estos animalejos, a compás movía manos y pies, mirando fijamente a su director ladeada la cabeza y con tal expresión que éste, de cuando en cuando, graciosamente llamábala "Rosaline" con marcado acento extranjero.

A tal perfección imitaban al húngaro y al pesado mamífero, que fascinadas nosotras y en el paroxismo de la risa, no notamos al profesor que desde hacía rato y de pie a la entrada, contemplaba la escena.

Penitenciadas todas, no sé si por indulgencia o por la gracia del juego, fuimos perdonadas.

Las insurrectas en este su sentir tuvieron muchas, inesperados cambios, muy disculpables, tratándose de intereses del corazón. La que me enseñó en el colegio la candente décima y que en dicha ocasión fué protagonista de la inocente travesura narrada, no ofreció, por cierto, "la copa de veneno" al enamorarse más tarde de ella un español; no, lejos de eso, abandonando por él patria, familia y amigos y sobre todo a su infeliz madre, allá en Madrid, en plena juventud murió.

¡Que historia tan triste fué la suya!

Nunca a mi amiga he podido olvidar.

Aunábase en aquél ser la nobleza, la gracia, la inteligencia y la belleza del alma y del cuerpo y como cierta irreflexión, cierta exaltación muy peligrosa en los azares de la vida, debido quizás al tristísimo episodio de sus primeros años.

Aquel drama terrible y sombrío, precursor fué de este inesperado y novelesco desenlace. Cruel, muy cruel, y de intensísimo contraste, revolvía el argumento por igual y despiá-

dadamente destrozándolas, todas las fibras del alma. ¡Pobre amiga mía! ¡Buena trastada te jugó el destino!

La clase de religión la desempeñaba en el colegio un ilustrado sacerdote que en mí encontró el terreno abonado, por ser ambas familias, paterna y materna de fe arraigada, profunda y sencilla. Fué este sentimiento mío desde muy pequeña avasallador, no sólo por ineludible ley de herencia, sino por particulares gracias recibidas de la bondad divina desde mis primeros años de colegiala.

Y he de contar una de esas predilecciones de poca trascendencia al parecer y de infantil interés que hizo en mí impresión muy grande, dejándome para siempre con el Dios del cielo muy obligada.

Ya he dicho de aquellas lecciones de memoria en que se lucía extraordinariamente y en esos mis primeros pasos por la gramática castellana vino la del *pronombre* a llevarme a tal grado de perfección cuando la recitaba —porque era muy pequeña— que concebí durante un año entero como un afán secreto y un loco deseo de que en los exámenes me preguntaran dicha lección para bien lucírmela ante mi madre y abuela y mi familia toda que gustosa acudía a la invitación que se les hacía de ir a presenciarlos.

Pero eran los exámenes estrictos, por bolas, y no era posible contar con tal azar si la suerte no me lo otorgaba. Presididos por el gobernador, dos concejales, el cura párroco y el alcalde a más de personas ilustradas de la localidad —que mucha solemnidad requería aquel supremo instante de demostrar en público los conocimientos ante una sala que se desbordaba—, ¡quien iba a pensar y contar como seguro en semejante privilegio en las ansias y congojas del infantil capricho! Corríase una eventualidad muy grande.

Y sin embargo, fué tan insistente mi idea que día por día pedí a Dios sin cesar en oraciones la realización del tal deseo de lucírmela ante la familia toda, concediéndome la gracia especial del *pronombre* en la bola que mi mano eligiera. Y de tal modo le pedí la gracia y de tal modo en mi natural apasionado y vehementísimo fructificó la idea secreta, íntima cantante que me abrumó, que fué una verdadera obsesión del año entero.

Llegó el día: se me atavió para las circunstancias con mi mejor vestido y con la consabida cabellera de crespos que era el colmo de los adornos, pues fué mi madre tan severa en esto que cifró la presunción de la extremada pulcritud de mi ropa de diario, no permitiéndoseme zapato escotado, sino botas; el cabello trenzado y ni aun siquiera el flequillo o cerquillo sobre la frente que entonces estilábase: que niña adornada para el colegio era muy mal visto y peor tolerado. No teníamos uniforme —ropa de rico olán siempre y en el invierno la afelpada manta sobre el fino lino,

A la hora que en el examen tocó la clase de gramática ocupé mi puesto en el banco al lado de mis compañeras, entonces no había pupitres. Veía a mi madre y a mi abuela que en la concurrencia me sonreían; el corazón me latía con mucha fuerza —mi pequeño corazón tan fiel y tan adicto sólo pensaba en Dios y en el constante ruego... Sonó mi nombre, me acerqué a la mesa, el profesor me hizo una señal invitándome con un ademán hacia la esfera, y temblorosa, pero segura, vaya si estaba segura de que Dios me oiría, en el globo rojo de cuajado cristal la mano introduje y tomé una bola que sin ver le entregué.

Este cantó un número, pasándosela al señor cura, que después de cerciorarse era el mismo, buscó en la larga lista que en la mesa había, levantando la cabeza y diciendo en alta voz: “El pronombre.”

Casi me tambaleé, raudales de calor invadieron mis arterias que parecían congeladas por la emoción que desde antes sentía. De pie solté la retahíla larga y minuciosa en febril reacción, contestando a las preguntas que el maestro intercalaba en hábil juego, resultando lucidísima —así creía yo— ante el murmullo general del inmenso concurso.

Concluí y volví a mi sitio. Entonces tímidadmete miré a mi madre que, con su eterna bondad, me sonreía. Quedé compensada, derramando en mi interior este golpe de suerte, luces hasta entonces desconocidas de ese Dios que por el hecho expresado más me hizo suya desde aquel momento, como también pude, del inmenso poder de la oración, darme cuenta.

Y así como allí fuí, he sido siempre —que en cuestiones de fe ha de ser este sentimiento impetuoso, avasallador, es-

pontáneo y sincero. Aun más: ni las decepciones ni el natural cansancio han cambiado en lo más mínimo este mi sentir, conservando incólume y por dicha mía mis ideas de colegio que, cuidadosa y advertida, jamás expuse a ningún azar ni a seductoras lecturas al parecer, ni a imprevistos arrastres, ni a tibieza alguna, celosísima de ellas como estaba, estoy y estaré; aspirando sencilla y constante, mediante Dios, a la última de las perseverancias —la más difícil— que es la que al dejar este mundo y en el momento supremo nos reconcilia con el cielo.

Dotado el hombre de una inteligencia que lo eleva sobre los demás animales de la tierra y por lo mismo de un alma inmortal como firmemente creo—aparte de la religión revelada—, debe haber para él otros dominios y otras regiones en el más allá, porque sólo en esferas sobrenaturales y en el orden superior ha de radicar el luminoso imperio.

El lucimiento de la discípula que así se las había con el pronombre, hízome blanco de las miradas de la concurrencia en aquellos brillantes exámenes. Y por este motivo aun recuerdo una arenga de Napoleón a sus soldados que me fué encomendada para recitarla al final, el último día, entre otros números de poesías que a otras compañeras, niñas muy aprovechadas, correspondían.

En el transcurso de mi vida, ¡cuántas veces he pensado en la analogía que haber pudiera entre Napoleón y yo, para que a mí se me eligiera en la interpretación del bélico ardor que de la proclama rebosaba! Pues siempre se escoje el intérprete que pueda ser más a propósito para el carácter o temperamento del sujeto que se representa. Y yo, infeliz de mí, ¿qué relación podría tener con semejante personaje?

¡Cuánto me he reído después!... De aquella arenga, de mi diminuta persona con la cabellera de crespos impregnados de saragatona y aquel guerrero águila del mundo... La arenga comenzaba así: “Soldados: estoy contento de vosotros”... Y eso de llamar soldados a mi pobre abuela, a mi madre, a los profesores y a todos los que estábamos en el examen, no me parece bien, porque allí no había Pirámides, sino gente de paz en aquella ciudad próspera y renaciente.

¡Oh, glorias de mi infancia!...

¡Benditas sean las candorosas ridiculeces, muy disculpables en cierto modo!

Y compensada me vi en los años que siguieron, con la recitación en la clase de literatura de poesías inolvidables, ya una adolescente en iguales fiestas. Las rimas de Bécquer; la oda "A la hermosura", de Quintana; fluídas melopeas... y a mis amigas las insurrectas; "El dos de Mayo", de Gallego; "El Niágara", de Heredia; el amoroso idilio, de Núñez de Arce; "La plegaria", de Plácido; Milanés, la Avellaneda, Juan Clemente Zenea y tantas más inolvidables recreaciones del espíritu en constante y misterioso baño la juvenil fantasía.

¡Cómo quise a mis condiscípulas y cuánto a algunas admiré! Una María Graupera había allí que despertó mi infantil entusiasmo. De clase más adelantada que la mía, maestros y compañeras reconocíamos su indiscutible superioridad. Modesta, sencilla, apacible, de todos se hacía querer y respetar.

Hija de un acaudalado comerciante español y familiar por línea materna de don Tranquilino Sandalio de Noda, era esta niña un modelo, un ejemplo viviente de las enseñanzas que recibíamos. En el piano, en las labores de aguja, en las clases más elevadas siempre la primera, y aun en la escritura, por la arrogante letra inglesa. Su exterior, la pulcritud de su persona, todo predisponía a su favor.

De estatura que ya prometía ser mediana, trigueña, de hermosos ojos y obscuras trenzas —de timbre de voz tenue como un susurro— aquella su fisonomía de esos años revive hoy en la de su hijo el gran ajedrecista cubano Raul Capablanca, a quien luego dió vida, porque efectuó su matrimonio poco después de haber abandonado el colegio.

Fué el referido don Tranquilino Sandalio de Noda un erudito de los más notables que ha tenido el país —hombre de saber enciclopédico.

Dicen que era aquella su privilegiaa cabeza que de todo entendía un verdadero arsenal de conocimientos; en matemáticas, economía política, ciencias naturales, lenguas, aun los dialectos africanos que aprendió y con los negros hablaba. Por su carácter raro llamó mucho la atención de sus contemporáneos.

Y volviendo a mis condiscípulas, la Marieta de mis cuen-

tos era otra muy inteligente niña que a la vez destacaba del conjunto por su espíritu levantisco que justificaba la desgraciada historia que ya conocemos de su prematura orfandad. Y también, quizás, contribuiría indirectamente a este sentir el elemento masculino de la familia materna por haber peleado en la insurrección de entonces —que fué la de los diez años— como fieras y como héroes, pues la mayoría sucumbió valientemente en la contienda, y los que, más tarde, sobrevivieron y regresaron cuando la pacificación, ostentaban altas graduaciones.

Y ella, aquí, mientras tanto, con sus tormentosos discursos tratando de enardecer y sublevar al inofensivo y candoroso grupo que la escuchaba; confirmando después la cerebración de sus entrañas y aquellas sus avasalladoras aflicciones literarias, Alberto Lovio, el celebrado poeta matancero, que es hijo suyo.

¡Lo que supone un colegio en el sentir de las aspiraciones y en el terreno de las realidades!

En la preparación del trillado sendero y partiendo del mismo sitio la esperanzada caravana —unos antes y otros después— ¡cuánta flor tronchada cae inesperadamente en el camino! ¡Cuánta enebroada dama se adivina en lontananza! ¡Cuánta sencilla madre de familia y cuánta abnegada mujer en destinos incoloros! ¡Cuánta sacrificada! ¡Cuántas alejadas para siempre de la patria y de los suyos!

Alguna débil, otras firmes... Y en el revuelo torbellino de éste, que fué el mío, al frente de la peregrinación, una interesante y querida niña de gran capacidad y de muy distinguida familia, rubita, paliducha—de expresivos ojos pardos y negras cejas y de enflaquecido cuerpo— nerviosa como era ella e insignificante al parecer— y que indicaba por su complexión delicada nada poder resistir; nos proporciona más tarde, aquí en Cuba, y más luego en España, el ejemplo de sin igual fortaleza y humildad, cuando ya esposa de Cristo y en la sublime misión del apostolado de la enseñanza y de la oración; silenciosamente embalsama con la fragancia de sus virtudes y en las fundaciones de su Orden, el recuerdo de aquellas aulas.

¡Pilar de Vera! ¡en mi ensueño no sé si jugar contigo o si reverente ante ti inclinarme! Que de todas fuiste tú la más dichosa.

También allí en el colegio vinieron sanos y punzantes escrúpulos a hacerme sentir desde temprano esas graves responsabilidades de la conciencia en que el alma experimenta la necesidad de inmolarse, de sacrificarse, por seguir a Cristo, cueste lo que costare, principio fundamental como es el sacrificio de toda ley divina y donde ha de radicar la dicha humana.

Un día, concluída mi tarea, me acerqué al bastidor de una compañera que en relieve bordaba un precioso almohadón de mucho efecto. Un buen pedazo del canevá sobresalía del cuadro y caía fuera y me tentó la idea de pedirle un pedacito para confeccionar un cojín para mi muñeca. Complaciente ella en extremo me entregó las tijeras y me dejó hacer.

Otras me vieron y me imitaron, que suelen ser en los colegios regueros de pólvora cualquier innovación, complaciéndolas a todas la amable niña, hermosísima por demás, camagüeyana de tez pálida, ojos negros, cabellos como la noche, sedosos, finos, desprendiéndose de su ser sin igual encanto. Carmen se llamaba.

Momentos después al pasar la Directora su escrupulosa inspección por los trabajos realizados, notó la falta del canevá, pues resultaba de consideración el perjuicio, toda vez que habíase de tirar de aquellos hilos para destacar luego el relieve.

La niña nada dijo: yo había dado el mal ejemplo, porque fuí la de la idea, y como nadie me delató, resultaron ellas penitenciadas menos yo.

Llegó la hora de la salida. Las castigadas, que fueron apartadas como era costumbre, me miraban desoladas, lloraban amargamente; pero nada me decían... ¡Qué momento! ¡oh, Dios mío!

Se oyó mi nombre, y al trasponer la salida, pues venían a buscarme ya, no pude más y resuelta me acerqué a la Directora y la dije: "Yo he sido", contándole la verdad.

Ella me miró fijamente y después de un instante de pensarlo, porque era yo niña que jamás había sabido lo que era allí una penitencia, me dijo severamente, quizás si para aun más probarme:

—Está bien. En lugar de todas ellas te quedarás tú, porque has dado un mal ejemplo.

Y diciendo y haciendo las perdonó, ocupando yo el pues-

to, pasando ante mí mis compañeras sonrientes y agradecidas y aun con la huella de las lágrimas en los rostros. Dichosa transición de la celestial infancia.

Y allí quedé. No lloraba. Sufría la gran vergüenza destrozado mi amor propio, que era mucho, lo confieso. Pero me quité de encima insoportable peso.

Y volvió a oírse mi nombre, contestando el portero en alta voz: "En penitencia."

La esclava que iba por mí y que me adoraba, replicaba, no podía creerlo, protestaba... Oí al fin que se alejó y sola quedé.

Sola quedé en ese estado de marasmo que domina en las grandes luchas de la vida, y allí la libraba encarnizada mi dignidad y mi conciencia —y quizás si también mi orgullo, aunque jamás ese sentimiento se anidó en mi alma, destruído por mi madre la peligrosa simiente en el episodio del ingenio en aquella hermosa mañana de primavera. Demasiado sabía yo que *era nadie*. Mi madre me lo había dicho y ella no engañaba.

Y en aquel momento en la ida de la esclava y en su protesta quedé pensando —tan natural la inesperada reacción en algo insignificante y baladí que siempre asalta la imaginación en laboriosas crisis. Allí no tenía nada material que me distrajera, los ojos vagaban por el espacio, no podía fijarme en algo que robar mi atención pudiera; sólo habían los salones vacíos y los banecos; y hacia Ma-Justa que así se llamaba la fiel criada, voló mi pensamiento.

¡Qué buena era! ¡Cómo me quería! No era refiuada, venía del ingenio, era lavandera, de sus manos salía la ropa de imaculada blancura, como carne de coco, en los grandes canastones colocada. Limpísima ella también de cuerpo y alma, era *univira* —había sido de un solo hombre. Cosa rarísima en una infeliz esclava.

Razonable, ruda, pero ¡qué buena! Y sin embargo, en aquel carácter y en su andar majestuoso, pues aunque criolla, bien se veía en ella la alteza de una raza africana de marcial continente, fué la presunción mujeril la mayor debilidad de Ma-Justa.

No era que gustar pudiera de adornarse de avalorios y baratijas, no; las batas, las batas, el amplio y flotante traje

de sabor primitivo que tal relación guardaba con sus modestos ensayos en la escabrosa senda de las modas, fué para ella suprema aspiración y el colmo de la elegancia, y bien caro le costó a la infeliz la disculpable debilidad.

Un día que me entretenía con sus cuentos del ingenio, de cómo fué vendida de una finca a otra con toda la dotación, de cómo conoció a don José Matías, mi bisabuelo, tantas veces aquí nombrado y que presidió la compra—absorta yo en el relato, vino una traviesa pulga que retozaba parece por su cuerpo a robarle la tranquilidad y la corrección que a mi persona debía—y poniéndose de pie, violentamente, con tal fuerza sacudió la falda, que pude descubrir, sentada a sus pies como me hallaba, a lo largo de la pierna un horrible verdugón o cicatriz.

Curiosa la pregunté.

—¡Ah! —me dijo sonriendo y con cara placentera—, ese es un cuerazo.

Y diciendo y haciendo me mostró la dolorosa huella en grueso relieve que trazaba el perfecto dibujo en la negra y fina epidermis de un profundo latigazo, prolongado y fiero.

—¿Cómo te hicieron esto? —la dije asombrada y compadecida.

—En el ingenio, el mayoral.

—¿En el ingenio de casa? ¿Y tú no me has dicho que allí no se castigaba? —la repliqué muy bajito y con ese misterio y malicia infantil del muchacho que infraganti descubre algo que a sus padres atañe y puede perjudicar.

—Sí, allí no quería el amo que se castigara y no se castigaba; pero un día, estando yo en el campo tumbando caña, el mayoral se acercó a mí y me dió este cuerazo. Yo me enderecé y le dije: “¿Por qué me pega?”

—Porque tú te vistes mejor que mi mujer —me respondió.

—Y era verdad, ¿qué batas yo me ponía que mi marido me compraba! decíame extasiada, sonriente y muy complacida en medio del doloroso y repugnante drama.

—Yo nada le contesté—prosiguió Ma-Justa—, pero esperé el sábado que llegaba el Niño Pancho de Matanzas y estando él almorzando en la casa de vivienda, pedí permiso para pasar y le enseñé la pierna. Y entonces él me dijo muy *bravo*: —¿Quién te ha hecho eso? —El Mayoral. —¿Por qué? —Porque dice que

yo me visto mejor que su mujer. Entonces se levantó de la mesa furioso y le mandó llamar y le dijo: —Salga usted inmediatamente de la finca. Ya le he dicho que no quiero aquí castigos, y en seguida el mayoral se fué, y estando yo en el campo tumbando caña pasó con su mujer y sus hijos en la volanta, haciéndome señas con la mano de que ya se la pagaría.

—¿Y te hizo algún mal después? —la pregunté.

—¡Dios lo libre! —me contestó—. Nunca más volví a saber de él.

¿Cuánto me entretuvo aquella tarde la cruel odisea de la infeliz sierva! El niño Pancho era mi tío Francisco.

¿Qué mundo aquel de los esclavos! En la casona hubo en silencio dolorosas historietas, novelas desdichadas, como aquella del pobre Augusto, el simpático congo, criado predilecto de mi padre, de la que después pude enterarme; y que interesado toda la vida por la hermosa negra Rosa, la criandera de mi hermano, fué por ella siempre rechazado. En esta época de mi infancia, ¡cuántas veces le sorprendí en la sala contemplando su retrato! En el cuadro, ya dije, aparecía ella sentada de cuerpo entero, oyéndole murmurar muy bajo, despechado como estaría estas palabras que por broma yo interpretaba: “Desde que pintaron a este *saco de carbón*, la ruina cayó en esta casa.

¿Cuán obsequioso era! Le cedía siempre el paso, haciéndole reír a carcajadas. Deshacíase en toda clase de reverencias y cumplidos: la llamaba “Rosita”; por ella derretíase y de puro almíbar era a su lado, y viniere o no a cuento endilgábale frases que su oído retenía del lenguaje de los blancos; consiguiendo con todo esto y por desdicha suya, más aumentar la hilaridad de la veleidosa Rosita.

Y en las pruebas de la vida, algunas enseñanzas de ellos, de esos esclavos recibí. Recuerdo una vez que consolaba yo a una infeliz madre, mujer de color, que desolada lloraba la muerte de su única hija, y la africana contestóme: “¡Ay, niña, cada uno llora su dolor!...”

Sí, tenía razón. Nunca pude olvidarla. En el triste exclusivismo, está el secreto de las lágrimas que a raudales corren, fertilizando siempre al eterno y fecundo valle.

Cumplí la penitencia mientras en todo esto meditaba. Casi de noche llegué a mi hogar. Al entrar mi padre me miró se-

veramente, sin saludarme siquiera. Aun vivíamos en la casona. Mi madre al verme me tendió los brazos diciéndome dulcemente: “¿Cómo ha sido eso?” Y en ellos me refugié.

Ella me besaba. Me ahogaba, me moría, no podía articular una palabra, y cada vez más mi madre me estrechaba... hasta que al fin, vivificada por el calor de su amante pecho pude contarle lo ocurrido.

¡Qué satisfacción la de aquella mujer!

¡Llamó a mi padre y ambos me acariciaron complacidos, diciéndome:

—Siempre procede así, hija mía.

Después, en el transecurso de la vida, este sacrificio inició otros, tal vez si más costosos, pues todo es relativo, y como hallábame ejercitada, no me fué difícil, antes bien, quizás llegué a amarlos y bendecirlos.

Que este fruto hubo de mi primera y única penitencia.

Inseparables mi madre y yo, unidas corrimos las tempestades del existir como también las de la naturaleza. ¡Cuántas veces en los días de estío en las grandes turbonadas, llena yo de terror, con ella repetía la consoladora y sencilla oración —a ella transmitida por sus mayores— y la de que, según nuestra fe, el peligro conjuraba!

Santa Bárbara bendita
Que en el cielo estás escrita
Con papel y agua bendita.
Santa Bárbara doncella,
Que en el cielo fuiste estrella.
Líbranos, Señora,
Del rayo mal guiado.

La dulcísima y profunda influencia que sobre mí ejercía, sus sencillas advertencias, sus consejos siempre retenidos en mi memoria y que trataba yo de practicar; mostráronme más tarde la elevada significación de ellos, que entonces tal vez no me era tan fácil comprender: “Haz diariamente un bien, un favor —decíame— y aprende algo nuevo; que, de noche, al ocupar el lecho, así habrás ganado el día.”

No sólo en el colegio tuve grandes expansiones que vinieron a ser en las condiciones especiales de mi vida lo que las flores que nacen en las ruinas, sino las naturales de la edad de que me era dable participar.

Y fueron éstas las procesiones. Dejaba en ellas toda la admiración de que mi alma era capaz de sentir por el Ser Supremo. ¡Cuánto me conmovían! La de San Carlos el Patrono, era fiesta de tabla y concurría el Ayuntamiento en pleno con el Gobernador y el Alcalde. Todas las iglesias, congregaciones, músicas. Nubes de incienso subían a las alturas con grandes muestras de reverencia, dignidad y magnificencia y respecto.

El Santo Entierro y la de Corpus que, como en tiempos pasados, ya descriptos, la tropa cubría la carrera. ¡Cuánto lujo! La del Nazareno de noche, en plenilunio; la plaza de Armas desbordábase en esos días de Jueves y Viernes Santo de aristocracia y pueblo —era la única vez que se confundían— a la sordina la música, a la funerala el militar armamento. Las grandes damas del brazo de sus esposos, lujosamente vestidas y alhajadas con mantilla blanca o negra y con larguísima cola desplegada que el piso barría y polvo levantaba...

Vestían todos de negro, hombres y mujeres —por do quiera la respetuosa *intención* advertíase aun en los que no podían... hasta las niñas vestíamos de blanco, gris, violeta con insignia negra. Nada sería comparable a la manifiesta grandeza del Viernes Santo en estos dominios españoles.

Las campanas enmudecían, el tráfico estaba prohibido (sólo se permitía el coche de los médicos)—la cabalgadura iba del diestro— todo ruido era lesivo... Los templos desbordábanse. El Drama de la Pasión hondamente interesaba. El Monumento aun a los imposibilitados atraía —dábale guardia un piquete de voluntarios—. Las mesillas, a la entrada del templo colocadas, mostraban bandejas llenas de monedas de oro y plata, encomendado el petitorio a las señoras más distinguidas de la población.

Las archicofradías de las personas de color con sus respetables miembros correctamente vestidos —ostentando algunos el traje del Nazareno. La procesión aproximábase pausada y majestuosamente— los cirios y los faroles serpenteaban desde lejos al percibirse la triste marcha.

La del Nazareno el Jueves Santo —dije— y la de la Soledad del Viernes, eran de noche.

Al pasar por la plaza ambas procesiones, en uno y otro día, el *Spirito Gentile* preludióse una vez como espontáneo homenaje de la magnífica banda militar que la retreta proporcionaba y el Cristo abrumado por la Cruz, perdíase doliente y lastimado entre los frondosos árboles, los tupidos laureles y *flamboyantes*, que las calles laterales adornaban, percibiéndose tan sólo el ruido de la matraca que la procesión abría.

Y en la del Viernes Santo la solitaria Cruz con el rico Sudario en desgarradora elocuencia; y más lejos la Virgen de los Dolores en su desolación infinita, consolando siempre! . . .

A tal extremo llegaba el general entusiasmo que, matrimonios hubo que sólo esa vez en público se les veía. Era un deber; volviendo después al retraimiento. Las familias acostumbraban mandar desde sus casas innumerables sillas que los esclavos colocaban en determinado sitio de la Plaza, por ellas preferido.

Después, al grito de Aleluya, volvía el movimiento y la vida; y el domingo, casi a la alborada, la procesión de Resurrección; y tornaba a la plaza la misma concurrencia de las noches anteriores; pero esta vez las damas en sus quitrines, caído el tapacete daban vueltas luciendo minúsculas sombrillas de rico encaje y valiosas mantillas y suntuosos trajes; y dentro, a pie, bellísimas mestizas a todo lujo también paseaban, según fuera la importancia de la fortuna que en secreto a estas últimas respaldaban. . . .

¡Qué mundo aquel! Especial, muy especial. Liquidábase el mortal que a pie la tal aventura por camino torcido recorría.

Había un centurión en estas procesiones de Semana Santa que mi curiosidad excitaba. Se llamaba el Centurión Romano y no sé por qué. Vestía ceñido frac con sombrero de dos picos galoneado, a más de un espadín; y con una larga vara o bastón que del sombrero sobrepasaba a cuyo extremo ostentábase saliente y rígida pequeña banderola negra y oro de eclesiástico significado y de irregular trazado; iba majestuosamente andando el rarísimo personaje con el brazo izquierdo vuelto hacia detrás y en la espalda apoyado.

Guardaba especial e inalterable compostura en la lenta

marcha, y al mover el pie derecho en el aire trazaba extraña circunferencia, mientras que a pulso y a compás agitaba con el brazo derecho al mismo tiempo y en igual dirección que el pie, el bastón que ruido especialísimo producía como de innumerables e invisibles cascabeles, marcando el paso y el estremecimiento de la vara el penoso andar en la infatigable marcha.

De extraordinaria estatura el erguido negro, que lo era; de contextura extremadamente delgada que de alambre parecía; de finas facciones, acentuado el anguloso semblante por enérgica perilla blanca —dábanle todas estas partes aire elegante, extraño y marcial y un si es o no es militar.

Sixto Larroque se llamaba y durante más de sesenta años, hasta que terminó el período colonial interpretó al misterioso personaje, creación sin duda de aquella Matanzas primitiva y que no sé por qué desde tiempo atrás dieron en llamar Centurión Romano.

—¡El Centurión Romano! —decía yo contrita al verle pasar en la procesión.

Qué Centurión Romano, ni qué ocho cuartos, ni qué niño muerto, ni sabes tú lo que estás diciendo—contestábame agriamente mi tío el granadino, que lenguas se hacía siempre de la Semana Santa de Sevilla.

Los fuegos artificiales después en la Plaza de Armas en ese día de San Carlos era otra cosa que me entusiasmaban, mas nunca quedaban lo lucido que el pueblo y el pirotécnico esperaban. Casi siempre el castillo con la efigie del Santo, sólo la mitad ardía; otras veces la rueda en el voltear de fuego se apagaba prematuramente, y mil vicisitudes más abrumándose por ello al pirotécnico, a lo que invariablemente contestaba el socarrón y amable andaluz: —¡Qué quieren ustedes? ¡La humeá! . . . Y muy verdad podía ser la ingeniosa escapatoria por los dos ríos que la ciudad aprisionaban. Si no fuera por el lado cómico de las cosas, la vida sería insoportable.

En el terreno privado de mis afecciones, cuánto placer inocente, porque reuníame a mis primas que en unión de su padre mi tío de Arellano nos llevaba a distintas excursiones, a pesquerías.

Pesquerías dije, y a ellas íbamos como recreo de la tarde por la inmensa bahía navegando, y a mí se me daba a soste-

ner el cordel después que en el espacio su hábil mano había descrito preciosos círculos al lanzarlo en el vacío. Cada niño tenía el suyo, no hablábamos, había que hacer silencio, quedo, quedo, y echar más brazas, hasta que sentíase ligero estremecimiento a lo largo de la pita, avisábamos anhelosos, el esclavo y él atendían y de repente un tirón más fuerte nos indicaba la presa, que ellos afanosos sacaban, saltando dentro del bote el hermoso pargo.

La intensa emoción de la pesca sólo me fué dable conocer en mis primeros años, gracias a este cariñoso y bien querido amigo, que fué para nosotros un padrazo.

Sin igual en esta tierra de fuego el placer del baño, en Matanzas y en sus alrededores de ellos disfrutábanse con deleite —en el mar, en el río y en deliciosas casacadas; y en la ciudad, en los helados manantiales del Ojo de Agua.

Estos últimos pertenecen ya a una compañía extranjera que los utiliza para fines industriales. No existen, pues. No existe lo que fué durante muchos años encanto y solaz de los matanceros y de lo que hanse perdido las presentes generaciones.

En el espacioso edificioso de sólida cantería que aun osténtase en el centro de la plazoleta de su nombre, estaban los de San Andrés, subdivididos en grandes departamentos llenos de agua pura y cristalina, corriente, helada, por el mucho nitró que dicen contenían. En la transparente linfa nos zambullíamos, pudiéndose ver la fina arena que la planta hollaba.

El ejercicio de la natación, la sin igual frescura, la jabonadura exquisita y perfumada, que momentáneamente el agua enturbiaba y desaparecía... El espeso muro de la pared limitando el entusiasmo de la natación, la humilde escalerilla para descender del tablado donde nos vestíamos, era emoción inolvidable, sólo del baño sin refinamiento alguno el sin igual placer.

A un lado de la plaza existían otros, los de Santa Rita, magníficos también y con un manantial tan bello como misterioso para mí... peces y langostas por allí desaparecían.

Estos baños de Santa Rita los regentaba una señora española y su yerno peninsular también. Doña Donata y don Tomás, que bien me acuerdo. Los admiraba de corazón, porque

aquí sacrificáronse valientemente soportando del público divertido innumerables travesuras, para sostener en Madrid a unos jóvenes nietos de ella e hijos de él, a quienes proporcionaban la carrera facultativa.

Esta aspiración de ambos los hacían invulnerables a toda contrariedad, a mortificaciones sin cuento: impávidos iban a su fin. Y por ello, bien acreedora se hacía la sufrida pareja al premio que la providencia otorga a los héroes desconocidos.

¡Y los baños de mar en la cuevita de Dubroq! El singular capricho de la naturaleza de labrar en lo más árido de la costa el protector abrigo con una pequeña y linda playa en derredor. Después del baño mis primas y yo allí nos refugiábamos para que la brisa nos secara la pieza interior que por pudor conservábamos puesta. ¡Como ángeles jugábamos en el mar y en la orilla! Nuestra ropa sobre el césped arrojábamos y una tarde un travieso cangrejo llevóse una media de María, la perseguida víctima de Pancho, mi siempre adorado pájaro. Como de la ropa no nos preocupábamos, jugábamos en el mar... cuando al vestirnos por la llamada de mi tío que ya quería regresar a la ciudad, no se encontraba la media de María, hasta que dentro de la yerba vimos algo blanco que la brisa agitaba... sobresalía la buscada prenda, tiramos todos con fuerza; pero el cangrejo en su cueva bien sujeta la ocultaba. En graduación de una escala, uno tras otro y de mayor a menor sujetábamosla hasta que de repente cedió la elástica sin que el cangrejo la soltara, hallando todos "lecho impensado en la mullida grama..."

Y mi pobre María sólo con su zapato bien calzado pudo regresar a la ciudad. Pancho habíale echado la mala ventura. Todo le ocurría.

A caza también nos llevaba el tío Arellano por las afueras de la población en tardes preciosas; con su escopeta de salón echada al hombro, seguido del esclavo y de nosotras, hacía caer a innumerables pajarillos... De repente un grito. Era María, siempre María, a quien horrible bicharracho había picado. La pobre niña sollozaba con el feísimo insecto adherido a la espalda, que creyéndola flor, quería libarla.

¡Ay! de la infeliz que por su mal nace hermosa...

Un día, en una de estas excursiones en las entretelas de

Matanzas, vagábamos por un lugar donde rica industria prístale movimiento y vida. Era domingo y todo descansaba.

La quietud comunicábase a la naturaleza. Era hora de la siesta, y yo, siguiendo mi costumbre, me aparté del bando que en aquel instante también reposaba.

Un buen trecho anduve y me interné en una especie de colgadizo largo, muy largo, lleno de enormes depósitos de carbón de piedra. Seguí la línea de los ordenados horcones, que cual rústicos pilares el techo sostenía.

¡Ay de mí! ¡Adónde iba! Tras una enorme cantidad de carbón que al alto techo de extraordinario puntal alcanzaba, atado a uno de esos horcones, en la misma posición en que aparece en el cuadro el Cristo de la columna, un pobre asiático, flaco y escuálido, recibía sobre sus espaldas los crueles latigazos de otro hombre fuerte y robusto, que sin compasión le flajelaba... Cerca, varios espectadores silenciosamente rodeaban al que hacía de verdugo, cubierto éste de ancho sombrero de jipijapa. El mayoral sería... La amarfilada espalda crujía, estremeciéndose, revolviéndose. Y el cuadro iluminado por un sol de fuego más destacaba de la sombría mole de carbón.

Creí morir, y sobre mis pasos volví sin ser notada, pues ellos —los del suplicio— dábanme la espalda.

No jugué, quedé muy triste ese día, y de tal modo el terror cerró mi boca, que a mi madre vine a comunicarle el horrible secreto que guardé casi mi vida entera y poco antes de ella morir. Para tal confidencia no encontré un ser humano, ni aun mi madre, por la tristeza y vergüenza que sentí. Afortunadamente cuando hablé ya la esclavitud había pasado, y las contratas de chinos.

Y esta vergüenza mía de mujer civilizada y de verdadera cristiana, este sonrojo había de ser el de mi pobre y desgraciado país ante la conciencia universal que juzga.

Me parecía que por haber sido testigo del hecho, sin delatarlo, era cómplice de aquel crimen.

La munificencia de mi tío Arellano nos proporcionaba las mayores sorpresas cuando íbamos mi hermano y yo a pasar el día con nuestros primos. Era éste el único rayo de sol que disipaba los espesos nubarrones que nos cercaban. ¡Cuánta esplendidez y abundancia la de aquel español! Residía él en la

fábrica del gas, del cual era celoso administrador, en las afueras de la ciudad, en el edificio que aun existe y muy lejos de mi casa.

A nuestra vista vaciábanse allí los serones de frutas de los vendedores ambulantes y que a la hora de la merienda el esclavo servía y mondaba a nuestro antojo. ¡Mangos manzanos y piñas de la Habana!... El haz de cañas de la tierra, almibaradas y tiernas. El barrilete de uvas moscateles que de España venía sepultados los racimos en el serrín que los reguardaba, aprendiendo por la especialidad y variedad de frutas el privilegio de distintos climas en las diversas estaciones.

Situado el enorme edificio en un barrio de personas pobres, entre casas de vecindad donde hacinados vivían, sentada yo en el prolongado balcón que extendíase por toda la calle, púseme en contacto con un elemento desconocido que me proporcionó innumerables sorpresas y distracciones. Las espantosas zurras que las desaliñadas madres daban a los traviosos chicos; y alguna cabeza de los desorejados trabada en los balaustres de hierro de la ventana de la calle y el cuerpo al aire y el calzón rodado y el cruel azote furiosamente prodigado, cogido el niño sin querer y por su mal en impensada ratonera... El hogar pequeño y bien aseado y la niña peinándose en la puerta de la calle en dominguero alarde, abundantísima la cabellera y grasiento el tocado por maravilloso unto, aplacando la madre la inveterada rebeldía de los pelillos que al aire flotaban por el oportuno buche de agua que, de la amorosa boca surgía, como veía yo en las cariátides y silfos de las fuentes.

Y el viejecito sentado en la acera al descender el sol en luminoso ocaso, urgándose las narices con prolongados papeles finamente enroscados y que, a guisa de rapé empleaba, produciéndole el cosquilleo ruidosos estornudos, usando al sonarse de limpios pañuelos de diversas categorías al parecer, alineados al borde del sardinel, con esa solicitud e importancia de algo trascendental que, los maniacos conceden a las trivialidades de la vida.

Nada de esto contábamos después a nuestros padres: era inexplicable diversión muy grande que temíamos todos perder si a sus noticias llegaba, pues interesantísimas parecíanme estas escenas, apiadándome de las que yo creía de excesiva cruel-

dad, mientras que saboreaba compadecida un caramelo habido en la tienda o bodega de la esquina envuelto en humilde papel de retorcidas puntas, donde la informe bola oscura, dulzona e insípida aparecía polvoreada de algo blanco que no era azúcar.

Estos caramelos, el coquito quemado, y *los caballitos* de tostado amasijo trascendiendo a anís, con larga cola y estiradas patas, prolongadas orejas y un ojo enorme estampado en la parte que la cabeza simulaba y que hacían las delicias de los niños del barrio, constituyó uno de nuestros mayores placeres, prefiriéndolos al refinado dulce, de los cuales estábamos hartos. Dichosa y sencilla edad en que la golosina a todos proporciona igual contento en inocente confraternidad y en la mejor de las democracias. ¡A cuántos que esto lean heriré del recuerdo la sensible fibra!...

Murió entonces mi tío Arellano como el Marqués, inesperadamente. De una malaria adquirida en alguna pesquería. Gran aficionado a ellas y en especial a la muy arriesgada de tiburones, fué este sport su mayor placer. Aun me parece verle regresar con las temibles presas arrastradas por el bote en penosísimo remolque y que en la arena depositaban después. ¡Los terribles monstruos de estos mares!

El valiente capitán era diestro en la peligrosa caza, recibiendo mil parabienes de los alegres temporadistas que curiosos concurrían a la orilla cuando el bote divisaban. Esa Playa de Judíos, por demás pantanosa e insalubre, como hermosa y pintoresca, era foco de innumerables enfermedades. Siempre haciendo víctimas, víctimas muy grandes, la falta de higiene pública, la inexplicable indiferencia.

Perteneció en vida al cuerpo de voluntarios de un regimiento de Guías, del cual era jefe y también de la difícilísima época, se conserva del excelentísimo señor —mayor aun la excelencia de sus sentimientos— especial y gratísima memoria además, porque supo afiliarse al elemento que tolerante y bondadosa interpretaba con espíritu muy elevado de concordia y cierto mundo —pensando sin duda en el hijo criollo que les sorbía el seso— los mil errores de la intolerable intransigencia. ¡La música de aquel entierro aun la oigo!...

¡Cuánto favor otorgado por medio de su esposa al hijo del país comprometido! Sencillo, sin alarde alguno, fué un gran corazón. ¡Y como él tantos!

Insensiblemente íbame acercando a una edad en que en mi país se recibe por anticipado de ella las primicias. Una profunda melancolía de repente invadió mi espíritu y a tal grado enervó mi cuerpo, que híceme para todo ineficaz. Sentíame como pesarosa de vivir.

En nuestro hogar la situación no había cambiado. Las dificultades se sorteaban sin cesar y podía asegurarse que era el día una jornada bien ganada, cuando a la hora del descanso, en el sosiego de la noche repasábamos lo que habíamos vencido y lo que, para el siguiente nos aguardaba y teníamos aun por vencer; inacabable el bregar de la jornada.

Mi madre, infatigable, a todo proveía. Desde el oficio más humilde hasta la ocupación más elevada. Animosa, fuerte, de ella recibíamos la vida, pues ya dije que así eran las cubanas.

Mi padre era una sombra. Encerrábase en su escritorio: sólo para sus libros parecía existir y en su exterior acentuábase ese aspecto característico de los que presto van a morir.

Porque a pesar de su conformidad perfecta y de una corrección a toda prueba, fruto de la grande educación severísima de aquellos tiempos, pues jamás le ví un movimiento de mal humor ni una mala palabra le oí, ni aun simplemente de esas expresiones incorrectas que con frecuencia se escapan de los hombres contrariados, aun los más cultos y refinados; por lo que demostraba cuánto habíase aclimatado al dolor, a toda contrariedad, sorprendiéndole la menor alegría como cosa ajena y fuera de lugar.

Y cierta tarde, en ese lapsus de su vida así sobrellevada, vino un suceso a proporcionarnos inesperadas emociones.

A la hora del crepúsculo, obscureciendo ya, un carro detúvose a la puerta de nuestra casa, dejando en ella una caja de enormes dimensiones que pasaba de la altura de un hombre y que, con extraordinaria sorpresa de nuestra parte y con más extraordinario esfuerzo de quienes la maniobraban, vimos del carro descender.

Creímos sería una equivocación y él así lo manifestó; pero al mostrársele el rótulo con su nombre y el de la ciudad no había lugar a dudas y el recibo del expreso firmó franco de porte.

¡Qué sería ello? Rodeamos todos el misterioso envase, her-

méticamente cerrado, descubriendo el nombre del puerto del Havre, de donde venía consignado al de la Habana.

Mayor confusión. Se procedió a abrirla. Aun veo la escena. Me pareció en mi oficiosidad poca luz y traje una bujía... una de las tablas cedió, y entre finos papeles de esos de mil tirillas descubrimos un mundo de exquisitos comestibles, de conservas deliciosas y cuanto el bien acreditado gusto francés pueda combinar para el paladar más refinado.

Lo que hizo a mi padre insistir aun más en sus dudas e incertidumbres, ordenando nuevamente, con gran desconsuelo mío, el cierre de la caja hasta más ver.

Al siguiente día trajo el correo una carta. Era de William el antiguo criado inglés, y decía la misiva que de paso el vapor donde viajaba ancló brevemente en la Habana en anunciada escala, aprovechando él la oportunidad para enviar desde Francia aquel presente a su antiguo señor que no olvidaba y de quien había quedado tan agradecido. ¡Y qué presente, santo Dios! que a su dueño hizo melancólicamente sonreír. ¡Cuánta alegría!

El recuerdo de la maravillosa caja aun perdura para mí y el del hermoso rasgo alcanzó a dulcemente congratular lo poco que ya restaba de vida al triste y abatido caballero.

Continuaba igual la situación, mis luchas interiores eran terribles. Sentía miedo, miedo de continuar avanzando... deseaba retroceder no sé adónde y cuándo, acobardada quería dar la vuelta, *no ha lugar*, me decía el destino y la glosa inmemorial.

Y esta cobardía interior llegó a ser terrible, insoportable y verdadera enfermedad. Empecé a palidecer, horas enteras pasaba en abstracción completa y crisis de llanto, enojosísimas para mi carácter hacíame buscar amparo en los brazos de mi madre y aun a mi padre acudía en alivio de aquel no sé qué.

Alarmados se llamó al médico, que aconsejó una temporada al aire libre, ejercicios y paseos. Adelgacé extremadamente y la piel tomó los matices de bronce antiguo... Y a la orilla del mar a residir me llevaron por una temporada; tuve accesos febriles de muy alta temperatura, y luego, nada.

En ese entonces visité las cuevas de Bellamar, en una edad en que la imaginación sueña, sueña sin cesar. Y al verme

allí, no sé si fué más intenso ese soñar o si consciente admiré la más fantástica visión que la naturaleza ocultamente puede realizar. El sol cautiva, el sol embellece, el sol presta mayor realce al infinito que nos rodea. ¡Pero, ¡una cueva! y esa cueva que es un caos en las profundidades de la tierra ostentar salones maravillosos, galerías deslumbradoras, suntuosas decoraciones al multiplicar la cristalización del agua el iris en cambiantes jamás igualados que realzan el eterno festín que allí deben tener las hadas!...

Porque en ese mundo nada está inactivo con ser tan escondido. Todo habla de Dios. Y Dios, allí ocultamente muéstrase generoso y allí se complace de realizar portentos que sólo parecen soñarse y que El prodiga como prueba infalible de su omnipotencia al mundo invisible que en secreto le está alabando y allí subsiste.

El *Manto de la Virgen* llamaron a un manto que la naturaleza esculpió de sin igual magnificencia y que reverentes los seres humanos que por primera vez allí penetraron, en 1860, al ser descubiertas las cuevas, sólo creyeron digno de la Reina de los Cielos.

Volví a recuperar la salud. La crisis había pasado para jamás volver. Mi estatura fué la de una mujer y mi alma de niña por allí vagaba extrañada de las inesperadas dimensiones de mi ser.

Volví a mis juegos con más ardor, se me advertía presurosos que el traje al saltar quedaba corto: (¡si ellos hubieran visto los de ahora!...) corría, corría como una cervatilla y como a Milanés me interesaba el vuelo de una mariposa. Hícame traviesa y momentos hubo de a mí misma no poderme soportar.

Se pensó en el primer baile... en el traje blanco, en la diminuta cola, y si algún galán rondábame la calle, huía de la ventana.

¡Ah, Dios! ¡Bendita adolescencia ahí estaba!

Bailaba con mis compañeras y cuando no, sola. ¡El baile! Fascinábame en extremo—y sólo por aquel entonces—bueno es consignarlo—sintiendo en la cadencia de la danza desconocidas impresiones.

Desde pequeña habíame a él inclinado. Delirante mi pa-

dre por la danza criolla —allá— en la casona tuvimos maestro. Un negro sastre, que Félix Lauzurica se llamaba, músico y bailarín afamado. A diario a la caída de la tarde, recibíamos las lecciones; yo era muy pequeña entonces, los pasos marcábanme en el piso con rayas de blanco yeso y las vueltas en amplias circunferencias. El negro respetuosamente llevábame de las manos... mi hermano, en cambio, con él deslizábase primorosamente y con delicia por el pintado laberinto. Mi madre a veces acompañaba al piano; otras, el maestro tarareaba.

Mi padre, muy serio y complacido, presenciaba las clases que a juego incitábame. El nunca había bailado; pero gustaba con pasión de la danza criolla, característica, que al amor de la tierra llamaba.

Al maestro por su arte y sus lecciones —bien me acuerdo— pagábasele veinte y cinco pesos mensuales. Y sin embargo, cuando llegó la hora, sin maestro y sin nada y porque sí, fibroseme muy acorde los pies a compás de la música que en mi interior percibía invitándome a la danza en la perfumada y florida senda de mi juventud que ya asomaba y tímida a su encuentro fuí. La juventud es éxito y bien sabía yo que no podía alcanzarlo porque la pasada vez con infantil premura y en balde al encuentro de la vida acudí llena de amor, confianza y abandono...

Y tan tímida me hice, que nada de la edad atrevíame a desear: temerosa del fracaso, escarmentada estaba.

Y en este paréntesis de mi vida efectué un corto e inesperado viaje a Estados Unidos; allí pasé los meses de verano invitada por mi tía Angela. Solas fuimos: bien sabíamos que la protección de la gran nación a la mujer era la mejor garantía, obteniendo fácilmente de mis padres el permiso; —que ahora comprendo yo la tendencia de aquella especial educación que conmigo observábase y donde siempre procuraron hacerme solidaria de mis acciones, logrando por la responsabilidad de mis actos afianzar una libertad bien entendida, a la cual tanto inclinábame mi carácter.

¡Cuán acertados estuvieron por lo que después había de ser la vida mía!

¡Qué placer tan triste fué aquél! Mi edad y mi incansa-

ble curiosidad me convidaban a otras regiones en vuelo constante mi juvenil fantasía; pero fué esa primera vez una de las pocas que de mi madre hube de separarme, pareciéndome esta ausencia como un cruel anticipo de lo que había de ser la muerte entre las dos.

La impresión que me produjo aquella civilización aplastante, aquel engrandecimiento progresivo que por doquier admiraba —a mí, infeliz criolla— fué azás desconsolador y triste. Aquel realizar constante del menor deseo sin lucha sin afán, con sólo oprimir un botón... sin conocerse siquiera las triviales dificultades de la vida doméstica por la fácil y rápida solución de todas ellas, fué sorpresa grande. El anhelo no existía, el menor esfuerzo por la vida material parecía sabiamente previsto y conjurado.

Allí atendíase antes que a nada al cotidiano sustento, abundante y nutritivo y al alcance del más pobre y que, como base de toda grandeza efectiva suelen descuidar otras naciones; naciones muy civilizadas también que la miseria extreman.

Poseían el secreto del confort que al último ciudadano alcanzaba. Teníase como cierta espontaneidad, cierta pureza, cierta expansión impulsiva de los pueblos jóvenes y libres—de una libertad bien entendida.

Y, sin embargo, no gusté del lugar. Allí *no vivía*, sólo me incorporé como un átomo a la fuerza mayor que nos arrastraba en incansable vértigo. Mientras en la ciudad permanecí fuí un comparsa, un número transitorio de algo que no entendía ni sabía. Parecíame residir en el interior de una gran máquina y que, por las espaciosas vías del enorme vientre agitábase. Dejé de pensar.

Los antecedentes que yo arrastraba teníanme a mil leguas de todo aquello. Nada comprendía. Encontrábame muy aislada.

La obscura calle de solitarios faroles, la casona y el gran teatro, a esa casona cercana de la humilde provincia mía, aislado, majestuoso, en medio de una plaza que por allí buscaba yo otro igual o parecido entre aquellas maravillas de prodigiosas especulaciones, y ¡ah! de colosales ganancias financieras; producíame el acentuado contraste diversos sentimientos, y por tal desconcierto perturbábame, arrastrando como arras-

traba por mis venas la fuerza incontrastable del viejo suelo español, gloria y martirio de mis antecesores.

De la interior llamada no podía evadirme —no podía desasirme— me sujetaban y confusa ninguna identificación pude sentir, como ninguna explicación érame dable.

Con su clásico arcaísmo y su arte inmortal y sus grandes atrasos y su sentimentalismo, aquella alma latina era la mía. Admiré mucho sin poner el corazón en nada.

Y de tal modo me ha tiranizado esta herencia atávica, que aun hoy no me mueven los grandes centros ni las grandes ciudades: nada me atraen, nada me dicen. Incólume conservo la tendencia hacia el provinciano terruño con su andar a pasos, su calor de nido y su típica tristeza y su campanario y donde el pesar se comparte y la fe salva y aun el hogar algo impera y la alegría es íntima y sincera en su estrecho círculo, sin disiparse, porque compartida entre pocos cabe a más.

Y cuando es mucha la inalterable igualdad que al ánimo pueda abrumar, entonces el inagotable tesoro que en mí llevo provee y con el me contento para ser feliz. Que en mi pueblito he de vivir intensamente.

En los Estados Unidos visité también a Saratoga, pedazo de paraíso, y al Niágara —un Niágara silencioso y tristísimo donde la voz del torrente sólo se oía. Anonadada quedé. Grandilocuente el paisaje, atronador el ruido. Alcanzaba allí la naturaleza una civilización augusta, inmutable y suprema en perenne manifestación en el rodar de los siglos; que absorba y muda y estática yo comprendía.

Allí, la obra de Dios; y allá, en New York la del hombre igualmente culminar veía. ¿Habría entre ambos privilegios misteriosa relación? ¿Daría origen aquella magna naturaleza a la magna civilización?

¿Quién sabe! Que tiene el hombre del norte para mi extraordinaria superioridad debido a su particular iniciativa y mucho de mágico y sobrenatural por intuición y por especiales condiciones del carácter y por fuerzas sabiamente acumuladas en prolijo estudio, del principio, desenvolvimiento y éxito de las cosas. A la gran potencia para ser perfecta sólo la falta el arte inimitable de la Europa.

¡Ah! los grandiosos paisajes de la selva americana llena

de gigantescos pinos, suntuosos, musicales; y los inclinados sauces que a llorar me invitaban, más me hicieron suspirar por mis palmares...

Al año siguiente de mi regreso murió mi padre. Fué en 1883. El infeliz sucumbió sin frío ni calentura y sin achaque alguno, de un mal silencioso que es el dolor y que el quebrantamiento de la voluntad trae consigo. La funesta abulia hubo la ciencia de calificarla como de *amiloidea del hígado*.

Difícil, muy difícil para mí sería el hacer un juicio imparcial de esta existencia.

Con la vertiginosa actividad de aquel cerebro en progresión cada vez mayor su cultura, contrastaba su modo de ser pasivo; con su indiscutible sentido práctico de las cosas que parecía dotado del don de la doble vista, su indiferencia; con sus superiores luces, el fracaso de su vida; —siendo de un todo incomprensible el poder trazar con seguridad y firmeza la difícil y borrosa silueta de este especial carácter— que al cubano personifica.

¿De dónde el mal? ¿Dónde el remedio? Secreto es este que parece ser del antillano.

Saludaba yo entonces —ya dije— mi juventud: penetraba en el soñado edén y vino esta pena a hacerme otra vez retroceder.

En su ataúd le vi. Vestía de frac el cumplido caballero: aun no se había adoptado, desgraciadamente, la piadosa y cristianísima costumbre de los tiempos modernos, cual los de la primera era, de envolver en un sudario a los fallecidos. Rodeábanle desolados los que sus esclavos fueron y que de él conservaron con William el más grato y vivo recuerdo, tal vez el único agradable de esas vidas, cuando y después de la tristísima condición.

Por lo que, muerto como estaba, aun mandaba ese día —que no era fácil rasgar de golpe y porrazo el poderoso ascendiente; y a pesar de nuestra modesta posición, durante la velada y después del entierro en que acudieron las autoridades y representantes de centros docentes, oía yo el ruido de la gran vajilla y la mesa desplegada fué por ellos en toda su extensión, por esos que sus esclavos habían sido, y cubierta también por el inmaculado, inmenso y patriarcal mantel para algo

reparar las fuerzas de deudos y amigos, según antigua costumbre, agradecidos los dolientes y servidumbre como estaban. Los candelabros en ambas cabeceras alumbraban: era el mes de octubre y temprano la noche sus velos desplegaba y aquel grupo correcto, silencioso, como sombras, a todos diligentes atendían. Y de ese modo parecían querer rendir el postrer tributo dado por invisible orden de tradicional cortesanía: obedecían a especial y muy secreta consigna, sin saberlo ellos quizás, en este último rasgo y melancólico exponente de todo un pasado imborrable e impercedero.

Al rodear mi padre su vida de gran señor de refinamientos exquisitos; rechazado por el mundo aquel de arte y cultura la sempiterna vulgaridad, supo escoger lo mejor ayudado de su fortuna y unido a otros matanceros que como él así procedían, imprimió a su ciudad natal sello muy elevado, redimiéndola del prosaico y lamentable vasallaje que el mucho dinero trae consigo.

Desolada yo ante la sensible pérdida, irreparable por demás, pensaba:

Y ¡cómo, sin este amigo,
iremos por la sabana?...

CAPÍTULO IV.

Fiestas reales y fiestas de la paz.—Los mambises.—Rafael Otero y Castroverde.—Literatura y música.—Emilio Blanchet.—El Liceo de Matanzas.—Los bomberos.—Los caricatos bufos.

Mas demos tregua a estas tristísimas impresiones y retrocedamos un poco a la paz de la primera guerra, en 1878, que inició una era de expansión extraordinaria. Fiestas inolvidables que coincidieron con las de las bodas de Alfonso XII y de Mercedes, algo aplazadas por la preparación fastuosa con que quisieron celebrarlas.

Este idilio del trono alcanzó a la Isla, que al fin veía terminada la contienda. Martínez Campos y Jovellar fueron los pacificadores y estalló un júbilo que creí universal, según mi entender de niña que lo era yo todavía.

Las fantásticas luminarias por las bodas reales convirtieron a la preciosísima Plaza de Armas y a toda la ciudad en una como sobrenatural creación, que ella bien se prestaba. Los retratos de los soberanos aparecían de cuerpo entero. A los acordes de la marcha real se recorría la cortina del balcón de Palacio donde estaban expuestos: él, con su semblante franco y sincero; ella, de blanco, con *su mucho ángel*, que así por allá decían.

Las músicas, los fuegos, la muchedumbre, y en medio de estos regocijos resuena, sin poderse aun presentir, lo que parecía imposible en una guerra dolorosamente interminable: el ansiado grito de la paz.

Y vinieron aquellos mambises de la manigua, los ausentes de los diez años, fuertes, aguerridos, templados, y por doquier el formidable abrazo, abrazo sincero, fraternal, con "el olvido a lo pasado" que fué sugestivo lema de aquellos días de ilusiones y esperanzas.

Se sabía que hubo guerra por los espectros que en las casas se albergaron, los soldados españoles, pálidos y demacrados, marchita la juventud por el rigor del clima y el martirio de la clase de campaña.

Alojáronse antes de la repatriación —imposible de momento el embarque por el excesivo número y por el estado de profunda anemia, pues parecían muertos escapados del cementerio— alojáronse, dije, en hogares cubanos, solicitados por éstos y donde fueron tratados a cuerpo de rey, porque en los cuarteles no cabían. ¡Qué unión tan hermosa! Qué de verdad aquellas sacramentales frases de "olvido a lo pasado".

Unos y otros, antes enemigos, en vítores y alegrías, contando mutuamente los azares de la campaña, las calles recorrían. ¡Ah! Si el Gobierno de la Metrópoli hubiera presenciado estas fraternales y fugaces escenas. Cuánto hubiera modificado su criterio, porque esperanzados como estaban, ya el rencor no existía.

Se organizaron por las huestes cubanas lucidos torneos. A los insurrectos se les miraba con respeto, con prestigio inmenso —parecían de acero— y con la aureola del guerrero sufrido y valiente.

Volaban en sus caballos, caballos pequeños, ágiles, finos y

resistentes y de mil maneras y en arriesgadas posiciones, como en circos ecuestres, ensartaban los anillos del torneo.

¡De guerrillero el traje, suelta la guayabera, el sombrero de yarey echado hacia atrás, ganaba la presea en ruidoso combate por el lucir de las habilidades y en la mano la florida corona de fingidas flores que las sienes de la hermosa adornaban!...

Y era José María Truffin vencedor siempre en estas lides. El aguerrido jinete allá en la manigua adquirió sin igual destreza... y seguido de la música hacia mi prima María de Arellano venía de su hermosura prendado, a colocar sobre su frente la disputada diadema. Inclinábase ella como una flor y agradecida recibía la ofrenda. Esta *Baby*, que así cariñosamente la llamaban, fué sol de esos días...

Y Alberto Hernández, arrogante joven, prodigio cual Truffin en estas hazañas, adquiridas también allá en el campo insurrecto a su vez, en otros torneos, éste a la linda Rosa Trelles aclamaba, hermana de la inolvidable Lila, que fué arrogantisíma belleza.

De cuánta mujer hermosa enorgullecíase Matanzas en aquella época —¡y cuándo no?...— Las hijas de D. Juan Soler, conde de Diana, como las de D. Rafael Lucas Sánchez. La privilegiada descendencia del barón de San Jorge. La deslumbradora constelación de las hermanas Tió que, por lo extraordinario, con asombro, aplauso y general entusiasmo, en períodos de tiempo aparecía nueva estrella...

Malvina Cruzat, la ahijada idealmente bella de la Avellaneda cuando la poetisa residió en Cárdenas siendo su esposo gobernador de la ciudad, por lo que las musas, parece, para más congratular a la excelsa madrina y por misteriosa atracción tal vez, concediéronse en la pila bautismal el derecho de intervenir en los destinos de la preciosa niña, admirada más tarde en su juventud por todos los de su época, como por escritores y poetas, pues fué ella hermosura muy celebrada, y cantada y asediada por Rafael Otero y quizás si por su enfermedad hasta sorberle el seso la tenacidad del empeño; y esposa después tiernamente amada de Nicolás Heredia.

Rosa Ramírez, Néstora Hernández —infinito el número como las estrellas del cielo— y por ello ¡cuánta amorosa y desgraciada pasión! ¡Oh! ¡mi Matanzas adorada, con su eterno

decorado de teatro clásico, así dispuesto para sus intensos dramas!...

Es de género tal la belleza de la mujer cubana, que no sólo la hermosura sin par había que admirar en ellas, sino el inmenso atractivo de algo genuinamente fino y delicado que al tipo caracteriza.

Allá en la Playa de Judíos eran los torneos —lugar predilecto éste desde los Bandos Azul y Punzó— a la orilla del mar, en tardes espléndidas fueron presenciados por un pueblo entusiasta y las deidades de aquellos tiempos.

Delirio, canto, baile, tiples cubanos, bandurrias españolas...

También se celebraron en los ríos, en lanchas maravillosas inolvidables fiestas. ¡Cómo corría el dinero! ¡Cuán bello lucía el San Juan con sus cordones de luces en los almacenes de depósito de azúcares y en los balcones de suntuosas moradas que bordeaban sus márgenes! Lleváronse las cañerías de gas a aquellos esquifes; pero ocurrió lo que no se pudo pensar y era lógico suponer, y fué que después de media noche, al iniciarse en la bahía la pleamar, rompiéronse las cañerías de gas, quedando a oscuras el espléndido baile allí ofrecido a Martínez Campos. Recuerdo el comentario del importuno accidente.

La música del Apostadero de la Habana regalaba el oído desde la orilla con el *Cocuyé*, conocido también por el Agiaco Cubano. Estos aires del país arrebatában. Magistralmente interpretados por aquella banda de profesores, causaban frenético entusiasmo. Y sin cegarme la pasión del amor patrio —sentida por mí hondamente— puedo afirmar que este *Cocuyé* fué uno de los más bellos que oí en mi vida.

Fiestas literarias hubo. El derroche de poesías fué muy grande. Rafael Otero y Castroverde (Oterito), en ocasión de una de estas fiestas de la paz, así valientemente se expresaba ante el caudillo:

*Al ilustre Pacificador de la Isla, Excmo. Sr. D. Arsenio
Martínez Campos.*

A cantarte decidido
Levante mi voz ufano,
Inspirado y conmovido;

Escucha un canto nacido,
Del corazón de un cubano.

Con mi cítara sencilla,
De la verdad siempre en pos,
Soy un ser que no se humilla,
Que no dobla la rodilla,
Sino delante de Dios.

Escucha las alabanzas
De un vate del Yumurí;
Si mis elogios alcanzas,
Comprenderás que en Matanzas
Hay bardos dignos de tí.

El dictado más honroso
Que tú puedes ostentar,
Es un dictado glorioso,
Noble, grande, generoso,
Y que no tiene ejemplar.

Ostentas el de valiente,
De noble batallador,
Y el de justo y de clemente;
Pero es grande y elocuente
El de Pacificador.

Venir de aquella región
Con tan sublime divisa,
Con tan piadosa intención,
En los labios la sonrisa,
Y en los ojos el perdón;

General y guerrillero,
Valeroso y esforzado,
Y en el peligro el primero,
La lealtad del caballero,
Con el valor del soldado;

Nada existe que te asombre
Por tu valor desmedido,
Y al ver moribundo a un hombre
No preguntaste su nombre
Ni la patria en que ha nacido.

Sólo, confiando en tu suerte,
Sin que el enemigo vibre
Contra ti rayo de muerte,
Que no hay muralla más fuerte
Que el amor de un pueblo libre.

Y todos, todos hermanos,
Ante triunfo tan veraz,
Tienen que rendirse ufanos,
Y al cabo se dan las manos
Y resplandece la Paz.

¡La Paz! ¡y se debe a ti!
¡Y llanto y sangre no habrá!
Bastante han llorado... Sí...
¡Las madres de Cuba aquí!
¡Las madres de España allá!

¡Paz y unión! ¡dicha completa!
¡Dicha sublime, infinita!
Que no puede ser descrita
Por este humilde poeta
La duda que el alma agita.

¡Desparece con la Unión!
¡Recibe, pues, la ovación
Que mis elogios alcanzas,
El aplauso de Matanzas,
De Cuba la bendición!

Emocionado el General Martínez Campos, mucho le interesó el poeta y le invitó a pasar a España, sorprendido co-

mo quedó de la inteligencia y despejo de aquel joven que aun no había cumplido los veinte años de edad.

Había nacido Rafael Otero y Castroverde en Matanzas en 26 de marzo de 1858 de muy apreciada familia de anteceden-tes intelectuales —por su padre el poeta y escritor de costum- bres del mismo nombre, que ya conocemos en el transcurso de estas Memorias como ameno cronista de los Bandos Azul y Punzó. Publicó nuestro biografiado sus primeros trabajos en el periódico "La Aurora" y después en las revistas de la ciu- dad, alguna por él fundada, como fué "El Ramillete". Así es que sus escritos se encuentran por este motivo reproducidos y esparcidos por toda la Isla.

En agosto de 1882 pasó a España con la idea de residir en Madrid como ofreció al General Martínez Campos; y una vez allí y bajo la protección del caudillo, que hizo buenas sus ofertas, con un destino que le permitió no sólo subsistir, sino cursar la abogacía, ya en horizontes más vastos y propicios a sus tendencias literarias, librarse un porvenir.

Mas no era Otero carácter preparado para estas miras. De complexión delicada, de simpática figura, impresionable, imaginativo, repentista, su vida como la del trovador era can- tar. Bohemio, trasnochador sempiterno, sentía raudales de ins- piración cuando algún acontecimiento exaltaba su fantasía o despertare su entusiasmo cuánto a su patria enalteciere.

Y regresó a Cuba bastante enfermo en enero de 1885.

Muy joven yo, pude apreciar atronadoras ovaciones de esas que jamás se olvidan, ya en el Liceo, ya en el teatro, a él tri- butadas. Con voz de elevado timbre musical, alta la cabeza, la faz descolorida —el negrísimo cabello lacio, fino, rebelde y pródigo en remolinos, quizás si por la ebullición de ideas que bajo el cráneo palpitaban; los ojos vagos, negros, brillantes y hermosos como eran— el perfil aguileño, algo corva la nariz —la frente altiva, el ademán expresivo, transmitía al público que frenético le aplaudía, sin meditarlas ni estudiarlas, sin esfuerzo alguno —de primera intención— esas vibraciones del alma que sólo inspira y regala la poesía.

Que tengo para mí que en esto estribó su originalidad. Impresas, leídas, amoldadas, sujetas a lo que debe ser, es otra cosa, parecen muy otras de las que él decía.

Sus poesías eran *suyas*. Era él parte integrante de las mis- mas. Indispensable a su obra hay que imaginarle en aquel am- biente, en aquellos días de la colonia. Verle, escucharle, aplau- dirle y el magnético efluvio sentirlo con la misteriosa identi- ficación—inexplicable.

Mucho bien le hizo intelectualmente hablando el breve trasplante a España. Adquirió, sin dejar de ser él, mayor aplo- mo, mayor seguridad.

En la travesía, en escala que hizo el barco en Puerto Rico, en una velada que en el Ateneo de aquella ciudad se efectua- ba, recitó un bello romance dedicado a la memoria del poeta portorriqueño Gautier Benítez, conquistándose un espléndido triunfo literario. No había selva preferida de este ruiseñor. Aquí y allá y doquiera estuviere, siempre era el mismo.

Después de su viaje cultivamos una amistad muy grata, hasta que la profunda anemia ocasionada por la falta de sue- ño le fué minando, y como Milanés, perdió la razón, dícese que por contrariedades amorosas, mas creo yo más bien, que, el insano capricho fué pretexto que justificó la enfermedad.

Dejemos a Fernando Romero Fajardo, su admirador y compañero en lides literarias, el relato de la crisis final de aquel cerebro:

"Veinte y seis años tenía cuando hallándose en el muelle contemplando el cuadro que ofrecía un buque incendiado en la bahía, el fuego de su inteligencia se consumió para siempre.

"Rafaelito desde ese instante murió moralmente.

"Apenas si conocía a sus amigos y su lenguaje se reducía a articular unos cuantos monosílabos.

"Así vivió hasta la noche del jueves último —8 de sep- tiembre de 1892—en que cayó pesadamente la materia para no levantarse más."

Dice también su amigo que, "sus composiciones rebosan la vehemencia, la inspiración y el alto vuelo de un alma tan gran- de como soñadora"...

Murió a los treinta y tres años de edad.

Casta virgen de mis sueños —fué el último pensamiento por él redactado y que encontraron en un papel de su mesa de escribir; queriendo significar a mi entender esta expresión, lo que era la poesía para él.

Y en medio de las consabidas fiestas de la paz —éstas que describo ahora— y en afanes inolvidables, inesperadamente ocurre allá en España la muerte de la reina Mercedes, causando tristísima impresión. Y aquí más luego la de José María Truffin. El dolor en su peregrinación ama el camino de la dicha. Como es tan humano, a la humana aspiración se une, de ir por muy bella y escogida senda en su interminable y fatídico paseo.

De un tífus malárico murió José María. Su organismo guardaba el germen adquirido en la manigua. ¡Las intermitentes fiebres a cuantos no inmolaron!

De este valiente joven de distinguida familia que a las Antillas emigró cuando la revolución francesa —dijo un periódico de New York denominado "La Verdad", en 1887, lo siguiente, al publicar una correspondencia enviada desde Matanzas y firmada por *Canimar*:

... "También cayó en poder del enemigo en un combate, el joven José María Truffin, que fué llevado a Sagua, en cuya jurisdicción ha estado siempre peleando. Truffin es muy joven, apenas tendrá veinte y cuatro años; desde el 74 se unió a los libertadores de las Villas. Fué uno de los ayudantes del Teniente Coronel Rafael Rodríguez (a) el Tuerto; y jefe de la Escolta del Correo entre Sagua y el Cuartel General de Máximo Gómez. Se distinguió porque era muy osado y valiente."

En el orden social estas fueron las alegrías y dolores. Y en el político, ¡qué cúmulo de risueñas esperanzas!... El partido liberal agrupábase en masa compacta con lo más prestigioso del país y surgió la autonomía franca y levantada. Y empezó la era ya descripta. A la Metrópoli volvíanse las aspiraciones en demanda de lo ofrecido. Se clamó, se esperó —pero allá no querían.

Y dió tiempo a la segunda situación.

Pero en este intervalo, de lleno yo en mi juventud, experimentó mi hogar sensibles modificaciones. Mi hermano hubo de pasar a la Habana para el estudio de su carrera.

En nuestra posición, que continuando siendo la misma, se planteó el problema que era de la mayor importancia, y quiso la Providencia colocar en nuestro camino el afecto sincero y noble de un desinteresado caballero, D. Cristóbal Primo Má-

dan y el de su esposa doña Isabel Alfonso, que, con casa allí en la capital, no tan sólo a mi hermano, sino a varios jóvenes matanceros ofrecieron franco y espléndido hospedaje durante el tiempo indefinido de los años de estudio que la carrera comprendiere. Almas nobilísimas las de aquellos bien nacidos, espléndidos, dadivosos, de sin igual sinceridad y franqueza. Que la vida en aquel gran mundo se interpretaba con la mayor naturalidad de esta manera.

Unida la familia de Mádan a la de mi padre en antiquísima amistad por lazo verdadero y pronto a estrecharse cada vez más por cualquier circunstancia —como ellos fueron en su noble proceder tantos! que de ese modo entendían del cultivo de este sentimiento y de la opulencia los viejos cubanos.

Inapreciable fué el consuelo. Llena mi alma de estos rasgos, de estas reminiscencias hacia mi juventud vuelvo los ojos, pues como dice muy bien Menéndez y Pelayo: "Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil."

La sociedad donde penetré, cumplido el luto por la muerte de mi padre, resentíase de la pasada insurrección y podía asegurarse que *mi época*, la que pudiera haberme pertenecido, dormía el sueño eterno en los campos de la patria.

Un vacío inmenso se notaba. El número no cubría al de la pareja que ansiosa esperaba al espectro que por allí vagaba y quizás si por la edad en que ofrendó su vida también danzaba.

Y a pesar de la interior desolación y de esta que nubló mis primaverales albores, del alarmante déficit—¡qué bello, qué fascinador el cuadro!

El pasado aun vivía formidable, más que nunca, y de él todo lo recibíamos; aun no existía ni preverse podía la menor transición.

La música y la poesía conservaban su escuela y el mundo entero presentaba un aspecto tentador. Se revenenciaba a los

antiguos maestros y los modernos eran comprensibles, fáciles y podíase vivir a ellos compenetrados.

El género de literatura seducía, la música deleitaba, conmovía las fibras del sentimiento; el verso corría espontáneo, fácil, sonoro, y del delicioso concierto participábamos todos—no sólo los elegidos—sino los que por especiales inclinaciones tenían derecho a intentar..

Nada extraño desviaba la línea. Lo nuestro era nuestro.

Sentíase muy hondo. El ideal recorría esferas amplias, se podía volar, las alas ayudaban, no se titubeaba, ni extraviábase la idea por nuevas y complicadas veredas. ¡Qué diáfano y transparente era para mí todo aquel mundo!

La sociedad guardaba mucho de los abuelos, casi contemporáneos parecíamos de nuestros padres, no era notable ni de llamar la atención las innovaciones y había fijeza y seguridad.

De mis juveniles observaciones complacida y admirada en extremo quedé de tanta unidad y de la armonía universal que yo alcancé.

No se huía del dolor. Se compartía. Todo lo que pudiera afectar la sensibilidad atraía y cautivaba, arrastrando tras sí el alma y la voluntad. El llanto, el padecer, lo que despertare la compasión tenía tantos prosélitos como la alegría y quizás si aun más.

Se guardaba luto. A las visitas de pésame, si no por pesar, a lo menos por delicadeza y por educación se iba de negro o de blanco con insignia negra, gris—siempre colores sombríos.

Era bello el sacrificio. Se amaba al amor. Seducía el hogar.

La austeridad escudaba al anciano—sobre todo a la anciana que muy sensata alejábase del torbellino de las modas y aun la más presumida aceptaba discretamente la apropiada a su edad.

No se presentía que pudiera llegar un día en el que se autorizara el lucir las decadencias, ni a las jóvenes por la libertad en el vestir los defectos físicos. Estos disimulábanse con cierto arte y sutileza u ocultábanse por completo.

Con gran tacto y oportunidad acogíanse las mujeres a cuarteles de invierno, aun la más celebrada anticipábase, por lo que esparcían ese delicado e inestimable atractivo que a ellas presta el otoño de la vida—ya que siempre es bello el atardecer.

Las fiestas y saraos a que concurrí tenían sello muy elevado; limitaba aun formidable barrera las conveniencias sociales y la atmósfera era característica a la cortesanía, a la seriedad y a la grandeza. Y sobre todo a la galantería. El hombre y la mujer aun no eran camaradas como parecen ser en las generaciones presentes.

La literatura española subyugábame. ¡Núñez de Arce, Campoamor, Valera, Alarcón, la Pardo Bazán, Echegaray, Palacio Valdés y tantos más!...

De Francia, Octavio Feuillet, delicado y romántico; George Ohnet, con sus apasionadas páginas que el teatro hurtaba para reproducir intenso drama...

¡Y la novela! cuánto contribuía a despertar mis ensueños de criolla donde príncipes y donceles sonreían... El género novelesco habíame atraído desde niña con su engañador secreto.

Y las escondía entre mis libros de cuentos y del colegio, saboreando con deleite las mejores y más célebres de mi época.

La poesía gustábame sobremanera. En contacto con ella desde mis primeros años de colegiada, hube de adquirir cierta afición natural, familiarizada como desde entonces me hallaba con las más afamadas de España, Francia, Italia e Inglaterra. Sin olvidar las de Heine y otros románticos alemanes bellamente traducidos todas en mi país.

Por los escritores de mi juventud sentía grande entusiasmo. Justo de Lara, que al descorrer la cortina que ocultaba a la España antigua, fascinábame con sus interesantes crónicas—en un diario semanalmente publicadas. Tejera desde "La Hamaca" incitábame a la indolencia, confirmando la molición innata la suave melodía y cadencia de sus versos. Y nuestro Byrne, que antes de ser "poeta nacional" cantaba deliciosamente al amor y a la ilusión y a cuantas cosas hacen bella y atractiva la vida, como allá en México Juan de Dios Peza. Aun Byrne no presentía la gloriosa epopeya de los mártires de la independencia y de su lira enlutada el *spoliarium*.

Y este Rafael Otero, que al retratar a sus paisanas, calurosamente así lo hacía:

De la griega la hermosura,
 el amor de la romana,
 de la hebrea la ternura,
 de una santa la fe pura.
 Ahí tenéis a la cubana.

Yo no pinto por pintar
 ni exagero al escribir
 ni me apasiono al cantar...
 quien las ha visto sufrir
 bien las puede celebrar.

.....

Benditos sean, Señor,
 el país y la mujer
 a quienes les debo el ser,
 la vida, el alma, el amor.
 Yo no he sentido el dolor
 de la ausencia mitigado
 y cuando el sol fatigado
 en el ocaso se hundía,
 se llevaba el alma mía
 como una estrella a su lado...

Hoy mi patria está abatida
 triste, pobre, aletargada...
 y al encontrarse extenuada,
 por la suerte perseguida,
 yo le ofrezco con mi vida
 mi laud... tendrá el consuelo
 de encontrar siempre en su duelo
 un noble cantor cubano,
 ya se hunda en el oceano
 o se levante hasta el cielo...

Y resalta de la trova esta bellísima estrofa que merece ser esculpida en letras de oro por su profunda y muy justa significación:

Dicen que la dicha es vana,
 que no existe... por fortuna;
 yo he visto la dicha humana
 viendo a una madre cubana
 meciendo al hijo en la cuna.

De todas partes del mundo llegaban versos y más versos y algunos mi memoria retenía sin olvidar los sonoros cantos y los delicados trinos de los ruiseñores de la selva americana. ¡Qué amplia la atmósfera donde ellos se esparcían!

Manuel Acuña, el desgraciado bardo mexicano, con su bellísima despedida "A Rosario", nos llevó a intensificarnos tanto con sus amores, que la dolorosa historia y el trágico suicidio y esta poesía despertó frenético entusiasmo por muchos años.

Delicioso manjar era para nosotros el parnaso de los latino-americanos.

Poesías y poesías a granel, no tan sólo en la mente, sino en el oído y en los labios y en la sutil atmósfera que a la joven envolvía; ya en el álbum, ya en la prensa en composiciones a ella dedicadas, ya en el amoroso billete, ya en el abanico en innumerables autógrafos el delicado pensamiento por amigos y admiradores consignado.

Así, que hasta el aire al besar el rostro, era portador de frases halagadoras y de bellas imágenes, que más aumentaban las ilusiones.

Y en verdad, que estas lisonjas dejos de ser nocivas a la mujer como se creerá por contribuir al desarrollo de las falsas necesidades del corazón; más ayudaban a hacerla sentir elevadamente y en muy alto concepto lo que sólo a esa edad tiene ella derecho a exigir como delicada ofrenda en su especial y delicada misión.

Espiritualmente considerada su triunfo era completo, por lo que del contraste resultaba más varonil el hombre.

Del teatro —mi pasión favorita— mucho admiré, sin salir del terruño. Que: "Mi rincón me sonríe", siempre he pensado. Recuerdo que Echegaray arrebatava.

Y como de la época de mi madre hasta la mía alcanzó el buen teatro, aplaudí artistas dramáticos de gran renombre, españoles, franceses e italianos.

Sara Bernhard, Coquelin, la Hading y anteriormente a la Pezzana.

¡Cuánta melancolía dejó en mi alma Vico!

¡Le admiré ya sin voz, mas qué importaba! si con el ademán y la expresión llenaba la escena. Me pareció un viejo amigo, por el presentimiento y por lo que en mí había vivido antes de conocerle. Era un gigante abatido, mas no rendido.

Entonces el arte era arte. No había invadido sistemáticamente la mecánica con el ropaje de arte disfrazada el campo escénico. Ni presentíase el golpe certero y cruel, que, despiadadamente han dado, temerarias, las generaciones presentes a lo que, considerado en toda su supremacía, jamás puede mistificarse ni profanarse ni cansar ni envejecer.

Más tarde, y ya en mi madurez, impulsada por mi nunca extinguida pasión por el teatro serio, heredada de mis padres y en particular por el arte dramático español, al solo anuncio de las glorias que alguna vez que otra nos visitaban, dejaba mi retiro y no perdía una sola función.

Admiré entonces a María Guerrero, a Díaz de Mendoza, a Tuillier, al coloso de Borrás y al inolvidable, selecto y vibrante cuadro que personalmente nos trajo, ha poco, de su teatro, Benavente. Y con cuanta, cuanta tristeza, ¡oh! mi Dios.

¡Qué mundo tan distinto! La decadencia de mi ciudad natal era visible, y también con ella la del sublime arte que cada vez más potente y avasallador en sus grandiosas manifestaciones (y aunque rodeado de vulgares enemigos que pretenden darle muerte), aquellos gigantes trataban de sostener a tal altura.

Mi pobre Matanzas resentíase del abandono e indiferencia de sus hijos. Unos, por justificadas aspiraciones; otros, por imperiosa necesidad; y los más por la constante sugestión de fabulosos encarecimientos divulgados por los grandes rotativos habaneros —devorada a diario la lectura en provincias con febril interés por la mayoría— forjándose por tal motivo en cerebros débiles e impresionables, una como maravillosa le-

yenda de fáciles ascensiones, de jugosas prebendas, de mágicos divertimentos, de fantásticos recreos, de suntuosos saraos, de incomparables deidades; de urbanizaciones *sui generis* en “repartos” nunca vistos; de modas sin precedentes, de telas excepcionales, de ropa mejor hecha...; en fin, de todo cuanto se puede imaginar para atraer y seducir, dando al traste, así concebido el enfermizo *habaneo*, a las modestas aspiraciones y actividades de reducidas esferas, hiriendo mortalmente al orgullo nativo que cada hombre debe guardar por el lugar donde ha abierto los ojos a la vida, ahogando así el angustioso grito de las pequeñas porciones al cegarse afluentes comerciales, que tanto contribuyen en todos los pueblos de la tierra a la pujanza y gloria de la vida nacional.

¡Y si a esto únicamente alcanzara el daño!... Y casi solos quedamos —sí, muy solos; viniendo elementos desconocidos por ley natural a ocupar el abandonado hueco, entre infinidad de descontentos, que, a todas horas intentan también emprender el vuelo, olvidando el hermoso ejemplo que, sobre el particular, y en esta ciudad de Matanzas, nos legaron pasadas generaciones.

El beneficioso oleaje de los pueblos con el flujo y reflujo de forasteros y extranjeros—el bendito intercambio—que cada cual sobre la tierra debe vivir en el lugar que mejor le cuadre: es prueba del más completo adelanto, de la más completa y atrayente de las civilizaciones y confraternidades y de la verdadera independencia; pero, esa protesta íntima, secreta, esa repugnancia instintiva *al sabor de la tierra*, porque es triste, porque es pobre, porque es insípido manjar —ese humillante sentir en la imposibilidad de realizar locos afanes al no poder competir en centros más afortunados o con seres mejor dotados, al parecer—ese huir de afectos que tiranizan; ese amar desde lejos en la más grata de las conformidades; es mal que disgrega a la sociedad cubana —y tan la disgrega, que, aun los privilegiados de esas castas, vuélvense a un más allá—nadie parece conforme con su suerte—dejando sin el calor de sus hijos a la bendita tierra.

De estas tristísimas deserciones es la de la mujer de provincias que tanto aporta al país en la contribución de sanas ener-

gías, la más sensible y principal—ella, la más decidida y con-
gratulada de abandonarnos, sacrificando en el arrastre intere-
ses muy grandes y muy caros a toda conciencia firme—des-
conocido el peso de las responsabilidades.

De esta fatídica sugestión por suerte no entendieron nues-
tras madres ni nuestras abuelas; del hogar ambulante así for-
jado, con ser la Habana lo que para ellas era—encanto grande!

Ingenuas, traviesas y graciosas, atendríanse a cantar:

A la Habana me voy,
te lo vengo a decir,
que me han hecho sargento
de la Guardia Civil...

Mas volvamos a María Guerrero.

María Guerrero, mujer extraordinaria, artista y genio, nos
hizo comprender un mundo para mí muy nuevo y, que, no sé
por qué presentimiento, al conocerlo, temí perder.

¡Qué mudanza! y que oculta desesperación la de vivir
consciente en las postrimerías de una época que ya pertenece
al curso de la historia y al imperio infinito del dolor.

Sumida en ese marasmo que produce la impotencia de esta
clase de situaciones, sólo el recuerdo consuela y acompaña; y
no puedo alejar de mí el de María Guerrero, a quien pude ad-
mirar en nuestro coliseo en diversas obras y además en el col-
mo de la naturalidad en la noche del 8 de mayo de 1909 en
“Amores y Amoríos” de los hermanos Quintero.

Trascendía del teatro un efluvio de primavera—prestábase
al argumento. La brisa deliciosa y suave por todas partes des-
lizábase y tan perfecta era la repercusión acústica, que, a
pesar de estar abierto a todos los vientos, se la oía cerca de
cada espectador, sin esfuerzo alguno.

La sala a oscuras: y ella sola en el centro de la escena
—como apareciera rezagada del acompañamiento de la boda—reci-
taba pausadamente los preciosos versos de la espiritual historia
que todos conocemos del jardinero, la rosa y el audaz caballero
que dulcemente de su tallo separó...

Vestida de angosta falda redonda algo corta, con manto
español de blondas y de alta peineta tocada la cabeza, y en las
manos lujoso y nacarado abanico de país estrecho, medio entre-
abierto... lentamente recitaba.

Su voz dulcísima, quejumbrosa, atortolada, de timbre es-
pecial—sólo de ella—hacía eco a la religiosa música de la ce-
remonia que venía de lejos...

Resaltaba su imagen delicadamente aureolada por la luz.
Y estoy segura que todos los honores recibidos en su triunfal
carrera artística no la hubieran compensado tanto—de haberlo
sabido ella—como de la muda e intensa admiración de la cuba-
na que, desde una modesta luneta muy conmovida la escucha-
ba; y que, en la fuerza del sentir, no sólo comprendía su alta
y patriótica misión de difundir por estas latitudes los privile-
gios y excelsitudes de una raza heroica que era la nuestra—sino
la compenetración perfecta de todo ese mundo que también es
nuestro—en la simbólica figura de mujer que en aquel decora-
do y en unos sencillos versos, cuánto evocaba y así transmitía
de fe, amores, arte y gloria!

La ópera llevávame en mi juventud con sus románticos ar-
gumentos a intensificar la vida de mi corazón. No era posible
más sublimar—que hubiera estallado.

Admiré a grandes cantantes, los que a Cuba venían y vi-
sitaban a Matanzas. Aun recuerdo electrizada el concertante
de Hernani, que Aragón, el célebre barítono español, interpre-
tó a tal grado de perfección una noche en el teatro Esteban
(Sauto) que, tres veces tuvo que repetir Carlo Magno la esce-
na de la conjura.

“Ni en el Real de Madrid”, decía entusiasmado el gober-
nador de la ciudad—muy inteligente en música y en artistas,
conocedor exquisito—ante la ruidosa y muy justa ovación que
el público tributaba.

La opereta francesa despertaba entonces indescriptible ex-
tusiasmo. La Judic, la Theo, la Paola Marie, Mlle. Marie Ai-
bert, Duplan, Meziere! Había sustituido la opereta a aquellas
zarzuelas españolas finas e incomparables, ya descriptas, de la
época de mi madre.

La Mascotte arrebatada. Profanada lastimosamente la be-
lísima partitura por malas intenciones, por el equívoco más

que tuviese del subido *calembour*. El duo de los pavos era arrullo que yo ignoraba. Este duo alcanzó éxito tal, que bien puedo decir que durante algunos años fué interpretada diariamente “*La Mascotte*” en los teatros de la Habana sin que el público se cansara. En todos los pianos de la isla de Cuba oíase sin cesar, y aun en danzones.

De escabroso argumento estas operetas, poco importaba, al parecer, porque era en francés—sólo la música por lo bella interesaba. Y aun las jóvenes, dada la severidad de la época, por causa tan disculpable, éramos allí toleradas.

Fué el imperio del vals y de la serenata. La de Schubert, la de Gounod con letra de Víctor Hugo y en el género cómico, la de Boccaccio, nos encantaba.

¡Y el vals! Los de Waldteufel, con los de Metra y Strauss me aprisionaron dulcemente. ¡Cuán prendada quedé de los variados “*motivos*” que mecían mis ilusiones!

Ambroise Thomas con su *Mignon* evocaba un mundo de espiritualismo al que era muy inclinado el sentir de los espectadores. Preludiábase la sinfonía con las primeras notas aisladas del poema. El teatro escuchaba con religioso silencio, pues eran estos acontecimientos ansiados a tal extremo que la realización de ellos ponían el ánimo en suspenso y sugestionado el auditorio por la sin igual obertura, surgía de la escena el tipo creado e increado de la *Mignon* de Goethe, fantástica visión inocente y pura, que, la Paola pequeña, diminuta, incomparable artista, de preciosísima voz y grande escuela—raída y descalza como se presentaba—llenaba con un impulso de naturalidad y belleza nunca igualados.

El “*connais-tu le pays*” nos arrobaba — la sentimental romanza nos conducía a un mundo de ternura desconocido, del cual se participaba por estarse muy preparado para recibirlo en la plenitud de su grandilocuente poesía.

Capoul era el tenor.

¡*Mignon-Cuba e Italia!* Así lo expresó también Emilio Blanchet, mi docto y respetable amigo, en la sentida composición que escribió en España, inspirado en los versos de Goethe y que tituló:

Un gemido.—En la emigración.

¡Conoces tú la tierra donde el bambú cimbreo?
Bañando en poesía toda alma juvenil,
¡Y do la piña vence la rica miel hiblea?
¡Cuánto se llora allí!

¡Conoces tú la tierra donde la palma erguida
El corazón más yerto subyuga, hace latir,
En su belleza, gracia, melancolía y vida?
¡Cuánto se llora allí!

¡Conoces tú la tierra do el colibrí palpita,
Do hechiza el aguinardo en su festón gentil;
Dónde la caña es mina que la codicia excita?
¡Cuánto se llora allí!

Otórgueme la suerte, conmigo tan impía,
Que pueda, yo, verla antes de morir,
Y que el bambú resguarde la pobre tumba mía,
¡Si bien se llora allí!

Y plugo a Dios esencharle. Al regresar a Matanzas, su ciudad natal, cuando la independencia de Cuba, aquí residió ya hasta su muerte.

Era para mí este venerable anciano un portento de sabiduría —de él sentíame muy orgullosa por lo del paisanaje, que muy bien dejaba sentado cuando por cualquier circunstancia revelábase su vasta cultura, como en una ocasión que al atender a varios extranjeros que visitaban la ciudad, le oí expresarse en cuatro idiomas simultáneamente, sin interrupción y con la mayor facilidad, ya en francés, inglés, alemán y castellano.

En su larga residencia en Europa, pues se refugió en España por los trastornos políticos de la primera guerra que el Gobierno le confiscó sus bienes; allí en Barcelona libró la vida con su trabajo.

Tuve ocasión de tratarle mucho y de él guardo un buen recuerdo unido a mi agradecimiento, porque cuando la muerte de mi madre, acaecida en 1913 y para distraerme de mi honda

tristeza, visitábame con frecuencia acompañado de su esposa, hasta que a su vez a él en 1915 le tocó partir.

¡Cómo quedé yo de la muerte de mi madre! Fué de aquellos males morales que a toda la vida alcanzó el estrago. Desde entonces guardo luto.

A poco murió mi hermano. Y daba pena verme sola, maltrecha y estropeada. Y unido todo esto al cansancio natural de mis pasadas luchas, tal decaimiento de ánimo me agobió que sentíame muy disgustada de mí mismo. “¡Qué crisis tan dolorosas!, decíame. ¡Qué jornadas las de estas penas que de tal modo me cambian! ¡Qué cansancio! ¡Sólo mi fe religiosa me hace reaccionar y con ser tan grande como es, no deja este estado de espíritu de alcanzarla: hasta en la presencia de Dios caigo rendida!”

Y en esa mi desolación interior así expresada, pude, quizás si mejor que antes apreciar cuánto me rodeaba, porque *no dejé de vivir*, y por mi mal, de sentir muy mucho, pues es en algunas naturalezas el dolor inapreciable y muy refinado compañero.

Y me fué fácil distinguir con la frecuencia del trato y del estudio de los seres que me rodeaban—a lo que era muy inclinada—en el señor Blanchet no sólo al erudito, sino al hombre íntimo, al hombre que en terreno suyo deja ver lo que es. Aquella integridad de carácter, aquella su corrección, su probidad exagerada, su cortesanía, eran tanto de admirarse como su saber.

Fué de los cubanos de valer intrínseco y que de verdad honró a su patria.

Deista, encontraba a Dios en la naturaleza. El ideal de sus viajes no era tan sólo las grandes ciudades, sino las maravillas del Universo. La Gruta Azul, el parque de Yellowstone, las cataratas del Niágara, el salto del Tequendama, la piedra de Tandil y todos los portentos que diseminados por la tierra hablan del Supremo Hacedor.

Y por contraste fueron de su mayor predilección los árboles y las flores por las que sentía inmenso amor, creyéndolas dotadas de sensibilidad exquisita y de ellas mucho se preocupaba por lo que tenían de débiles, de bellas y de inofensivas. Y debido a eso la sequía le aterraba y le hacía sufrir. Fué un alma muy delicada, un carácter susceptible y un espíritu superior.

De aspecto distinguido, pulcro en el vestir, de finas facciones, de cabellos blancos, sueltos, ondulados y sedosos; de ojos azules y de miopía tan adelantada que casi no veía sino a muy corta distancia; de estatura regular, delgado, su *sprit* delataba el origen francés de sus antecesores.

Conocedor de la Geografía y de la Historia hasta en sus menores detalles, de esta última asignatura era Catedrático; además de políglota notable. Sentía por el estudio sed insaciable.

Mas volvamos a nuestro relato, interrumpido por un tributo de admiración muy justo que a mi inolvidable amigo quiero consagrar en estas Memorias.

Tras ligero eclipse recobró su imperio la zarzuela española ¡y con qué furor! En simpática confusión con el género chico. “La Tempestad”, “Niña Pancha”, “El anillo de hierro”, “La Verbena de la Paloma”, “El hermano Baltasar”, “Las Campanadas”, “El duo de la africana”, “La Gran Vía”, etc., etc., etc.

Bellísimas partituras y más y más producía el inagotable manantial.

En música no hubo límites, Beethoven, Mozart, Chopin, Mascagni, Saint Saëns, Franz Suppé—el ensueño morisco de Chapí... ¡Cuánta armonía por doquier! Cada país trasmitía y hasta nosotros llegaban las primicias del melodioso tesoro.

Yo no sé, pero en mis modestas apreciaciones, creo no hubiera sido posible reunir un conjunto tan artísticamente bello—en todos los órdenes—como fué el de la época que a grandes rasgos describo y que a suerte cúpome ser mía.

¡Cuán saturada quedé del inefable encanto del siglo XIX! Siglo que en su avance extraordinario supo conservar su espiritualidad y manifestar el sentimiento de depurado arte que insensiblemente en todo se difundía. Nada compensa la secreta nostalgia que de él se siente.

Durante esa, mi juventud, con éxito no igualado se interpretaron en el Liceo de Matanzas las zarzuelas españolas “Marina”, “El Anillo de Hierro”, “La Tela de Araña”, “La Tempestad”, “La Viejecita”, etc., etc.

Constituídas en dicha Sociedad, que se fundó en 1878 con el nombre de Club de Matanzas hasta 1882 que se llamó Liceo,

las tres secciones, lírica, dramática y científica, fué de tal precio la cultura, que con entusiasmo jamás extinguido, mi memoria revive el cuadro que quizás mi pluma no sepa describir.

Julia Viñals—nuestra Julia—fué tiple de grandes méritos, inteligentísima mujer muy simpática y seductora; ella, y su hermana Lola que poseía una hermosa voz de contralto, de la misma escuela de canto ambas, con los principales elementos de nuestra sociedad, realizaron el laudable empeño. Rodeadas de las señoritas Romero, Cruz Muñoz, Angela Hernández, Virginia Espada, María Teresa Maza, la señorita Baró, Manuela Díez, María Isabel Terry con voz de soprano, ésta, creo, y sus hermosos ojos que fascinaban; ellas y otras que a mi pesar habré olvidado, interpretaron con la mayor perfección esas bellísimas y poéticas creaciones de famosos maestros.

También dichas aficionadas, en Norma, la escena de la "Casta Diva" en carácter representaron... ¡Ah! de rodillas, con el traje de las druidisas adorando el rayo de luna que sobre esas doncellas reflejábese, aquel grupo dejó en mi alma inextinguible recuerdo con sus dulcísimos gorgoros, unidos a las notas graves y profundas de la religiosa invocación.

En estos conciertos, cuando cantaba la señorita Viñals trozos de música, arrobaban sus melodías de época más distante, y su voz se unía a otra que dentro de mí ser la acompañaba, en aquellas tiernas y apasionadas romanzas de "Las hijas de Eva", de "El Juramento", de "Jugar con Fuego", que pertenecieron al mundo artístico de mi madre.

Consortio este inefable y secreto que sólo es dable percibirse en lo más recóndito del corazón que ama.

Porque fué la Srta. Viñals discípula de canto del eximio compositor español—tantas veces aquí nombrado Manuel Fernández Caballero, que le dejó su alma—alma de artista. Fué su primer y quizás si único maestro y que, al ausentarse éste para siempre de Matanzas, admirado de las especiales dotes de la joven—casi niña—a quien consideraba una cumplida esperanza—quiso llevarla consigo a Madrid para proporcionarle una completa educación musical; pero opúsose a ello su señora madre alegando no poder resistir la separación; que si no... ¡a lo que hubiera llegado Julia!...

Sin embargo, propicia la edad de ella recogió aquella es-

cuola, identificándose más tarde maravillosamente a la zarzuela española, de la cual era inapreciable intérprete, y en la que parecía *vivir* elevada y deliciosamente las diversas creaciones que fueron de una selecta generación de inolvidables autores.

Había en ella despejo, facilidad—hablaba, reía y cantaba..... En su garganta jugaban las notas, ora ascendiendo como las mariposas, ora precipitándose como las perlas... Su silueta: la de la artista de aquel entonces, esbelta, erguida, gallarda, mórbida; de tez blanquísima, ojos pardos, grandes y expresivos; cabellos castaños, cuello torneado, brazos y manos bellísimos.

Julia en Matanzas y Margarita Pedroso en la Habana, rodeados de la escogida falange que tantos artistas, como ángeles podían ser, ¡cuántas lágrimas no enjugaron! La caridad nunca tuvo interpretación más elevada.

Más tarde la entusiasta y muy inteligente señorita Ana Rosa Estorino; por ausencia definitiva de la señorita Viñals, que contrajo matrimonio con el autor dramático don Pablo Pildain, reemplazó a ésta con especiales aptitudes al interpretar "El Anillo de Hierro" y otras célebres producciones.

¡Lo que suponía en todos sentidos el Liceo de Matanzas! Era un templo donde la consagración a las bellas letras encontraba apoyo a otras muy grandes y al parecer inadvertidas consagraciones.

Aquella refinadísima cultura, aquella agrupación selecta de caballeros que sólo trataban de analtecerlo, eleváronlo a un grado tal, que imponente resultaba el lugar por su esclarecido significado.

El hermoso salón decorábanlo los grandes espejos de dorado marco de los testeros; las lámparas del centro de trecho en trecho colocadas, esas deslumbradoras arañas de gas, iluminábanlo con los candelabros que a un lado y otro de los espejos en tendidos brazos resplandecían. Bienhechoras persianas inestimables en los países tropicales protegían los huecos de las puertas que al dilatado salón daban acceso, además de los grandes ventanales que a la calle asomaban.

Tres hileras de inamovibles sillas rodeaban el salón. La seriedad de los tiempos no permitía otra cosa ni transigía con

el menor desorden; y un procedimiento tan fácil como disimulado y primitivo a las sillas unía, haciéndolas *inseparables*.

Y así dispuesto con esta sencilla a la par de regia apariencia, fué como La Caridad del Cerro de la Habana, orgullo de una sociedad que al terminar la guerra de los diez años 'sólo pensó, probada y combatida como estaba, en el enaltecimiento de virtudes depuradas por el martirio y el sacrificio, y de ello, la manifestación del profundo civismo de la inolvidable época.

El poder penetrar en aquel recinto del Liceo de Matanzas, se consideraba un señalado honor, porque honor muy grande suponía el ser admitido en un lugar para muchos inaccesible.

En aquellos espléndidos saraos alternaban los ceremoniosos bailes de cuadros como lanceros, rigodones y cuadrillas en su apogeo entonces, con divertidas caledonias y alegres virginnias; vals de Strauss y del país, polkas y mazurcas, prefiriéndose a todo la cubana danza en el intervalo de una a otra pieza, reinando como única soberana en el variado programa.

Jamás destituida, siempre enaltecida, era el alma de los bailes.

También recuerdo de un cotillón muy en boga entonces en Europa, y que, encargado a París el costoso avío de este baile—por los distintos objetos con que obsequiábanse a las parejas, fué la decantada novedad para nosotros, poderoso aliciente de una noche y encanto de los encantos.

Ostentábase en *el baile de las flores*—siempre en el mes de mayo celebrado—el rico y profuso decorado de guirnaldas de terciopelo y seda, que enlazábanse a las lámparas y espejos, a las paredes, a los huecos de las puertas, a la pulida techumbre, por doquier derramados y que también de París hubo de adquirirse, como obsequio del generoso donante el doctor Esteban Llorach, prestigio inmenso de la medicina como alma sencilla y noble.

¡Oh! ¡Mi juventud!...

Vértigo infantil de sana alegría proporcionaban los Carnavales. Lucidas y numerosas comparsas, a veces de más de un centenar de damas cada comparsa, invadía el salón con dominó y antifaz, que entonces locamente imperaban, por lo que resultaba enmascarado casi todo el elemento femenino del baile.

llegando a grado tal la animación, que conocidos hacendados y respetables caballeros de la provincia que jamás a fiestas de esta índole concurrían, dejaban sus fincas en esos días para ir al Liceo y tomar parte en el general regocijo.

Regocijo este imposible de evitar. La tranquila ciudad despertaba... y por ineludible contraste, despertaba, sí, *haciéndose sentir*, pues la algazara alcanzaba a todas las esferas, siendo en la calle muy grande el vocerío de las alegres mascaradas.

Y por ello recuerdo de un periodista de aquellos días, que, no sé por qué delito de imprenta tuvo que guardar cárcel durante tres meses, coincidiendo en este intervalo de fiestas el cumplimiento de la sentencia.

Bailador entusiasta, solicitó en secreto del Gobernador de la ciudad—desesperado como parecía por lo irremediable de su cuita y por el privilegio que sólo obtiene la juventud de hacerse escuchar—el que le permitiera asistir disfrazado a todos los bailes de carnaval del Liceo, favor que estimaría como el más grande de su vida.

El bondadoso y bien querido gobernante presto accedió, sabiendo discernir sobre el imperioso deseo del atribulado, que tanto le prometía, de cordura y discreción, y la responsabilidad que por lo mismo como autoridad asumía. Muy delicado el caso. Y después de todo y más que nada, quizás, si allá, en lo más recóndito, hasta gracia le causaría el angustioso empeño—porque era la dicha autoridad de todas nosotras muy amigo.

Y ese año, los concurrentes al Liceo pudimos observar a una silenciosa máscara de negro antifaz y negro dominó con escarolados rojos, que, en los bailes invariablemente aparecía siempre a las once de la noche. De alta y varonil figura—no hablaba—sólo iba a bailar y con distintas jóvenes y sin cesar y sobre todo el dancón; y que mientras permanecía en el baile el señor Gobernador, ante él se deslizaba primorosamente, saludándole con una respetuosa reverencia, por lo que parecía aquel predilecto lugar—el radio que allí describía—muy de su agrado.

Era el último que la fiesta abandonaba. Y ya casi de día disfrazado—única condición exigida por el Gobernador—íbase felicísimo y divertido del baile a la cárcel, sin ser estorbado al

trasponer la entrada por el cuerpo de guardia, que, advertido, como si tal cosa le dejaba pasar.

¡Tan caballero uno y otro! El lance este y que, con gusto recuerdo por lo extraño, nos demuestra hasta donde alcanzaba el entusiasmo.

El baile de Piñata: la agrupación de distinguidos jóvenes con trajes de señalado estilo y que bajo ella situábase, después de ejecutar caprichoso baile de variadas figuras a los acordes de *La fille de Mad Angot*—preciosa música siempre nueva y que para nosotros resultaba de época anterior; el solemne momento de tirar de las cintas que misteriosamente a la Piñata adornaban... y el más ansiado aun de coronar a la joven por espontáneo y amoroso impulso del galán que la suerte había favorecido en la cinta elegida—o inclinado la voluntad del mismo sugestionado por unánimes simpatías; ilusionaba intensamente, y tanto, que la tradición, con algunas variantes, ha sido respetada y aun sonríe.

Del contagioso entusiasmo nadie escapaba y así como aparece en nuestra contante devoción la figura del doctor Domín Lorenzo Madan en el pedestal donde sus méritos y prestigios supieron colocarle y que a medir no alcanzamos; yo—sin poderlo evitar—guiada por mi juvenil ensueño, siempre en el baile la veo, asediado, haciendo pareja a un dominó rosa de cada brazo y por ellas conducido y con infantil alborozo discutir por el salón risueño, feliz, despreocupado y bailar muy mucho, seducido por “las mascaritas” como bondadosamente las llamaba; y también por secreto amor muy hondo, que el *danzón* a todos igualaba, porque nunca fué Cuba *más cubana* que en la época colonial. Triste es confesarlo.

Al hablar de la Piñata y de sus célebres comparsas de Lobos Marinos, *Incredibles*, *Pierrots*, etc., cómo no dedicar una expresión de afecto y gratitud al simpático director de ellas, don Ramón Maza—alma de nuestra juventud—como también miembro respetable de la Directiva del Liceo y que con el mayor éxito hubo de ocupar el cargo del inolvidable don Manuel S. Trelles; y que, supo con su carácter abierto de impercedera alegría, a la vez que enérgico, imprimir la más estricta corrección a las expansiones naturales de una edad en

que todo parece poco para prolongar la dicha, que, con nosotros él compartía.

De fuerzas héreulas el culto caballero, también a los jóvenes en su célebre gimnasio trataba de robustecer, porque tanto atendíase al vigor del cuerpo como a las aficiones elevadas del espíritu.

Secundaba la labor de las diversas Directivas del Liceo la emulación sostenida a muy alto grado por el caballero don Manuel S. Trelles, porque dadas sus especiales condiciones para regirlo y ordenarlo, ayudado de su cultura y antecedentes sociales fué de éxito tal, que, aun alejado por los años del cargo de Director, su obra militaba y sin él se desenvolvía gracias al acertado impulso que supo imprimirle. Todo cuanto de él se diga a este respecto es poco para encomiarle.

El Liceo para sus fiestas artísticas y bajo la dirección del conocido y competente profesor tan querido como respetado don Juan Torroella contaba con una muy buena orquesta de los principales jóvenes de la ciudad que, como socios allí figuraban. Solemnes conciertos de ellas y ellos lleváronse a efecto y donde la señorita María Andux en el piano tanto sobresalía; brillantes oberturas por esta orquesta interpretadas amenizaban las fiestas literarias; grandiosas funciones, juegos florales, interesantísimas veladas, recitación de poesías, disertaciones, juguetes cómicos en los que descolló más luego, no como aficionado, sino como verdadero artista, el simpático joven Emilio Quirós que, con sus hermanos Luis y Pepe, fueron prestigiosos miembros de aquel lugar y de la familia de Heredia—porque parece haber en esta privilegiada familia por la prodigiosa sucesión de sus elegidos y distinguidos, manantial que no se agota.

En la Sección de Declamación figuraron en esa época que vengo retratando las aplaudidas señoritas Felicia Rueda, Elena Escoto e Isolina Amézaga.

La orquesta del Liceo la formaban más de cincuenta jóvenes. Se estrenó en ocasión de los juegos florales del 4 de noviembre de 1882 con la gran fantasía de Attila del maestro Torroella que mereció una ovación indescriptible. Al teatro en funciones benéficas concurrían y a la iglesia llevaron los tesoros del arte, como aconteció en un Viernes de Dolores que

interpretaron el *Stabat Matter* de Rossini, acompañándolos Julia y el coro de señoritas.

Y como respetuoso homenaje, más tarde, con motivo de las bodas del Presidente de la Sociedad el distinguido caballero don Alvaro Lavastida y Heredia y de la señorita Rosa Trelles y Govín, amenizaron con la *Marcha de los Esponsales*, la ceremonia verificada en el templo.

Entre las pianistas de mi época, a más de la señorita Andux, sobresalió la señorita María Botet, admirada en la intimidad por su excesiva modestia; y que, como sus hermanos Alfredo y Segundo fueron orgullo del Liceo y de la sociedad de Matanzas.

Caracterizó a toda esta familia un depurado sentimiento artístico, unido al mayor civismo.

Al trasponer yo los umbrales de la aristocrática Sociedad que tanto me enajenaba y tanto amé y que entonces se llamaba Club de Matanzas, el 4 de noviembre de 1881, día de San Carlos, hice mi entrada en el mundo cuando aun no había cumplido los quince años de edad. ¡Rotos mis colegiales lazos y en constante ansiedad del deseado momento, al fin!...

¡Cómo olvidar esta memorable fecha? Sencillamente vestida de tarlatana blanca, tela que en categoría era inferior a la modesta muselina, pues todavía no existía ni soñar podíase a la joven humillada por las costosas galas de sus compañeras ni el titánico esfuerzo de aquélla por alcanzarlas, se me consintió concurrir al baile así dispuesta, porque nuestra precaria situación otras más costosas no permitía.

También tuve que vencer la oposición de mi padre que alguna resistencia hizo sin manifestar sus razones, porque muy celosos de sus hijas como fueron los españoles, eran aquellos cubanos.

Mi abuela confeccionó el blanco vestido. Ya conocemos de su habilidad y maestría y que un viaje a París, donde algún tiempo residió, contribuyó a más perfilar su gusto exquisito. Sufrió la cola entonces momentánea desaparición, y por eso era de falda redonda, dejando el pie descubierto—un pie inverosímil—que todas teníamos como el de nuestras madres y antepasadas por el desconocimiento de los sports y del menor ejercicio.

Mamá-Quinita realizó *a mano* un primor y que, al calor del entusiasmo de mi familia materna de lleno en el acontecimiento, tal fué la vehemencia y el buen deseo que resultó tul, punto, ideal encaje—cuanto la mente puede concebir de más vaporoso y rico, lo que sólo era vulgar y humildísima tarlatana.

¡Oh! ¡qué sentimiento de delicadeza innata y de sentir cristiano había en el piadoso engaño! ¡Cuán nobles y advertidas para no *descorazonar!* Frase que se prodigaba... y que encerraba un mundo en comparación del sentir actual, donde parece que la mayoría de las jóvenes viven más que descorazonadas, ¡porque es tanto lo que se las exige!... Si una de ellas pudiera hablar conmovidas como se sienten por la violenta sacudida del desflorar de las ilusiones!...

El día de la última prueba del vestido surgió lo inspirado. Una importuna hincada de aguja dejó caer una gota de sangre del dedo de mi abuela en lugar muy visible del entisado corpiño, que era lo único que de seda llevaba.

De consideración el daño, ella sonrió turbada... nada se dijo; y que después por no sé qué arte de mi buena hada, apareció inmaculado mi vestido al estrenarlo, sin mancha ni huella alguna y sin haber sido sustituida la tela porque no se disponía de tiempo ni de nuevos recursos para afectuarlo.

Fuí al baile con el largo cabello atado a la nuca y que casi destrenzado caía sobre la espalda—moda tan sólo en la adolescencia permitida. Completaba el tocado algunas lindas flores blancas de aquellas del *Musiú* León que mi madre aun conservaba. Al despedirme de ellos—de mis padres—él con su habitual melancolía me besó en la frente.

La comisión de recibo del Liceo con el distintivo de tal cortesía en el ojal del frae, esperaba a la puerta...

Y desde ese momento mis ojos admiraron y mientras más allá fuí el sin igual concierto que proporciona en las sociedades adelantadas la buena voluntad de los hombres—de hombres de ideales. Lo que suponen estos placeres en los círculos reducidos donde la fiesta efectuada proporciona al alma pasto abundante, mientras vuelve a suministrar nuevo alimento la que, tras dilatados períodos se deja adivinar en lontananza.

La joven humillada no existía entonces, dije, y era verdad. El país se depuraba del pasado esplendor y modestas en dema-

sía a todas alcanzaba la virtud. Ricas y no ricas sólo contábamos con el inextinguible juvenil tesoro y con nuestro ángel o nuestro aquel que por suficiente uno u otro no bastaba.

La de buen palmito, que eran casi todas, porque en mi tiempo fueron preciosas las matanceras—entre ellas reinó Sara Yarini—sobresalía como sucede siempre, y las que no teníamos tanta suerte, otros halagos de la sin igual galantería de la época con creces nos compensaban.

¡Oh! ¡bendito sea aquel pasado! Tan noble, tan cortés y tan cristiano.

La sociabilidad era el mayor atractivo de las fiestas y por lo tanto, proverbial la del Liceo. Bailábamos y después las parejas daban vueltas alrededor del salón durante el intermedio no muy corto de las piezas. Antes de empezar el baile era imponente el golpe de vista, ocupadas como aparecían las tres hileras de sillas por discretas, comedidas y muy bellas y elegantes damas.

Y así la mujer lucía sus atractivos y sus galas cuando del brazo de su obsequioso compañero al cesar la música con él paseaba y charlaba, recibiendo celebraciones y halagos y las más de las veces la predilecta flor, que mucho suponía, o el artístico estuche de bombones... cobrando el salón entonces tanta vida y movimiento más aun que en el mismo baile.

Esta juventud, la que restó de la guerra del 68, habíase educado los más en Europa y también en los Estados Unidos y los que no abandonaron estas playas en el agitado período de los diez años, en el magnífico colegio "Los Normales", donde *la trinidad* de don Bernabé de la Torre, don Aurelio Llanos y don Angel Escoto, inestimables pedagogos, realizaron parecida labor a la del ilustre don Antonio Guiterras en "La Empresa".

Llor a ellos—a estos caballeros de conducta moral intachable, como de condiciones excepcionales en el apostolado de la enseñanza. Don Bernabé—el inolvidable don Bernabé—fué padre del esclarecido naturalista Carlos de la Torre y Huerta.

También he de hacer mención—ya que de este tema rebosa el alma—de los grandiosos Juegos Florales verificados en el Liceo y en honor de Cervantes el 4 de noviembre de 1882—como antes habíase celebrado el segundo centenario de Cal-

derón de la Barca—porque siempre se trataba de unir los grandes acontecimientos literarios a nuestra cultura.

Al año siguiente de mi primer baile, sustituido como había sido el nombre de dicha Sociedad y con más acierto por el que ahora lleva, se representó "El loco de la boardilla", y al descorrerse la cortina, pude apreciar en la escena, no tan sólo el propósito de Narciso Serra, autor de la pieza, sino el cuadro que, como despedida de un pasado de elevada significación ante mis ojos surgía en toda su excelcitud.

Porque dándonos una prueba de verdadero civismo y legándonos el hermoso ejemplo que poder imitar, fueron los actores que se prestaron a honrar el acontecimiento personas de la mayor respetabilidad.

Allí resplandecía la venerable y alta figura de don Federico Milanés, de muy bellas facciones el ilustre anciano que en la función y en principal papel magistralmente tomaba parte, secundado por el culto caballero don Indefonso Estrada y Zenea y los distinguidos e ilustrados señores don José María Angulo y Heredia y don Eduardo de la Huerta; que mucho en Matanzas esos apellidos suponían, como exponente de *un ayer* que esa noche pude alcanzar.

También completó este grupo de actores el joven don Antonio Jarquín, miembro de la Sección de Declamación y nota agradable de la fiesta en su festivo papel y de aquella actualidad y que, apuesto y despejado él, sin desdecir del conjunto, pues habíase educado en Suiza, llenó cumplidamente, recibiendo todos las mayores muestras del general entusiasmo.

Luego... la espectación por las interesantes justas presididas por el general Ibarreta, que sustituyó al general don Tomás de Reyna, culto e inolvidable gobernador de la ciudad; el ansiado momento de rasgar los sellos de los pliegos y el culminante de conceder los premios—ya descubierto el seudónimo—llevándoselos casi todos entre atronadores aplausos Nicolás Heredia.

Y la grandiosa música dirigida por Torroella, la orquesta de jóvenes amigos, que asimismo en los coros tomaron parte; el frenético entusiasmo y cuánto, ¡cuánto más de naturalidad y modestia y de sublime sencillez que no sé cómo expresar de mi Matanzas adorada!

Después—a los veinte y siete años de edad me alejé de la vida social y al Liceo dije adiós para jamás volver.

Un cambio de visión necesita mi espíritu al descansar de lo narrado y sin abandonar el tema de mi amada historia—fijo el relato en otro cuadro de distinta naturaleza el escenario.

A pesar del retraimiento característico de mis paisanos que por diferentes causas siempre han encontrado y encontrarán pretexto para no disipar ese sentimiento de aparente indiferencia, reserva o melancolía que al matancero caracteriza, porque de ello tienen mucha culpa los paisajes que nos aprisionan en inamovible cerco; contrasta notablemente este mundo de profunda cultura que alguna actividad suponía y que, desde tiempo inmemorial venía desenvolviéndose en la ciudad en medio de infinita tristeza y de calles desiertas.

A todo excedía el espíritu de adelanto y por eso tal vez conserva mi memoria el recuerdo de las diversas manifestaciones de ese progreso.

Inmensísimo como fué el de los Bomberos del Comercio de Matanzas, sólo me limito a reseñar lo que presencié suprimiendo los pormenores referentes a su brillante historia.

Con mucha modestia se inició en esta ciudad, a mitad del siglo pasado y en época de mis abuelos *el servicio de incendios*, unido al del *alumbrado* y al de *los serenos*. Y sin tratar de disimular lo que parecía un sarcasmo—¡a qué grado de vertiginoso adelanto llegó en mi juventud el primero! Pues resentíase toda la isla y las Américas entonces de un entusiasmo bomberil a toda prueba.

Cuando niña, según supe y algo de ello alcancé, este servicio también lo desempeñaban los negros esclavos de los grandes almacenes de depósitos de azúcares situados a orillas de los ríos, siendo *los camisetas rojas*, siervos del rico y muy estimado comerciante español don Jaime Fonrodona, de los más lucidos por su disciplina y arrogante presencia.

Había sido mi madre—en medio de grandes fiestas—la maquina de la primera bomba de vapor que el cuerpo llegó a adquirir y que aun se conserva como primitiva y venerada reliquia y que maniobrada por estos fornidos y abnegados hombres, porque escogíase *la flor* de ellos—entusiasmo y admiración des-

pertaban, como también por los actos de valor y de heroísmo de todos esos esclavos de los almacenes de Castañar, don Juan González, Fonrodona, Galíndez y otros, en la extinción de memorables incendios.

Progresivamente llegó a su apogeo la institución a través de grandes transformaciones, hasta convertirse en un centro modelo, ostentando el hermoso edificio que conocemos y donde resplandece el esfuerzo individual y colectivo de toda una época—apoyado siempre en el desinterés del comercio, del pueblo, de un cuerpo facultativo y técnico y de todo lo que enaltece.

¡Bien me acuerdo del unánime entusiasmo que despertaban cuando aparte de su santa y heroica misión yo los admiré en su apogeo! Fuerzas, muchas fuerzas, bríos y costoso y bello material desplegado, que ruidosamente el espacio atronaba.

Hombres cultos y de distinguidas familias que a la cabeza de estas manifestaciones arrogantes y orgullosos marchaban uniformados entre las nutridas filas de aguerridos y pujantes jóvenes de todas las esferas. El material flamante y costosísimo por los últimos adelantos, estrepitosamente rodaba arrastrado por fogosos caballos, con el repiquetear de los timbres, la música, los hachones de la serenata y el marchar airoso de aquel conjunto que jugaba la vida cuando el desastroso elemento los llamaba, sin ambicionar del premio y sí solo por amor a sus semejantes.

Enrique Estrada, Tiburcio y Pedro Bea, Serafín Martínez, José Manuel Castelló, el Dr. Domingo Madan, el Dr. Antonio Font Cuesta, el Dr. Luis A. Cuní de tan buena presencia, y tantos más que en sus heroicas filas y en distintos servicios y secciones, españoles y cubanos fraternalmente militaban!...

De mi país en los postreros años de la dominación española y quizás si como despedida fué bellissimo el canto popular—apasionado, hondo y tan de la tierra!

No conocíase esa música estridente, ruidosa, como la de ahora, que algo crispa; y que, sin dejar de ser cubana la de nuestros días—hay que pensarlo así—es otra cosa.

Entonces la esclavitud parecía querer ya sucumbir: debilitábase, declinaba, íbase esfumando; y el anhelo del hombre

blanco al terminar el período de aquel dominio injusto y cruel de los infelices negros, en inmensa melancolía silenciosamente parecía dolerse del suyo, queriendo también independizarse. Y de ahí que esta situación indefinible, difícilísima, en el arte encontrara eco, y por el arte absorbida, señaló un paréntesis especial, muy especial al alma criolla y por lo mismo del cantar popular cubano y que, sólo de Cuba y España fué el misterioso sentido—intrasmisible el secreto.

La música de este período intenso y breve se llevó el resto, como vulgarmente se dice. Ya es otra cosa. La de ahora, bella también, como todo lo que de esta vida guardará el mérito de su ambiente.

Esa melancolía genuina y verdadera, sin estudiados golpes de efecto, ¡cuán diferente de la impuesta, traída por empeño del artista para caracterizar una época; cuán distinta de aquella dulcísima a más de la espontánea gracia, sin artificio alguno y que en todo se traslucía, hasta del sencillo pregón de los vendedores, como el del manzanero, que “por la tardecita”, nos anunciaba la llegada del invierno con el triste de “Manzana, sana, a la buena manzana...”

¡Bien sentíamos del cambio de tiempo por los mismos heraldos de la naturaleza; Bien entendimos del tenue piar en la exhuberante pompa del jardín doméstico, que en los frondosos patios coloniales, al percibirse, nos hacía a los niños exclamar alegremente: “¡La bijirita!... ¡Ya viene el frío!...”

Y debido a todo lo expresado, fueron los cantos que voy a transcribir, popularísimos también:

El Carnicero.

Niña, se va el carnicero
Con la masa de ternera
Lleva la riñonada
Y la buena choquezuela.

Y vamos a ver... negrito,
Que vende usted.
Y vamos a ver...
Niña, yo se lo diré.

Los rumberos.

Para complacer a usted
Vengo a cantar
Con gran placer.
Despierta, mi negra querida,
Oyeme bien.

El dulce canto
Mi pecho inflama
Y deja que el alma
Te vuelva a ver.

Yo quiero verte
Por caridad
Como contemplo
Tu fino amar.

Oye, prieta, los lamentos
De este amante trovador
Que viene de tierra adentro
Arrastrado por tu amor.

Candela y no más,
No hay novedad,
Mi canto es bueno!...

Y a cantar,
Y a gozar,
Y a cantar,
Yo soy rum...be...ro...!

A la luna.

Mis penas y mis fatigas
Ya no se pueden contar
Se alcanzan unas a otras
Como las olas del mar.

Luna bella, protectora,
No me niegues tu fulgor,
Voy en busca de un tesoro,
Voy en alas de tu amor.

¡Hermosa noche! ¡Todo es poesía!
¡Todo es perfume! ¡Todo es calor...!
¡Brisa suave, lleva el suspiro
Del alma mía, lleva mi amor!

Y la más remota de

La niña era....
Que toma vino con panetela.

Otra canción delirantemente acogida por la isla entera
con música preciosa fué "La mulata María", que aquí transcribo:

¡Yo, tengo una mulata
Que es la flor!
¡Que se llama María,
María, María,
Y es mi ilusión!

Tiene para mí sus o...
Tiene para mí su bo...
Tiene para mí su ca...
Y toítico lo demás!

Acostumbrábanse dedicar a personas distinguidas las creaciones de la musa popular y hubo de ser ofrendada ésta a la menor de las hijas del conde de Diana, María Soler, de hermosura sin par.

Y como prelude de la Ley de la Emancipación, cuando la esclavitud vino la de

El jardinero.

Yo soy el jardinero,
Vengo a regar las flores
Cantando los amores
Del negro guarachero.

Yo me muero de placer
En oyéndote cantar.
¡Fuera! ¡Fuera!...
En oyéndote cantar.

¡Que siga la guaracha,
No hay novedad,
Que vienen los negritos
Cantando la libertad!

También ésta de tropical encanto:

Tengo mi hamaca tendida
A la orillita del mar
Y mi cabaña escondida, sí,
En medio del platanal, ¡ah!
En medio del platanal.

Aguas me da el monte,
Brisas me da el mar,
Trinos el sinsonte,
¡Que bello es amar!

¡Que bella es la vida!
Meciéndose va...
Cual se mece mi hamaca tendida
De aquí para allá,
De allá para acá.

¡Ah! De aquí para allá...
¡Ah! De allá para acá...

Y la bellísima de "El Brujo":

¡Es el brujo quien cantó!
¡Sí, señor, esa es su voz...!

La Isabel de Lord Byron—en la calle, en el hogar, en el teatro—por todas partes circulaba desde hacía años la cubana canción, que traducida del poema, dice:

Hay una vida mística enlazada
Tan cariñosamente con la mía,
Que del destino la inflexible espada
Ninguna o ambas deberá cortar.

Una beldad existe que mis ojos
Siempre la ven con mágica delicia;
De día, sabe disipar enojos,
De noche, ensueños dulces inspirar.

Hay una voz tan pura y melodiosa
Que al oirla mi pecho se enajena,
No acompañada de esa voz hermosa
célicos coros no quisiera oír...

Despuntaba ya la inspiración de Sánchez Fuentes y fué la habanera "Tú"—pintura predilecta y mimada de mi tierra—que ansias de libertad ocultaba, canto de amor:

En Cuba, la isla hermosa
del ardiente sol,
bajo su cielo azul,
adorable trigueña,
de todas las flores
la reina eres tú!

Y esta canción que precedió a la última guerra:

¡Bilongo! ¡Bilongo
Bilongo mató a Mercé.
Unos dicen que a la una,
Otros dicen que a las tres.
¡Bilongo! ¡Bilongo!
Bilongo mató a Mercé.

Y las mascaradas que recorrían las calles cuando los carnavales de 1894—las nutridísimas comparsas de cientos de individuos que imitaban a las dotaciones de los ingenios. Precedido por enorme farola de llamativos adornos, aparecía a caballo el amo de la finca, remedo exacto de conocido hacenda-

do, uno de los más ricos de la provincia, seguido del gracioso negrito correctamente vestido de saco o americana y que tras él llevaba la maleta montado en un jamelgo como si llegaran de alguna estación de ferrocarril; después el mayordomo, el mayoral—todos a caballo—y a pie y ordenadamente desfilando de dos en dos los braceros blancos, casi todos jóvenes de las distintas barriadas de la ciudad—imitando a los antiguos esclavos con sus caretas negras, traje de guayabera, sombrero de yarey y triángulos en las manos, para señalar el compás de aquella preciosísima salutación que, nunca, nunca, he olvidado y que en el misterio de la noche dulcemente a lo lejos resonaba...

Buenos días, mi su amo,
Lo venimo a saludá
Con el machete en la mano
Que nos vamo a trabajá.

Y vamos todos, mi mayoral,
Y a las cuatro de la madrugada
Y vamos todos a trabajá.

¡Qué emocionante el cuadro! ¡Y cuán significativo también! Sin tambor africano, sin lubricidad alguna, sin mujeres, sólo cantaban e interpretaban en alguna parada que hacían escenas alusivas a la vida de los ingenios, o daban muerte al alacrán o culebra o a algún otro bicharracho con que denominábase a la comparsa en ingeniosa alegoría.

Y por eso, ya en febrero de 1895, como estallara el grito de guerra allá cerca... pueden considerarse éstas las últimas lucidas y costosas mascaradas que fueron de la dominación española—porque durante aquel período de desolación y muerte, como es natural, quedó suprimido el carnaval.

Innovaciones pequeñas tal vez encontré en mi vida social y según mi limitada apreciación juvenil, fué la de la danza de la que más oí decir. Convertida en *danzón* era más rápida la lenta cadencia sin perder su sabor nativo y su compás exquisito e imperioso el querer al suelo patrio del aristocrático baile en los fugaces floreos de los pies.

Su autor, el músico Miguel Failde, compositor, artista

aplaudivísimo, mimado de nuestra juventud—mestizo, sastre; serio y respetuoso y de figura por la fina apariencia parecida a la de White; con fruición interpretaba sus preciosísimos danzones en su afamada orquesta, sintiéndonos atraídos y subyugados por el recio y ensordecedor sonido del cornetín que él soplaba con tal gusto y maestría y tales bríos, que los ojos parecían quererles salir de las órbitas; y así enervados y seducidos, bailábamos en el Liceo hasta casi esperar la mañana.

Estos danzones a base de la melancólica música africana, en artística mescolanza—gratisima al oído—nos regalaban compases de populares trozos de ópera italiana, de zarzuelas españolas, de opereta francesa, de canciones cubana, en singular cadencia y armonía.

También teníamos nuestro vals lento y tristón. En tiempos de mi madre denominábanlo *del país*; en los míos se llamó vals tropical. Recuerdo uno titulado “El Clavel punzó”, dedicado a ella y que por lo bello, deseábamos siempre oírle al piano.

En lo más riguroso del verano, nunca fatigaba el vals tropical. Los de Europa, conocidos por “vals de Strauss”, ya fueren del autor que fuere, sólo en invierno se podían bailar.

Y en cariñosa reciprocidad tratemos del inimitable teatro bufo de mi tierra en su apogeo en aquellos días. La época que se satirizaba se fué con España, porque entonces palpitaba. Sin desdorar el presente, tengo así que advertirlo porque también vale mucho—los bufos de Salas y Valverde fueron inimitables. Sus canciones, su carácter cómico en demasía, retrataban sin exagerar tipos que hanse esfumado con el pasado y sin saber por qué, y quizás si en ello los cubanos tengamos culpa por el afán de imitación de que desgraciadamente adolece la sociedad moderna.

Y esa mulata única que fué de esos bufos, interpretada por Elvira Meireles, fina mujer, inolvidable, también desapareció para jamás volver.

Llevaban ellos a la escena críticas graciosísimas en escabrosos asuntos de esas actualidades; como por ejemplo el responder de cierto juez (de aquellos jueces municipales que la colonia gastaba) en cierta pieza y a quien un guardia vestido de color azul, de aspecto encogido y copioso bigote y el mache-

tín al cinto y de rígidas y separadas piernas (y de ahí si por ese del andar *despatarrado*) decíale respetuosamente y muy bajito al acercársele que ofrecían por el asunto pendiente de fallo en el cómico suceso, si era favorable, *un onza*: a lo que contestaba el funcionario rápidamente con semblante hosco, huraño y disciplente un “Tómela usted con *repunancia*”, que hanse pasado muchos años en verdad y aun me uno a la hilaridad del público que formaba un ruido atronador, un grande escándalo de aplausos y carcajadas. Sin igual en su papel el juez y el salva-guardia en la breve y tristísima realidad que se flagelaba.

Ignacio Sarahaga, Manuel Mellado, Carlos Noreña, Ignacio Benítez, Olallo Díaz y otros, fueron autores muy principales de estas piezas—como de festivas parodias—del siempre aplaudido teatro cómico bufo cubano, donde la gracia y el chiste ponen de manifiesto la vivacidad e ingenio de los hijos de esta tierra.

“El baile por fuera”, “Buchito en Guanabacoa”, “Férrico masca-vidrio”, “La noche buena en Jesús María”, “Los novios catedráticos”, “El proceso del danzón”, y otras más, arrancaron aplausos y carcajadas a una sociedad culta y escogida y dónde de boca del célebre beodo, del héroe barriotero que fué aquel *Cantúa*, creación del actor Salas, inimitable en el género, se oían muy grandes verdades, maliciosas observaciones—que con la risa escurriase muy a pecho lo que divertía.

También en carácter interpretaban los bufos las canciones en boga. Relegada desde tiempo inmemorial la mestiza a la intimidad, sólo en esfera muy reducida y humilde e inaccesible—entre ellas—tenían sus fiestas; y según apunta una interesante crónica de los primeros años juveniles de mi madre titulada “La Mulata” (1856) de Rafael Otero y Marín. “En traje negligé se baila y se canta al compás de las palmadas—en estos conciertos bailables la orquesta son las manos y ésta es la de un baile:

Ahora, ahora,
Y hoy es tu santo, señora.
Ahora, ahora,
Y hoy es tu santo, señora.

Y una de ellas canta para que responda el coro:

¿Dónde están los diamantinos
Dónde están que no los veo?
Yo me voy a Isla de Pinos
Adónde está mi deseo.

Ahora, ahora,
Y hoy es tu santo, señora.

“El compás, la armonía que todos llevan entre sí con esta sencilla canción, es increíble, y lo bien que bailan comprueba su gusto por el baile y la música...”

“Vedla ahora en el baile: oído fino, baila tan a compás de la música que pisa la cuerda. Ahí está la mulata en su elemento, pues ama la música y el baile y para ambas cosas tiene dotes especiales; es muy común en su clase improvisar danzas y canciones, las que tienen dulces armonías y marcados compases.”

Dice también en la crónica con anterioridad el chispeante escritor:

“La mulata trae en sí mezcla de dos especies tan distintas que la hacen parte de una y parte de la otra, y de las que ella sabe tomar de cada una la que mejor le conviene en su situación, pues no deja de comprender que de un contrabando se origina su desgracia, inclinándose como es natural a la más superior.

“Esta Venus de bronce goza de cierta celebridad no sólo en Cuba, sino en Europa, donde las pinturas que de ella se han hecho han despertado la curiosidad de ver los originales y en verdad que no les falta razón...”

¡En el género novelesco tuvieron cabida en principal papel, y tan principal! ¡Aquí, en la Cecilia Valdés de Villaverde, en desgarradora realidad; y también en algunas extranjeras que leí en mi juventud y donde no se puede precisar hasta qué extremo las llevaba su inconsciencia!

Aceptado y elevado el arte y la maestría a que alude la crónica al teatro bufo enbano, fui testigo de que estas alaban-

zas a la *fasistora* mujer eran muy merecidas. Perdida ya por completo la frase cuanto de gracia, lucimiento, coquetería y de simpatías suponía la *fasistorería* de esos días en buena ley aplicada en todas las esferas y hasta a las niñas!

¡Qué *fasistora* estás! Era frase esta halagadora que desde mi infancia no se ha vuelto a escuchar.

En “La mulata callejera” de los ya citados bufos de Salsas aparecían en la escena los negros curros, representados fielmente por los mejores actores y *cantadores* de la compañía que los imitaban a la perfección. En actitud expectante y con sus ademanes característicos cantaban esta estrofa acompañados por la orquesta.

Quién es esa mulatona
Que allí por la calle va,
Y metiendo tanto rüido
Con su saya almidoná.
—¡Quién es?...

Y entonces surgía Elvira Meireles, la mulata única, como ya dije, que sólo fué de ellos y que los sesos sorbía a los mortales.

Hacia el proscenio adelantábase con el típico traje blanco y el imprescindible mantón. Sin igual en esa mulata callejera. Con música mimosa llena del alma de los trópicos, y después de singular paseo por la escena a compás de la lindísima rumba y del serpentear de la cola, así respondía cantando a los curros que la cercaban:

Yo soy la mulata
Linda y hechicera,
Yo soy la mulata,
La mulata callejera.

Con mi color de canela
Y con mis ojos así
Que van diciendo: ¡candela!
¡Que se quema el polvorín!

¡Y luego sí, y luego sí...!

Andando con esa gracia
Que llena de fuego está
Y haciendo con la chancleta,
¡Chi qui chí, qui chi qui chá!

.....

Sonriendo con esa boca
De azúcar, miel y sal
Y haciendo con la chancleta,
¡Chi qui chí, qui chi qui chá!

.....

¡Ah! era mi pobre Cuba, mi tierra adorada, con su eterno enigma, siempre interpretado por la musa del baile.

CAPITULO V.

El centenario.—La guerra.—El bloqueo.—Fin.

La Infanta de España doña Eulalia de Borbón visitó a la isla de Cuba en mayo de 1893 con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. De paso para los Estados Unidos demoró en la Habana una semana, y como no tenía precedentes el inusitado acontecimiento, pues su esposo el infante don Antonio de Montpensier y ella venían oficialmente representando a la Reina Regente de España, fué por lo mismo grandioso, sobre toda ponderación el esplendor del recibimiento que tuve la dicha de presenciar.

Con mis familiares pasé a la Habana.

La isla de Cuba entera allí acudió —todo el que pudo. Fué un verdadero frenesí. La magnificencia de los festejos, el aparato que trae consigo las ceremonias cortesanías, el esplendor del Trono español en estas latitudes, la imaginación tropical exaltada por los prolijos detalles de cosa tan nueva y rara, desarrolló tal fiebre, tal curiosidad, que pocos escaparon del contagio.

Además, otra causa que no aparecía y que luego vi con-

firmada y más adelante diré, contribuyó al éxito y al inusitado entusiasmo.

¡Aquello fué un delirio! Y quiso Dios conceder días hermosísimos, como llegaron a ser todos los de esa semana. La tarde de la recepción el sol parecía brillar más que nunca, la brisa acariciaba, el azul del cielo era intensísimo y la embriagadora atmósfera transparente y diáfana.

Apoyada en el muro de la Cortina de Valdés vi la entrada. Ante mí cruzaron remolcadas, llenas de majestad —de la augusta majestad de los siglos— la “Santa María”, la “Pinta” y la “Niña” seguidas de brillante flota...

Desde aquella especie de azotea donde me hallaba y el mar a mis pies, contemplé uno de los espectáculos más bellos de mi vida. Lejanos acordes de música dulcísima nos traía la brisa... era la banda española de Arapiles que acompañaba en el viaje a la Infanta. La bahía resplandecía de barcos engalanados en ella surtos, cuya representación oficial por lo numerosa podría aparecer como la del mundo entero, ante la magnitud del acontecimiento que se celebraba.

La estricta fidelidad de la verdad histórica de aquellas naos, el encanto de una joven princesa que de lejos venía con tan altos poderes;; la trascendencia del suceso para todos los pueblos del orbe en su profunda significación; el mar, el aire, el sol, el azul del cielo y el atronador estrépito de los cañones de los buques y fortalezas... ¡Ah! era muy grande la emoción para tan presto ser olvidada.

Invitada con los míos por el Segundo Cabo para presenciar desde el balcón de su palacio el paso de la regia comitiva cuando al pasar por allí desembarcaran para el “Te Deum” de la Catedral; de la Cortina de Valdés, donde nos encontrábamos, hacia allá nos fuimos.

Al llegar visitamos los sencillos y espaciosos salones del antiguo edificio y las habitaciones destinadas al Duque de Tamames que, formaba parte del séquito de la Princesa, espléndidamente decoradas.

En este palacio habíanse congregado un grupo también de invitados. Nos encontrábamos como en familia, y mi tío Antonio, que era de los concurrentes, me llevó del brazo hacia

donde se hallaba la viuda de Carlos Manuel de Céspedes, amiga de él muy estimada.

Una presentación banal de esas de sociedad, me acercó un instante a la ilustre dama y a su hija Gloria —todavía en capullo la lozana jovencita.

De muy buena presencia, estremadamente simpática y de un trato atento, natural y bondadoso, sin afectación alguna, parecióme la esposa del célebre caudillo.

La rancia nobleza del antiguo solar cubano —su heráldica, sus blasones, que alguno ostentábase en el frontispicio de los caserones de aquel Bayamo destruído por el incendio cuando la toma de dicha ciudad en la primera guerra—; todo este mundo encerraba para mí seducción muy grande y más se agigantaban los inmarcesibles timbres de esa nobleza ante las sencillas y patriarcales matronas que la personificaban.

Exaltada, pues, mi imaginación desde niña por la fantástica leyenda de aquellos héroes, esta dama excitó mi curiosidad en alto grado, tanto o más que la Infanta de España.

¡Había, concluída la contienda de los diez años, como una especie de cordialidad, de mutuos acercamientos, entre elementos antes tan distanciados!

Así pude allí apreciarlo por los obsequios y atenciones que se cambiaban.

Mas anunciaron que las reales personas con su séquito se aproximan; fuimos todos al balcón. Miles de miles de seres esperaban. Y por lo tanto miles de sombreros de pajilla todos flamantes y de igual hechura que parecían, por el comienzo de la estación veraniega, haberse estrenado aquel día. A la Plaza de Armas las invadía una compacta muchedumbre, y sólo el verdor de las palmas sobresalía. A la derecha, la residencia de los Capitanes Generales, donde los regios viajeros habían de hospedarse; y las calles laterales de la Plaza, estrechas de por sí, despejadas estaban por las tropas que la carrera cubrían.

Al fin se aproxima la comitiva que pasa con todo el aparato de las Cortes—magnífico en verdad—y la simpática Princesa sonríe, sonríe sin cesar, al lado de su esposo, que de gran uniforme como iba, militarmente saludaba a la muchedumbre, llevando la mano hasta tocar el empenachado sombrero.

Ella, sentada a su derecha, de muselina blanca con transparente azul y toquita carmesí anudada al cuello por graciosas bridas. Esto, a los cubanos supo a gloria, la casual combinación del blanco, azul y punzó de su bandera...

El Alcalde de la Habana iba en el asiento frente a ellos.

Al pasar ante nosotros una negra destacó del gentío y le tendió la mano a la Princesa, que ella risueña cordialmente estrechó. La pompa militar, las varias parejas de caballos del landó, enjaezados a la Gran Dumont, el Capitán General y el Segundo Cabo en briosos corceles al pie de los estribos, los militares de alta graduación, los pajes, el Ayuntamiento en pleno, los maceros, los clarines, las trompetas, el repicar de las campanas, las aclamaciones; y la brisa cada vez más suave, el sol más deslumbrador y el cielo más azul de mi Cuba adorada! Lo que haría pensar a la maravillada señora ante belleza tanta, que Colón no exageró al afirmar la de ser aquella "la más hermosa tierra que ojos humanos vieron".

¡Cuánta emoción se siente al admirar a la isla de Cuba desde el mar y pisar su suelo! Emoción así descrita por Rafael Otero en su "Saludo", al regresar de España en enero de 1885.

¡Pero que alegre es volver!...

Al horizonte mirar,
ver una sombra nacer
y por instantes crecer
sobre las olas del mar...

En el golfo mejicano,
en medio del oceano
que la ciñe cariñoso,
bajo el cielo esplendoroso
que ilumina el sol indiano.

Vi mi patria... con anhelo,
vi mi tierra... vi mi altar!...
¡Las montañas con el velo
de la bruma allá en el cielo
y de alegre eché a llorar!

¡Llanto sublime y bendito!
 Recuerdo con emoción
 el indescriptible grito
 lanzado ante el infinito
 por los labios de Colón!...

¡Si a mí que la conocía
 bella matrona y severa
 me sedujo! ¡qué sería
 a Colón que la veía
 virgen por la vez primera!

¡Aquella noche divina
 llena de ensueños y amores
 en que la cubana ondina
 medio envuelta en la neblina
 medio oculta entre las flores!...

con luz de aurora en la frente
 y estrellas en el cabello,
 se recostaba indolente
 en aquel mar transparente
 siempre azul y siempre bello.

Mientras sus palmas gemían,
 sus aves se lamentaban,
 sus bosques se estremecían...
 y en silencio se oían
 las brisas que suspiraban.

¡Ella soñaba en el lecho
 de sus algas adormidas,
 cuando sintió sobre el pecho
 beso ardiente, abrazo estrecho
 y despertó sorprendida!...

¡Al vibrar el beso amante
 sobre su seno inocente
 el sol se elevó triunfante...
 y Colón en ese instante
 vió a sus pies un continente!...

¡Oh, Dios, qué hermosa estaría
 mi patria al fulgor fecundo
 de aquel sol... parecería
 la diosa del nuevo día,
 el ángel del nuevo mundo!

.....

La función de gala en el teatro Tacón dos días después, a la que asistí, me llevó a un aristocrático conjunto, que mucho debía poder admirar.

Sugestionada por mi madre sobre aquella sociedad habanera de antaño, que ella recordaba con tanto amor, por tanto ensueño halagador, con creces respondió el cuadro a lo que de esa sociedad pude haberme imaginado.

La opulencia aun existía —esa opulencia bien cimentada más por el tiempo, que por el dinero. La representación de las antiguas familias subsistía como antes y por lo mismo la cordialidad era la de siempre. Nada parecía haber variado. Allí la bien amada de aquel entonces, continuaba siendo la de aquel ahora; pero esta vez el merecido calificativo lo compartía con sus bellísimas hijas que la cercaban. Ya adivinarán que a Serafina Montalvo me refiero.

También allí encontré a la encantadora Rita Du-Quesne, rodeada con su interesantísima hija de grandes simpatías.

La Marquesa de Larrinaga deslumbraba por su espléndida belleza, "belleza digna de ser mostrada a los embajadores", como dijo Mad. de Sevigné de una hermosura de la Corte.

Y tanto más por doquier de innumerables deidades, de atmósfera gratísima, de sociabilidad y finura y de un no sé qué imprecadero, atrayente e insuperable.

La moda era muy bella —el atavío mujeril contribuía a la sin igual armonía. El talle esbelto, el peinado airoso, dejando descubierto el nacimiento del cuello —ese nido de amor— que lastimosamente profana hoy la navaja del barbero. Las faldas largas de misterioso encanto y del pudor celosas—las colas desplegadas como complemento. Las telas y sus matices en relación con el exquisito gusto de la época.

Las joyas si muy ricas, artísticas en demasía, fascinaban. Pájaros, mariposas, libélulas, fosforescentes luciérnagas, ruti-

lantes estrellas, espléndidas medias lunas en ideales diademas.

Todo lo que fuere para el lapidario minucioso y paciente trabajo en piedras preciosas, caprichosos diseños, atrevidas y deslumbradoras combinaciones al copiar los mil cambiantes con que Dios decora al firmamento y distingue y pinta al mundo alado y pequeño. Fué el reinado sutil de lo que vaga, de lo que vuela que parecía posarse en aquellas damas, cubiertas de ricos encajes y que, cual a las mariposas, sus hermanas, ceñían ajustado corset.

Existía la belleza de las líneas y del contorno, tanto como la de la expresión, lo que hacía resaltar la distinción de cada una, el particular encanto prestando cierto sello de variedad y hermosura a la totalidad del conjunto.

La Infanta iba de azul con bordados de plata y encajes de Bruselas. Chatones de turquesas entre arabescos y largas caídas de gruesos brillantes; y en la cabeza como una gótica diadema.

Muy cerca de mí la vi pasar, porque en las escaleras interiores del primer piso nos agrupamos todas; entre señores de frac, condecoraciones extranjeras y los variados uniformes de gran gala, caballeros grandes cruces, gentiles-hombres, y sobre todo la escogida oficialidad de algún barco que en representación de su país a las fiestas concurría.

Algunos de estos marinos, reverentes, besaban la enguantada mano de la dama, según la etiqueta de las Cortes.

¡Y esta etiqueta cuántos desvelos no proporcionó en aquella Habana!

Comisionado el Marqués de Cervera y de Villa Iltre, caballero muy versado en estas materias, para dirigir el ceremonial, gracias a su eficacia y sapiencia, todo quedó con la mayor corrección. ¡Mas por lo mismo, cuánto no costó a aquella sociedad adaptarse a desconocidos usos y costumbres cortesananas en tan breves días!

A pesar del don de asimilación que caracteriza a los cubanos, sobre todo a la mujer de aquí, viva de imaginación e inteligente—¡cuánto lance gracioso, cuánto chiste, cuánto comentario risible! El estudio de las reverencias de la Corte, muy distinto al saludo social que por aquí gastábamos, que pacientemente el Marqués enseñaba, causó no pocas preocu-

paciones, pues huíase del ridículo que cualquier inadvertencia o alteración del protocolo pudiera haber ocasionado.

Ha pasado mucho tiempo ya, y aun experimento por el intensísimo recuerdo *el buen humor* que presidió a aquellos inolvidables días.

Las naos de Colón resultaban molestísimas en la distribución interior de las cámaras y compartimentos. Y aunque por ello más se admiraba y comprendía la heroicidad de aquellos primeros navegantes que en tales condiciones iban por mares sin horizontes por tiempo indefinido—los cultísimos marinos del Cuarto Centenario en el siglo XIX, se lamentaban, y no sin razón, de ser por ello *víctimas de la verdad histórica*.

Dije antes que la Infanta iba de azul en la función de gala. Por cierto que al acercarse y pasar, más que el *frou-frou* de la seda del vestido, se percibía el crugir de la regia pedrería que llevaba encima, al oscilar los largos y copiosos flecos de gruesos brillantes que a las turquesas guarnecían, confirmando así la proverbial magnificencia de la Casa Real española.

Al abandonar el teatro, un abrigo blanco que, como una capa la cubrió, varió el efecto; el cuello Médicis lo hechuraban albas plumas que por su tamaño, al caer hacia atrás se mecían.... Ella sonreía, sonreía siempre: no sólo admiraba en esta mujer el deslumbrador atavío de su persona realzado por joyas reales y el estilo de la época por modas tan bellas, sino el exquisito refinamiento de su vasta cultura, su conocimiento de los idiomas, su tacto social, su deseo de agradar, su educación perfecta en todos sentidos.

Vino después el baile en la morada de los Condes de Fernandina, que fué suntuoso. A él no asistí por haber regresado a mis lares.

Las fiestas terminaron.

La fantástica y dorada visión desvaneciósse.

Se conspiraba entonces terriblemente, y donde menos tal vez se sabía era en la isla de Cuba. Martí en el extranjero encendía y avivaba sin descansar la hoguera, y por aquí nada se traslucía.

La atmósfera era al parecer próspera y tranquila: así es

que el grito de Ibarra que resonó poco después en 24 de febrero de 1895 en la jurisdicción de Matanzas, fué para muchos una locura, para todos una sorpresa. Se bailaba sobre un volcán.

La fantástica y dorada visión desvaneciéndose—dije—y yo la seguía.

En alas de la imaginación, allá a Madrid iba yo y veía a muy grandes señores que por estas tierras antes cruzaron como aves de paso, y otros como elevados funcionarios. Allí para siempre ya: los más ascendiendo nobilísimos peldaños, y los menos, en cómoda y bien ganada burguesía. *Asegún*, como decía el sensato negro del gracioso cuento.

Amigos la mayoría muy apreciada de mis abuelos y quizás si de más atrás, la descendencia de éstos, fué de mis padres visita cotidiana.

Y lo que no aprendí más tarde de aquel trato diario de íntimos y sencillos contertulios que a nuestra casa acudían, viuda ya mi madre, a la vez que de personas de significación de la Metrópoli destinadas a la localidad, que para ello me bastaba el continuo intercambio de ideas y la consumación de hechos que sin querer inclinábanme al curioso estudio.

¡Cuán agradables en la inalterable calma de la vida provinciana morigerada y culta, las horas de la prima noche alrededor de mi madre tan querida de todos como respetada! Era ella la expresión viviente del antiguo esplendor, de aquel que personificaba a la Cuba patriarcal y complaciente y por lo mismo reflejaba su interesante figura el hábito adquirido en la inestimable sociedad, donde un tacto exquisito y una bondad a toda prueba hacían muy fácil toda comunicación, como difícil la misión de suavizar y acercar aquellos valiosos elementos tan distanciados que de una y otra parte la rodeaban.

Se necesitaba ser ella. Hombres de talento, literatos distinguidos, jóvenes soñadores, respetables caballeros, dignos magistrados, cubanos separatistas, sensatos españoles—porque los otros, los que constituían el elemento intransigente y feroz de esos españoles, a ese nunca le conocimos, ya dije, y por ello no me canso de dar gracias al cielo.

La mesura y nobleza de los que nos visitaban fueron proverbiales, lo mismo que la de los hijos del país, siempre de

ellos distanciados, heridos y lastimados. ¡Qué situación aquella tan escabrosa y delicada, que sólo en esferas privilegiadas contenidas por la educación y en el intenso calor de elevadas ideas podía tolerarse!

Allí de los abonados fué el notable escritor Nicolás Heredia. A diario érame dable en la prolongada visita participar de su gratisima conversación, esmaltada siempre de oportunas y a veces festivas anécdotas, de acertados juicios, de interesantes relatos.

Superior en todo, de una corrección extrema, de mucha amenidad su trato—aunque por idiosincracia del carácter un tanto frío—daba gusto escucharle, y admiraba la perfección de sus razonamientos.

Descubriáse, sin embargo, bajo la techumbre interior de esta intelectualidad, preocupaciones inexplicables, presentimientos, temores infundados, que a no haberle escudado su vasta cultura, hubieranle conducido al terreno de la superstición.

Aquel buen mozo poseía el raro privilegio de ignorar sus méritos. De muy correctas facciones que entre sí guardaban grande armonía, su figura venía a ser como el complemento de la distinción a que tan sólo por su talento, hubiérase hecho acreedor.

También allí concurría el Dr. Vidal Morales y Morales, nuestro respetable amigo. Llevábame al escritor su inagotable bondad y el sentir de sus aficiones, que muy en secreto eran las mías, y por esa atracción—¡Dios le bendiga!—¡cuánto no me proporcionó de interesantísimas y selectas lecturas, de obras raras y por lo mismo muy escondidas y escogidas de la producción cubana; como también de diarios y revistas extranjeras con que durante años me regaló!

Acompañado de su esposa, la gentil y gallarda habanera Pilar Flores Apodaca y Pedroso, encantadora mujer, cumplido ejemplar de ese mundo sencillez, fino, de sin igual cortesanía por mí encomiado y que ella también personificaba con su nativa hidalguía, sus nobles sentimientos—¡mi bella e inolvidable amiga!

La atracción de esta distinguida pareja, la emanación de otro pasado—muy caro al alma—que de ellos trascendía—

hácenmela muy grata e imperecedera en los recuerdos de mi vida.

Y el poderoso ascendiente de esta tertulia de cuánto no valió a mi madre para más afianzar la interminable cadena de atenciones y favores—ya en el orden social como en el político, que pródiga dispensaba, acudiendo segura a uno y otro elemento.

Recuerdo cuando la segunda guerra que abarcó el período decisivo, tan distinto de la primera, su afán incesante de salvar a los sentenciados. Era desastroso en aquel ángel de paz, el efecto de los fusilamientos en la última rotonda del paseo de Santa Cristina, donde, deslizándose había las incomparables tardes de su triunfante y bellísima juventud.

Pasaba por nuestra casa amanecido apenas, la banda de música tocando alegre pasa-calle. El silencio, ese augusto silencio del día de los estudiantes respondía; y luego, cuando el sol resplandeciente deslumbraba, tornaba la misma banda, banda de artistas, con el mismo motivo alegre y juguetón de la mañana y ya en todos sentidos fatídica e inolvidable diana.

Habíase consumado el sacrificio metódico, frío, sistemático de aquellas vidas. Y que nuestro Byrne en este cuadro de intensísimo colorido así describe, lo que para todos aquellos innumerables mártires, igual sería.

Domingo Mugica.

Murió de cara al mar aquel valiente,
bañado por la luz de la alborada,
noble, sereno y firme la mirada,
tranquilo el corazón, alta la frente.

Cerca la muchedumbre indiferente
para ver aquel crimen, congregada,
mejor hubiera estado arrodillada,
que es la actitud que cuadra al impotente.

¡Murió de cara al mar, en hora impía!
¡Y no rugió de rabia el oceano,
ni en noche eterna convirtiéndose el día!

¡Murió con el valor de un espartano,
mientras la Libertad le sonreía
señalándole el cielo con la mano!

Costó al fin a Byrne una triste emigración, el éxito clandestino, insuperable, de esta poesía.

Matancero Byrne, vivía en el retraimiento—poco se le veía entonces—su distinguida figura y su mentalidad permanecían en la sombra... De origen irlandés, de muy buena presencia, culto, refinado, exquisito, presenció lo que sus predecesores sólo pudieron presentir, cabiéndole a él la gloria de ser por sus inspirados cantos el consagrado y elegido de la nueva era.

Había alcanzado la guerra ese período de exterminio, esa impotencia en que hay que matar a todo trance para llenar una necesidad material tan apremiante como la del hambre y justificar así con semejante celo el ejemplar castigo que sólo conseguía aumentar el número de las víctimas en los adeptos que por semejante sistema asumábanse a la causa.

Y reducido a estas funciones mecánicas lo que era más bien conflicto que el pensamiento y la justicia habían de resolver o sanos y elevados criterios entre los combatientes intervenir, nada lográbese con el procedimiento, sino mejor percibir el ritmo patibulario del garrote y de las bayonetas que nada solucionaban.

La piedad, esa piedad infinita que inspira el reo político de aquellas causas a las porciones civilizadas, a toda conciencia hourrada, a los que imparcialmente juzgan sin ofuscación alguna, habíase apoderado de la mayoría, porque es de tal naturaleza el grito, que es por lo único que verdaderamente se ennoblece el anticuado, ineficaz y muy gastado procedimiento.

Y así lo comprendían cabizbajos y desconcertados los muy ilustrados caballeros españoles que a nuestra casa concurrían, presintiendo la inminente pérdida de la causa, que casi palpaban y que por el triunfo abogaban, poniéndoseles en berlina, porque la verdad fué que los políticos de allá, no sabían lo cierto, lo real, lo que esto era—no lo sabían—porque de haberlo sabido no hubieran hecho lo que hicieron. La arrogancia

de pasadas glorias, nada suponía con la triste realidad de aquel presente.

¡Cuánto ciega en estas situaciones el sanguinario deseo que no siempre resulta táctica eficaz y concluyente! Es vanda tupidísima que tarde cae. El exterminio es muy humano, razón que se escucha hasta en el fondo de los desiertos, razón incontrastable, sí, pero que raras veces vence.

Corneille dice en una de sus tragedias: “L’injustice a la fin produit l’Independence.”

Y esta alusión cabe oportunamente aquí.

Es tan sutil el derecho de la razón, tan verdadero y supremo que son las lides del pensamiento discutidas y encaminadas lo que dará al hombre algún día sin igual derecho. En mi buen deseo, séame permitido aquí la consoladora utopía.

Y así las cosas, una vez, una infeliz anciana llamó a nuestra puerta. Su único hijo acababa de ser sorprendido con las armas en las manos en una población rural limítrofe a Matanzas, y de allá ella venía, pues de seguro que aquel mismo día se le señalaría consejo de guerra sumarísimo, como era costumbre, y la noble mujer imploraba por su hijo, enviada por un hombre que encontró en la estación del ferrocarril al llegar a la ciudad, y que le dijo: “Vaya allá, que esa señora se lo salvará.” La señora era mi madre.

Lloraba la vieja sin cesar; su aspecto interesaba grandemente, alta, corpulenta, con su sencillo traje campesino de escrupulosa limpieza. Inteligente, de hablar fácil, no engañaba ni se engañaba—decía la verdad—sólo imploraba.

Aquel ejemplo sano y sin tacha de la nobleza cubana rústica y sincera, hacía simpático y grandemente interesaba.

Mi madre la escuchó y la dijo:

—Espere, déjeme pensar, confíe en Dios.

—Y en usted, Lola; yo volveré mañana.

¿Qué hacer? Y vi inquietísima a mi madre durante todo el día y que, a veces, sus labios murmuraban una oración.

A la hora de costumbre empezaron a llegar los contertulios. Nada revelaba su exterior—¡tan natural aparecía! Era perfecto el dominio que sobre sí mismo sabía ejercer. Hasta que al fin apareció el comandante X con su esposa, una joven filipina de mi edad, interesantísima.

Mi madre levantóse con presteza y le llamó aparte. Hablaron largo, ella suplicaba, él cabizbajo escuchaba. Y hasta mí, que estaba en el secreto, llegó el único argumento que la pobre empleaba incesantemente para convencer, la de ser la primera vez... por más que ella creía decirlo en voz muy baja.

Al otro día supimos que el consejo de guerra tardaría algo en efectuarse, lo que aprovechó mi madre para enviar al preso un papelito con la palabra: *Esperanza*.

Activa y diligente aguardó a que pasara el negro mandadero que todas las tardes por nuestra calle cruzaba, conduciendo en una carretilla una especie de tubo de lata de grandes dimensiones, dividido interiormente en tres compartimentos, conteniendo uno, arroz blanco; otro, picadillo de carne, y el otro viandas salcochadas; pues apetitoso en extremo, asado y muy caliente en el triángulo resultaba. Las brazas descubriábase debajo...

Dicho individuo vendía en el Castillo a los presos políticos aquella comida y el pan que en un fardo llevaba. El negocio parecía producirle, diligente, discreto y servicial, mostrábase siempre complaciente.

Mi madre, decidida, le abordó, y previas las señas, alargó él un pan y dentro de la miga deslizó ella el papelito, esperando ansiosa la vuelta del negro que a su regreso, díjola al pasar: “Ya está.”

Por la noche seguía sin interrupción la reunión de los contertulios, el Comandante X con su esposa concurrían y de todo, menos de lo que era lo principal, se trataba.

Mi madre oraba y esperaba—ya dije que nunca conoció de la negativa y del desaire.

Hasta que a los pocos días de cruel incertidumbre, porque la anciana habíase vuelto a su hogar, descansando confiada en ella, apareció en nuestra casa por la tarde un sujeto desconocido. Acudí a recibirle, y vi a un hombre atlético, en plena juventud, con el traje usual de nuestros campesinos y anchísimo jipijapa—y que, no sé por qué, me recordaron sus facciones a la de la anciana que nos había visitado.

Me interrogó tímidamente, casi cerril, ansioso como estaba de ver a mi madre, en momentos que hacia nosotros venía pau-

sada y majestuosa—nunca la vi correr—aquella inalterable cadencia de sus pasos era su andar, andar de reina.

Entonces la señalé al desconocido, diciéndole: “Aquí está.”

El no se movió, esperó a tenerla cerca, y cayó de rodillas y le besó los pies sin decir palabra, levantándole ella prontamente.

Era el preso del Castillo, que de seguida ganó la puerta muy pálido y muy callado. Mi madre lloraba de emoción, murmurando estas palabras que, durante aquel período de desolación muy a menudo fervorosa repetía:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ilumina a España!...

Por la noche, a la hora de costumbre apareció el Comandante X y su esposa.

Mi madre efusivamente le estrechó ambas manos y con los ojos llenos de lágrimas, le dijo: “Gracias.”

El se inclinó silencioso y la charla inicióse agradable y cálida sobre cosas indiferentes entre ambos elementos de los contertulios, ¡siempre tan distanciados! Sin que nadie se percatara del suceso. Que tanto puede en secreto el sentir de rasgo tan desapercibido y grande.

Y no sólo del español lograba lo que se proponía, pues fué de ella el criollo muy devoto y de su belleza entusiasta y orgulloso y jamás en balde a él acudió—eran de casa—teniéndola consentida y muy mimada y sus importunidades y molestias disimulábanla—que hasta gracia les causaba. Porque en ella concurrían los defectos de sus cualidades, como dicen los franceses.

Y por este motivo recuerdo cuando la reconcentración—¡aquello fué horrible!—a la ola humana hambrienta y descalza, silenciosa, cubierta de harapos, vagando por las calles con sus enfermos, durmiendo a la intemperie, mendigando sin cesar—ellos, que en sus fincas y bohíos de nada carecían; y que, como medida de guerra para evitar pudieran ayudar y cobijar al insurrecto, ordenándose había el cruelísimo desalojo. Al principio iban en carretas con el ajuar de casa.

Creí, y no sin razón, que mi madre iba a perder el juicio en este período de su vida. Quería a todo atender, a tanto ayudar y el gigantesco esfuerzo de la infeliz se perdía como un grano de arena en el revuelto mar. Aquel olor de hidrohemia

aun lo siento. El olor, ese olor que a nada se parecía, y éste era el de la reconcentración—que el clima propagaba la enfermedad especialísima del cadáver que, hinchado como un sapo, las calles recorría.

Murió toda aquella legión de desgraciados sin protestar en los hospitales, en la vía pública, en los portales. A veces una vela en un tarro vacío de cerveza por alguien colocada, indicaba al transeunte que el envoltorio aquel era cadáver. Dícese alcanzó a cuatrocientos mil en toda la isla la cifra de defunciones por la reconcentración.

Como fatídico sueño, como angustiosa pesadilla huye mi memoria del asolador recuerdo. El español mataba al cubano, el cubano al español y el americano del Norte, el tercero en discordia a los combatientes y a los pacíficos, a todos nos mataba por razones de muy alto poder, cuales fueron la de querer ya la terminación de aquel bregar.

La isla entera estaba convertida en una inmensa ratonera—por todas partes se nos cazaba. Cada cual hacía valer un derecho que a toda costa había que, si no acatar, por lo menos de él entender.

¡Qué *quirigay* aquel! ¡No sé como todos no perdimos el juicio!... ¡Cuántos locos no hubo después? Desde entonces Mazorra no es un manicomio, no; por el número incomensurable, una ciudad de dementes más bien debía ser. Allí, niños en proporción alarmante, hombres y mujeres en la fuerza de la edad, ancianos decrepitos de ha veinte y cinco años.

Un día se llenó nuestra casa de una dilatada familia de reconcentrados—no querían pan, sino techo, y ella—mi madre—sabía de una aislada casita en las paralelas de un ferrocarril que por las afueras de la población cruzaba.

Su dueño, el señor Antonio Barnet, sobrino del ilustre químico, era un corazón muy grande y mi madre lo sabía, y sin conocerle le escribió, pidiéndole la casa para aquellos desheredados, y la respuesta fué: “La casa es suya.”

Y volvió a ocuparle en otra ocasión para el viaje de otros errantes que a muy lejos les urgía trasladarse, para no morir, y la respuesta fué del señor Barnet, que en una empresa ferrocarrilera estaba empleado: “Que vengan, que se los em-

barcaré; está usted servida." ¡Y así del noble matancero, y cuántos cual él, mi Matanzas adorada!

Los soldados españoles, de guarnición en la ciudad, comparían el rancho con aquellas caravanas que vagaban sin cesar a todas horas y que de noche por los portales y plazas públicas sumíanse como en un sopor, en un pesado letargo, que así dicen es la inanición. De una y otra parte innumerables rasgos humanitarios, insuficientes. ¡Oh, mi Dios!...

La necesidad aumentaba—la emigración era espantosa... nos quedábamos solos los imposibilitados de huir. El bloqueo se acercaba; los puertos fueron cerrándose, empezábase a carecer de todo—insostenible, la situación apremiaba y la munificencia divina acudió y tal lluvia de maíz tierno y de mangos envió a la ciudad en fabulosas cosechas (los campos estaban desiertos) que jamás se vió cosa igual ni parecida en la mayor prosperidad.

¡El milagro! Y milagro sin precedentes. A carretadas vendíase de ambos sazonados y alimenticios frutos de lozanía y sabor excepcionales, a ínfima cantidad—la plétora existía, sin saber cómo derramábase a manos llenas. ¡Oh! mi Virgen de la Caridad.

En nuestra casa ya habíamos apelado a la sopa de verdolagas, que hasta en las aceras de la calle crecía, afirmando y encareciendo mi madre su excelencia, cual si se tratara de exquisitos ravioli. Mi amada hechicera transformaba en el hogar por la inconstrastable fuerza de su amor, cuanto aparecer pudiera triste, enojoso y malo. Tuvo esa gran habilidad: la de saber dorar las situaciones.

Y suerte fué que no muriera entonces, de esos males morales a los cuales se rinde el mejor organismo. Perteneía ella a esa porción, que cree hallar para todo remedio en lucha elevada y noble con la adversidad, poniendo, desde luego, a contribución las bellas cualidades del alma. ¡Cuántos por eso sucumbieron!...

Era la idiosieracia del país especialísima y el extremo rigor dió al traste desde su descubrimiento con los nativos, que fueron pacíficos y sencillos y mal acostumbrados a la preparación de la vida y mimados por una naturaleza sonriente y un cielo siempre azul, que en el carácter poderosamente in-

fluían, produciendo cierto estado especial de ánimo, de confiada indiferencia, sin contar para nada con el personal esfuerzo.

Y de este pensar y como prueba de mi aserto, surgen ante mí la bondadosa figura del doctor Domingo Lorenzo Mádan—callado ante aquellos horrores, consolando siempre—multiplicándose por conservar y sanar organismos que el ajeno rigor destruía; edificando entre ruinas aquel espíritu progresista; queriendo evitar por la ciencia y el deber lo inevitable su corazón puro y sincero de benefactor desinteresado y noble. Templando las angustias, mimando al infortunio, laborando en el desastre—útil y sin igual su ejemplo.

Y no pudo con aquel destino superior a sus fuerzas y sucumbió en lo más espantoso de la cruel refriega. Dejó este mundo llevándose a la gloria la horrible visión de su triste despedida—¡mi ilustre y nunca bien llorado amigo!

En aquellos días en que estábamos solos, separados del resto del universo bordeado el litoral de los grandes cruceros yanquis, de las poderosas unidades, cruzó su entierro por nuestras calles. Aquella multitud famélica se disputaba el ataúd, que fué conducido desde el Liceo, convertido el salón en capilla ardiente—triste contraste de los pasados y alegres días—un ataúd que flotaba sobre las cabezas de innumerables seres, en masa compacta, sin orden ni concierto; flotaba el sarcófago que el oleaje humano conducía a la eternidad, donde todos sin excepción alguna, creíamos con él alcanzar.

Era un entierro en que, el acompañamiento esperaba tarde o temprano, igual suerte que el ilustre muerto. Parecía una procesión de insectos disputándose cosa de gran provecho.

¡Qué días fueron aquellos! De noche no había luz. El período lunar nos regocijaba—¡pero tan breve! En noches diáfanas era preciso el resplandor de las estrellas. Suplía la celestial grandeza. No había fluido alguno, y en esas oscuras y cerradas noches, como boca de lobo en la estación de las lluvias, alguno que otro farolillo de aceite o luz brillante oscilaba apenas en alguna ventana o en la mano del transeunte que por necesidad urgente de algún médico o cosa así, iba a la calle con la linterna.

Y música escuchábamos—ese elemento principalísimo e

inapreciable de las poblaciones tristes; pasaba entonces la alegre banda militar tocando algún precioso motivo—que entraba en la “orden del día” con música “levantar los ánimos!”...

Era buena la intención; pero inútil resultaba—tardó el remedio—el hambre era muy grande.

Y sin embargo: las retretas verificábanse con mayor frecuencia y desbordábase la Plaza de Armas de jóvenes de ambos sexos que patrullas de soldados custodiaban alrededor de la Plaza dando vueltas, pues en las ciudades temíase un asalto de los insurrectos.

A diario publicaban los periódicos las hazañas guerreras de los españoles en sus encuentros con los rebeldes que siempre pulverizaban. Las notas oficiales comunicaban los detalles y por parte de ellos no pocos triunfos y el exterminio, podía decirse, del enemigo por las innumerables bajas que en la refriega les causaban; concluyendo invariablemente el escrito con estas palabras: “Por nuestra parte sin novedad.”

Y tanto abusaron ellos del tema y de la frase, que dió motivo a una muy maligna interpretación y por lo mismo a un precioso dancón que titularon: “Por nuestra parte sin novedad.”

Estos hijos de españoles, como sus padres no temían y frente al problema aquel que era de muerte, no perdían el buen humor, y hasta ánimo había para danzar y bromear—que así es el cubano. Y por eso Plácido acertaría cuando dijo: “A los eriollos los crían como niños y los educan como a las mujeres; pero saben morir como los hombres.”

¡Que si saben morir como los hombres!... Incontables, como las estrellas del cielo, los innumerables hechos—que en valor y en heroicidad no hubo medida. Sencillos y hasta inadvertidos esos rasgos brotaban espontáneamente como las incontables flores que a los campos embellecen; y que de ser conocidas esas proezas ellas de por sí harían la apología del valiente, alcanzando por propio derecho los lauros de la inmortalidad.

Y por ello siempre recuerdo al joven Luis José Hernández y Otero—de antigua familia matancera—que cual José Guiterras—fracasada, como fué, la expedición donde venían cuando la primera guerra ambos condiscípulos, abandonados quedaron en un cayo.

El sol de fuego, las torrenciales lluvias, los miasmas, los mosquitos; el reverberar de la fuerte luz, como la candente evaporización de terrenos pantanosos—sin cobija alguna—desnudos de toda providencia—recibiendo los indefensos cuerpos los azotes de aquel infierno... hasta que tuvo *la suerte* José de caer en poder de las tropas del gobierno y de ser pasado por las armas en Puerto Príncipe, como ya manifesté.

Pero el otro—¡oh! mi Dios, al otro aguardábale mayor suplicio. Entusiasta y confiado, de sus cartas, que he leído, brotaba el patriotismo puro y neto, sin dudar del éxito, como se aprecian las dificultades de la vida en el sentir y soñar de los primeros años.

Y todo quedó reducido a un lecho de agonía en blanduras cenagosas, y al grito formidable, imperioso, en sana juventud, de “¡qué hambre tengo!”, que resonaba del errante en la soledad de aquel santuario de Cayo Romano, y que, consignado quedó por la propia mano del desdichado, en la escarpada roca y en las hojas de los árboles, hasta que fué el atroz suplicio lentamente así acercando al misericordioso y compasivo ángel de la muerte, que tomándole en sus brazos, a los cielos ascendió con él.

También hay otro más de los muchos que quedan—¡porque son tantos! He de referirme a un distinguido joven—soldado y poeta—a Carlos Alberto Boissier, que, de naturaleza endeble al empezar la segunda contienda, en el campo insurrecto de fiebres murió, malográndose no tan sólo un combatiente, sino una elevada inteligencia, como se verá en esta composición del delicado bardo que allá en Tampa, aguardando el momento del embarque, para ocupar su puesto en las filas de la patria—que “solo y vacío estaba”—así se expresa al calor de dulce ilusión.

Tras la bandera.

¡Tengo un pie en el sepulcro! ¡Esa es la vida!
 ¡El deber que me arrastra a otras regiones
 Hundé en el caos mi ilusión querida,
 Y en el último adiós de mi partida
 Te envió mi esperanza hecha girones!

Quizás aceche junto a mí la muerte,
Quizás clave sus garras en mi pecho;
Y al pensar que, tal vez, no vuelva a verte,
Mi pobre corazón, pedazos hecho,
En mis estrofas su amargura vierte.

Mis ojos, que te buscan, al no hallarte
Lágrimas de dolor vierten amargas;
Y al no poder de mi cariño hablarte,
Recuerdo nuestras cortas noches de Arte...
Las que vienen serán frías y largas!

¡Ya no me arrullará tu dulce piano,
Ni oiré las melancólicas canciones
Que entonabas, con éxtasis pagano,
Mientras el marfil tu blanca mano
Era un ave besando a sus pichones!

¡Ya no veré tus lánguida sonrisa
Que la sombra en mi mente disipaba,
Ni aspiraré en las ondas de la brisa
Tu perfume de amor, que me embriagaba;
Ni escucharé la gama de tu risa!

¡Ya en la sala en que hermosa aparecías
Descorriendo el lujoso cortinaje,
No te veré, como en felices días,
Ni seguirán las ilusiones mías
“Tras el *fru-fru* de tu sedoso traje!”

¡Ya en el asiento del ligero coche,
En tus tardes azules y serenas,
No esperaremos junto a la noche,
Haciendo, silenciosos, un derroche
De ilusiones de amor, castas y buenas!

¡Tengo un pie en el sepulcro! ¡Esa es la vida!
¡El deber que me arrastra a otras regiones
Hunde en el caos mi ilusión querida,
Y en el último adiós de mi partida
Te envió mi esperanza hecha girones!

¡Mis amados, cultos y heroicos matanceros!...

Y volviendo al abandonado tema, ¡cuánto no hubo en esos días de la guerra en las informaciones periódicas de la prensa! Nada puede cambiar la idiosincracia del individuo y por lo tanto el espíritu de un país como es el mío. Y hasta a las noticias que el “Herald” y otros periódicos americanos publicaban de muy buena fuente y de la mejor buena fe—bien informados como parecían estar del campo insurrecto—alcanzó la broma; como aquella de la cual se hizo eco un respetable y muy serio diario neoyorquino, donde en una de sus columnas se leyó con general asombro de que, en un combate “los españoles habían dado muerte al General Bilongo y que cerca de él se encontró el cadáver de Mercé”.

La plaza de Matanzas—la militar—no podía responder a la menor agresión. Ya dije que España había dormido demasiado sobre sus laureles, y por lo mismo, desprevenida estaba. Su castillo de San Severino, sólo era una venerable reliquia. Sus cañones antiquísimos, algunos tenían de relieve el nombre de Isabel de Farnesio, y por ahí se podía juzgar, dado el vertiginoso adelanto de la moderna artillería—todo allí era vetusto y arqueológico. No oyendo yo, por dicha causa, en esta mi juventud, las descargas que a mi niñez intimidaron, pues poco a poco, por deficiencias fueron suprimiéndose las salvas de ordenanza en los natalicios de los reyes, fallecimientos, etc., etc., o cuando por algún acontecimiento o a su entrada, hacían el saludo a la plaza barcos extranjeros—que muy pocas veces eran correspondidos, porque ¡cuántas costó la vida al artillero la explosión del cañón, casi siempre reforzados por tacos de yerba! Esto es rigurosamente histórico.

Si hubo, a última hora, cuando esta segunda guerra, toda clase de artillería y otros mil adelantos—tarde ya. Cañones por todas partes: en las calles—en los edificios públicos, alineados como los vi en el litoral entre sacos de arena hubieran defendido en un momento dado la entrada del puerto; pero imposible repeler otra clase de agresión de más lejos, porque fuera del alcance de esos tiros se situaron las unidades americanas que todo lo abarcaban.

Así fué que el día del célebre bombardeo, aquel bombardeo inexplicable por no estar previsto ni menos ordenado y por lo

mismo innecesario en la sana misión que los cruceros de los Estados Unidos desempeñaban de las costas guardar y no dejar pasar barco alguno y por lo tanto matarnos de hambre; supúsose entonces y no sin razón, sería una experiencia de tiro o de esas bromas o expansiones que impunemente pueden gastar los poderosos.

Era el 23 de abril de 1898. La emoción fué terrible para los habitantes de Matanzas que, acostumbrados tan sólo a la bendita calma de sus serenos paisajes—en eterna indiferencia nunca temían—y por eso tal vez las azoteas de las casas se llenaron de curiosos para *ver lo que pasaba*.

El despertar a la realidad fué horrible. Con la impresión del momento escribí entonces una carta a una prima mía que residía en la Habana—inapreciable ahora su contenido y que debido a la casualidad o por esas circunstancias providenciales que envuelven a los acontecimientos, he podido recuperar para aquí transcribirla. Dice así:

“Matanzas, mayo 10. de 1898.—Mi queridísima A...: Acabo de recibir tu carta que contesto acto continuo porque tendrán ustedes curiosidad por saber cómo nos fué en lo ocurrido el otro día. El lento martirio a que nos vemos reducidos, lo agrava más la impresión de estos sustazos.—Imagínate que a la una, estando M. A. y yo en el gabinete arreglando la canastilla del bebé (esto fué el jueves después de almuerzo) oímos como dos truenos lejanos; el día estaba hermosísimo, y no queriendo yo asustarla a ella por su interesante estado, me fuí a la sala preocupada por aquel ruido, cuando más muerta que viva oí el mismo *trueno* ya más cerca y así sucesivamente. La alarma fué espantosa, las cornetas llamaban sin parar, las campanas tocaban a arrebato, los cañonazos formidables de las baterías y los de los barcos americanos se unían en un ruido único que no te podré describir. No sabes en esos momentos qué hacer ni cómo huir, porque el peligro te viene de arriba. Las balas de los cañones americanos silbaban en el aire sobre nuestras cabezas y al describir la onda sonora se oye como el *chui, chui* de una enorme lechuza que pasara sobre el tejado de las casas. Agrega a esto la confusión en las calles, los coches y carretones corriendo, el estruendo de la artillería rodada y de montaña que nos pasa por nuestras ventanas, y el

aire especial de esos soldados que van a la muerte riendo y que tienen aun espíritu en esos momentos para mirar a las mujeres y decirles una flor... todo tan nuevo, tan único, tan raro, que no se concibe un desconcierto igual en minutos que tal vez sean para todos supremos. He vivido un siglo en estos días. Nuestra situación es tristísima. El sueldo de mi hermano sigue la suerte del país, fluctuando en que se cobrará o no. Hemos comprado por precaución galletas, carbón y laticas de leche aereada—nada más—y con esto esperamos ese sitio que nos anuncian y que vemos como un fantasma de muerte, porque carecemos en absoluto de todo recurso monetario. Mamá muy impresionada: completamente rendidos estamos todos, y yo... yo fío en Dios, porque sólo El en su infinita misericordia podrá librarme del hambre y del horror de una guerra que tú verás que al estallar será formidable.—Se oirían ese día más de cincuenta cañonazos y algunas granadas al caer en la bahía levantaban un surtidor de agua como el de las ballenas. La población es un campamento, no se ven nada más que soldados; la aduana, el teatro, el palacio, todo está convertido en cuartel: ya te conozco todos los toques de diana, silencio, retirada... y en la orilla del mar están las trincheras. En fin, no olvidaré en mi vida estos días. He adelgazado una arroba.—No les escribí inmediatamente para calmar la ansiedad de ustedes porque no podía. Ya todos tenemos hecho un lío de ropa, cada uno el suyo y además, yo, un paquete con papeles y el retrato de papá por si tenemos que huir. ¡Que nunca suceda! La bala que cayó en Pueblo Nuevo se extrajo y la exhiben en la casa de comercio de Bea; pienso ir a verla. Del bombardeo sólo resultó una mula muerta.”

Aquello fué y sigue siendo un misterio incomprensible. ¿De qué se trataba? Nunca se supo.

Y ya en el terreno de las bromas—¡si fué broma!—y burla burlando, y a pesar de la especial misión y de la estrecha vigilancia de los puertos, como de la infalible ciencia, que de los cruceros yanquis suponíase, arribó al de Cienfuegos el Montserrat, mandado por el intrépido Capitán Deschamps.

Cargado de víveres que repartiéronse por toda la isla llegó milagrosamente en pleno bloqueo el barco de su mando.

Escurrióse el buque fantasma en la infranqueable línea que a los puertos y a la isla cercaban.

Y si de burlas se trataba, esta fué una mala pasada. ¡Oh! Virgen de la Caridad.

Y vino alpiste con los víveres.

Los pajarillos morían en las jaulas—que muy al alma tocábame el rigor de semejante desventura. Y el gato doméstico había que resguardársele, porque eran vivamente solicitados para hacer de algún caldo la substancia...

¡Mis caros amores! de esos días!...

Mangos y maíz, dije antes, produciendo el abuso de esto último, por el calor, molesta excitación a la piel y por lo tanto infernal rasquera.

Estaba yo entonces en la plenitud de la vida, y cómo acallar el hambre, que a esa edad y a toda costa hay que disimular por la negra honrilla.

Mas llegó la ilusión a proveer... ¡bendita juventud con sus proezas!

Quedaba yo sola en mi casa con la criada; mi madre íbase desde temprano a asistir a sus enfermos, mi tío el granadino y mi pobre abuela Joaquina, que al final de sus días alcanzó a ver estos horrores—la mal acostumbrada criolla, hija de la riqueza y la abundancia y del despilfarro de su tierra.

Le deseaba un buen día a mi madre en el sentido de los alimentos, y bien recuerdo mi incertidumbre al disponer de los míos, porque era alguna durísima galleta que de cemento, y no de harina parecía, y que compraba a algún soldado, o algún pan *de munición*, que sólo el nombre indicaba su excelencia.

La galleta o el pan habían de ablandarse y luego *pasar* por la parrilla.

Frecuentaba nuestra casa desde hacía tiempo un amigo respetuoso, que bien nos apreciaba. Joven, aunque de más edad que yo, un día me sorprendió en la faena de ablandar la enorme y gruesa galleta, que parecía una piedra, sin poderlo conseguir, a pesar del prolongado remojo de unas horas a que estuvo sometido el comestible.

Resignada desistí de comer, y no olvidaré la angustia y desazón de aquel hombre, cubano y generoso, y que bien solu-

cionó el conflicto, pues desde el siguiente día todas las tardes me llevaba un plato de exquisita comida muy caliente—y a veces hasta codornices, que no sé donde las había—de alguno que iría de caza, tal vez, porque la caza estaba prohibida—ya que en su hogar habían hecho provisión oportuna de comestibles e ingredientes, que por todo el oro del mundo no conseguíanse.

Apenada, cuánto trabajo me costó aceptar su sacrificio, porque bien a las claras se veía que su ración me daba y yo me la engullía, no sin antes compartir con la criada—adelgazando rápidamente el infeliz... Aquel su mirar, lleno de satisfacción, su sincera y profunda complacencia y su alegría—¡cuánta, cuánta alegría, al verme saborear los manjares que a manos llenas reparte el aquí nacido!...

Y el trance no era para el permitir de estas larguezas; mas a los corazones ricos todo les sobra.

¡Y el pueblo! ¡Qué diré del pueblo! De ese pueblo surge antes del bloqueo una figura varonil y radiante de mi juventud. Nuestro pescador, el hombre a quien acostumbrábamos a comprar el pescado. Un tipo original. Descalzo, la camisa abierta, siempre así, despechugado, las mangas enrolladas hacia el codo, viril, barbudo, despeinado, fornido, arrogante. Rueda se llamaba: llevaba en una su canasta la riquísima especialidad de mariscos que a Matanzas hace honor, pregonándolos por la calle con estentórea voz.

Hijo nuestro protagonista de otro pescador que llegó a ser hombre adinerado, quiso el padre hacer de él un caballero, y a Madrid le envió desde pequeño, cursando allí hasta el tercer año de Derecho que, decepcionando el joven paternas aspiraciones y dando al traste con los ahorros, regresó, y a la canasta tornó como su padre, siéndole ya imposible borrar de su persona, cuanto con el viaje y estudios habíase logrado.

Por lo que nuestro hombre quedaba entre dos aguas—extraña e infalible mezcla que a la vista saltaba.

Galante en extremo, ofrecíame por casi nada, para poder tener ocasión de ser solicitado, cuánto en el canasto llevaba y las {más de las veces sin retribución alguna dejábame lo mejor, diciéndome decidido y concluyente, volviéndome las espal-

das, cuando con calor yo protestaba sin querer aceptar: "El mar es tuyo, vida mía."

¡Cómo clvidar a estos dadivosos de mi juventud que hasta el mar regalábame, y como ellos, tantos!... Era inagotable el individual tesoro. ¡Oh! mi país generoso y noble y desprendido cual ninguno.

En cambio, bien recuerdo que, cuando el bloqueo, el que la comida escondía para que le alcanzara, era mirado con singular desprecio. A toda costa había que compartir. El que no era generoso, tenía que serlo—a la fuerza ahorcan—, quedándole a los egoístas insoportable fama por más que de ello inútilmente entonces quisieran sanar, como sucede de las enfermedades crónicas...

Y por eso el clima los castigaba. ¡Ah! Virgen de la Caridad, que es tierra donde Ella mora, pues el clima no permite el prosperar de esas virtudes. ¡Cuánto comestible escondido vi yo con extrañas vegetaciones! ¡Y cuánta escobilla frotada trasquilando!

Y no faltaron ridiculeces, como la de aquella buena mujer a quien obsequiaron con una arroba de boniatos y que, desconfiada de guardarlos en su casa los llevaba consigo en abultado polisón, debajo de la falda cuando iba a sus diligencias; y decían, no puedo asegurarlo, que de paseo también llevaba a los boniatos.

De qué intenso colorido fueron estos episodios de los posteriores días de la vida colonial, que a vuela pluma voy enumerando y no sin algún desconcierto.

Cuando en plena paz el bandolerismo azotaba a la isla de Cuba—esa fué otra buena. Haría como diez años de la primera guerra: el Gobernador Civil de la ciudad visitaba nuestra casa. Era él un perfecto caballero, liberal, anciano respetable, de muy buena figura y marcial continente. Personificaba aquel navarro con su franqueza habitual la mayor sinceridad sin apartarse un momento de la más exquisita corrección y del mayor desinterés. En su probidad ni aun coche gastaba, suprimiéndolo como cosa inútil y engorrosa de su destino. Coche ni paraguas.

Las noches de calor iba por las calles, descubierto, con el sombrero en la mano.

Rodeábase de gente moza, ansiaba la sociedad de las familias del país, granjeándose por esto las mayores simpatías, haciendo incontables favores, como las de proporcionar empleo en sus oficinas de Gobierno a los de la localidad, prefiriéndolos a otros, pues ya sabemos ser esta cosa peliaguda y difícil y motivo de eterno desconcierto en todas partes—y más en la isla de Cuba, que esto fué causa del mayor resentimiento. Este gobernante es el de la máscara de mi cuento en el capítulo anterior.

Era árbitro en amores y elemento propicio para acercar voluntades: con las niñas muy galante y así estimuladas por trato tan paternal, lograba ser nuestro confidente y todas le queríamos bien.

Recuerdo una vez que a la vuelta de un vals en una reunión a que asistí, quedó desprendido el volante de la cola de mi vestido—aquellas monísimas colas no muy largas, graciosas, femeninas, elegantísimas—que algo nos hacía parecer a las palomas.

Me detuve, y al tratar de buscar de momento un alfiler para prender el volante, con la mayor calma quitóse nuestro biografiado uno muy valioso de una sola y magnífica perla de sombrío oriente, casi negra, que en la corbata llevaba, como era la moda entonces, ofreciéndomelo silenciosamente. Yo protesté y no tuve más remedio que obedecer, pues su actitud no daba lugar a otra cosa, sino la de su voluntad acatar.

Al día siguiente le devolví la joya que nunca quiso aceptar.

Cumplido en demasía y de lleno en nuestro mundo, no comprendía la enemistad que inspiraba cierto joven que tuvo la desgracia de no saber conquistarse las simpatías del bullicioso enjambre, diciéndole una noche en alta voz y en plena visita con acento imperativo y varonil, peculiar al habla española:

—¡Amigo, que le pasa a usted que ninguna chica le puede ver?—y agregó sentenciosamente: Hágase querer de las mujeres.

Pues bien: este gobernante civil de la mía ínsula que así describo, pasó en el período de su mando por el mal rato que tuvieron que dar garrote a varios bandidos que a su provincia asolaban y que, ya en capilla, pidieron hablar con él.

Accedió, y a prima noche largo tiempo pasó con ellos en interesante conversación, rebosante de sinceridad, porque frente a la muerte ya, aquellos desgraciados la consideraban como el último azar de sus desdichadas vidas, y decían la verdad; llegando por eso, nuestro contertulio a nuestra casa, más tarde que de costumbre.

Le abordamos curiosas haciéndole mil preguntas, dejándonos impresionadas cuando, aun muy conmovido y con su habitual franqueza, nos dijo:

—Me han dicho verdades como puños.

Nunca olvidaré su emoción y profunda tristeza.

Muy apiadada y curiosa traté de indagar lo que habíanle dicho. Nada pude conseguir del discreto gobernante, sólo sí vi, que hondamente preocupado y como hablando consigo mismo, así decía:

—Estos bandidos que van a ejecutar mañana fueron hombres honrados. Ellos me han dicho: “Señor Gobernador, cree usted que con el escaso jornal que en la zafra pagaban en los ingenios a los braceros podíamos trabajando sin cesar, sostener a nuestras familias, cuando allí dejábamos cuanto ganábamos, pagando un precio exorbitante por los comestibles que nos vendía el comerciante que a poco tiempo salía enriquecido de aquella tienda de campo? Allí teníamos que morir colonos y trabajadores, por ser el establecimiento el único de aquellos contornos, y a la hora de liquidar, no había remedio, regresando a nuestras casas con nada o casi nada. Para nosotros nunca había ventaja por la inicua explotación que de nuestros brazos se hacía, y la necesidad nos hizo desertar, y empezamos a robar para poder vivir y a defendernos del inicuo y cruel *componte*, por lo que huíamos, huíamos acosados por todas partes.”

En principio vinieron a sustituir estos hombres a los antiguos esclavos, muy reciente aun la emancipación de los negros.

Y quizás si le confiaran los bandidos al Gobernador, que parte de aquel dinero de los secuestros, iba a engrosar al que incesantemente se mandaba y atesoraba lejos, para comprar armas con destino a la nueva insurrección. Quizás.

Porque a este gobernante le constaba la especial misión del célebre Manuel García, y en este sentido de otros y de ello,

una sola vez habló impelido por las circunstancias, enterado de las ceremonias en el campo, de los juramentos, de sus especiales manejos, encaminadas, como único fin, a la conquista de la libertad de Cuba.

Y hablo así, porque una íntima amiga mía, ignorando lo del bandidaje, de la mejor buena fe hallábase mezclada en algo de esto, y en las declaraciones secretas aparecía siempre ella, al lado del Cristo en lo más intrincado del monte cuidando de la luz de los cirios en el altar donde habíase de hacer el juramento!

Diciéndole el gobernante, de ello enterado y como en broma:

—Todas, todas sois insurrectas.

Y esta amiga mía llevaba amores con un acaudalado comerciante español, con quien después casó, siendo muy feliz, y que de seguro sonreirá al leer estas líneas.

Porque, por esa ley de los contrastes o por inherente espíritu guerrero, desfacedor de entuertos, al español atraíanle mucho esta clase de mujeres. Aun el más feroz iba de lleno y *por lo mismo* al hato de mambises, sin deparar por eso de ser español.

Y cuando a mi amiga le hacía ver yo todo esto, sonreíase.

—Y qué—me decía—, se puede querer a un español, sin dejar por eso de desear la libertad de Cuba.

Y a este respecto, recuerdo muy bien y ya lo manifesté, que las más exaltadas de mi niñez y juventud, casi todas casaron con españoles. Y buena prueba fué cuando la primera guerra, que en la manigua uniéronse muchas de aquellas bellísimas mujeres, inspirando verdadera exaltación amorosa a jefes y oficiales que errantes las encontraban, por no poder llegar, extraviadas como estaban, al rancho insurrecto.

De una camagüeyana supe, de familia principalísima, que, agazapada en un rincón de estrecho desfiladero, casi desnuda y mal cubierta por el espeso manto de su negra cabellera que toda la envolvía, fué sorprendida por la columna que por allí cruzaba, y tal era el encanto y hechizo que de su persona desprendíase, que inspiró la compasión de todos, mereciendo del jefe de la columna el traje de un soldado para cubrirla, y

luego tal sentimiento de exaltado amor, que a ella se unió en lazo matrimonial poco después.

¡Qué intrincado laberinto el de la gloriosa historia!

Aun en la misma guerra fueron incontables los rasgos de generosidad y nobleza entre los combatientes.

Nos contaba mi tío político el granadino, hombre muy ilustrado y veraz, que siendo el médico militar de una columna cuando la primera contienda, una noche en quietud el campamento español, divisaron las avanzadas a un jinete que, con bandera blanca pedía parlamento, concediéndoselo el jefe de la dicha columna.

Traía una carta de un conocido cabecilla, jefe insurrecto, rogándole le enviara un médico, pues su hermana en un rancho próximo se hallaba en los peligros de la maternidad, y quizás si sucumbiría por el continuo padecer de algunos días.

Y por el jefe fué comisionado nuestro médico, montando grupas con el jinete, llevando consigo lo que juzgó necesario y pudo encontrar, incompatible con la guerra esta clase de funciones.

Llegó, y en efecto; inspiraba la mayor compasión una linda joven que se moría por falta de recursos adecuados. Laborioso en extremo el alumbramiento, al fin, ayudada del médico, dió a luz un niño y como era de familia muy devota, se clamó por el sacerdote.

Y vino el del regimiento y la bautizó, siendo el padrino nuestro médico. A los pocos días ambas columnas en un encuentro se tiraban a degüello.

Que así fué nuestra guerra. Y como contraste, y en diverso sentido, he de traer a cuenta oportuno, la siguiente relación que debo a un peninsular culto y discreto amigo mío.

Encontrábase él en su finca donde acampaba una columna insurrecta cuando la segunda guerra. Un apuesto teniente, mozo arrogante, departía entusiasmado sobre los azares de la campaña; y al enterarse mi amigo de su nombre, que era el de un jefe voluntario de los más encarnizados, hubo de sorprenderse, y contestóle el joven:

—Es mi padre.

—¿Y no teme usted que agregado como va a esa columna militar que por aquí opera, pueda usted matarle?

—Nos mataremos—díjole con firmeza, porque con su feroz intransigencia me ha enseñado a odiar a España.—En mi casa jamás hubo paz ni las naturales expansiones que concede el derecho de gentes. Mi madre, que es del país, y nosotros por la menor alusión que sobre Cuba hiciéramos en nuestras conversaciones, éramos vejados, llegándose a abofetearnos. La obsesión de su españolismo nos hizo la vida insoportable y el sentimiento patrio así exaltado, fué en nosotros, lo que en él, y por nuestra patria, que es Cuba, moriremos todos sus hijos. Así no se veja lo más caro que el hombre guarda.

Calló el joven, y el español que esto escuchó, me decía:

—Desde entonces que oí estas y otras muchas parecidas razones, híceme con la mayor lealtad, sin dejar de ser español, partidario del cubano. Que no sabrán nunca los voluntarios el mal que a la nación causaron.

Y en este sentir de las situaciones extremas por la feroz intransigencia y del odio casi africano, no sólo consigno lo narrado, sino el siguiente hecho que doy a conocer sin comentarios.

Aun me parece que presencio lo que voy a contar. A los pocos años de la independencia de Cuba, una vez por una lección de música mal comprendida y peor interpretada al piano, una dama a un niño reprendía.

Inteligente el pequeño artista, y mucho que lo era, de momento no acertaba, y el bien intencionado esfuerzo vano parecía. Ella insistía: Nada: la nota salvadora no llegaba. Que sobradamente conocida es la exasperación que a veces produce al maestro—aun los más célebres músicos—el transmitir de los rudimentos.

La preceptora díjole entonces ¡necio, sordo y cuanto más! Ni por esas: el niño paciente soportaba cada vez más ofuscado.

Hasta que ella, sin tener qué más decirle, díjole:

—¡Weyler!...

El hasta entonces sufrido muchacho, se irguió altanero, y rojo de indignación, apretando los puños, la amenazó iracundo con este grito que desde el fondo del alma rugió el cubano:

—¡No me digas, por Dios, esa palabra!...

En cambio, de Martínez Campos, ya dije, fué inmenso el prestigio que dejó sentado como Pacificador desde la primera

guerra; y por eso, cuando al volver 'en la segunda situación se dijo "que traía la autonomía"' hasta los ideales separatistas se tambalearon, haciendo ineficaz el Gobierno este poderoso ascendiente en el momento decisivo, que de haberse sabido aprovechar, otra hubiera sido la contienda.

Igual oportunidad se perdió también al organizarse el Partido Reformista, pues españoles y cubanos uniéronse en una sola aspiración. Los peninsulares, porque se daban cuenta de la necesidad de las Reformas; y los cubanos, porque las venían pidiendo con el Partido Autonomista, y aun de tiempo más remoto: desde 1837.

El entusiasmo por las reformas de Maura alcanzó a un extremo y otro de la isla; y tanto, que dicen que Martí afirmaba con la mayor seguridad: "Cuento con que el Gobierno no las conceda para poder triunfar." Y así fué.

En aquellos días, cuando la última guerra, oí de una anécdota que justifica lo expresado. Hablaba de sobremesa un jefe español del ejército en operaciones, y pesaroso decía a los que le escuchaban: "Si hubieran sabido aprovecharse del entusiasmo unánime despertado por las reformas, no hubiéramos llegado a la situación en que estamos."

Era especialísima la atmósfera de aquellas postrimerías. Quedábamos en las ciudades contadas familias conocidas, y el lograr pasar desapercibido en aquella tirantez era un triunfo y no poca suerte.

Recuerdo que cierta tarde venía la procesión de la Virgen del Carmen. Al divisar desde mi ventana a la imagen algo lejos, sentí vehementes deseos de reverenciarla y de ir a la Plaza de Armas, que era por donde la procesión pasaba. Las calles que allí desembocaban estaban llenas de público lo mismo que el borde de la plaza, quedando ésta desierta por dicha causa; y al penetrar en ella para orientarme, al otro extremo divisó al Comandante X, al cual estábamos tan obligadas, y, como yo, dispuesto al mismo camino y por lo tanto inevitable el encuentro.

Venía él de uniforme y su elevada estatura destacaba. Lo que por mí pasó en aquellos momentos es inenarrable. Mil sentimientos contrarios me ofuscaron. En la época colonial la presencia de la mujer en la calle, no estaba aún tolerada con

esa especie de familiaridad que hoy y hacíase blanco de las miradas, despertando, si no extrañeza, curiosidad, y aun la más osada por este motivo sentíase tímida y por la calle iba turbada.

Y todo esto y más pensé si el militar se me acercaba; y rápida como el pensamiento aceleré el paso, porque bien presentíase que la situación política era decisiva; y después de un cordial saludo que de lejos cambiamos, fuime por rumbo opuesto, ¡alejándome muy oprimida de la Virgen del Carmen!...

Por la noche, en la tertulia, me dijo el Comandante:

—Hubiera jurado que me huía usted esta tarde.

—¡Huirle? ¡Por qué?—reliqué dulcemente.

Y moviendo la cabeza, en alta voz arguyó el inteligentísimo caballero con profunda amargura, sin agregar palabra:

—¡Qué guerra tan triste esta!

Creo asegurar sin equivocarme que, cuando las situaciones se desenvuelven en un ambiente refinado, sincero, culto, elevado y cristiano, es un verdadero suplicio el afrontarlos. ¡Oh! ¡El no querer ofender lo que a veces cuesta!....

Haría interminable la relación de este capítulo con las diversas interpretaciones a que se presta la complicada narración, dolorosísima y delicada en verdad la triste historia—que no puedo yo con tanto, vengo repitiendo, y ello atañe a cabezas mejor organizadas que la mía.

Escondida siempre en el bellissimo rincón donde cúpome la suerte de ver la luz primera y con el derecho de pensar que Dios a nadie niega, sólo relato hechos salteados que de por sí hablan mejor de lo que yo podría.

¡Cuánto envidié en aquellos tiempos a los que, sin escrúpulo alguno acababan presto y bien con tales incertezas e incertidumbres! Pero yo ¡yo! era imposible. Era otra cosa.

Mi pobre credo autonomista corrió la suerte del brillantísimo partido. Desaparecimos de la escena por escotillón, deslucidos, absorbidos, sin ni siquiera ser notados.

Y sobre todas las cosas y antes que nada, con el poeta mancebro entonces pensé, pienso y pensaré:

¡Hijo de Cuba soy! A ella me liga
mi destino potente, incontrastable...

¡Con ella voy! Forzoso es que la siga
por una senda horrible o agradable.

Con ella voy sin rémora ni traba,
ya muerda el yugo o lo venganza vibre.
¡Con ella iré mientras la lloré esclava!
¡Con ella iré cuando la cante libre!

.....

.....

Era a fines de mayo de 1898. El bloqueo estaba en todo su doloroso esplendor. Mi tío el granadino agonizaba. En su habitación le rodeábamos todos: postrado en el lecho no tardaría el triste desenlace.

El aguileño perfil sobresalía, de la almohada y en ella pesaba el amarilloso cráneo casi ya sin vida, porque solo hacia las sienas dibujábase imperceptible línea de cabellos cortos y canos. El color cetrino habíase vuelto terroso, como si la piel empezara a convertirse en polvo. Los brazos extendíanse sobre las sábanas. Los ojos vagaban por el espacio buscando donde descansar la mirada; la acentuada perilla y el fino y retorcido bigote que había sido, muchos le hacían semejar a tantos retratos de personajes de golilla, jubón y calzas que, de la historia de España había yo contemplado.

Hombre de carrera como era, de vasta cultura y maneras exquisitas, de hidalgos antecedentes, bien se advertía en él al caballero intachable en todos los actos de la vida.

Ya dije que, militar y médico, hizo la campaña de Marruecos y asistió a la toma de Tetuán, logrando en el asedio de la plaza tal escorbuto, que, de allí adquirió la implacable enfermedad que le fué minando y dió al traste con su salud, ulcerado como quedó interiormente su organismo.

De esta campaña hubo de pasar después a la de Cuba, arrastrando las mil penalidades de la primera insurrección. Y una vez que formó parte de mi familia por su matrimonio, aquí residió para siempre ya, disfrutando de un bien ganado y mal retribuido retiro que en la más elevada graduación de su carrera y por méritos de guerra podía alcanzarse.

Se le consideraba además el más antiguo de los médicos del ejército español. Nacido en 1833, ingresó muy joven en la carrera militar. Y si hubiera continuado en servicio activo en el grado de coronel que entonces disfrutaba, hubiera llegado al

retirarse relativamente joven aun a la más alta categoría, por lo que sus compañeros de armas, que tanto le consideraban, no aprobaron su resolución.

En su sencillo hogar, lleno el patio de flores, de jaulas y de higueras, disfrutaba él de un quietismo genuinamente granadino y érame muy grato oírle su eterno canto de admiración y amor a la Alhambra, a la Vega y a los tiestos de albahacas y claveles.

Apasionado de la música fué un dilettante.

Hablaba mi tío en esos momentos con voz sepulcral y atentos los que le rodeábamos alrededor del lecho, el menor movimiento espiábamos.

—La escuadra española está ya lista—decía.—Tiene orden de zarpar, sale de Cabo Verde, viene a Cuba y de aquí a los Estados Unidos; entra en la bahía de Nueva York bombardeando, desembarca la infantería de marina, llega a Washington, prende a Mac Kinley...

—Está delirando—dije yo compadecida, y muy bajito.

—No, no delira—alguien interrumpió—, él cree lo que está diciendo porque esa es España.

Hundíase cada vez más con su heroico sueño el hidalgo caballero en los arcanos de lo futuro, como en el ropaje del lecho lentamente desaparecía hacia la eternidad.

1921-1924.

FIN

INDICE

XI.— <i>La belleza.—Homenajes y locuras.—Don José.—Rapto violento</i>	1
XVII.— <i>El entierro de José Jacinto Milanés y otras noticias de su vida</i>	15
XIII.— <i>Abel Rubén.—Las tertulias.—Otra vez Benjamín Vallín</i>	50
XIV.— <i>Los estudiantes de 1871.—Cuba y España.—Anécdotas y reflexiones</i>	73
XV.— <i>Explosión de una retorta.—El Príncipe Alejo.</i>	111
XVI.— <i>Invierno.—Misas de aguinaldo.—Noche buena y noche triste.—Día de Reyes.—Los carnavales.—Estos monos son de ley...—Los negros curros y los negros catedráticos.—El baile de las figuras.—La cuaresma en el ingenio.—Viernes de Dolores</i>	129
XVII.— <i>El sereno.—El baile de casa de Sánchez.—Misterios de la opulencia.—El robo de la sortija .</i>	151
XVIII.— <i>El concierto de Joseíto White</i>	165

TERCERA PARTE

TRISTEZAS

I.— <i>La caída del laurel.—Muerte del Marqués.—El matrimonio de Margarita.—La pérdida de la casona</i>	183
II.— <i>Más tristezas...—Mi colegio.—La autonomía .</i>	198

- III.—Todavía mi colegio.—El Centurión Romano y la Semana Santa.—La pesca.—La caza.—Los baños.—El castigo.—Las frutas.—El mundo de la ciudadela.—Los dulces.—Muerte del tío Arellano.—La caja misteriosa.—Melancolía.—Las Cuevas de Bellamar.—Viaje a los Estados Unidos.—Muerte de mi padre 220*
- IV.—Fiestas reales y fiestas de la paz.—Los mambises.—Rafael Otero y Castroverde.—Literatura y música.—Emilio Blanchet.—El Liceo de Matanzas.—Los bomberos.—Los caricatos bufos . 254*
- V.—El centenario.—La guerra.—El bloqueo.—Fin. 298*
-